BIBLIOTECA PREDICABLE

POR

D. FELIX LAZARO GARCIA,

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA Y CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA (QUE HA SIDO) DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

Y

otros señores sacerdotes.

TOMO XXIII.

MADRID:—1850.

IMPRENTA DE JOSE REDONDO CALLEJA,

Calle de los Abades, núm. 5.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE NONA.—Plátieas esclusivas para sacerdotes y religiosos de ambos sexos.

TOMO I.

Contiene las relativas á sacerdotes y religiosos.

PLATICA PRIMERA.

DIGNIDAD DEL SACERDOCIO.

Pro Christo ergo legatione fungimur,
tamquam Deo exhortante per nos.
2.ª CORINT., C. 5, V. 20.

Basta que cada uno recuerde lo que es y el destino en que le ha colocado la divina Providencia, para que se escite á vivir segun él y conforme á lo que exige su misma posicion. El casado, atendiendo á su estado, debe pensar y conducirse de distinta manera que el soltero y sin obligacion alguna. El militar debe tener otro porte distinto del que no lo es. El que se titula noble no debe abrigar pensamientos bajos ni descender á cosas que le envilecerian, rebajarian y mancharian su reputacion y nobleza. El que representa y hace las veces y funciones de un rey de la tierra debe obrar y proceder como corresponde á la alta dignidad que representa. Pues bien, hermanos mios, nuestro destino es el mas grande, el mas noble, el mas digno y elevado que se conoce sobre la tierra. Nuestra dignidad no es como las de la tierra, fundadas en una distincion concedida por el favor

ó por el capricho; está fundada sobre un carácter indeleble y perpetuo, impreso en nuestras almas, y somos los escogidos para representar en la tierra, no la persona de un rey ó un emperador de este mundo, sino la persona del mismo Jesucristo. Dios hizo su mediador entre él y los hombres y envió al mundo por legado suyo para que obrase la reconciliacion de las criaturas hechas á su semejanza con su Criador á su mismo Hijo Unigénito Jesus, y Jesucristo nos constituyó por legados suyos para que hagamos sus veces, representemos su persona, y adornados de sus facultades, trabajemos en la reconciliacion de los hombres con Dios. Somos encargados y representantes de Jesucristo, y Dios se vale de nosotros para que trabajemos y nos ocupemos en el servicio de su causa: *Pro Christo ergo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos.* ¿Qué mas necesitaremos, mis venerables hermanos, que contemplar esta altura, esta dignidad á que ha tenido á bien el Señor elevarnos, para que nos resolvamos á obrar de un modo digno y correspondiente á nuestra preeminencia? ¿Qué haríamos si el rey, el pontífice mismo nos invistiese de sus facultades y nos hiciese sus representantes en alguna nacion ó provincia? Creo, pues, y tengo por muy oportuno el que contemplemos lo que es nuestra dignidad y sagrado ministerio, para que entendamos lo que nos debemos á nosotros mismos y obremos conforme á lo que somos; y sobre esto voy á llamar vuestra atencion en este rato, en que confio en el Señor que se dignará favorecernos con sus auxilios para proceder con acierto y con fruto.

Ser sacerdote es ser un encargado y representante de Dios en la tierra para la obra mas grande y mas necesaria,

que es la santificacion de las almas. Su oficio versa acerca del cuerpo de Jesucristo, bien sea el cuerpo real y verdadero, ó bien el cuerpo místico. El cuerpo real y verdadero de Jesucristo es el que se consagra, se ofrece y distribuye en la Eucaristía; y por institucion y ordenacion del mismo Jesucristo, el sacerdote es el que tiene potestad de consagrar, de ofrecer y de distribuir á los fieles el sacramento de la Eucaristia; el que obliga al mismo Dios á ponerse en sus manos en virtud de las palabras de la consagracion; el que ofrece al Eterno Padre sobre nuestros altares á su mismo Hijo para bien y remedio de los hombres. ¡*Oh veranda sacerdotum dignitas*, dice san Agustin, *in quorum manibus, velut in utero Virginali, Filius Dei incarnatur*! Con admiracion de los cielos y de todos los siglos el Verbo Eterno encarnó una vez en el vientre purísimo de María Santísima á las palabras de su rendida humildad; y todos los dias se repite esta maravilla en las manos del sacerdote al imperio de las palabras del mismo Jesucristo que toma en sus labios. Los ángeles se pasman, dice el mismo santo, y asisten como criados al sacerdote, ya que no han logrado la dignidad que han conseguido los hombres: *Sacerdos hoc ineofabile conficit mysterium, et Angeli conficienti tanquam famuli asistunt.* ¿Es mucho mandar parar al sol en medio de su carrera, y que el sol obedezca á la voz de un hombre? Pues es mucho mas el que á las manos del hombre baje el mismo Dios y se ponga real y verdaderamente presente á la voz de un sacerdote en virtud de las palabras de la consagracion. ¿Es mucho que baje fuego del cielo al imperio de la voz de un profeta, y que se consuman las víctimas preparadas para el sacrificio? Pues escede sin comparacion

el que la sustancia de pan y vino se convierta en el cuerpo y sangre de Jesucristo, en virtud de las palabras de la consagracion pronunciadas por el sacerdote. Esta es la obra mas grande, y por consiguiente es la potestad mas grande que se conoce sobre la tierra.

La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, es la Iglesia compuesta de todos los fieles, y el sacerdote tiene potestad, no solo para bautizar y dar entrada á los hombres en el gremio de la Iglesia por el sacramento del bautismo, sino tambien para sacar á los hombres del infierno de sus culpas y ponerles en el cielo, librándolos de la esclavitud de sus pecados. El sacerdote absuelve en la tierra de los pecados cometidos por virtud del poder que Jesucristo le ha comunicado, y los pecados que perdona son perdonados en el cielo. ¡Qué dignidad tan grande! Hacer que un tullido se levante sano y bueno es gran prodigio y manifiesta un poder de Dios comunicado al que obra esta maravilla. Lo mismo diré del que con su voz haga que resucite un muerto. Pero ¿cuánto mejor es dejar libre á un pecador, romper las cadenas de la culpa, trasladar á un hombre desde el fondo de los abismos hasta el trono mismo de Dios, que sanar á un enfermo ó resucitar á un muerto? ¿Qué comparacion hay entre soltar las débiles prisiones de la naturaleza y romper las cadenas de la culpa? Dista tanto, dice santo Tomás, cuanto va del alma al cuerpo, cuanta diferiencia hay de un barro vil á lo mas noble del espíritu: *consolidare corpus facilius est, et quanto nobilior est anima corpore, excelentior absolutio criminum* (1). Pues esto es lo que hace

(1) In cap. 5, Luc.

el sacerdote cuando pronuncia estas palabras: *Yo te absuelvo*. Hace que al imperio de su voz obre el Señor todos los mayores prodigios y se deje sentir su omnipotencia infinita sobre el hombre. Sí, aquellos á quienes el sacerdote perdonare sus pecados les serán perdonados en el cielo; y á aquellos á quienes negándoles la absolucion se los dejare en el alma, así les quedarán en el tribunal de Dios.

¿Y de qué pecados puede absolver el sacerdote? De cualesquiera que sean. ¿De qué número? Sean los que fueren. ¿Y cuántas veces? Aunque sean millares de veces tiene poder para absolver al que peca. ¿Y un hombre ha de tener esta facultad? ¿Un hombre miserable ha de perdonar por sí las ofensas hechas á un Dios? ¿No es Dios solo el que puede perdonar los pecados? Sí, pero este mismo Dios ha dado su poder á los sacerdotes, ha puesto en sus manos las llaves del cielo, los ha dado sus veces y puesto en su lugar, los ha hecho jueces el mismo Jesucristo, y así como el Padre Eterno hizo juez á su Hijo: *Pater omne judicium dedit Filio*, así el Hijo de Dios trasladó su potestad á los sacerdotes mientras durare su Iglesia.

Esta potestad inmensa de los sacerdotes la conoceremos algun tanto mas si reflexionamos sobre el mal incalculable, la grande carga y el peso enorme que es la culpa mortal. Es tal el peso del pecado, que no hay poder criado que pueda librarnos de él. El mismo fuego eterno, ni los tormentos todos del infierno pueden romper las cadenas con que aprisiona á nuestra alma: los ángeles y santos todos y aun la Reina del cielo María Santísima, no pueden dar vida á nuestra alma muerta por la culpa: el poder de todos los justos para quitarnos el peso del pecado, es como el de

una hormiga para mover un monte. Como una chispa no podrá secar el mar, así el poder de las potestades criadas del cielo y de la tierra no podrán librarnos del pecado. Solamente puede hacerlo la omnipotencia de Dios. Pues esta omnipotencia es la que comunica el Señor á cada sacerdote, y con dos palabras hace lo que no pueden hacer ni los ángeles ni los santos. *Te absuelvo*, y se rompen las cadenas del pecado, y el hombre consigue una libertad infinitamente dichosa, y el alma, que era enemiga de Dios y sin otra esperanza que el infierno, vuelve á su divina gracia y recobra los derechos de hija y heredera de la gloria. ¡Emperadores y poderosos del mundo! Por grande que sea vuestro poder, por numerosos y aguerridos que sean vuestros ejércitos, por llenos que esten vuestros tesoros, no podeis darnos los bienes verdaderos, los bienes de la gracia, la cualidad y nobleza de amigos de Dios, hijos suyos y herederos de su reino; no podeis absolvernos de nuestros pecados; y para que se os perdonen los vuestros os es preciso postraros á los pies del sacerdote y pedirle que os absuelva. No hay dignidad en la tierra como la de un sacerdote. Somos los ministros de Jesucristo y los dispensadores de los misterios de Dios, como dice el apóstol. Dios, nos dice el mismo, nos reconcilió consigo por Jesucristo, y nos ha dado á los sacerdotes el ministerio de la reconciliacion. Somos sus legados y representantes y tenemos todas sus facultades. *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* Somos los ángeles del Señor en la tierra, encargados de hacer su voluntad y de que la hagan los demás. Somos los mediadores entre Dios y los hombres, como nos lo dicen san Gerónimo y san Juan Crisóstomo.

¿No conviene, segun esto, que seamos tan puros como si estuviéramos colocados entre las virtudes y potestades celestiales? ¿No exige de nosotros nuestro ministerio la mayor santidad y una vida irreprensible y sin mancha? ¿Nos atreveremos á llegar al altar y pronunciar las palabras del tremendo sacrificio, á renovar el sacrificio del Calvario para salud de los hombres, y á hacer que se ponga en nuestras manos el mismo Jesucristo que fue clavado en la cruz con una conciencia manchada y deshonrada con la culpa? ¿Tomaremos en nuestros labios las alabanzas del Señor, anunciaremos su Evangelio á los fieles, los distribuiremos el cuerpo y sangre de Jesucristo en la Eucaristía, los absolveremos de sus pecados é intercederemos y mediaremos entre Dios y nuestro pueblo, siendo nosotros abominables y enemigos del mismo Dios por nuestros delitos? ¿No es la dignidad grande de nuestro ministerio un aviso continuo que nos recuerda cuál debe ser la dignidad de nuestra vida? ¿Podremos ocultar á Dios, cuyas veces hacemos en la tierra, nuestra malicia y la impureza de nuestro corazon con un esterior modesto y devoto? ¿No debemos vivir y obrar como si hubiésemos sido trasladados al cielo, como puestos sobre toda la naturaleza humana y atender solo al desempeño fiel de nuestro ministerio, separándonos hasta de nuestros mismos afectos? Si un rey de la tierra, dice á este intento el padre san Juan Crisóstomo, concediese á alguno de sus súbditos el honor de que se le reconociese con potestad de poner en la cárcel á los que quisiese y de perdonarlos tambien y ponerlos en libertad, ¿qué dichoso y digno de aprecio y admiracion sería en el juicio de todos? Pues los sacerdotes han recibido de Dios una potestad tan-

to mayor, cuanto es mas precioso el cielo que la tierra, y cuanto las almas son mas nobles y escelentes que los cuerpos. Imposible parece que el hombre haya recibido tanta potestad de Dios, y que la envilezca, la deshonre y la desprecie; que tengamos un don tan grande de Dios, y que no sepamos estimarle; que seamos representantes de Dios y dispensadores de sus misterios, y seamos enemigos suyos por la culpa y le correspondamos con ingratitudes; que seamos los encargados de reconciliar á los hombres con Dios y seamos nosotros enemigos irreconciliables suyos; que tengamos la dignidad mayor que se conoce sobre la tierra, y haya de servir para nuestra mayor afrenta y condenacion.

Contemplemos en nuestro sagrado ministerio, reflexionemos sobre la dignidad con que nos ha honrado el Señor, miremos que somos los representantes de Jesucristo y nos escitaremos á procurar representarle dignamente y que no se blasfeme su nombre y se desprecien sus misterios por nosotros, á vivir como conviene y lo exige nuestro destino. Si no nos mueve á vivir como debemos el reflexionar lo que somos, no sé qué podrá decírsenos que nos haga impresion. Tengamos pues siempre presente nuestra dignidad; no demos ocasion á que nos diga el Señor: *no os conozco, apartaos de mi los que habeis obrado la iniquidad*; no nos suceda que dando la salud y abriendo las puertas del cielo á otros quedemos nosotros reprobados y condenados al infierno. Nada mas propio que obrar cada uno conforme á su estado, á su condicion, á su ministerio: obremos como ministros de Jesucristo, como conviene á nuestro santo ministerio y alta dignidad. Será ahora un cargo tanto mayor á los

sacerdotes cuanto mayores han sido los talentos que se los han entregado. ¿ Y qué podremos decir cuando se nos pida cuenta y habiendo sido tan honrados y favorecidos de Dios veamos nuestra mala correspondencia? Para que no tengamos que avergonzarnos y llorar para siempre tengamos delante de nuestra vista la dignidad que representamos, que somos ministros del mismo Jesucristo, y obremos de modo que el Señor nos diga: siervo bueno, fiel y prudente, entra en el gozo de tu Señor, y nuestra dignidad nos sirva de mayor premio y recompensa en la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA II.

VOCACION AL SACERDOCIO.

Es muy peligroso el entrar á ser sacerdote sin verdadera vocacion.

Qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est, et latro.
JOANN,, CAP. 10, V. 1.

Ser llamados por Dios. Ved, hermanos mios, lo que es necesario á todos y lo que todos deben esplorar para tomar estado y servir y agradar á Dios en él. El que yerra en la eleccion del camino, cuanto mas adelante, mas se aparta del término á que deberia llegar, y lo mismo sucede al que ha errado en la eleccion de estado. ¿No es el estado que tomemos el camino que ha de guiarnos á la eterna felicidad? Pues debe ser muy peligroso el errar en la eleccion de estado y entrar en él sin ser llamados por Dios, porque arries-

gamos en ello nuestra misma salvacion. Negocio es este en que debe ponerse el mayor cuidado porque acarrea males que tal vez nunca se pueden remediar. Debieran los padres amonestar y aconsejar con juicio y prudencia á sus hijos para que consultasen con la voluntad de Dios en la eleccion de su estado y no se espusiesen á obrar por su capricho; pero este es otro nuevo y lamentable desórden, que muchas veces en vez de retirar á los hijos inconsiderados del precipicio, son ellos los primeros á precipitarlos, y olvidándose del ofrecimiento total que hicieron de ellos en el sagrado bautismo á Jesucristo, se los vuelven á quitar con una especie de robo sacrílego disponiendo de ellos segun conviene á sus miras y sus intereses y no segun la voluntad de Dios. Si por fin el hombre fuera del lugar á que le destina la divina Providencia no fuera mas que como una estatua fuera de su nicho, ó como una piedra fuera del lugar que la corresponde en un edificio, sería un mal sensible; pero es lo peor que es como un hueso fuera de su juntura que por lo mismo queda inútil para sus operaciones y no puede producir sino males y dolores. Como no se ponga el hombre en el estado á que Dios le llama, no hallará los auxilios y gracias proporcionadas para llenar los deberes del estado en que entre, y sin estas no esperimentará sino angustias, disgustos y al fin se hallará con la desesperacion y la rabia. Habiendo salido del camino llano porque Dios le llamaba, no hará otra cosa que andar por caminos difíciles y torcidos. Será como un ciego que despreciada la guia quiere ir por sí y no sabe adónde va hasta que cae en el precipicio. Por esto nos aconseja el apóstol que todos nos dejemos guiar de Dios y que cada uno ande como Dios le lla-

mó, porque si Dios no nos asiste, ¿qué será de nosotros?

Esta doctrina general á todos los estados es de mucha mayor trascendencia tratándose del estado del sacerdocio; porque si es una temeridad y muy peligroso el entrar en un estado en que solo tenga el hombre que atender á su propia salvacion sin consultar si es del agrado de Dios, y si es aquello lo que quiere el Señor de él y á lo que le destina, ¿cuánto mas arriesgado será el entrar sin verdadera vocacion en un estado público en que no tiene que cuidar solamente de su alma, sino de regir y gobernar á otras? Voy á recordar para nuestra utilidad y aprovechamiento, lo temible y peligroso que es el entrar en el estado del sacerdocio sin ser llamados á él por Dios ó sin tener una verdadera vocacion.

Dios es á quien toca elegir de entre los hombres para ministros suyos. El fue el que eligió á sus apóstoles: *non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* No puede tomarse cualquiera este honor, sino el que es llamado por Dios, dice san Pablo. No eligieron por sí mismos los apóstoles al que habia de ocupar el lugar de Judas, sino que rogaron al Señor diciendo: *Tu, Domine, ostende quem elegeris* y el que no entra por esta puerta, que es Cristo, en el redil de las ovejas, si no que salta por otro lado, no es pastor sino ladron. Hace, pues, una injuria grande al Señor el que sin noticia suya, por decirlo así, presume no solamente tomar algun puesto en su palacio, sino tomar los mas ventajosos. De estos se queja el Señor por el profeta Oseas diciendo: *ellos reinaron y no por mí*: reinan por sí, dice el padre san Gregorio, y no por el arbitrio del sumo Rector los que sin estraviar en algunas virtudes y de ningun modo llamados

de Dios sino encendidos en su codicia, arrebatan mas bien que consiguen la cumbre del gobierno.

De Assuero, rey de los persas, se nos dice en el libro de Ester, que si alguno entrase en el aposento del rey, fuere hombre ó muger, sin ser llamado por él sin réplica alguna y sin esperanza de perdon se le quitase al momento la vida, ¿qué penas merecerá y cuáles serán los castigos preparados por Dios para los que sin ser llamados por él entran en el estado del sacerdocio y se atreven á robar esta dignidad? ¿Se atreveria alguno á entremeterse en la corte de un rey á ocupar sus ministerios, administrar cargos, gobernar sus negocios y tomarse sus beneficios sin ser llamado, elegido y mandado por el mismo rey? ¿Y el que tuviere tal atrevimiento, no sería castigado severamente y arrojado con ignominia? Pues lo mismo debemos decir del que se atreviere á introducirse en la corte del Rey celestial en la tierra que es su Iglesia, de los que tienen la temeridad de entrar en el sacerdocio sin sentirse llamados interiormente por Dios y esteriormente por los legítimos prelados de la Iglesia. Lo mismo debemos decir de los que entran á ser sacerdotes ó por la necesidad para tener con que vivir, ó por la ambicion de conseguir grandes dignidades, ó por la vanidad de hacerse famosos y lograr nombre y reputacion, ó para socorrer á la familia propia, ó para tener una vida cómoda y descansada, ó por otros fines terrenos. Bien merecen los que obren así que el Señor los réchace, que los trate como á ladrones y salteadores, y que los castigue como á aquellos que por fuerza quieren gobernarle su casa. Estos obligan al Señor á decir lo que nos refiere el profeta Osseas: *Principes extiterunt et non cognovi.* Fueron príncipes y yo

no lo supe. De estos nos dice tambien el Señor por Jeremías: *yo no enviaba profetas y ellos corrian.* No puede haber, dice el Catecismo del Concilio de Trento, un género de hombres mas infeliz y miserable, ni mayor calamidad para la Iglesia. ¿Qué cuenta podrán dar estos de su ministerio, y de las almas que toman á su cargo?

No querais subir, dijo Moisés á los israelitas, deseosos de subir á lo alto por la ambicion de vencer á los amorreos hasta sobre sus cumbres. No querais subir, porque no está el Señor con vosotros. *Nolite ascendere: non est enim Dominus vobiscum* (1), y porque ellos sin embargo no temieron avanzarse quedaron derrotados lejos de salir triunfantes. Lo mismo sucede á los que se empeñan en subir al sacerdocio sin ser llamados por Dios á esta dignidad, se esponen á su ruina y perdicion, no pueden prometerse que esté con ellos el Señor, no oyeron su voz y los deja abandonados á los deseos de su corazon. Es difícil llenar los cargos del sagrado ministerio aun con la ayuda y asistencia del Señor, ¿cuánto mas lo será cuando no hay méritos para poder contar con ella y cuando el sacerdote se introduce en este ministerio sin ser llamado por Dios?

Importa sobre todo, mis venerables hermanos, asegurarnos de nuestra vocacion y de si es Dios el que nos llamó á la dignidad del sacerdocio, si fue el Señor el que nos convidó y llamó desde lo alto; porque si no es Dios el que nos elevó á este grado, ¿qué atrevimiento y locura no ha sido

---

(1) Num., cap. 14, v. 42.

el introducirnos por nosotros mismos? ¿Con qué gracias y recursos podremos contar para desempeñar nuestros cargos, y cómo nos conocerá por suyos el Señor si no es él el que nos ha llamado y elegido? Este es el orígen principal de los desórdenes y escándalos que suelen oirse de los sacerdotes, el haber entrado sin ser llamados por Dios; de aquí proceden las vidas y conductas irreligiosas y corrompidas que escandalizan no solo á los pueblos católicos, sino aun á los enemigos de la Iglesia; de aquí nace que haya pastores á quienes llama el Señor *mercenarios*, que se apacienten á sí mismos y no apacienten á sus ovejas, cuya malicia y perversidad no solo sea la afrenta del órden sacerdotal, sino que sea el escándalo y execracion del pueblo cristiano, y el que estos miserables no puedan prometerse de su sacerdocio otra cosa que la que sacó Judas de su apostolado, que le acarreó su perdicion eterna. Y si esta perdicion fuese para ellos solos deberia sentirse y llorarse menos, pero lo que saca del corazon lágrimas de sangre es los males y perjuicios que resultan á la Iglesia de los sacerdotes que no son llamados por Dios, porque el que no entra por la puerta al redil de las ovejas es ladron ratero y robador, y el ladron no viene sino á robar, matar y destruir. No oyen su voz las ovejas y vienen á ser una cátedra de pestilencia que ocasiona la ruina así de ellos como de otros. No podrán ser benditos, porque no vienen en el nombre del Señor y no los queda sino bajar al infierno como Coré, Datán y Aviron.

Ved pues, si es peligroso y temible el entrar á ser sacerdote sin ser llamado de Dios y sin averiguar antes si es Dios quien nos llama ó si somos nosotros los que nos introducimos. Examinemos pues nuestra vocacion, como nos di-

ce el apóstol. Consideremos, dice san Bernardo (1), consideremos nosotros si hemos sido llamados por Dios ó de quién ha sido nuestra vocacion. Entremos en nuestra conciencia y examinemos si hemos sido llamados y predestinados por Dios para el honor y dignidad del sacerdocio. No podemos negar, dice el mismo santo, que muy de ordinario se destina un hijo pequeño, ó un sobrino acaso recien nacido, al estado eclesiástico para que logre cierto beneficio ó capellanía. Le colocaremos, dicen, y prosigue el mismo santo, con aquel obispo que nos estima y á quien hemos favorecido, para que le dé un buen beneficio y así tendremos menos partes que hacer de nuestros bienes. El obispo ó superior con afecto mas que de madre le cria y educa entre las delicias y acaso entre los delitos, con ánimo de que le suceda ó sea colocado en un buen destino. Todos los méritos de algunos estan reducidos á ser parientes de un obispo ó de un príncipe, como si los destinos de la Iglesia fuesen hereditarios ó el patrimonio de los poderosos. Otros, no teniendo apoyo, ni méritos, ni capacidad, se ingieren y van esplorando con atencion el genio de los superiores para hallar entrada y grangearse su gracia. Lisonjean, se humillan y cometen las mas vergonzosas bajezas, fingen, disimulan hasta mendigar los votos sin vergüenza, arrostran y atropellan por todo con tal de conseguir tener parte en el patrimonio del Crucificado y en los bienes de Dios, que en el dia de hoy corren mas peligro que todos los demás bienes. ¿Quién

(1) Declam. in Evang. Ecce nos reliquimus omnia.

hay que busque los grados eclesiásticos y los ministerios del Santuario, ó mas bien, quién es el buscado, porque mejor que buscar y pretender ser sacerdotes debieran ser buscados y rogados; quién hay que busque ser ministro de Jesucristo con la mira de dedicarse á procurar su salvacion y la de sus prójimos sin las molestias y cuidados del mundo y de trabajar con la oracion, la predicacion de la palabra divina y la pureza de su vida en agradar á Dios y procurar que le sirvan los demás? ¿No se entra por lo comun para tener lo necesario para la vida del cuerpo y con las mismas miras que se busca y ambiciona un destino terreno? ¿No se evangeliza para tener que comer y se pervierte el órden comprando las cosas terrenas con las celestiales? El que de este modo pretende entrar en el estado eclesiástico, ó entra con tales fines, trastorna el órden establecido por Dios y hace negocio con las cosas divinas por conseguir las humanas. ¡Qué terribles son las quejas del Señor contra estos miserables! ¿Qué temeridad es esta? ¿Qué locura? ¿En dónde está el temor de Dios? ¿En dónde el temor del infierno? ¿En dónde la memoria de la muerte y la terrible espectacion del juicio? Llévame tras de tí, dice la Esposa de los Cantares: *Trahe me post te* (1). No presume ni se atreve á entrar en la habitacion del Esposo y Rey sin que él mismo la llame y la introduzca. ¿Y tú entras sin reverencia ni respeto, sin ser llamado ni introducido? En estos tiempos arrastra á cada uno su antojo, hace comercio de la piedad, si-

(1) Cant., cap. 1.

gue el olor del sórdido interés y así viene á ser cierta su condenacion y le viene á servir de ruina y perdicion lo que debiera servirle para su aprovechamiento y espiritual utilidad.

Así se lamentaba en su tiempo el padre san Bernardo y no tenemos menos motivos para lamentar esta desgracia en el nuestro. Desórden que tantos perjuicios ocasiona á las almas, que tanto daño hace en la Iglesia de Dios, y que pone en tanto peligro la salvacion eterna de los que en vez de ser sacerdotes y reconocidos por tales por Dios, serán juzgados y castigados por ladrones, salteadores y matadores del rebaño de que se han apoderado.

¡Divino Jesus, Pastor universal de las almas! Ponderador de los espíritus y esplorador de los corazones que disponiendo con fortaleza y suavidad todas las cosas, llamas hácia tí á los que quisiste, y tocando fuertemente desde el principio al fin, suscitas para tu servicio sacerdotes fieles y pastores segun tu corazon; supuesto que la santidad y la salud eterna del clero y del pueblo depende de la verdadera vocacion de los sacerdotes, no permitas que entren en tu santuario y en el aprisco de tus ovejas los que fueren llamados por la carne ó por la sangre, los mercenarios, ladrones y lobos matadores, sino solamente los dignos y fieles enviados y escogidos por tí, y los que así llamados y escogidos puedan decir con toda confianza: *Nuestro asiento proviene del Señor y del santo de Israel Rey nuestro.* Y á nosotros, Señor, favorecednos con vuestras luces para que examinemos y conozcamos si nuestra vocacion ha sido verdadera, si hemos entrado en el sacerdocio elegidos y llamados por vós y con la mira de serviros en tan santo ministerio y

corrijamos con tiempo los defectos que hallemos, y evitemos nuestra ruina y perdicion disponiéndonos de modo que nos reconozcais por vuestros enviados y ministros y como á tales nos deis el galardon y recompensa en la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA III.

DEL MISMO ASUNTO.

La falta de verdadera vocacion es causa del mal desempeño de las funciones de nuestro ministerio.

Beatus quem elegisti et assumpsisti: inhabitabit in atriis tuis.

PSAL. 64, v. 5.

¡Bienaventurado aquel que, elegido y llamado por Dios al ministerio del sacerdocio, llena sus deberes y sirve en él al Señor! Llevará con gusto los trabajos y cargas de su penosa tarea, gozará su alma una dulce paz y serenidad, y morirá con la confianza consoladora de que entrará en los átrios del Señor á recibir el premio y gozar de su presencia para siempre. Si vemos algunos sacerdotes tibios, negligentes y que no llenan los deberes de su ministerio, yo no temo asegurar desde luego que la causa principal de es-

te desórden y desgracia lamentable, es la falta de verdadera vocacion, y así voy á manifestarlo para que nos convenzamos de lo interesante que es examinar nuestra vocacion al sacerdocio y ser llamados á él por el Señor, que es el que debe elegirnos. Efectivamente, la vocacion de Dios es tan necesaria en nuestro estado, que aun suponiendo que el Señor hubiese dejado al arbitrio de los hombres la eleccion de todos los demás; cuando por una suposicion necia é injuriosa á la sabiduría y providencia de Dios, quisiésemos decir que depende solamente del acaso esta variedad de estados y condiciones de este mundo, tan conducente para proveer de remedio á las diversas necesidades de la sociedad: cuando, como lo hicieron algunos filósofos insensatos, nos figurásemos una divinidad indolente que no quisiera velar sobre este mundo ni entender en la obra de sus manos, mirando este cuidado como diversion indigna de su grandeza ó como una fatiga incompatible con su reposo; aun hechas estas absurdas suposiciones, sería preciso, dice el padre san Cipriano, reservarle siempre la eleccion de sus ministros como un negocio que le es propio, como que se trata de establecer hombres que sostengan fielmente sus intereses, que sean á propósito para procurarle adoradores en los pueblos, que miren con celo la honra de sus altares, que le sean agradables cuando se presenten á ofrecerle dones y sacrificios, y en una palabra, que sean depositarios legítimos de sus leyes, intérpretes de su voluntad y encargados de promover su gloria en la tierra.

Siendo esto cierto, ¿qué virtud, qué eficacia, qué fervor ni qué fruto puede dar el Señor á los trabajos y tareas de unos obreros á quienes desconoce y reprueba; de unos

usurpadores de su sacerdocio y de su gloria; de aquellos á quienes abrió la puerta del santuario la ambicion, el vil interés, la carne y la sangre, ó para decirlo de una vez, la mano del hombre y no la de Dios?

Observa el padre san Gregorio que Saul, aunque llamado por el cielo, fue reprobado porque solo recibió una parte de la dignidad real cuando fue ungido rey de Israel, figurada en aquella pequeña medida de aceite que Samuel por mandado del Señor derramó sobre él; y que David por el contrario quedó hecho un rey segun el corazon de Dios, porque fue abundante la gracia de su consagracion representada en aquel vaso entero que el mismo profeta de órden del Señor llenó de aceite y derramó sobre la cabeza de este príncipe. Pues si la diferente medida de la gracia de la consagracion pudo ocasionar tan grande diferencia entre el reinado y conducta de estos dos príncipes: si el reinado del primero fue una dilatada serie de miserias y delitos solo porque no habia recibido con la uncion santa toda la plenitud de gracia correspondiente á la dignidad real á que no obstante era llamado; aquellos á quienes Dios no llama al reinado santo y sacerdotal, como se esplica el apóstol, aquellos cuya consagracion fue un delito y en quienes todas las partículas de la uncion santa fueron como otros tantos carbones que puso Dios sobre su cabeza en señal de que los condenaba desde aquel momento á las llamas eternas; aquellos en fin, que dan principio á su ministerio con tan espantosos auspicios y á quienes por consiguiente negará hasta el menor grado de gracia propia de este estado, ¿qué podrán hacer en lo sucesivo, cómo desempeñarán su ministerio y qué fervor y celo los acompañará en el ejercicio de

tan sagradas funciones? ¿Será mucho el presumir y aun asegurar que el menor resultado funesto será una tibieza continuada, una insipidez fastidiosa, un disgusto insoportable y un tedio con todo lo que concierna al ministerio sagrado? Examinemos lo que es entrar en un estado sin verdadera vocacion y no tendremos dificultad en conceder esta consecuencia. Entrar en un estado cualquiera sin el llamamiento de Dios, es salir del órden de su Providencia que en sus consejos eternos señaló á cada uno el camino por donde debe hacer su peregrinacion y el único por consiguiente que puede salvarle: es constituirse en una situacion en que debe andar solo, sin mas compañía que la de sus flaquezas; en que se ve privado de las luces y proteccion especial de Dios; esto es, de aquellas gracias singulares propias de aquel estado, con las que hubiera podido evitar todos los riesgos que en él se encuentran y que el Señor preparó solo para aquellos que él mismo destinó á tal estado. Es pues, semejante á un infeliz que se estravió en una noche oscura quien á cada paso encuentra precipicios que le parecen caminos llanos, y en medio de las tinieblas va siempre espuesto á otros mil riesgos que no le es posible prevenir ni evitar. Y si añadimos, como debemos añadir á esto, que para él no tiene fin aquella noche ni aquella oscuridad, casi es seguro que perecerá ó por lo menos, que jamás llegará al término dichoso á que se dirige, sin uno de aquellos milagros que no debe prudentemente esperar, ni Dios está obligado á hacer.

Ahora bien: si esta doctrina tan terrible es tan asentada é incontrastable en general: si el entrar sin llamamiento de Dios en cualquier estado no puede menos de acarrearnos la

indignacion divina; si por este hecho mismo nos hacemos indignos de su benevolencia y de sus gracias para durante el resto de nuestra vida, ¿qué sucederá con aquellos que se llamaron á sí mismos á un ministerio de gloria y de santidad con que Dios no quiso honrar ni aun á los espíritus celestiales? ¿Qué será de aquellos que se han introducido por sí mismos en el santuario, que es el único lugar que Dios se reservó para sí en la tierra, la habitacion de la gloria, el asilo sagrado é inviolable de su doctrina y de sus leyes, el depósito de su culto, de los homenages que exige de los hombres y de todas las señales preciosas del amor que los tiene? ¿Con qué ojos podrá mirar á un temerario que toma asiento en medio de la venerable junta de sus ministros, que viene á obligarle á que le establezca por su enviado en la tierra en lugar de Jesucristo, á que le confie por fuerza la sangre de su propio Hijo, las divinas funciones de su mediacion, de su redencion, de su sacerdocio y de todo lo que su misericordia conforme á la magestad de su omnipotencia no habia cesado de preparar desde el principio de los siglos para la salvacion de los hombres? No exagero pues, si aseguro, que la falta de vocacion es el orígen de la tibieza y del mal desempeño de las funciones de nuestro sagrado ministerio. Como no entraron por Jesucristo, que es el camino de la vida, su ministerio ha de ser un ministerio de error, de muerte y de perdicion: no habiendo recibido la efusion del Espíritu Santo tan necesaria para sostenerlos en sus funciones y ayudarlos á llevar el sagrado peso de un yugo que oprime á los mas fuertes, en cada uno de sus ministerios deben encontrar un escollo. El primer encuentro los trastornará, serán el juguete de sus pasiones y la rui-

na de las mismas almas que debian dirigir y salvar. El confesonario será un lazo contra la inocencia; el púlpito el teatro de su orgullo; el altar el lugar de sus delitos; cada una de sus funciones una nueva profanacion; el patrimonio de Jesucristo motivo de disolucion y de avaricia; los respetos humanos serán su norte; la verdad no hallará en ellos proteccion sino cuando vean interés en defenderla; serán infringidos los cánones por condescendencias reprensibles; los abusos autorizados con su ejemplo ó mirados con negligencia por falta de celo; seducidos los débiles, los justos escandalizados y confirmados los pecadores en sus desórdenes: en fin, todos sus trabajos serán sin bendicion y todo su ministerio sin frutos.

Con que un sacerdote que se ingirió por sí mismo contra las órdenes de Dios en el sagrado ministerio, ¿no podrá absolutamente manifestar su celo y su fervor en él y suplir la falta de vocacion con el exacto desempeño de todos sus deberes? Confieso que no es fácil conseguirlo por otra senda que por la marcada por Dios; y si en toda suerte de estados es difícil rectificar la vocacion, en el nuestro parece que las reglas ordinarias no dejan esperanza alguna. Mil frívolas escusas que cada uno se forja sirven para sofocar los primeros remordimientos que siente en su conciencia. Si los gritos de esta prevalecen para reconocer y confesar delante de Dios, la intrusion aun necesita de la gracia de la compuncion y penitencia, que rara vez se concede á un sacerdote intruso, porque con el uso dilatado de las cosas santas se contrae una especie de letargo de que ningun medio alcanza á dispertarle. Supongamos; no obstante, que Dios le concediera esta gracia, era preciso que

su arrepentimiento fuese tan heróico que bastase á practicar aquellas separaciones violentas, aquellas abdicaciones ruidosas, aquellas acciones estraordinarias en que la singularidad del acontecimiento ó el rumor público apartan y detienen aun mas que todos los lazos del amor propio á que sería indispensable substraerse. Por esto es muy difícil salir del abismo en que se ven precipitados los que recibieron las sagradas órdenes sin señales de una verdadera vocacion y contra la voluntad de Dios. Yo no diré que sea imposible, porque nadie puede fijar límites al poder y misericordia del Señor, ni ha sido mi ánimo persuadir que entre tantos sacerdotes como todos los dias entran indignamente y sin vocacion en el ministerio, no se hayan visto y pueda verse algunos que hayan conocido y confesado su intrusion, muriendo por fin arrepentidos; solo me he propuesto manifestar que la falta de vocacion es por lo comun la causa principal del abandono y mal desempeño de las funciones de nuestro sagrado ministerio, el orígen de nuestra tibieza y falta de celo y de fervor, muy consiguiente á la privacion de aquellas gracias especiales que niega el Señor á semejantes temerarios que se arrojan á entrar en un estado tan sublime sin mas apoyo que sus flaquezas.

Aun, pues, estamos á tiempo de examinarnos sobre esta materia tan importante y de tomar los consejos y las medidas oportunas para cerciorar y rectificar nuestra vocacion con la gracia que debemos procurarnos, con la santidad de vida, con las buenas obras y con el fervor, celo y eficacia en el cumplimiento de las funciones sacerdotales. Si el mal desempeño y la tibieza es señal y efecto de la falta de vocacion, como hemos visto, el gusto, el esmero,

la exactitud y puntualidad en llenar nuestros deberes, aunque sean incómodos y pesados, lo será de que, ó fue verdadera, legítima y santa nuestra vocacion, ó de que la hacemos tal con nuestra conducta. Si los motivos que nos trajeron al santuario fueron sospechosos, acreditemos que ahora ninguno de ellos nos sostiene en él. Si entonces la falta de talentos nos hacia indignos, suplámosla con la aplicacion al estudio hasta hacernos útiles á la Iglesia, que no quiere obreros inútiles ni desidiosos. Si entonces la depravacion de nuestras costumbres fue un obstáculo para ser admitidos, purifiquemos nuestras conciencias de modo que su testimonio nos asegure de que ahora delante de Dios y de los hombres somos dignos de obtener el puesto en que nos intrusamos. Desterrada la flojedad, la indolencia y la tibieza, sea el celo y fervor en el ejercicio de nuestro ministerio la señal de que hemos sido llamados á él, y de que nos servirá de camino para llegar felizmente á la patria celestial, y servir y gozar de Dios con los ángeles y los santos por los siglos de los siglos. Amen.

F. L. G.

PLATICA IV.

DEL MISMO ASUNTO.

Señales para conocer la verdadera vocacion, y cómo ha de conocer su yerro el que entró sin ella á ser sacerdote.

Ego sum ostium... Magis satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis.

JOAN. C. 10, V. 9 et 2.ª PETR. CAP. 1, V. 10.

Siendo tan necesaria la verdadera vocacion y llamamiento de Dios para entrar en el estado del sacerdocio, que el que no la tuviere espone su alma á peligro de una condenacion eterna, introduciéndose á ser sacerdote, y es casi

infalible que no cumplirá los deberes y funciones de su santo ministerio: como este asunto sea de tanta importancia y trascendencia, es muy oportuno y conveniente que examinemos cuáles son las señales de la verdadera vocacion, y veamos tambien el medio de remediar la falta que en esto pueda haber habido. Lo primero para que veamos si entramos en el sacerdocio con verdadera vocacion. Si fuimos de los escogidos y llamados por Dios ó nos entramos sin ser llamados, y para que los que hubieren de elegir á los sacerdotes y ministros de Jesucristo, tengan presentes las condiciones que deben tener los que han de ser elegidos. Y lo segundo para que ahora, que aun estamos á tiempo, evitemos el mal, remediemos la falta y logremos con la ayuda del Señor hacer que nuestra vocacion sea santa y verdadera, aunque en su orígen haya sido viciosa.

No es de todos el entender el lenguaje del cielo y aquello que Dios quiere de nosotros, y sin embargo, para hacer con acierto la eleccion de estado, es sumamente necesario. Samuel, aun no esperimentado, se engañaba en creer que era voz de hombre la que era voz de Dios, y los hombres nos engañamos por lo comun creyendo que es voz de Dios lo que no es sino voz de hombre y aun voz de nosotros mismos. Voy á determinar algunos diseños por los cuales podamos hallar con humildad si es Dios quien nos llama y si Jesucristo ha sido la puerta por donde hemos entrado al redil de sus ovejas, ó si hemos entrado en el sacerdocio saltando por las tapias como los ladrones y matadores.

Las señales de una verdadera vocacion son la pureza y rectitud de conciencia, y la inocencia y buenas costumbres

de la vida pasada, el amor al estudio de las ciencias eclesiásticas, el apartamiento de las vanidades y locuras del mundo y sus profanidades, la idenlidad y aptitud para los cargos de la Iglesia, la eleccion del propio obispo y la rectitud de intencion ó bondad del fin que debemos proponernos al alistarnos entre los clérigos ó recibir los sagrados órdenes, de modo que no sea por gozar de las comodidades temporales, de los honores, del ocio y aborrecimiento al trabajo, sino por el culto de Dios, por la salud de las almas y el ministerio de la Iglesia. Si exentos de toda aficion terrena, libres de toda ambicion de gloria mundana, si libres de ambicion, de avaricia, de soborno, de fraude, de adulacion, sin habernos valido de dádivas y obsequios sospechosos, y solo por el fin de servir á Dios y procurar la salud de su pueblo hemos entrado en el sacerdocio, podremos decir que hemos entrado por Jesucristo, que es la puerta verdadera, que es legítima y santa nuestra vocacion, que nos ha dirigido la voz de Dios y no la de los hombres, y que su divina diestra ha obrado en nosotros y ha sido la que nos ha exaltado. Pero si nos condujo la ambicion, si nos movió la avaricia, el deseo de una vida descansada y divertida, y los sentimientos de la carne y de la sangre, nuestro fin no fue puro y recto, y nuestra vocacion no puede ser verdadera.

Santidad y pureza de vida, la ciencia necesaria y la rectitud de intencion podemos decir que son las señales de una verdadera vocacion al sacerdocio, así como son condiciones indispensables para entrar dignamente en este sagrado ministerio. El que va á hacerse sacerdote va á constituirse mediador y abogado entre Dios y el pueblo, y por

eso, dice nuestro angèlico doctor santo Tomás (1), los que han de ordenarse *debent bona conscientia nitère apud Deum, et bona fama apud homines. Primum*, dice sobre esto el Catecismo de san Pio V, *in eo qui sacerdos creandus est, vitæ et morum integritas commendetur magnopere oportet: non solum quia si alicujus mortiferi peccati conscius se initiari curet, vel etiam patiatur, novo se, et maximo scelere obstringit; sed etiam quia virtutis et innocentiæ lumem aliis præferre debet. Ea de re quid apostolus Tito et Timotheo præcipiat, pastoribus declarandum erit, et simul illud docendum, ea corporis vitia, quæ in veteri lege ex Domini præscriptione aliquem ab altaris ministerio excludebant, in Evangelica lege ad animæ vitia præcipue trasferenda esse.*

La ciencia puede suplirse en mucha parte con la esperiencia que va adquiriéndose con el ejercicio, y la caridad y celo de un sacerdote puede á las veces lograr y producir mas que su talento. Pero la falta de virtud y de pureza, ¿con qué podrá suplirse? *Precedan los clérigos á los legos en la vida como los preceden en el oficio*, dice el Concilio. Su oficio es mas escelente sin comparacion y precede al estado de cualquier lego; pues el género de vida debe precederle tambien, y es un mal el que los legos puedan gloriarse de ser mas virtuosos y morigerados que los sacerdotes en cierto sentido. Si la virtud en los sacerdotes es menor que su grado, ¿cómo podrán llamarle con dignidad? ¿Qué limpiará el que está sucio? ¿Podrá esperarse que corrija en los otros lo malo el que no lo ha corregido aun en

(1) In IV. Sent. dist. 24, art. 3, quæst. 1 ad 2.

sí mismo? ¿Podrá perfeccionar á otros en lo bueno el que es menos perfecto que aquellos á quienes ha de perfeccionar? ¿Qué fruto puede esperar de sus amonestaciones y correcciones aquel á quien los amonestados puedan decir: *Medice cura teipsum. Ejice primum trabem de oculo tuo?* ¡Ay de aquellos, dice san Pedro Damiano, que viven reprensiblemente el lugar donde se debe vivir irreprensiblemente! Aquel que se halla tan llagado en su alma que, como Job en el muladar, mana materia y hediondez por todas partes debe tener por mas que cierto que Dios no le llama para ministro de su Iglesia, porque no llama Dios á los indignos, sin que á lo menos antes los haga dignos. *Non ponit vinum novum in utres veteres, sed vinum novum in utres novos* (1). No infunde antes en los vasos el precioso licor de sus dones y los limpia despues; sino que los limpia primero y despues infunde en ellos el licor. A los que elige Dios para algun empleo, dice santo Tomás nuestro maestro, los prepara de suerte, que se hallen idóneos para aquello para que sean elegidos. ¿Valdrá decir que despues de entrar en el estado del sacerdocio mejorará y mudará de vida? Esta es la causa general y el error comun. La promesa de las buenas obras es con lo que pagan los que desean presidir; pero ¿quién hay que haga lo que prometió? Y aun así, no es bastante esto que mas bien que propósito es una adulacion, es preciso que la buena vida haya precedido y sea sólida y verdaderamente virtuosa. Aquel á quien se le encomienda el gobierno de la Iglesia, debe mostrar su buena

(1) Luc., cap. 5, v. 37.

vida con larga prueba, dicen los sagrados cánones. El lugar no santifica al hombre, sino que el hombre al lugar, y es mas fácil que en la dignidad con las nuevas y muchas ocupaciones se minoren las virtudes que antes se poseian, que el que se aumenten ó adquieran de nuevo. El que ayer era el escándalo y la afrenta del cristianismo ¿ha de tener hoy el honor de pastor y maestro? El que ayer era incorregible ¿ha de corregir hoy á los demás? Estas mudanzas repentinas, si bien Dios las obra en algunos para ostentacion de su poder, no son comunes, ni este es el órden de su Providencia. La vida virtuosa, pura y retirada es una señal de que Dios elige á un alma para elevarla á la dignidad del ministerio santo, y el entrar en el sacerdocio sin esta predisposicion, por mas que se hagan propósitos de una verdadera enmienda es indicio de no tener verdadera vocacion y de no entrar en la Iglesia por Jesucristo que es la única puerta. *Hijo*, diré á cada uno de vosotros y me diré á mi mismo, aplicándonos el consejo del Espíritu Santo; *prueba tu alma en tu vida y si fuera mala, no la despotestad, porque no les convienen á todos todas las cosas* (1). No nos dejemos arrastrar de las miras humanas para elevar al sacerdocio á los que sean indignos de esta dignidad por su mala vida, porque es muy dificultoso que se concluyan con buen fin los negocios que se empiezan con mal principio: porque es menos mal para un rebaño no tener guia, que el tener una que le lleve al precipicio; porque si un pastor va fuera de camino, el rebaño que le siga parará en el precipicio; porque Dios,

(1) Eccl., cap. 37, v. 30.

dice santo Tomás (1), nunca abandona á su Iglesia de modo que no se hallen ministros idóneos, suficientes para la necesidad del pueblo, si se promovieran los dignos y se rechazaran los indignos: y si no se pudieran hallar tantos ministros como hay ahora, siempre es mejor que haya pocos y buenos, que no muchos y malos. Y nosotros examinándonos y probándonos á nosotros mismos, guardémonos ya que estamos en el estado del sacerdocio de apetecer dignidades mas altas, si nuestra vida no es como debe ser para entrar dignamente en ellas.

Ciencia necesaria es otra de las condiciones indispensables y otra señal para conocer si la vocacion es verdadera. En cualquier arte ó destino es una locura pretender entrar sin saberlo desempeñar: ¿cuánto mayor será el querer entrar á regir y gobernar á las almas que el arte mas difícil, sin sentirse con los conocimientos necesarios? ¿Y cómo diremos que está llamado por Dios, y tiene vocacion al sacerdocio el que rehusa instruirse en la ciencia de la religion? ¿Cómo podrá ser guia de otros el que no tiene los conocimientos necesarios para regirse á sí mismo? El que está privado de ellos lejos de buscar el honor y dignidad del sacerdocio debe huir de él, debe decir con Isaías (2). *Non son medicus, et in domo mea non est panis.* Yo no tengo pericia para medicinar las conciencias cuando estan enfermas, ni provision para sustentarlas cuando estan sanas: buscad otros mas hábiles para desem-

---

(1) 3 part. sup. q. 36, art. 4 ad 1.
(2) Cap. 30, v. 7.

peñar una dignidad de tanto peso. El sacardote ha de apacentar á los fieles con la divina palabra y apartarlos de las malas doctrinas, y no sirve escusarse con decir que no lo hace porque no sabe, y el entrarse con una asombrosa jactancia llenos de ignominia, desprovistos de la ciencia y los conocimientos necesarios en el sacerdocio y acaso tambien en la cura de almas es insultar á Dios, y una prueba de que Dios no los llama y de que la vocacion de estos no es verdadera.

Preciso es instruirse y tener toda la ciencia necesaria; pero aun no basta esto, es necesaria tambien la rectitud de intencion y proponerse un fin santo. ¿Por ventura la dignidad del sacerdocio fue instituida por Jesucristo para que los sacerdotes viviesen en el regalo, en el ocio, en las diversiones, para que fuese un medio para lucirse en el mundo, hacer fortuna, acrecentar á los parientes ó para lograr otros bienes terrenos? No, hermanos mios, Jesucristo la instituyó para proveer á su Iglesia de ministros que velasen en su conservacion y aumento y le sirviesen y ayudasen en la obra mas grande, que es la salvacion de las almas. No es decir que no se atienda á los emolumentos temporales, porque digno es el operario de su merced, y el que sirve al altar, del altar debe vivir; pero diremos siempre que no debe ser este el fin principal, sino el accesorio y como cosa necesaria. Los buenos pastores, dice san Bernardo, no apacientan para comer, sino que comen para apacentar. Es errar todo lo que no sea proponerse al aspirar al sacerdocio, el mejor servicio de Dios. El hacer del fin medio, y del medio fin es el grande desórden del universo, dice el padre san Agustin. El usar de lo que se ha de gozar, y el gozar de lo

que se ha de usar, es perversidad humana, y sin embargo, es demasiado comun este desórden cuando se trata de entrar en el sacerdocio y en las dignidades eclesiásticas. Servir á Dios por las conveniencias temporales es ser mercenario y jornalero y buscar, no al rebaño de Jesucristo, sino su sustancia. No olvidemos que la ambicion y avaricia ha producido en la Iglesia á casi todos los heresiarcas, que son los lobos y matadores; y la ambicion y avaricia produce tambien á casi todos los pastores desidiosos, negligentes y jornaleros que perjudican al rebaño de Jesucristo poco menos que los mismos lobos.

De aquí nace que errando en el fin no se repara en los medios, y por esto se vé con frecuencia dejarse llevar de los sentimientos de la carne y de la sangre, del orgullo y vanidad de las propias pasiones, del escesivo amor á los parientes y á las comodidades terrenas; se ven puestos en juego la adulacion, los obsequios, las dádivas, los influjos y amistades y tantos medios reprobados para entrar en el sagrado ministerio, saltando como los ladrones y no entrando por la puerta única que es Jesucristo. Pues el que no reuna la virtud y la ciencia necesaria y se proponga por fin principal el servir como buen ministro suyo á Jesucristo su Señor valiéndose de los medios justos, rectos y prudentes para entrar en el sacerdocio y no de los que reprueban todas las leyes divinas y humanas, no es llamado por Dios á ser sacerdote, no puede gloriarse de haber tenido una verdadera vocacion, porque estos son sus caracteres, no ha entrado por la puerta que es Jesucristo, ha saltado por las paredes y es un ladron que se introdujo en el redil de Jesucristo para robar y matar.

¿Qué haremos ahora, si hallamos alguno de estos vicios en nuestra vocacion? ¿Tendremos el desconsuelo de no poder corregir y reparar nuestros yerros? ¿Tendremos tiempo de hacer cierta y segura nuestra vocacion y evitar los anatemas y castigos fulminados contra los lobos y matadores? Sí, hermanos mios, aun podemos con nuestras buenas obras, como nos lo dice el apóstol san Pedro.

Gravísima es la injuria que hace contra Dios el que sin ser llamado por él entra á ser sacerdote, y lo es tambien la que hace contra su propia alma, y una y otra tiene que reparar y resarcir el que haya de asegurar su vocacion. El agravio hecho al Señor puede recompensarle con el arrepentimiento verdadero, con pedir perdon del ultrage cometido y pedirle que le corrija mas con su juicio que con su furor. Así podrá acercarse á Dios el que se habia estraviado y comenzar á ser siervo y doméstico suyo el que era estraño y enemigo. Comete tambien una injusticia y ultrage contra su propia alma el que temerariamente entra en el ministerio sacerdotal y pone en un gravísimo peligro su salvacion, porque cuantas veces ejerce los deberes de su ministerio, como se halla falto de la gracia y asistencia de Dios, suele cometer otras tantas transgresiones contra la voluntad divina y viene á servirle de ruina y perdicion lo que habia de servirle para mayor gloria. Contra semejante mal debe proveerse de una humildad y temor santo el que desee corregir su yerro.

Diré con la posible brevedad para no ser molesto y para que cada uno lo reflexione con mas detenimiento, que si la falta estuvo en el fin y la intencion que nos propusimos, si nos dejamos llevar de la avaricia, la vanagloria, ó las

miras terrenas, depongamos nuestra intencion, arrepintámonos y cuidemos de no querer ya otra cosa que lo que Dios quiere de nosotros. Arrepintámonos tambien si nos valimos de medios poco decorosos y de vilezas y humillaciones indignas. Y si fueron tales que son reprobados por las leyes y hacen nula la institucion que poseemos; si vendimos nuestra alma por entrar en una dignidad de la Iglesia, renunciémosla ó confesando humildemente nuestro crímen, sin miramiento á los respetos humanos, recurramos al Padre comun de los fieles y Supremo Sacerdote para que nos rehabilite por los medios establecidos, sin que dejemos por eso de llorar nuestro pecado amargamente hasta la muerte. Si no tenemos la virtud ni la ciencia necesaria, pidámosla con humildad al Señor; y si no somos virtuosos ó no podemos adquirir la ciencia necesaria para desempeñar nuestro ministerio, dejémosle porque los impedimentos que nos hacian incapaces para entrar en una dignidad, nos hacen tambien inhábiles para conservarla despues de haberla conseguido.

Duro es y no faltará quien al oir esto se llene de horror; pero yo no quiero mas sino que nos juzguemos hoy como ha de juzgarnos Dios en nuestro último dia, y entendamos que vale mas perder todos los bienes de este mundo que perder la gloria, y que es mejor retirarse que precipitarse. Todo se acabará, y nuestra pena no tendria alivio. Pocos son los ejemplares que se ven de este género, y esto prueba lo terrible que es y lo irremediable el mal de entrar sin la verdadera vocacion.

Asistidnos, Señor, con vuestros poderosos auxilios, ayudadnos á reparar los males en que hayamos incurrido al en-

trar en el sacerdocio, y haced que lo perdamos todo antes de faltar á hacer santa y acertada nuestra vocacion con nuestras buenas obras, para que así podamos ser admitidos en vuestro reino. Amen.

F. L. G.

PLATICA V.

DE LA SANTIDAD DE LOS SACERDOTES.

Exige el estado del sacerdocio que sean santos los sacerdotes.

Scriptum est: Sancti Cristis, quoniam ego sanctus sum.
1.ª PETRI., CAP. 1, V. 16.

Todos los estados son santos, porque en todos podemos santificarnos y en todos se han santificado muchas almas; pero el estado del sacerdocio lleva consigo y pone en la precision á los que le abrazan de ser justos y santos, y no puede concebirse que sea uno sacerdote sin que sea justificado y santo, así como concebimos que sea uno buen militar, buen administrador, buen padre, buen esposo y sin embargo no sea un buen cristiano, ni santo; y es la razon porque el sa-

cerdocio es un ministerio de santidad, exige la reunion y complemento de todas las virtudes. El sacerdote como ministro de Jesucristo, dispensador de los misterios de Dios y su mensagero y representante, debe presidir al pueblo en la conversacion y palabras de Dios y estar adornado de una santidad escelente. A todos se los ha intimado por Dios y está escrito para gobierno suyo: *sed santos porque yo soy santo.* Escrito está tambien: *santifíquense los sacerdotes que se acercan al Señor, porque no los castigue* (1). Y para prevenir todo pretesto ó escusa y que no se contenten con un esterior devoto, una santidad puramente aparente y no real, verdadera y de todo corazon, Jesucristo mismo los intimó que no entrarán en el reino de los cielos si no abunda su justicia mas que la de los escribas y fariseos: *Nisi abundaverit justitia vestra plusquam scribarum et Phariseorum non intrabitis in regnum cælorum* (2).

Digo pues, mis venerables hermanos, que no basta que haya sido verdadera nuestra vocacion y que Dios mismo nos haya llamado al sacerdocio. Saul tambien fue escogido y llamado para el reino y ungido por Dios: Nadal y Abiu fueron señalados y llamados por el Señor para el sacerdocio: á Judas le llamó el mismo Jesucristo para el apostolado, y olvidados de una vocacion y dignidad tan sublime mirando hácia atrás, claudicando hácia dos partes y arrastrados de los vicios fueron precipitados al abismo. Puede ser que conformándonos nosotros con este siglo, enemigo siempre de

---

(1) Exod., cap. 19.
(2) Matth., cap. 5, v. 20.

Dios, despues de consagrados y elevados á la dignidad de sacerdotes, implicándonos en los vicios y miserias terrenas despues de nuestra vocacion, ingratos á los beneficios divinos nos olvidemos de nuestra dignidad y de lo que debemos á Dios y nos debemos á nosotros. Digo, que á nuestro ministerio debe acompañar una vida santa como conviene á los que son ministros y representantes de Jesucristo: que para instruir, edificar y dirigir á los demás, como por oficio y destino estamos obligados á hacerlo, es preciso que tengamos una conciencia ajustada y una pureza de costumbres intachable: que el estado de sacerdotes en que nos hallamos pide que seamos santos.

Así lo conocemos y no podemos dudarlo, y yo voy en este rato á manifestaros para nuestra mutua edificacion cuál debe ser la santidad de nuestra vida y costumbres para no desdecir de nuestro sublime estado.

No quiero internarme en lo mucho que exige de nosotros nuestro sagrado ministerio, en cuanto que por él nos constituimos en personas públicas encargadas de servir de ejemplo y de ilustrar y edificar á todos los demás: no consideremos los deberes que nos impone el ser la sal de la tierra, la luz del mundo, el candelero puesto sobre lo alto con la correspondiente luz para alumbrar á todos, y la atalaya á que deben mirar los fieles para no perderse ni estraviarse en el camino que conduce al cielo. No hagamos mérito de las obligaciones especiales y propias de nuestros destinos de párrocos, encargados de apacentar y dirigir á las almas, de prelados y superiores, de directores espirituales de las conciencias, ni de otras que llevan consigo los especiales oficios ó dignidades que desempeñamos. Voy

á considerar al sacerdote como particular, como simplemente sacerdote, con relacion solamente á lo que se debe á sí mismo y á su sagrado carácter, y digo que por esto solo debe ser sólidamente virtuoso y santo, y el no procurárselo es faltar á su deber y hacer una injuria á su estado, en que á imitacion de Dios y como ministro suyo, debe ser santo.

El esterior del sacerdote debe ser modesto, grave, circunspecto y esento de todo lo que indique ligereza y vanidad. El santo Concilio de Trento (1), despues de lamentar la inmodestia y poca honestidad de los clérigos que se atreven á presentar en público vestidos con tanta profanidad y lujo y en trages enteramente de legos, lo que además de ser temerario, es, dice, un indicante de falta de religion y de desprecio de ella, y una prueba de la inmodestia y depravacion interior, ordena y manda que todos y cada uno lleve el vestido correspondiente á su órden y dignidad, guardando la mayor decencia y decoro, y establece, que á los que despues de amonestados no se corrigiesen, se los suspenda de las órdenes, del oficio y del beneficio y de sus frutos, y aun se los prive de los beneficios y oficios que obtuvieren si no se enmendasen despues de amonestados. Todos los concilios, los sumos Pontífices, los santos Padres, las sinodales de los obispados, muy conformes con la misma razon natural, encargan la decencia del vestido de los clérigos; que sea tal que no desdiga de su dignidad ni desagrade á Dios y á los hombres, sin va-

(1) Sess. 14, cap. 6 de Reform.

riacion de colores, y que infunda respeto y manifieste santidad. El abandonar el hábito clerical, especialmente un sacerdote, ¿no es como arrepentirse y avergonzarse de su estado, renunciar al derecho de todas sus esenciones y privilegios, esponerse á los desprecios, burlas y desaires de los fieles, y á corromper sus costumbres aunque no piense en ello? ¿No es verdad que es grandísima la influencia de nuestros trages en nuestros procedimientos y modo de vivir? El trage clerical ¿no nos contiene por sí solo y aparta de ciertas concurrencias y espectáculos, de la entrada y asistencia á muchos lugares, de mezclarnos con ciertas personas, y que tambien contiene y refrena á los que estan delante de nosotros por respeto y miramiento á nuestro trage? ¿Qué podremos decir de la inmoderada licencia y del abuso escandaloso de muchos eclesiásticos en sus vestidos enteramente de seglares, y aun mas profanos que los seglares? ¿Estan arrepentidos de su estado? ¿Dejan el hábito clerical para vivir mas santamente, ó para poder mezclarse donde su hábito los reprenderia, donde el mundo mismo los miraria con horror si apareciesen lo que son, para poder obrar con toda la libertad y desenvoltura de un libertino y licencioso? Lo que desgraciadamente vemos, es que por lo comun y fuera de los casos en que puede ser necesario y aun útil el presentarse sin el hábito clerical, los que no visten como corresponde á un sacerdote no suelen tener vida ni costumbres de sacerdote, y que á su esterior profano acompaña tambien una vida profana. Conviene, pues, á la santidad del sacerdocio el vestir con el decoro propio del estado y del modo admitido en el pais en que cada uno se halle.

Preciso es que sean tambien honestos los modales y maneras del sacerdote. *Decet omnino*, dice el santo Concilio de Trento (1), *clericos in sortem Domini vocatos, vitam moresque suos omnes componere, ut habitu, gestu, incessu, sermone, aliisque omnibus rebus nihil nisi grave, moderatum ac religione plenum præ se ferant; levia etiam delicta, quæ in ipsis maxima essent, effugiant, ut eorum actiones cunctis afferant venerationem.* Sea lo que fuere la clase y dignidad en que se halle constituido un sacerdote, debe ser humilde, así como nos encarga á todos Jesucristo que seamos humildes y mansos de corazon; y esta humildad debe aparecer en sus obras, en su compostura, en sus vestidos, en los muebles de sus casas, en la frugalidad y templanza de sus comidas, en la simplicidad y sencillez que debe hallarse en todas sus cosas, aunque por otra parte sean ricos por su patrimonio y no pueda decirse que malversan los bienes de la Iglesia y los recursos destinados al alivio de los pobres.

Deben los sacerdotes abstenerse de tener en su compañía personas de otro sexo y aun de visitar sus casas ni admitir sus frecuentes visitas, por mas que sean personas piadosas y de buenas costumbres. Debe el sacerdote estar separado de todos los negocios seculares y terrenos, y evitar cuanto pueda el tomar parte en los asuntos que no son de su ministerio, y mucho mas en aquellos que llevan consigo algun peligro de ofender á Dios ó puedan engendrar animosidades y odios entre los fieles. Debe abstenerse de las diversiones y espectáculos profanos, por-

(1) Sess. 22, cap. 1 de Reform.

que por los ojos y los oidos entra la turba de los vicios, dice el Concilio Turonense. No deben mancharse los sentidos de los que estan destinados al santo ministerio, al servicio de Dios y cántico de sus alabanzas, dice un Concilio (1), con ver las representaciones lúbricas, los espectáculos vanos, las comedias, las fábulas y fiestas profanas, y mucho menos deben tomar una parte activa en semejantes entretenimientos. Deben separarse de todas las vanidades y placeres del mundo, concurrencias y espectáculos públicos en que triunfa la obscenidad, la licencia, y todo convida y da ocasion al pecado. Debe el sacerdote, y se lo encargan repetidísimas veces los Concilios y los santos Padres, huir de los juegos de suerte, no mezclarse en ellos y ni aun presenciarlos. ¿Por qué ha de ocupar el juego el tiempo que debíamos destinar á la oracion y á la lectura de los libros santos? ¿Estamos ociosos y en ciertas horas es preciso que nos distraigamos en algo? Pues ese tiempo que con tanto perjuicio de nuestras almas destinamos al juego, destinémosle á visitar los enfermos, á hospedar á los peregrinos, á socorrer á los encarcelados, á componer y concordar á los enemigos y procurarlos la paz, ¡Qué cosa tan preciosa es el tiempo, y qué cuenta tenemos que dar á Dios de él! ¿Y las manos destinadas para consumar los santos sacramentos y obrar la salud de las almas, para imprimir la santa cruz y la fe que hace á los hombres hijos de Dios y herederos del cielo, han de estar ocupadas en manejar las armas de que se vale el demonio para perdernos? Por-

(1) Mediolan. 1.

que los juegos ¿qué son sino los lazos con que enreda Satanás á las almas? Esos juegos de fortuna y suerte que á muchos no les parece que son pecados, llevan consigo infinitos males, dice san Juan Crisóstomo. De ellos nacen las blasfemias, la ira, los insultos, las pérdidas escandalosas y otros muchísimos mas graves. Apenas se dará ocupacion alguna de que nazcan mas males que del juego, dice san Antonino: *Quot enim in taxillis sunt puncta, tot scelera ex eo procedunt. Primum, est amissio temporis; secundum, blasfemia; tertium, contumelia; cuartum, dissipatio substantiæ temporalis; quintum, Ecclesiæ contemptus ea inobedientia; sextum est furtum; septimum est gula; octavum, homicidium; nonum; invidia; decimum, rerum necessariarum in familia penuria ex qua domesticorum quærimoniæ, murmurationes, maledicta: Undecimum, jactantia; duodecimum, mendatium; tertiumdecimum, neglectus divinorum et festorum dierum violentiæ, contentiones, ex quibus contumeliæ et verba inordinata; rapina; aliquando trahit quam violenter unus alium ad ludum, vel volentem recedere invitum tenet, vel falsos taxillos submittit. Oritur scandalum; tristitia in desperationem inducens eos qui perdunt; usura; christianitatis vituperatio contra dictum Apostoli: Non vituperetur Ministerium nostrum, id est, servitium quo servimus Christo, sed per ludum servitur Diabolo.* Ultimamente, dice el mismo santo, que así como Dios inventó las letras para componer la Biblia en que está toda la sabiduría revelada, así el demonio inventó las *cartas*, que es su Biblia con sus puntos y letras negras, en donde se halla la malicia de todos los pecados. Y concluye diciendo: *Non ergo debet dici cristianus, qui deditus est ludo, cum vituperet nomen Christi.*

Me he detenido algo mas sobre este asunto, porque de ordinario no se repara en él y se cree como ocupacion lícita y admitida por la costumbre entregarse al juego, especialmente á los juegos de naipes, y solo podrá escusarse de ser pecado mortal cuando se juega poca cantidad, por distraccion ó recreo y se ocupa poco tiempo, como dice el mismo san Antonio en su Suma.

Con mayor razon debe todo sacerdote abstenerse de la ocupacion de la caza clamorosa con armas, perros y aves de rapiña, y es vergonzoso y hasta insultante á la humanidad el que coman con abundancia los perros en casa de los sacerdotes el pan que escasean los pobres y los infelices jornaleros. Debe abstenerse tambien de los escesos en la bebida y la comida, y aun de entrar en las casas de taberna, no siendo caminando por necesidad. Debe mirarse, no como dueño, sino como depositario y administrador de los bienes que disfrute, y emplearlos santa y piadosamente, teniendo presente lo que encarga el santo Concilio de Trento, y lo que dice sobre esto el padre san Bernardo en una de sus epistolas: *conceditur tibi, ut si bene deservis, de Altario vivas, non autem ut de Altario luxurieris, ut de Altario superbias, ut inde compares tibi fræna aurea, scllas depietas, calcaria deargentata, varia, griseaque pellicea á collo et manibus ornatu purpureo diversificata. Denique quidquid præter necessarium victum ac simplicem vestitum de Altari retines, tuum non est, rapina est, sacrilegium est.*

Tal, pues, debe ser la conducta y vida de un sacerdote, cualquiera que sea su gerarquía y dignidad, como lo encargan los sagrados cánones y conviene á los ministros de Jesucristo: modestos en su trage, en sus movimientos;

puros y santos en sus conversaciones, prontos en el desempeño de su ministerio, dispuestos á edificar con sus palabras, sus consejos y sus ejemplos; apartados de los negocios seculares y de toda ocupacion que no sea digna de su clase, frugales y parcos en las comidas, bebidas y hasta en los adornos y muebles de sus viviendas, que eviten la compañía y las visitas de personas de distinto sexo, que no pierdan el tiempo en juegos, cacerías y otras diversiones estrepitosas y espuestas á peligros de manchar la conciencia; que no asistan á espectáculos, teatros, bailes; que no malgasten sus bienes en lujo ni aun en cosas superfluas; que sean el amparo y recurso de los pobres, de los afligidos y menesterosos.

Todo esto debemos ser por la santidad que pide de nosotros nuestro ministerio, y aun despues de todo esto, hermanos mios, es preciso que examinemos si somos santos como lo es nuestro Dios. Quiero decir: es preciso que no nos contentemos con un esterior de virtud y santidad, con ciertas privaciones y con observar ciertas esterioridades; debemos entrar en nuestra alma y averiguar si es tan santa como Dios quiere que sea, y como conviene al destino y dignidad á que la ha elevado. Si tenemos en nuestro interior aquella humildad, aquel recogimiento, aquella oracion, aquella aplicacion al estudio tan necesario para el desempeño de nuestros cargos, aquel conjunto de virtudes que debemos atesorar para saber dirigirnos y dirigir á los demás: si tenemos aquella pureza que debe hallar en nosotros el Dios de santidad que baja á nuestras manos en el sacrificio del altar. Demasiado debemos saber que no podemos engañar al Señor, y que no nos justificará una virtud

y santidad puramente esterior; que no seremos admitidos á su reino si no abunda nuestra justicia mas que la de los escribas y fariseos hipócritas, y que debemos ser santos como lo es nuestro Dios, en espíritu y en verdad, como Dios quiere que lo seamos.

Volvamos, pues, sobre nosotros y abramos los ojos para ver lo que debemos ser y el riesgo que nos amenaza. No desestimemos la gracia que se nos ha comunicado, ni nos hagamos indignos de ella, y seamos santos como lo es nuestros Dios. ¿Qué será de nosotros si sabiendo lo que nos pide el Señor y nuestro ministerio no se ablanda nuestro corazon, si habiendo de enseñar la ciencia de la salud, no la aprendemos, y si alimentándonos con el pan de los ángeles y participando de la plenitud de Cristo, no nos mudamos en varones perfectos? ¿Para qué ocupamos la tierra de los santos, si no damos frutos de santidad? Esforcémonos, hermanos mios, y Dios nos protegerá y hará con su gracia que adelantemos de virtud en virtud y sigamos con gusto la vida de santidad que nos pide, hasta premiarnos despues con su gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA VI.

DEL MISMO ASUNTO.

Los sacerdotes no solo debemos ser santos, sino ejemplares de santidad que sacrifiquemos á los fieles de Cristo.

Vos estis sal terræ.... Vos estis lux mundi.
MATTH., CAP. 5, V. 14 ET 15.

Por nuestro ministerio no solo nos somos deudores á nosotros mismos, sino que lo somos tambien á los demás y estamos obligados no solamente á ser buenos, sino á procurar y trabajar de todos modos y por todos los medios como ministros de Jesucristo para que todos lo sean. Somos los operarios y colonos de su viña y de su heredad, los encar-

gados de apacentar su rebaño y de dirigirle, somos la sal de la tierra que ha de preservar á los demás de la corrupcion, y dar los conocimientos y ciencia necesaria, y la luz del mundo que debe servir de guia para que caminen y se dirijan por las sendas rectas del cielo los que el Señor ha puesto á nuestro cuidado. Diremos segun esto con los padres de un santo Concilio (1). «*Quanto quis honoris gradu atque dignitate præstat, tanto cæteris omni virtutum genere debet excellere. Ejus enim vita omnium oculis sic exposita est, ut inde bene vel male vivendi communiter exempla duci soleant. Ex quo, ut vitiosi principes, sic flagitiosi sacerdotes, perniciose de republica merentur, quod non solum vitia concipiant ipsi, sed ea infundant in civitatem: præterquam quod efficiunt ut ipsorum dignitas, per se præclara, atque laudabilis, odio atque contemptui apud impium, ved malitiosum hominum genus habeatur. Ideoque clerici, qui in sortem Domini vocati sunt, non solum ab omni vitiorum turpitudine abesse, sed etiam omni virtutum genere ornari debent: spectaculum facti (ut ait apostolus) mundo, angelis, et hominibus. Nemini dantes ullam offensionem, ne vituperetur ipsorum ministerium, sed in omnibus exhibentes semetipsos sicut Dei ministros.*»

Como sacerdotes y ministros de Jesucristo debemos apacentar las ovejas de su rebaño y no basta que nos apacentemos á nosotros mismos, y esto debemos hacerlo con la predicacion de la doctrina sana, con nuestro buen ejemplo y con nuestro celo en la celebracion y dispensacion de los Santos Sacramentos. Con la predicacion de la palabra de

---

(1) Burdigalensis celebr. ann. 1582.

Dios debemos instruir y mover; con el ejemplo ir delante y acreditar con las obras lo que encargamos con las palabras, y con el celo en la celebracion y dispensacion de los Santos Sacramentos edificar á los fieles y socorrer sus necesidades espirituales, para que no clamen y se quejen de que pidieron pan y no hallaron quien se lo partiese.

Siendo estos deberes tan propios de todo sacerdote y que ha de dar una estrechísima cuenta al Señor de su cumplimiento, podemos conocer desde luego que los sacerdotes, no solo debemos ser santos, sino ejemplares de santidad que nos ocupemos en santificar á los demás.

Reflexionaremos en este momento sobre esta verdad.

Nuestro oficio es un oficio y ministerio público; nuestros deberes no son esclusivamente personales, somos la luz que debe alumbrar en la casa del Señor, los que debemos allanar sus caminos y prepararle un pueblo perfecto, los distribuidores de sus gracias y encargados de anunciar sus palabras y su doctrina, los que debemos servir á los demás de norma y ejemplar para vivir bien, y no podemos contentarnos segun esto con ser buenos, sino que debemos ser ejemplares, porque estamos puestos para dar ejemplo. El simple fiel basta que crea y sepa los deberes cristianos y que los cumpla: nosotros somos los maestros que debemos enseñarlos y procurar que los demás vivan segun ellos, y para esto debemos enseñar, corregir amonestar, aconsejar, predicar la palabra de Dios oportuna é importunamente; y como no basta apacentar con la palabra, como no basta que digamos lo que deben hacer los demás si nosotros no lo hacemos, de aquí es que debemos apacentar tambien con el ejemplo y ser tales que vean los fieles en nosotros el ejem-

plar de lo que ellos deben de ser. Si nos limitamos á ser buenos para nosotros solos, seremos siervos perezosos que con nuestro celo y trabajo no procuramos los aumentos de hacienda de nuestro Señor, y nuestro celo y trabajo, nuestra predicacion y todas nuestras tareas serán infructuosas, si no ven en nosotros los pueblos el ejemplo de lo que predicamos y la virtud y santidad que queremos que ellos tengan, porque el comun de las gentes se deja convencer mas de los ejemplos que de las pruebas y argumentos por fuertes y claras que sean: y por eso Jesucristo nos dijo en sus apóstoles: *Yo os di ejemplo, para que como yo lo hice, así tambien vosotros lo hagais.* Y san Pablo decia á sus discípulos: *sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo.* Todos los fieles, dice nuestro doctor angélico santo Tomás, debieran tener siempre delante de los ojos la vida de Jesucristo; pero como esta vida no podia ser conocida por cualquiera de ellos, unas veces inconsiderados y otras ignorantes, por eso quiso Jesucristo que sus apóstoles y sus sucesores saquen inmediatamente de él las virtudes, y que despues las espongan en su vida á sus súbditos para que las imiten, lo que es mas proporcionado á la capacidad de la multitud (1). Pues preciso es para llenar estos deseos que tiene Jesucristo sobre nosotros que no solo seamos virtuosos y santos, sino modelos y ejemplares de santidad.

Terribles son por cierto las amenazas del Señor por el profeta Ecequiel (2), contra los pastores de Israel: *¡ay de*

---

(1) 1ª. Corinth. 11, Lec. 1.
(2) Cap. 34.

los pastores que se apacientan á sí mismos! ¿No son los rebaños los que deben ser apacentados por los pastores? Comíais la leche y os cubríais con la lana y degollábais para comer la res que hallabais mas gorda. No consolidásteis lo que habia débil, no sanásteis lo que habia enfermo, no ligásteis lo que estaba quebrado, no reducísteis lo que se habia estraviado y no buscásteis lo que se habia perdido, sino que mandábais con austeridad y con poder. Mis ovejas se dispersaron todas y fueron devoradas por las fieras porque estuvieron abandonadas y como sin pastor. No quiere pues el Señor que dirijamos á los fieles por fuerza y con austeridad y dominio, sino que nos portemos como guias cariñosos de su grey con dulzura, yendo delante de ellos, precediéndolos en el camino que han de llevar al cielo, trayéndoles con facilidad detrás de nosotros mostrándolos el camino que deben seguir. *Apacentad el ganado de Dios*, dice el apóstol san Pedro, *no forzada sino espontáneamente, ni como dominando en los cleros, sino hechos forma de la grey de corazon*; esto es, siendo regla para la grey con la bondad de la vida; no porque nos falte autoridad con que sujetar al que yerra, sino porque es menester preferir á la autoridad el ejemplo. Pues si con nuestro buen ejemplo debemos dirigir y encaminar a las almas, preciso será que seamos, no solo virtuosos y santos, sino ejemplares de santidad; que con nuestras palabras, con nuestras obras, con nuestras exhortaciones y consejos, con nuestro celo y nuestra doctrina edifiquemos y procuremos santificar á los fieles. No bastará no dar malos ejemplos, sino que es necesario darlos positivamente buenos y trabajar con esmero en bien de las almas para consolidar al débil, aliviar al enfermo, consolar al afligido, reducir

al estraviado, buscar al perdido y convertir al pecador. Por ser sacerdotes y estar investidos de esta sublime dignidad somos ministros de Jesucristo: *pro Christo ergo legatione fungimur*, y debemos no solo adornar nuestro ministerio con las virtudes, sino tambien anunciar la voluntad de Jesucristo á quien representamos, promover su gloria, buscar sus intereses, hacer que procuren todos reformar sus costumbres y vivir santamente. Porque somos sacerdotes y encargados de hacer con las almas los oficios de Jesucristo, de dirigir, apacentar y gobernar á las almas como sal de la tierra y luz del mundo; no debemos dar la menor ocasion de ofensa ni escándalo á los fieles; debemos llenar los deberes de nuestro ministerio con fidelidad, guardándonos de servir de ofensa á alguno con nuestras palabras ó con nuestras obras de modo que le escandalicemos y por causa nuestra sea vituperado nuestro ministerio; y el Evangelio que predicamos caiga en burla y desprecio, lo que sucederá si nuestra vida no corresponde á nuestra predicacion y obramos lo contrario de lo que mandamos en nombre de Jesucristo. El sacerdote, el pastor, el predicador evangélico debe ser conocido de los pueblos por sus buenos ejemplos, no sea que con la depravacion de su vida, nada conforme con la moral cristiana, destruya lo que edifica con sus palabras. ¿Qué mayor ofensa de Dios y escándalo de su Iglesia puede darse, que el que los sacerdotes, no solo no sean tan buenos como los legos, sino que vivan aun peor y en mas disolucion? Por esto nuestro sagrado ministerio cae en desprecio aun de los mismos mundanos, el órden sacerdotal es vituperado y mirado sin respeto, y hasta el mismo Jesucristo sufre un oprobio en tener tales ministros. Los

sacerdotes indignos, dice el padre san Gregorio (1), conculcan con su género de vida aquellas mismas cosas que penetran por su inteligencia. Enseñan, no lo que aprendieron con la práctica, sino solamente con el estudio, y lo que predican con sus palabras lo impugnan con sus costumbres, y así sucede que, caminando el pastor por los despeñaderos, el rebaño le sigue al precipicio. Por esto se queja el Señor de esta abominable ciencia de los pastores, con las palabras que leemos en el profeta Ezequiel (2): *cum purissimam aquam biberetis, reliquam pedibus vestris turbabatis. Et oves meæ his, quæ conculcata pedibus vestris fuerant, pascebantur, et quæ pedes vestri turbaverant, hæc bibebant.* Los sacerdotes beben el agua limpia y acrisoladísima en el estudio de las sagradas letras y de las verdades eternas que Dios se ha dignado revelar á los hombres; y el mancharla con sus pies es estorbar su virtud y eficacia con una mala vida. Las ovejas beben el agua revuelta y cenagosa, pisada por los ministros de Jesucristo, porque por lo comun no atienden á las palabras que oyen, sino que imitan los depravados ejemplos que ven. Por esto dice el Señor de estos malos sacerdotes: *Facti sunt Domini Israel in offendiculum iniquitatis.* Nadie hace mas daños ni ocasiona mayores perjuicios en la Iglesia de Dios que el que lleva un nombre y carácter y dignidad sagrada, y obra inicuamente. A semejante pecador no hay quien se atreva á reprender, amonestar ni corregir, y la culpa se estiende

(1) M. P. S. Part., cap. 2.
(2) Cap. 34, v. 18.

con el mal ejemplo cuando el mismo pecador es honrado por miramiento y respeto á su dignidad. Estos indignos ministros evitarian con tiempo el enorme peso de un reato tan grande si meditasen en su corazon la sentencia de Jesucristo que dice: *Qui scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola assinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris.* Aquel, pues, concluye el padre san Gregorio, que elevado á un estado de perfeccion y santidad, en vez de edificar y fomentar en los otros la virtud, los destruye y arruina con sus palabras ó con sus ejemplos, fuera mejor que viviese mal, quedándose en el estado de un particular, que dar ocasion á los demás por su ministerio y sagrados oficios que ejerce á que imiten su maldad y se escuden y alienten con su mal ejemplo, porque al fin si se condenase él solo, tendria menos pena que sufrir en el infierno.

No demos, pues, ocasion, repetiré con el apóstol san Pablo, á que por nosotros sea vituperado y escarnecido nuestro ministerio, y seamos tan degradados como hemos sido en estos tiempos, aprovechándose los impíos y mundanos de la vida viciosa y relajada de algunos para insultar y menospreciar á todos, y poner en ridículo hasta nuestra santísima religion; por el contrario, manifestémonos y dejémonos ver en todo como ministros de Dios: *In omnibus exhibeamus nos metipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ á dextris et á sinis-*

tris; per gloriam et ignobilitatem; per infamiam et bonam famam, ut seductores et veraces; sicut qui ignoti et cogniti: quasi morientes et ecce vivimus, ut castigati et non mortificati; quasi tristes, semper autem gaudentes; sicut egentes, multos autem locupletantes; tamquam nihil habentes et omnia possidentes (1). Tal debe ser el que está señalado y honrado con el carácter de sacerdote y ministro de Jesucristo, y á todo debe tener preparado su ánimo para desempeñar con fidelidad su ministerio. Ni las angustias, ni las persecuciones y trabajos deben acobardarle y retraerle de presentarse siempre como ministro de Dios y depositario de sus misterios. Nunca es mas grande, ni mas digno, ni mas recomendable y temible hasta de sus mismos perseguidores, que cuando sufre y padece, y sabe despreciarlo todo y hacerse superior á todo por llenar los deberes de su ministerio sagrado. Siempre debe trabajar y confiar en que fructificarán sus trabajos, aunque halle dificultades y los hombres correspondan con injurias á sus desvelos. Como sacerdotes y ministros de Jesucristo seamos humanos, afables, compasivos y accesibles á todos. ¿Quién no es suave y cariñoso con aquellos á quienes ama? Pues nosotros debemos amar á todos como ama una madre á su niño de pecho á quien da de mamar. *Tanquam si nutrix foveat filios suos: Ita desiderantes vos, cupide volebamus tradere vobis, non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras: quoniam charissimi nobis facti estis* (2). Para todos, pues, segun el

(1) Corinht. 2.ª, cap. 6.
(2) Thessal., cap. 2.

sentir y la bella semejanza del apóstol, debemos ser como una madre cariñosa que siente el mal de sus hijos, que los busca el remedio, que procura sus aumentos, que anhela por su prosperidad. Así es como llenaremos el encargo que Jesucristo nos hace de ser la sal de la tierra y la luz del mundo, logrando que se evite la corrupcion de costumbres y que sigan por el camino recto del cielo. Reconozcamos y convenzámonos de la necesidad que tenemos, no solo de ser buenos y santos para nosotros mismos, sino celosos y útiles para los demás, ansiosos de que se santifiquen todos, y prontos á proporcionarlos la santificacion con la doctrina sana, instruccion y predicacion de la palábra de Dios, con nuestro buen ejemplo y con la dispensacion de los divinos misterios que Dios nos ha confiado para remediar á los hombres.

Procuremos tener esta bondad que sirva de ejemplar y regla para los fieles, el celo y aplicacion por la salud y bien de las almas, si hasta ahora hemos sido siervos tibios y perezosos. Y el Señor agradecerá nuestros trabajos y nos recompensará como á una madre que ha aumentado el número de sus escogidos. Así sea.

F. L. G.

PLATICA VII.

DEL MISMO ASUNTO.

Es muy sensible y deplorable el estado de un sacerdote tibio y negligente en el desempeño de sus deberes sacerdotales.

Noli negligere gratiam quæ est in te, quæ data est tibi... cum impositione manuum presbyterii.
1. TIM., CAP. 4, V. 14.

No hagas poco aprecio de la gracia que recibiste por la imposicion de manos de los presbíteros. Yo no me atreveria á recordar hoy á una corporacion de sacerdotes tan respetables esta prevencion que el apóstol san Pablo hizo mas de una vez á su querido discípulo Timoteo, si esto mismo no

descubriese su importancia. Si el apóstol creyó indispensable hacer esta advertencia á un discípulo como Timoteo, de una niñez tan santa, de una juventud tan pura, acreditadas por los testimonios de los fieles tan honoríficos y públicos á cuya santidad no pudo despues resistir la vana ostentacion de sabiduría, prudencia é incredulidad mundanas; á un ministro del Evangelio lleno de aquel espíritu que habia recibido en su ordenacion y que derramaba á manos llenas sobre los pueblos y naciones que se le habian confiado: á un varon apostólico, humillado, abatido, perseguido, que todo lo sufria por el bien de los escogidos, que estaba preparado todos los dias á morir por Jesucristo, que le enviaba mirando á la muerte como una especie de ganancia y galardon: si á pesar de todo esto el apóstol le exhorta para que de tiempo en tiempo resucite la gracia que recibió por la imposicion de las manos, ¿no será de la mayor importancia el aplicarnos esta prevencion á nosotros que llamados al ministerio en un tiempo de decadencia y relajacion parece que seguimos el espíritu del siglo en que vivimos? ¿A nosotros que en medio de la tibieza general de la fe y la piedad apenas nos mantenemos en ella cuando debíamos sostener á los que perecen? Demasiado cierto es que la relajacion y las diminuciones del primer espíritu de nuestro ministerio son la mayor plaga que ha padecido la Iglesia y el orígen de la perdicion y vilipendio de sus ministros.

Voy por lo tanto á limitarme en este dia á manifestar en cuanto me sea posible el estado peligroso y lamentable de un sacerdote tibio y negligente en el desempeño de sus deberes sacerdotales, para que le evitemos y aprovechándonos de la prevencion del apóstol, nos estimulemos á resu-

citar aquella gracia que recibimos en nuestra ordenacion.

No voy á tratar del estado de vida relajada y escandalosa de algunos ministros del Señor: voy á hablar solamente de aquel estado en que los ministros mas santos y sublimes se juntan ó acompañan con una vida comun que nos inclina á las cosas terrenas y carnales, y que absolutamente es incompatible con los nobles sentimientos de celo y de fervor de que depende nuestra seguridad y todo el fruto de nuestro ministerio. Voy á hablar de aquella continua negligencia en cumplir con las obligaciones sagradas de este, de aquel hábito que insensiblemente adquirimos, de celebrar, de conferir los santos Sacramentos, de rezar el oficio divino y cantar las alabanzas de Dios, de tratar las cosas de Dios tan terribles y santas puestas á nuestro cuidado con una familiaridad, insipidez, distraccion y disgusto que disminuyen y aun acaban nuestra devocion y piedad cuando debieran aumentarla. Digo, pues, que semejante estado es aun mas terrible que el de los grandes escesos y desórdenes; porque al fin la educacion cristiana, piadosa y eclesiástica que recibimos, el temor de Dios y sus castigos, la santidad misma del ministerio tan terrible que ejercitamos nos libran las mas veces de los riesgos conocidos y notorios en que la inocencia y la justicia suelen lastimosamente naufragar: pero ¿qué podrá sacarnos del estado de tibieza? El es como una enfermedad oculta que nos va minando, estenuando y acabando poco á poco. Es de aquella especie de males que no descubriéndose por medio de síntomas visibles y manifiestos, se los desatiende, ajan la primera flor de la salud, debilitan las fuerzas y se hacen de difícil curacion.

Por lo mismo que estamos consagrados á Dios, el estado

de tibieza aleja de nosotros su benevolencia particular y aquellas gracias especiales que reserva para los ministros fieles, porque cuanto mas exige y espera de nosotros, tanto mas se irrita cuando le faltamos; cuanto mayor debe ser nuestras pureza, tanto mas nos afea y nos pone disformes á sus ojos la menor mancha. Somos la luz de los simples fieles, y la mas ligera nube oscurece este resplandor y nos deja como en tinieblas á los ojos de aquel que nos habia puesto por lámparas siempre encendidas y resplandecientes. Nuestras faltas vienen á ser unos eclipses que no solo trastornan el órden de la gracia dejando á oscuras á los fieles, á quienes teníamos el cargo de alumbrar, sino que impiden el que el Señor nos mire con particular afecto. Y como las tinieblas son siempre el justo castigo de nuestras infidelidades, cuanto mas las multiplicamos, tanto mas se apagan las luces que nos debian alumbrar, y tanto mas nos alucinamos acumulando poco á poco tesoros de furor en que no reparamos, y fondos opuestos á los soberanos designios, que no presentando á la vista cosa que parezca delito no turban nuestra falsa paz: y esto es lo que á muchos constituye en la situacion peligrosa de no tener inquietudes ni remordimientos de conciencia, y lo que nos impide conocer el inminente riesgo que corremos. Las grandes caidas sobresaltan y pueden ser alguna vez motivo de nuestra conversion y de que entremos en cuentas con nosotros mismos: pero el poco ó ningun cuidado con que reflexionamos sobre nosotros y nuestras obligaciones, y el hábito de indolencia y disipacion con que las ejercemos, de ningun modo nos mueven, ni nos producen remordimientos interiores, y esta falsa tranquilidad ha de hacer precisamente, si no im-

posible, por lo menos muy difícil nuestra enmienda. Así sucede que nos adormecemos en esta vida, llamémosla simple, desidiosa, insensible á las cosas del cielo, destituida del espíritu, aunque acompañada de una regularidad aparente; nos calmamos con los deseos de una vida mas fiel y fervorosa, que sentimos á veces en medio de nuestro letargo y que de allí á un instante vuelven á dejarnos caer en él: no vemos en ella delito grave conocido; pero no advertimos que este género de vida particularmente en un sacerdote siempre ocupado en los mas santos misterios, es un delito grande á los ojos de Dios; y tampoco reflexionamos que si viviendo de este modo nos libramos de caidas mayores, es tal vez un artificio del enemigo tentador que temeria dispertar con ellas los remordimientos de nuestra conciencia, y quiere mas bien asegurar nuestra perdicion con el sueño mortal y profundo en que nos tiene sepultados. Sueño de que ni la práctica misma de nuestras sagradas funciones, ni el bullicio del mundo, ni los medios tan eficaces para los simples fieles pueden ó alcanzan á dispertarnos. El ejercicio de nuestro ministerio lejos de servir para sacarnos de este letargo, no es mas que un recurso sin fuerzas á que nuestros males estan acostumbrados y que casi siempre en vez de curarlos, los encona, los agraba, los aumenta y por la falta de disposicion con que debe ejercerse santamente, se trueca en abuso y acaso profanacion, viniendo así á ser contra nosotros los mismos medios dispuestos para obtener la salud. El bullicio del mundo nos atolondra en vez de dispertarnos; vemos, aun entre algunos de los que son compañeros nuestros en el santo ministerio varios desórdenes que aumentan nuestra paz falsa y engañosa, porque hallán-

donos libres de ellos, nos figuramos ya que somos agradables á Dios: viendo sus estravíos nos decimos interiormente como el Fariseo, que *no somos como ellos*, y tranquilos con este odioso paralelo ó acaso envanecidos y privados de aquel espíritu de fervor que ya no nos alienta, el amor propio no cesa de representarnos nuestras costumbres como irreprensibles poniéndonos delante un fantasma de virtud que nos asegura y adormece.

Tampoco nos aprovechan los medios de conversion que suelen ser tan eficaces para los simples fieles. Estos, si ignoran sus obligaciones encuentran en nuestra enseñanza el conocimiento de las verdades que ignoraban, y hallan en nosotros un remedio que recordándoles su abandono les hace volver en sí; pero nosotros habituados á un lenguaje que sale de nuestra boca sin que lo inspire el corazon y que usamos solo por costumbre y como de oficio, nos quedamos en el mismo estado que teníamos, y acabando así de consumar nuestra obstinacion, nos perdemos con los mismos medios de que nos valemos para salvar á nuestros hermanos. Así es que todos los dias vemos simples fieles que reconocidos mudan de vida, y de grandes pecadores llegan á ser el ejemplo y la edificacion de un pueblo; pero no advertimos de estas mudanzas en los sacerdotes: los mas viven hasta el fin de su carrera como vivieron al principio de ella; si mudan es para empeorar, porque habiendo empezado con alguna apariencia de rectitud y de celo continuan despues descubriendo todas las inclinaciones viciosas que aquellos especiosos principios habian ocultado; y como cansados de verse sin libertad se sueltan con menos miramiento y mas escándalo. Digo escándalo, porque para un sacer-

dote el no edificar es escandalizar: no mostrar en sí, en su conversacion, en sus inclinaciones, en su conducta y en todo su método de vida ninguna cosa que escite á la virtud es, si no autorizar, al menos inspirar el vicio: no confirmar con la santidad de sus costumbres la santidad y magestad de las verdades que profesa, es desacreditarlas: en una palabra, el no ser mas santo y virtuoso que los simples fieles es deshonrar su ministerio. ¿ Ni qué mayor escándalo en un hombre consagrado especialmente á Dios, que fundar toda su virtud en no haber sido relajado ni escandaloso? Si es como el comun de los demás hombres, si ama los placeres, la comodidad y delicias de la vida, los convites, las visitas, las distracciones, y esto le hace aborrecer el recogimiento, el estudio y la oracion; si busca las concurrencias mundanas para alivio de las santas tareas, esto basta para que Dios le mire con tedio por acercarse á ejercer sus funciones sublimes, sin la mas pura y santa disposicion y tal vez desde las concurrencias festivas, desde el juego y la distraccion mundana.

Consideremos pues atentamente estas verdades importantes, reflexionemos con seriedad que los grandes desórdenes no son por lo comun los que condenan á la mayor parte de los sacerdotes ni el haber infamado á la Iglesia con pecados ruidosos de escándalo; sino el no haberla edificado con alguna cosa buena. El árbol que no lleva fruto está tan maldito como el cortado ó arrancado, y el Evangelio condena á las mismas tinieblas y á los mismos tormentos al siervo inútil que al infiel.

Voy á concluir con las palabras que el apóstol dirigia á su discípulo Timoteo en su primera carta: *Tu autem homo*

Dei hæc fuge. Nosotros que somos acá en la tierra los ministros y enviados por Dios y sus coadjutores en la salvacion de las almas, llenemos toda la sublimidad y todo lo que exigen de nosotros estos ilustres títulos. He manifestado la situacion y estado peligroso de un sacerdote tibio que no trata de salir del estado de negligencia, que poco á poco le va estenuando hasta hacerse su enfermedad de difícil y rara curacion, sin que alcancen á conseguirla las luces con que Dios nos ilustra, porque se debilitan con nuestras infidelidades hasta que nos alucinamos sin sentir las inquietudes y remordimientos de la conciencia y caemos en un sueño profundo, de que ni el ejercicio de nuestro ministerio, ni el bullicio del mundo, ni los medios tan eficaces para los simples fieles llegan á despertarnos. El remedio seguro contra este deplorable mal es recurrir á nuestro fervor primitivo tan luego como notamos que se debilitan nuestras fuerzas, que nuestra piedad se entibia, que nuestro celo desmaya y que nuestro interior desconcertado amenaza una total ruina: *Noli negligere gratiam quæ est in te, quæ data est tibi.... Cum impositione manuum presbiterii.* Apreciemos y hagamos revivir en nosotros la gracia que recibimos en nuestra ordenacion, y puesto que somos los hombres de Dios, no seamos los hombres de la tierra, de la carne y de la sangre, no dejemos apagar por nuestra disipacion y negligencia las inclinaciones laudables y dignas del sacerdocio que Dios nos infundió; cultivemos las semillas de la gracia de nuestra vocacion antes que el enemigo comun las sofoque. Culpa nuestra será si los talentos que requiere nuestro ministerio, los principios de religion y de fe que tenemos y la regularidad de nuestras costumbres no nos ponen en estado, no

solo de servir, sino tambien de edificar á la Iglesia y por falta de predicacion y de fervor inutilizamos y dejamos estas grandes disposiciones sin fruto, quedando sin la recompensa que de otro modo tendrian en la patria celestial. Quiera el Señor que seamos fervorosos para que así consigamos sus premios. Amen.

F. L. G.

PLATICA VIII.

DEL CELO CRISTIANO INHERENTE AL SACERDOCIO.

El celo por la honra de Dios y la santificacion de las almas es condicion necesaria y como inherente á todo el que es sacerdote.

Ministerium tuum imple.
2.ª TIMOTH., CAP 4, V. 5.

Trabajar como buenos soldados de Jesucristo se manda á todos los que teniendo la dicha de ser cristianos se alistan bajo de sus banderas, pero á los que somos superiores y gefes en esta milicia, á los que somos encargados del mismo Jesucristo para conservarla, regirla, aumentarla y distribuirla sus dones se nos exige y se nos manda mas: que llenemos nuestro ministerio: *Ministerium tuum imple.* No creo que haya sacerdote alguno que esté persuadido que su sublime estado es solo un estado de regalo y comodidad

que se autorice para tener una vida dulce y tranquila y que sea la que fuere su dignidad ó destino, por verse en él se crea con un privilegio que le dispense de las ocupaciones laboriosas del sagrado ministerio. Hallo mas peligro en que se engañen muchos considerando el destino de simples sacerdotes en que se hallan sin tener á su cargo el cuidado de las almas, como un destino deparado por la divia Providencia para entender esclusivamente en el negocio de su propia salvacion: es muy fácil que el amor de una vida retirada, ó la delicadeza de conciencia, ó un sentimiento escesivo de nuestra indignidad, ó una idea mal concebida de la santidad de nuestras funciones lleguen á persuadirnos de que á un sacerdote que no está ligado con la cura de almas le basta edificar á la Iglesia con sus ejemplos sin ayudarla con su trabajo y sus desvelos: ser irreprensible á los ojos de los hombres sin servirlos de algun socorro, y en fin, trabajar en la santificacion propia descuidándose y sin tomarse el celo de atender á la de nuestros prójimos. Esta equivocacion es la que deseo desvanecer y voy para ello á manifestar: que un sacerdote es un ministro público encargado de los intereses del Señor y de la santificacion de las almas, que por solo ser sacerdote, sea el que fuere su destino, debe estar animado de celo y que el fervor y ansia por la gloria y servicio de Dios y salvacion de los hombres es condicion necesaria y como inherente á todo el que es sacerdote, para que no podamos escusarnos y justificar nuestra tibieza, frialdad é indiferencia.

Efectivamente, venerables señores y hermanos mios, de cualquier modo que consideremos el sacerdocio, una vez constituidos en este sublime estado somos personas pú-

blicas, contraemos enlaces esenciales y santos con todos los fieles, y somos como las piedras angulares en que estriba el edificio de la Iglesia de Jesucristo. Un sacerdote, solo por estar señalado con este carácter augusto y condecorado con el sacerdocio cristiano se halla encargado, en cualquier puesto que le ocupe la Iglesia, de los intereses del pueblo para con Dios y de presentar todos los dias á los pies de su trono las necesidades de los fieles.

No quiero que se imagine por esto que es mi ánimo ó que trato de que se iguale al simple sacerdote con el párroco, á este con el prelado diocesano, y á los obispos con el pastor universal, Pontífice sumo y vicario de Jesucristo. Esto sería sentir como los novadores condenados hace tiempo por la Iglesia y seguidos en los últimos dias por una clase de sectarios, tanto mas perjudiciales, cuanto que aparentan y se encubren con el deseo del bien y celo por la religion. Estoy muy distante, por la misericordia de Dios, de sentir de esta manera, y lo que digo solamente es, que el apostolado y el sacerdocio no forman en cierto sentido sino un mismo ministerio, pues que todo sacerdote es un enviado de Jesucristo á los hombres, y aunque su celo esté sujeto á la direccion de los primeros pastores y ejerza sus funciones con dependencia de ellos, el celo es su primera obligacion y no es sacerdote sino para ejercer aquellas. Desde que la Iglesia por la gracia sacerdotal nos asoció al santo ministerio, quedamos hechos coadjutores de Dios en la salvacion de las almas y entramos á la parte del sacerdocio de Jesucristo, que no fue constituido Pontífice supremo y Sumo Sacerdote, sino para restituir á su Eterno Padre la gloria que la malicia de los hombres le habia qui-

tado, para destruir el reino del pecado y formar un pueblo espiritual, inocente, fiel.

Esto es á lo que nos consagramos cuando recibimos la imposicion de las manos. ¿Qué importa que entonces no se nos encargue ó que ahora en el destino en que nos hallamos no estemos encargados por la Iglesia de dirigir y custodiar una porcion de su rebaño? ¿Dejará por eso de estarlo todo, en cierto modo, confiado á nuestro cuidado y encomendado á nuestro celo y á nuestra caridad? La mision del Pastor principal Jesucristo ¿no nos constituye padres de los fieles, y no nos preciamos de que estos nos honren con tan glorioso título? ¿Intentaria la Iglesia asociar al santo ministerio obreros ociosos? ¿Se propondria hacernos sacerdotes para que presentándonos en nuestros templos á los fieles hiciésemos ostentacion de la dignidad sacerdotal en estos edificios materiales dejando perecer á nuestros prójimos que son el templo vivo del Espíritu Santo, como si nuestra funcion principal á la que se refieren todas las demás no fuera la edificacion, santificacion y salvacion de las almas? Podemos tener por seguro, que la Iglesia no nos hubiera hecho participantes de los honores si hubiéramos declarado que no era nuestra intencion entrar á la parte de sus trabajos. Así es que todos los títulos con que nos condecora al conferirnos el órden sagrado son títulos laboriosos, títulos de caridad y de solicitud. Su amor á los hijos de Dios es el motivo que la hace instituir ministros coadjutores de Dios para la salud de sus mismos hijos. ¿Y creemos haber cumplido exactamente con nuestras obligaciones con habernos ocupado, las mas de las veces sin atencion ni fervor, en el rezo de ciertas oraciones que la Iglesia

nos impone y con haber ejercido con negligencia y poca ó ninguna edificacion, algunos actos esteriores del culto divino anejos á los mismos títulos que tenemos en la misma Iglesia? ¿Cumplirá con ellas un sacerdote contento con tener un corazon lleno de mundo, que ni aun acierta á sentir gusto en las cosas espirituales y cuya imaginacion disipada y manchada con mil imágenes indignas de su estado, no sabe recogerse algunos instantes en la presencia del Señor; un sacerdote que apenas y no sin gran repugnancia se determina á robar á sus placeres algunos instantes precipitados para honrar á Dios con la estremidad de la lengua y dejar correr friamente por los labios unas palabras las mas significantes y divinas? ¿Creerá que llena los deberes de su ministerio un sacerdote con rezar con precipitacion y sin reflexionar en lo que dice, el oficio divino, y ocupar en el ocio el resto del dia ó en obras que sean del servicio del mundo y del de Dios y bien de su Iglesia?

Confesemos ingenuamente que estamos obligados á mucho mas por razon de nuestro ministerio, por solo ser sacerdotes. Es verdad que la Iglesia nos ha impuesto á todos sin distincion la carga del rezo de las horas canónicas ú oficio divino como una obligacion diaria y pública persuadida de que las oraciones de los sacerdotes son los conductos por donde se derivan á los fieles las gracias públicas y particulares, y de que sus clamores son oidos por el Padre celestial por el respeto debido á la dignidad y eminencia de su carácter, y por Jesucristo su Hijo á quien representan y en cuyo nombre y por cuyos méritos le piden. Desempeñando como es debido y lo quiere la Iglesia esta obligacion podemos ser útiles en esta parte á nuestros próji-

mos ¿pero somos enviados del Señor para esto solamente?

No pretendo que la Iglesia haya impuesto á cada uno de los sacerdotes la obligacion de anunciar á Jesucristo á las naciones bárbaras y regar con su sangre las tierras mas remotas é incultas para atraer á los pueblos que jamás oyeron pronunciar su santo nombre ni la publicacion de su santísima ley. Sabemos que este ministerio está reservado á un pequeño número de obreros apostólicos, que perpetuan en la Iglesia el primitivo espíritu y adelantan incesantemente por medio de sus fatigas el cumplimiento de las divinas promesas sobre la plenitud de las naciones que deben entrar algun dia en el recinto de la nueva Jerusalen. Podemos dejar aquellas gentes incultas y salvajes á los obreros generosos que despreciando los peligros del mar y de la tierra, y abandonando, no solo sus comodidades, sino sujetándose á infinitas privaciones, se determinan á sembrar entre ellas la semilla santa; pero no podemos dispensarnos de limpiar el campo de Jesucristo de la cizaña y los escándalos que brotan en él continuamente. Por la infinita misericordia de Dios y la predileccion con que desde el principio del cristianismo ha distinguido á nuestra patria, se ha conservado ilesa entre nosotros en medio de la duracion y corrupcion de los siglos la fe y la doctrina santa que recibimos de nuestros predecesores en el sacerdocio, sin que las heregías ni las nuevas doctrinas que algunos espíritus indóciles y soberbios han procurado suscitar de tiempo en tiempo, hayan servido de otra cosa que de afianzarnos mas y mas en ella á pesar de todas sus astucias, y como con los sacerdotes ha sucedido con el comun de los fieles; pero no ha sucedido lo mismo con las costumbres

que en tanto grado se han ido corrompiendo. ¿A quién, pues, tocará sino á nosotros que somos los sacerdotes y ministros, volver la herencia de Jesucristo á su antiguo esplendor y pureza? ¿Mereceremos este nombre y seremos hallados fieles al darles nuestras cuentas, si por nuestra tibieza é indolencia dejásemos perecer el fruto precioso de sus trabajos y de su sangre á unas gentes que llamó el cristianismo, admitió á su rebaño y puso á nuestra custodia? ¿Si miramos con ojos serenos como la malicia y la impiedad prevalecen entre los hombres, como se repiten, autorizan y trasforman los escándalos en usos públicos, como los fieles permanecen tranquilos en una fe muerta, vacía de caridad y de buenas obras, como se halla tan abandonado el culto divino, y el Dios de santidad y bondad, en medio de ser reconocido, se halla tan olvidado y sin adoracion en nuestros pueblos, como lo pudiera estar antes que recibiesen la luz del Evangelio; como, en fin, un pueblo de adquisicion que debiera ser el buen olor de Jesucristo por la inocencia y santidad de sus costumbres, le deshonra con escesos de que los gentiles se hubieran avergonzado, y sea la causa de que los impíos blasfemen de la religion? ¿Qué disculpa nos justificará y pondrá fuera de toda responsabilidad delante de Dios y de los hombres? ¿Cómo podremos escusar nuestra insensibilidad ó indiferencia? ¿Nos bastará decir que no estamos especialmente encargados de una grey? Pero el Señor nos dice por Ezequiel: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram.* ¿Porqué tanta responsabilidad sobre nosotros? El mismo Señor nos lo dice: *Speculatorem dedi te domui Israel, et audies de ore meo verbum, et annuntiabis eis ex me. Si dicente me ad*

impium: *Morte morieris*, *non annuntiaveris ei*, *neque locutus fueris ut avertatur á via su impia et vivat*: *ipse impius in iniquitate sua morietur*, *sanguinem autem ejus de manu tua requiram*. El Señor nos dice por Oseas: *conticuit populus meus eo quod non habuerit scientiam*: *quia tu scientiam repulisti*; *repellam te*, *ne sacerdotio fungaris mihi*. Y bien espresamente nos dice Jesucristo en su Evangelio, que si nos avergonzamos de confesarle delante de los hombres, dejará de reconocernos por suyos delante de su Padre celestial. Los hombres tambien saben y nos dirán que somos ministros del santuario, mantenidos por los pueblos y sucesores en el sacerdocio de aquellos que entregaron sus almas para conquistar el suelo que habitamos. ¿Servirá reponder que nos faltan los talentos necesarios y la instruccion oportuna para ser útiles á nuestros prójimos? Pero prescindiendo de que esta persuasion de nuestra insuficiencia es mas un pretesto que una realidad: prescindiendo de que esta misma persuasion es uno de los requisitos para ejercer con fruto nuestro ministerio, porque nada debemos prometernos de nosotros mismos, sino todo de Dios: *In virtute Dei*, como nos dice el apóstol; debemos saber que el talento mayor y que equivale á todo consiste en un deseo ardiente de la salvacion de las almas. Con amar á nuestros hermanos y tener un corazon penetrado é inflamado de aquel santo deseo, tenemos todos los talentos que los pueden ser útiles. Este es el tesoro de que nos habla Jesucristo y de donde un doctor instruido en el reino de los cielos saca todas sus riquezas antiguas y nuevas. Pero nos sentimos con mayor propension al retiro, á la quietud, al descanso y á los intereses de nuestra propia salud espiri-

tual... Estaria bien que siguiésemos esta propension habiendo sido instituidos ministros públicos, á fin de vivir para nosotros solamente; pero nada hay mas opuesto, dice san Juan Crisóstomo, al espíritu del sacerdocio, que la vida tranquila y retirada, que sin fundamento miran algunos como un género de vida mas perfecto y mas sublime. ¿Y cómo tales ministros, dice san Gregorio, pueden preferir las dulzuras y seguridad del reposo y retiro á la utilidad y salud de sus hermanos, despues que han visto que el mismo Unigénito de Dios no rehusó salir del seno de su Eterno Padre para ser útil á los hombres, trayéndoles la verdad y la vida? En un caso solamente podria justificarse nuestro amor al reposo, y es cuando nuestro celo no tuviese objetos en qué ejercitarse. Veamos si faltan en el dia y si tan fértil y abundante está la herencia de Jesucristo que no necesite de cultivo, y si son tantos los operarios que sean por demás nuestros brazos. Examinemos si faltan ocasiones en que podamos ocuparnos en nuestro ministerio con fruto y á mayor gloria de Dios y bien de nuestros prójimos, y concluyamos que no debemos trabajar en nuestra santificacion propia solamente, descuidando los intereses del Señor y la santificacion de las almas, de que como ministros públicos y por solo ser sacerdotes estamos encargados. Así será como llenaremos nuestro ministerio y trabajaremos como gefes en la milicia de Jesucristo. De otro modo preparémonos á responder á los cargos que el Juez Supremo y Sacerdote Eterno nos hará en el dia de su gloria, que se digne concedernos á todos. Amen.

F. L. G.

PLATICA IX.

MOTIVOS DE LA FALTA DE CELO.

La falta de amor á Dios es la causa de que los sacerdotes sean tibios y sin celo.

Si quis diligit me, sermonem meum servabit et Pater meus diligit eum.
JOAN., c. 14, v. 23.

He manifestado ya y no podemos desconocer que por nuestro ministerio y la cualidad de ser sacerdotes solamente, sea la que fuere nuestra dignidad ó destino que ocupemos en la Iglesia, estamos encargados de los intereses del Señor y de la salvacion de nuestros prójimos, puesto que si estamos asociados al sacerdocio, es para continuar el sacerdocio de Jesucristo, continuando su mision á favor de los hombres. Conociendo nosotros esto, ¿de dónde procede que el celo de la casa del Señor, aquel santo ardor en

procurar la santificacion de las almas, aquel inflamado deseo de dilatar el reino de Jesucristo, aquel vivo dolor al ver despreciada su doctrina y que perecen tantos de nuestros hermanos; de dónde procede, digo, que estos sentimientos tan dignos del sacerdocio, tan conformes á nuestra vocacion, tan honrosos á nuestro ministerio y tan comunes á los primeros obreros del Evangelio, sean hoy tan raros entre los sacerdotes? ¿De dónde nace esta fatalidad tan deplorable y que parece haberse estendido en la misma proporcion en que ha ido aumentándose el número de los ministros? Principalmente nace, como intento manifestar hoy, de la falta de amor de Dios, de que no tenemos amor á Dios, porque si le tuviéramos seríamos mas cuidadosos y solícitos de que se cumpliese su voluntad y de captarnos su benevolencia: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit et Pater meus diliget eum.*

Sí, mis venerables hermanos, de la falta de amor de Dios nace nuestra falta de celo. Si le amásemos, si prefiriésemos su gloria á la nuestra, estando como estamos encargados por nuestro ministerio de sus intereses, ¿podríamos ver con ojos enjutos y serenos su gloria ultrajada todos los dias y por todas partes con los escesos y pecados que inundan la tierra? Viendo el apóstol san Pablo las supersticiones de Atenas, é indignado de que un pueblo inmenso que se jactaba de sabio diese honras públicas y sacrílegas á divinidades estravagantes y fabulosas, y solo desconociese al verdadero Dios del universo, se nos dice en la historia sagrada de los hechos de los apóstoles, que se estremecia movido de santo celo y se sentia despedazado de los ímpetus mas vivos del Espíritu Santo y del amor que le inflama-

ba, de modo que el poder y magestad no fueron bastantes para impedir que este grande apóstol, solo, desconocido, sin apoyo, vil y despreciable á los ojos de aquella grave y numerosa junta, se presentase en ella, anunciase al Dios desconocido y manifestase vigorosamente la vanidad y ridiculez de los ídolos venerados en altares tan suntuosos y con las ceremonias mas pomposas. Tales efectos produjo en el santo apóstol y tales debe causar el fuego del amor divino en el corazon de un sacerdote cuando está verdaderamente y del todo ocupado de este amor. Un vivo dolor de ver ultrajado á su Dios, y su ley santa despreciada y violada por los hombres: un deseo ardiente de vengar su gloria y de adquirirle todas las adoraciones que son debidas á su Magestad suprema y á su bondad incomprensible: un ardor santo y diligencia eficaz de consagrarse, de emplear sus débiles talentos y sacrificar su propia vida para manifestar, y su gloria para formar corazones que le adoren, y para inspirar á todos los hombres los mismos sentimientos de temor, de reconocimiento, de gratitud y amor de que él se halla penetrado? ¿Ni cómo pudiera conducirse de otro modo el que se halla poseido de estos santos sentimientos y deseos? Es absolutamente imposible amar y no sentir los ultrajes que recibe aquel á quien amamos: es imposible sentirlos y no practicar cuanto sea necesario, cuanto esté á nuestros alcances para precaverlos ó para reprimirlos y conservarlos. A esto estan obligados los hombres todos celosos de la gloria de su Hacedor, porque todos estan obligados á amarle de todo corazon y á manifestarle su correspondencia y gratitud. ¿Y creerá estar esento un sacerdote y ministro del santuario de esta obligacion comun á todos los

hombres, y que le impone además su ministerio como propia y esencial y como que ella es la base de su estado que incluye todas las demás obligaciones? Preciso será decir entonces, que el sacerdote no está obligado á amar á Dios, y lo será tambien el reconocer que si falta á esta obligacion principalísima de su estado, es porque no tiene, porque le falta el amor santo y verdadero de su Dios. Desengañémonos, que habiendo amor de Dios, hay celo por su gloria, hay estímulo para procurar con todas las fuerzas, que le glorifiquen los que le ultrajan, aunque se supiese que no se habia de sacar fruto y que las amonestaciones y exhortaciones habian de caer en corazones obstinados, duros é insensibles.

Yo no temo decir que no debe temerse este peligro, regularmente hablando, cuando habla el corazon de un sacerdote que arde en el amor de su Dios y que solo procura su gloria; solo es temible, por no decir cierto y seguro, que no produzcan efecto sus discursos cuando salen de un alma manchada con mil pasiones delincuentes, lejos de arder en el amor divino. No es de admirar entonces que un sacerdote se halle sin conmocion, sin fuerzas, sin vigor ni fuerzas para corregir en otros y para reprender los vicios que él mismo ama y lleva sobre sí, sin que le atormenten ni le inspiren horror. El verlos en sus hermanos, mas servirá para corromperle que para afligirle, mas para despertar sus pasiones que su celo; mas bien le servirán de motivos de impenitencia y de seguridad en su mal estado los escándalos públicos, que de arrepentimiento y afliccion; y aquello mismo que debiera traspasar de dolor su alma, será lo que mas le tranquilice y sosiegue y lo que acabe de

ahogar todo impulso y deseo de mudanza de vida y aun le sirva de pretesto para justificar sus prevaricaciones.

Si se llega á ver en la precision de clamar contra los desórdenes públicos, ó si lo hace, ¡con qué frialdad, con qué ceguedad, con qué cobardía y confusion debe practicarlo! Es innegable que el celo contra los vicios no dice bien, ni es útil á la Iglesia sino en boca de la virtud. ¿Qué digo útil? El celo desmentido por una conducta reprensible, no solo es una representacion teatral, que nada mas tiene de serio que el abuso que se hace del ministerio y el escándalo que resulta á la Iglesia, sino que hace positivamente sospechoso é inútil el celo de los buenos ministros; porque los mundanos, advirtiendo en unos y otros un mismo celo al parecer, les suponen los mismos vicios, y para justificarse de sus estravíos no hallan razon mas poderosa que verlos practicados por aquellos mismos que los reprenden y condenan. Esto es lo que los hace espresarse en aquel lenguaje impío que da toda la fuerza y la sal á las sátiras y á los escritos licenciosos de que está inundado el mundo: esto es lo que hace aun mas incrédulos y libertinos que las conversaciones y libros mas detestables é infames: esto es lo que cubre á nuestra religion santa de un oprobio que no puede borrar la piedad y el celo de muchos ministros públicamente virtuosos.

Pero supongamos que las fragilidades de los ministros no lleguen á noticia de los fieles, y que la cautela evite el escándalo, ¿podrán tener sus cuidados el fruto que se desea faltándoles en sus corazones el fuego abrasador del amor divino que han apagado con sus vicios? ¿Se determinarán á emprender lo que requiere el celo de un ministro santo y

fervoroso? ¿Con qué palabras puede persuadir el pudor, la verdad, el recogimiento, la humildad, la virtud, la santidad y la severidad de la ley un corazon corrompido, doble, altanero y enredado en las mas vergonzosas delicias? ¿Con qué dignidad, dice el apóstol, gritará contra los adúlteros, los deshonestos, los sacrílegos, si cuanto dijere en el púlpito, en el tribunal de la penitencia ó en las correcciones familiares se vuelve contra él? El rubor secreto de su estado, la contradiccion en que estan las palabras con las obras y la violencia que debe sufrir en pronunciar lo que no siente y representar un papel falso, todo debe contribuir á congelar las palabras en su orígen. Esto le detiene, y los intereses del Señor quedan abandonados. Teme que al reprender y corregir á otros se le diga lo que Jesus á los acusadores de la muger adúltera: *Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat.* ¿Y cómo un estado de vida criminal aunque sea oculto ha de inclinarle y menos decidirle á defender en público la causa de su Dios, cuando sola la tibieza, aun recayendo en costumbres regulares es un obstáculo invencible que hace á los ministros incapaces de celo y de sacar fruto de sus funciones? Sí, sola la tibieza es un obstáculo invencible, y de este estado de negligencia es de lo que mas debemos precavernos. No es el horrible estado del desórden el que mas debe temerse en los ministros del santuario, y el que impide el celo de la salvacion de las almas alejando de ellos el amor divino. Este mal puede entenderse solamente de un pequeño número entregado á un sentido réprobo en quien puede decirse que se ha estinguido todo principio de piedad, de religion y de temor de Dios; ni este Señor permite que tales horrores y

escándalos se multipliquen en su Iglesia. Lo que mas generalmente perjudica al inflamado amor de Dios, que es indispensable para mirar por sus intereses y por su gloria es la tibieza y frialdad. Porque ¿cómo podremos manifestarnos delante de los fieles animados de aquel fuego divino que introduce centellas de gracia hasta en los corazones mas fríos é insensibles, siendo nosotros como el hielo, no solo para mirar por el honor divino y la salud de nuestros hermanos, sino tambien por la nuestra propia? Si un ministro santo y fervoroso necesita hacer prodigios de celo, de aplicacion, de trabajo y de paciencia para vencer todos los obstáculos que el mundo, el demonio y las pasiones oponen al buen éxito de nuestras empresas, y aun muchas veces á pesar de todo el ardor de su celo y de sus desvelos continuos tiene el dolor de verlos inútiles, ¿los obreros cobardes y perezosos, qué pueden prometerse de su pereza y cobardía? ¿Qué fruto ha de dar para Dios un campo en que no se trabaja con vigor y que parece haber sido confiado, mas bien para asilo de reposo, que para objeto de cuidados y trabajos? Si un simple fiel que vive con tibieza no es propio para el reino de Dios, que le arroja de sí como una bebida tibia y desagradable que provoca á náuseas, ¿para qué podrá ser bueno un sacerdote que hace con negligencia la obra de Dios? ¡Qué objeto tan desagradable para un Dios celoso de sus dones! ¡Qué espectáculo tan doloroso para la Iglesia que ve ocupado por un ministro tibio y ocioso un lugar destinado para un obrero fiel y activo en estender el reino de Jesucristo, que hubiera sido todo su consuelo y alegría!

Concluyamos y reconozcamos que la falta de amor de

Dios es la primera y la principalísima causa de que se abandonen sus intereses, su gloria y la dilatacion de su reino por todo lo que miran y trabajan con la mayor eficacia y sin perdonar fatiga los ministros que estan animados de aquel amor, y no pueden menos de abandonar los que estan dominados de pasiones desordenadas ya sean públicas ó secretas y aun los que viven entregados á una tibieza reprensible. Conocida la causa del mal, ¿qué nos falta hacer sino aplicar el remedio oportuno? Pero saliendo estas palabras de la boca de un ministro el mas imperfecto y defectuoso de todos, no me está bien exhortar á los otros, y sí el pedir al Padre de las luces, como lo hago, que se digne iluminar nuestros entendimientos, inflamar nuestros corazones y dirigir nuestros afectos, para que ilustrados con estas verdades y encendidos en su divino amor emprendamos con un celo fervoroso el ejercicio de nuestras funciones sacerdotales y logremos ser dignos del galardon de la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA X.

DEL MISMO ASUNTO.

La falta de amor á nuestros prójimos es otra de las causas de la tibieza y falta de celo de un sacerdote.

Optaban enim ego ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis.
ROM., CAP. 9, V. 3.

Propio es de un ministro de Jesucristo estar lleno de caridad para con los hombres y desear como el apóstol ser anatema por sus hermanos. El que no tiene este amor, el que ve sin condolerse ni escitarse á socorrerla la necesidad de su prójimo, no tiene la caridad de Dios, y si la falta de amor y caridad de Dios es la causa de la falta de celo y fervor de un sacerdote, voy á manifestar en este rato que no

influye menos en esta falta el no tener amor, el amor á nuestros prójimos que debiéramos tener y Dios quiere que tengamos.

Porque realmente, ¿cómo es posible, segun se espresa un apóstol, que seamos sensibles á los intereses y la gloria de un Dios á quien no vemos, cuando somos insensibles á la pérdida y las necesidades de nuestros prójimos á quienes estamos viendo? ¿Hay alguno que sin conmocion y sin volar al socorro vea perecer á un estraño á quien ama verdaderamente? ¿Y lo haremos nosotros siendo hermanos nuestros los que perecen, estando encargados de su vigilancia y su salud por nuestro ministerio y aneja á la suya nuestra propia pérdida ó condenacion? Es totalmente increible y mucho mas si consideramos que no somos dignos del nombre respetable de ministros de Jesucristo, si como somos vicarios de la caridad, no somos tambien sucesores suyos en aquel ardiente amor á los hombres por quienes él murió: sino estamos inflamados de aquel amor que le abrasaba y de que nos hizo depositarios no perpetuando en nosotros su sacerdocio, sino para perpetuar su amor: aquel amor tierno y compasivo que le llevaba presuroso tras una sola oveja perdida: aquel amor paternal que daba tan visibles señales de gozo al ver reconocido al Hijo rebelde que se habia estraviado: aquel amor infatigable que se olvidaba del cansancio, del alimento y de todas las necesidades propias por instruir y convertir á una muger de Samaria: aquel amor fervoroso que se derretia en lágrimas de tristeza sobre la ingrata Jerusalen cuya ruina miraba como inevitable por no haber querido recibir la paz y la salud que le ofrecia su bondad: aquel amor inmenso que suspiraba por el bautismo

de sangre con que habia de ser lavado en la cruz, para que en él encontrasen los hombres la reconciliacion con el Eterno Padre, el precio de su redencion y el remedio de todos sus males. De este amor que nos ofreció por modelo el amantísimo Jesus somos vicarios y sucesores sus ministros, y así lo entendia el apóstol cuando deseaba ser anatema por sus hermanos para que ellos perseverasen y progresasen en la fe que les habia predicado, y cuando con una ternura apostólica, viva, compasiva y magnánima como se advierte en todas sus epístolas los decia: vosotros sois las pruebas brillantes y gloriosas de mi apostolado: como si dijera: yo no soy digno del título ilustre de apóstol y ministro de Jesucristo, sino en cuanto me espongo á todo, al hambre, á la sed, á la desnudez, á los tormentos mas crueles y lo sufro todo por traeros al conocimiento de la verdad. Y aun teniendo todo esto por nada, á serle posible hubiera padecido tambien despues de esta vida, si para conseguir su salvacion hubiese sido necesario.

Examinemos ahora lo que pasa en nuestro interior y veamos si teniendo en nuestros corazones una sola centella de aquel amor es posible mirar con indiferencia los males y la pérdida de nuestros prójimos. Y si no es posible ¿cómo es que no sentimos su ruina espiritual, ni nos afligen, ni nos hacen verter lágrimas como á Jesucristo los desórdenes horribles que vemos reinar en toda clase de personas? Pero ¿qué hemos de sentir? ¡Ojalá que los estravíos de nuestros hermanos, ya que no sirviesen de incentivo á nuestra compasion, no se convirtieran en espectáculo para divertir nuestra curiosidad! Lo mas lastimoso es que el mundo, á fuerza de familiarizarnos con los escándalos nos

hace insensibles á ellos representándonoslos como un mal sin remedio que empezó con el mismo mundo y que solo con él ha de concluir. Pero nos engañamos miserablemente. Lejos de que el desórden público y universal por serlo justifique nuestra insensibilidad, nuestro silencio é indolencia, él mismo clama y depone contra nosotros y hace mas reprensible y delincuente nuestro silencio; porque el cristianismo no se ha corrompido en los que le profesan, sino por la corrupcion y falta de celo de los sacerdotes que cuanto mayor es el mal debieran hacer mayores esfuerzos para contenerle y desarraigarle. Así vemos que al paso que se entibia el fervor de los ministros del santuario se corrompen las costumbres de los pueblos, y que el torrente de los delitos inunda la superficie de la tierra porque es muy corto el número de obreros y ministros celosos que se oponen á tan triste inundacion. Muy pronto recobraria la Iglesia su primitivo esplendor si los pecadores oyesen aquellas voces vehementes animadas del Espíritu de Dios que los despertaran del profundo sueño de la culpa en que se encuentran y sacaran del asqueroso cieno de los vicios en que estan sumergidos. Bien pronto mudaria el mundo cristiano de semblante si nosotros mudásemos de conducta y recobrásemos aquel primer espíritu de los santos ministros que nos precedieron. Entonces hallaríamos respeto, docilidad y hasta veneracion. Entonces levantaríamos pública y privadamente la voz contra el vicio y no nos detendria aquella cobarde timidez que cuida mas de procurarse las frívolas aprobaciones de los hombres que de proporcionarles sus intereses sólidos y eternos: ni aquella prudencia carnal que nos representa el celo bajo las falsas ideas de indiscrecion,

de temeridad y de esceso. Pero ¿qué sucede? Que á fuerza de querer evitar el escollo de la imprudencia y demasiado ardor se cae sin escrúpulo en el de la indolencia y cobardía: nos figuramos que podemos ser útiles á los pecadores y tenerlos al mismo tiempo propicios; clamar contra sus pasiones y obtener sus elogios; condenar los desórdenes á que se entregan y merecer la aprobacion de aquellos mismos á quienes reprendemos; como si fuera posible introducir el acero en las llagas del enfermo sin escitar sus dolores y sus gritos. Ni la religion autoriza el celo indiscreto, ni condena sino los temores humanos y los fines interesados y groseros. Sin buscar apoyos de carne y de sangre para ella, bien puede conciliarse lo que exige la prudencia cristiana y el amor á la verdad; lo que pide la fidelidad del ministerio con las atenciones debidas á las personas aunque esten elevadas á la mas alta dignidad, teniendo presente que el modo de convertir á los poderosos no es contemplar y contemporizar con sus vicios y licencias, sino combatirlos y hacerlos temblar si fuere necesario como en otro tiempo el apóstol con las imágenes espantosas y terribles del juicio futuro, y con el carácter y firmeza que el Bautista al licencioso Herodes.

El celo verdadero nos sugerirá espresiones propias y proporcionadas que sin faltar al amor, al obsequio, á la reverencia que debemos á los superiores y las atenciones que debemos á todos los hagan entender para su bien, que no podemos autorizar sus reprensibles defectos ni dejar de clamar contra ellos. ¿Qué importa que este celo tenga que padecer en algun caso? Si es un celo verdaderamente apostólico, discreto, desinteresado y magnánimo no temerá de-

cir á los Césares: *Imitad á David en la penitencia, como le habeis imitado en la culpa.* Nos hará entender que los ministros animados del espíritu de Dios siempre han esperimentado contradicciones de parte del mundo, y que sucesores de los apóstoles en la dignidad y ministerio, lo han sido tambien de sus oprobios y trabajos. Que el carácter maravilloso y la prueba concluyente de la divinidad de la doctrina de Jesucristo es el ser siempre impugnada, no tener á su favor el poder humano, ni las inclinaciones viciadas, y quedar siempre victoriosa: conmover y poner en guerra contra sí al mundo, y someter á su yugo al mismo mundo; irritar la carne, la sangre, el orgullo, la ambicion, la falsa prudencia y todas las pasiones, y con todo establecerse sola, sin fuerzas, sin apoyo y sin otras armas que las de la gracia y la verdad sobre las ruinas de todas las pasiones humanas.

Animados de este celo y penetrados de estos sentimientos ¿qué podria ocurrirnos en la obra de la santificacion y salvacion de nuestros prójimos que no lo venciésemos? Pero si no sentimos así, si nos falta este celo... ¡Ah! el mundo, enemigo siempre de la doctrina de Jesucristo, siempre ocupado en oponer sus armas á las de nuestra milicia santa, en hacer inútiles nuestros trabajos mofándose de nuestras instrucciones, en desacreditar nuestro ministerio y aun en derramar el veneno de sus censuras y sátiras hasta sobre suestras personas, este mundo sofocará en su orígen el fuego abrasador que debiera inflamar los corazones de nuestros hermanos, para que nuestros labios no pronuncien las saludables máximas que le condenan. Hará que en el ejercicio de nuestras funciones nos busquemos á

nosotros mismos y no la salud de nuestros prójimos, que agrademos á los hombres sin cuidarnos de agradar á Dios; que aspiremos solo á lo que pueda honrarnos delante de los hombres y no busquemos la gloria del Señor y sus intereses, y á que evitemos como la desgracia mayor aquellos sucesos que puedan ocasionarnos humillaciones, afrentas, privaciones y trabajos, aunque en ellos y por ellos deba ser glorificado el Señor y su divina gracia y se sirva de estos medios para colmar de beneficios nuestro ministerio. ¡Ojalá que una fatal esperiencia no comprobase todo lo que rápidamente he indicado. Consultémosla y ella acabará de confirmarnos en que la falta del amor y caridad que debemos tener á nuestros prójimos, de aquel amor tan recomendado por nuestro divino Maestro con su doctrina y sus ejemplos, y con la que enseñaron y practicaron sus apóstoles y ministros fieles, es la causa del poco celo de los sacerdotes y del abandono é indiferencia con que miramos la salvacion de nuestros hermanos los hombres todos redimidos con la sangre de Jesucristo; la causa de que miremos con tal indiferencia é insensibilidad sus desórdenes, y de que nos quedemos sin alteracion ni sentimiento alguno cuando vemos que ofenden á Dios con sus escándalos; la causa de que no levantemos nuestra voz contra ellos; la causa de la timidez cobarde y de la prudencia carnal que nos detiene y nos hace condescendientes con las personas de alguna dignidad y elevacion; la causa de aquel temor á los mundanos y á los tratamientos iniquos de que tan vil y tan continuamente se valen para detener nuestros esfuerzos para lograr su dicha y felicidad eterna, y la causa tambien de que nosotros mismos nos perdamos con ellos.

Poseámonos de amor á nuestros prójimos, y el Señor nos asistirá para que con su gracia tengamos el debido celo por su honra y podamos conseguir despues la gloria que á todos deseo. Amen.

F. L. G.

PLATICA XI.

DEL CONOCIMIENTO PROPIO.

Del mal gravísimo de un sacerdote escandaloso y la dificultad de su conversion.

Domine, ut videam.
Luc., c. 18, v. 41.

A cada uno es muy nescesario el conocimiento de sí mismo. Sin este las virtudes adquiridas se pierden y se destruyen y aniquilan los frutos de santidad. El que no piensa en sí mismo ni se examina á sí mismo, no puede averiguar si su vida es conforme á lo que debe ser y á lo que exige de él el estado en que le ha puesto la divina Providencia. Y si esto es comun á todos los fieles y todos los hombres, lo es mucho mas á un sacerdote que debe conocer lo que ha sido, lo que es, lo que debe ser y el fin para que Dios le elevó

al sacerdocio; y lo conocerá, no en el estúdio de las ciencias que sin el conocimiento propio no engendran sino vanidad y afliccion de espíritu, sino en el conocimiento de sí mismo, de sus deseos, sus inclinaciones, sus apetitos y sus costumbres. Por esto debemos pedir al Señor con todas las veras de nuestra alma este conocimiento, y decirle como el ciego del Evangelio: *Domine, ut videam*: y por falta de conocernos á nosotros mismos, venimos á caer en los mayores desórdenes. Bien sé que no son de un gran número los sacerdotes que viven olvidados de sí mismos y de lo que deben á su alta dignidad. Bien sé que para dispertar á los desgraciados sacerdotes que se olvidan de su conciencia y se abandonan al vicio, no hay voces que alcancen, ni exhortaciones que muevan, ni peligros que asusten, ni verdades que persuadan y convenzan; pero de aquí mismo tomaré ocasion para hablar y amonestar, haciendo ver de esto el mal y gravísimo estado de un sacerdote pecador y escandaloso, y la dificultad y poca esperanza que deja de su arrepentimiento y conversion, para que todos nos dediquemos con tiempo á conocernos y registrar nuestra conciencia y provernos de remedio.

Es muy poco el decir que no acostumbra el Señor para lavar los corazones, valerse de las manos sucias, y que es necesario que procure estar limpia la mano que intenta limpiar las manchas de otros, no sea que unte peor cualquiera cosa que toca, si estando sucia tiene el lodo del estiércol. El infeliz ministro que está manchado y se acerca con conciencia impura á las cosas santas y las administra á los demás, las profana, ejerce su ministerio, no solamente sin fruto, sino con ruina y pérdida de su alma, y se espo-

ne á contaminar á los demás con aquellas mismas acciones santas con que habia de purificarlos. Pero es aun mayor su desgracia y mas detestable su estado. Un sacerdote pecador y escandaloso es un padre que devora á sus mismos hijos sin dar señales de sentimiento, porque él mismo con sus escándalos los quita la vida que los dió en el bautismo, en la predicacion de la palabra de Dios ó en el sacramento de la penitencia. Lejos de ser un pastor, es un lobo que destruye las ovejas y presenta la mayor de todas las abominaciones que pueden verse en el lugar santo. Su mal ejemplo pasa con rapidez á los que le ven. El ejemplo persuade muchísimo mas que los discursos, y como somos mucho mas inclinados á lo malo que á lo bueno, para uno solo que se reduzca, convierta y arrepienta entrando en el sendero de la virtud por el buen ejemplo de un sacerdote, son infinitos los que siguen el mal que ven en los que estan encargados de dirigirlos. Es tanto mas perjudicial y mas poderoso para destruir la virtud el escándalo, cuanto viene de personas mas apreciadas por su dignidad y mas acreditadas por su doctrina. Estas, no solo enseñan á cometer el pecado que hacen, que no es poco mal, sino que quitan la vergüenza, que es el reparo mas fuerte que detiene los vicios, para que no inunden los caminos públicos. No tienen los fieles reparo en cometer los pecados que descubren en los sacerdotes, y aun se jactan en cometerlos con el salvo conducto de que si fuera malo no lo harian los sacerdotes. Forman los legos un juicio de la santidad de nuestro estado como debe ser, y tienen por cierto que cuanto nos vean obrar ha de ser bueno. Nos respetan por nuestra dignidad, y de aquí resulta que si obramos mal, venimos á

autorizar el pecado, á abrir la puerta y conceder un indulto para que los otros pequen. Por eso dicen los sagrados cánones: *Que la culpa se estiende vehemente y poderosamente por el ejemplo cuando es honrado y venerado el pecador por la reverencia debida á su órden y dignidad.* De aquí es que un simple particular escandaloso no es mas que una piedra que rueda por un llano, la que aunque oprima á alguno al correr puede causar poco escándalo; pero un sacerdote que escandaliza es un peñasco, que por la sublimidad del grado donde se peca, viene rodando desde lo alto y no se puede graduar el mal y la destruccion que lleva consigo. Por esto no dudó afirmar el padre san Gregorio: *Que Dios no tolera de otros algun perjuicio mayor que de los sacerdotes, cuando ve que dan ejemplos de maldad aquellos á quienes puso para la correccion de los otros; cuando pecamos nosotros que debimos refrenar los pecados.*

¡Qué monstruosidad puede darse semejante á la que lamenta el Señor por Jeremías (1): *Mi pueblo se ha hecho ganado perdido, sus mismos pastores los han engañado! Pastores eorum seduxerunt eos.* Sacerdotes que esparcen malas doctrinas y propinan el veneno lejos de proporcionar el alimento; que solicitan al pecado lejos de corregirle y reprenderle; que sostienen la amistad escandalosa en vez de ser ejemplares de honestidad; que abrigan odios y se unen á las discusiones y partidos cuando su encargo es el amar á todos y procurar la paz de los pueblos y la union de las familias.... ¿Qué juicio no debe temer un sacerdote malva-

(1) Cap. 50, v. 10.

do que en vez de dar su sangre por su rebaño y sacrificarse por los fieles, hace en él mas estragos que un lobo? *Oid, sacerdotes*, y preciso es estar muerto para no dispertar al ruido de tan terribles amenazas, *oid, sacerdotes*, dice el Señor por el profeta Oseas (1), *que para vosotros es nuestro juicio y vuestra sentencia; porque os habeis hecho lazo para la especulacion y red tendida sobre el Tabor.* Esto es; tendieron redes y armaron lazos sobre el monte santificado con los mas augustos misterios sobre el grado sublime del sacerdocio, y los armaron aquellos mismos que habian sido elevados á él para un fin enteramente opuesto; para estar allí como sobre una atalaya en su defensa y para prevenir los peligros del pueblo. Es un enemigo de Jesucristo el sacerdote pecador y vicioso que se vale de la sublimidad de su puesto para hacer la guerra mas de cerca al mismo Jesucristo. Abusa de su dignidad y se vale de ella como de armas para el vicio. Por eso: *Oid, sacerdotes, que para vosotros es el juicio: Quia vobis judicium est.* A la proximidad del fuego eterno, delante del tribunal divino, por mas que trate de ocultarlas en este mundo, se harán presentes y dejarán ver reunidas en un punto las maldades y la sentencia de aquel sacerdote, que no solo como siervo perezoso, tibio é inútil, no veló en defensa de la casa de Dios, sino que como siervo desleal y traidor se hizo cabeza de ladrones para robarla y destruirla, como nos dice el Señor por las terribles palabras de su profeta Ecequiel (2): *Tu*

---

(1) Cap. 5, v. 1.
(2) Cap. 21, v. 25.

autem profane, impie dux Israel, cujus venit dies in tempore iniquitatis præfinita. Hæc dicit Dominus Deus: Aufer cidarim cidraim, tolle coronam; nonne hæc est quæ humilem sublevavit, et sublimem humiliavit? Iniquitatem, iniquitatem, iniquitatem ponam eam. Y tú, capitan de Israel, profano é impío, cuyo dia está determinado en el tiempo de la maldad: esto dice el Señor: Quita la diadema, aparta la corona. ¿Por ventura no es esta la que levantó al humilde y humilló al sublime? Pondréla por maldad, por maldad, por maldad. Tal es el juicio y la sentencia del Señor contra un sacerdote escandaloso. *Guia de Israel*, es verdad, *capitan de Israel*, pero guia y capitan para la ruina y el precipicio, y por eso *profano* para con Dios, *é impío* para con los hombres. En llegando el infeliz al término ya prefinido de su maldad y á llenar el número de sus sacrílegas profanaciones, habrá de deponer la gloria sacerdotal y *dejar la diadema y quitarse la corona*, gloria que cuanto sirve de exaltacion á los ejemplares y modestos, se convierte en ignominia y vilipendio de los atrevidos y viciosos. *¿Por ventura no es esta la que levantó al humilde y humilló al sublime?* Por eso, *esto dice el Señor* (1). El miserable tendrá que mirar su antigua gloria, cualquiera que haya sido, convertida en maldades. *Pondréla por maldad, por maldad, por maldad*, para que se entienda en estas repeticiones la gran monstruosidad del mal que se comete con tan abominable conducta; ó bien su estraña malignidad que con un solo golpe hiere al sacerdote, al pueblo y á Dios.

Ux pastoribus qui disperdunt et dilacerant gregem, dice el

(1) Cap. 23.

Señor por Jeremías, *Ideo hæc dicit Dominus: vos dispersistis gregem meum et ejecistis eos, et non visitast is eos; ecce ego visitabo super vos malitiam vestrorum adstrorum... Contritum est cor meum in medio mei, contremuerunt omnia ossa mea, factus sum quasi vir ebrius, et quasi homo madidus á vino... Quia adulteris repleta est terra, quia á facie maledictionis luxit terra, arefacta sunt arva deserti; factus est cursus eorum malus, et fortitudo eorum dissimilis: Propheta namque et sacerdos polluti sunt et in domo mea inveni malum eorum... in prophetis Ierusalem vidi similitudem adulterantium et iter mendatii, et confortaverunt manus pessimorum ut non converteretur unusquisque á malitia sua. Facti sunt mihi omnes ut Sodoma et habitatorès ejus quasi Gomorrha, propterea... Ecce ego cibabo eos absinthio, et potabo eos felle: á prophetis enim Ierusalem egressa est pollotio super omnem terram... Dicunt his qui blasfemant me: locutus est Dominus: pax esit vobis, et omni qui ambulat in pravitate cordis sui dixerunt: non veniet super vos malum... Ecce ego tollam vos portans, et derelinquam vos et civitatem quam dedi vóbis et patribus vestris, á facie mea. Et dabo vos in oprobrium et in ignominiam æternam.*

No concluiria, si recordase los anatemas fulminados que hallamos en las Santas Escrituras contra los ministros prevaricadores, y por ellas podemos conocer el estado deplorable de un sacerdote pecador delante de Dios y la ignominia que presenta para con los hombres, porque el mundo mismo que tanto apetece y se congratula en la iniquidad, la reprueba y mira con horror en los sacerdotes que por su estado y profesion deban ser virtuosos y justos.

Y si el mismo Jesucristo se lamenta y dice, ¡*ay de aquel*

hombre por quien viene el escándalo! De un hombre, solo porque es hombre, nada mas alto que otros, ni con el encargo especial de instruir y dirigir á los otros. ¿Cuánto mas ¡*ay*! será de *un sacerdote*, de un prelado, de un pastor de almas, quienes son dignos de tantas muertes cuantos son los ejemplos que dan á sus súbditos? ¿Qué será de los que no solo destruyen con su mal ejemplo y vida relajada, sino que con ella misma hacen infructuoso el celo de los sacerdotes virtuosos, porque creen los fieles que todos son iguales, y el que reconoce y sabe las fragilidades y malicia de uno se cree con derecho para dar por cierto que lo mismo son todos? *Si sal evanuerit ¿in quo salietur?* Si de donde habia de salir la luz salen las tinieblas; si los que habian de servir de ejemplo y ser el motivo para que todos honrasen y alavasen á Dios son deshonestos, ociosos, avaros, rencillosos, entregados á la bebida y al juego, se mezclan en las diversiones y fiestas profanas, y sus palabras y sus obras son un continuo escándalo y descrédito, ¿qué ha de suceder y qué pueden esperar? Lo peor es, que los que así son el escollo y la destruccion de las almas, hay necesidad para salvarse, de edificarlas con sus buenos ejemplos y restituirlas la vida que las han quitado, y por esto es tan difícil que se salve el que ha escandalizado desde un lugar eminente. Es difícil su salvacion y lo es su conversion y arrepentimiento verdadero, que es circunstancia aun mas lamentable que su mal estado.

Tal vez el Señor no le dará tiempo para reconocerse y arrepentirse, porque escrito está: (1). *Qui decipit justos in*

(1) Prov., cap. 28, v. 10.

via mala, in interitu suo corrut. Pero aunque el Señor se le dé no se aprovechará de él. Sus pecados no admiten escusa y de aquí proviene que su conversion es sobremanera difícil; bien porque los domina la sabiduría de modo que desestiman y desprecian todo consejo; bien porque no hay quien se atreva á corregirlos y reprenderlos; bien porque aunque le haya le miran como á un necio ó delirante como sus domésticos á Lot cuando los precedia las llamas que habian de devorar á las ciudades nefandas, ó bien porque teniendo abundancia de delicias miran ya con horror la vida mortificada y penitente, se engolfan cada vez mas en los placeres y regalos del mundo, se hacen insolentes para con Dios y sin temor alguno á sus juicios, y perdiendo la buena conciencia vienen tambien á naufragar y perder la fe como predijo el apóstol (1). Como están instruidos en los divinos oráculos y no ignoran las amenazas terribles del Señor, oyen con serenidad cuanto se los diga y no despiertan al trueno mismo de los divinos anatemas y ¡quiera Dios que despierten al ver la proximidad de su término y que les llega la muerte! «No hay cosa mas árdua, dice san Juan Crisóstomo, que corregir al que se persuade que todo lo entiende, porque desestima por el uso cuanto hay formidable en las Escrituras; por lo que si el clérigo comenzó á despreciarlas, jamás vuelve el ánimo á temerlas. ¿Quién vió en algun tiempo clérigo prontamente arrepentido? Los legos si pecan, fácilmente se corrigen, mas los clérigos si fueren malos, son incorregibles.» Y á la verdad, ¿que-

(1) 1ª. Ad Timoth., cap. 1, v. 19.

branta por ventura su corazon la voz del Señor que divide los cedros del Líbano? ¿Le mueven los divinos oráculos sumamente tremendos que él mismo lee y predica y que escitan á penitencia á los legos? Alimentándose del cuerpo y la sangre de Jesucristo, ¿no vendrá á empeorarse cada vez mas como el apóstol sacrílego y traidor porque entra en su alma Satanás con el manjar sagrado, y recibe la muerte en el alimento de la vida? ¿Ablanda su dureza la muerte desgraciada de los pecadores y lo que nos enseña la fe acerca de la otra vida? ¿Qué esperanzas deja un mal que se resiste y no siente las medicinas? ¿Cómo se convertirá á Dios? ¿Cómo huirá del infierno y de las maldiciones fulminadas contra su insolencia y temeridad?

Entrando en sí mismo y reconociéndose á sí mismo y diciendo con David arrepentido y humillado delante de Dios despues que le dijo el profeta Natan: *Tu es ille vir, peccavi Domino*. Reconociéndose á sí mismo, mirándose en la miseria, arrojado de su casa como el hijo pródigo, despreciado y abandonado de sus amigos, desterrado de su patria, sin honor y atormentado de crueles remordimientos, y resolviéndose á volver á la casa de su padre, arrojarse en sus brazos y pedirle que le admita, no ya por uno de sus hijos, sino como á un siervo el último de la casa. Conociéndose á sí mismo y tomando la resolucion de arrojarse á los pies de Jesus como la Magdalena que con sus escándalos se habia hecho famosa en su ciudad y la edificó despues con sus buenos ejemplos.

Pidamos al Señor con todo el fervor de nuestro corazon como el ciego del Evangelio: *Domine ut videam*. El conocimiento propio, el conocimiento de nuestra dignidad, de

lo que hemos sido, de lo que somos y de lo que debemos ser y quiere Dios que seamos. Entremos en nuestras conciencias, no nos espantemos por el horror que nos causa hallar tanta inmundicia y tanto desórden; nuestro mal consiste en no fijar la atencion ni querer pensar en nosotros mismos. Conociéndonos nos moveremos á compasion, empezaremos á aborrecer nuestras maldades, á llorarlas, á detestarlas y el Señor nos ayudará con su gracia hasta que nos purifiquemos y hagamos ministros suyos segun su corazon. Así sea.

F. L. G.

PLATICA XII.

DE LA ORACION.

Atencion y devocion con que debemos cumplir el rezo divino ú horas canónicas.

Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.
PROV., CAP. 28, V. 9.

ORACION.

Ved una de las cosas indispensables y necesarias en todo cristiano, porque teniendo todos necesidades, no teniendo nada que sea nuestro, viniéndonos todo de Dios, pudiendo darnos el Señor el socorro y alivio en todas nuestras aflicciones y las fuerzas y virtud para llevar nuestros cargos y desempeñar nuestras obligaciones, todos debemos

acudir á él, si hemos de proveernos de los bienes así espirituales como corporales que necesitamos: Y segun esto los sacerdotes debemos recurrir mucho mas y frecuentar mas la oracion, ya porque siendo mayores nuestros cargos necesitamos mayores auxilios y socorros para desempeñarlos, ya porque por nuestro estado estamos especialmente consagrados y dedicados á Dios; ya porque somos los intercesores y medianeros entre Dios y los hombres, y debemos atender no solamente á nuestro aprovechamiento y salud espiritual, sino tambien á la de nuestros prójimos; ya porque debemos estar mas libres y desprendidos de las cosas y cuidados terrenos y atender con mas especialidad á las cosas santas y á la dispensacion de los divinos misterios. Así lo manifestaron los apóstoles cuando dispusieron elegir de entre los fieles los siete diáconos para que atendiesen á la distribucion de las limosnas y el socorro de los pobres y las viudas, exonerándose de este cuidado para poder quedar mas espeditos y entregarse del todo á la oracion y la predicacion: *Nos vero orationi et ministerio verbi Dei instantes erimus* (1).

La Iglesia dirigida por el Espíritu Santo y deseosa de conservar en sus ministros el fervor de la oracion y la meditacion continua de las verdades santas y de los mas augustos y terribles misterios ha impuesto á todos los que reciben los sagrados órdenes la obligacion del rezo divino ó de rezar todos los dias las horas canónicas, para que, ya que no sea posible que los sacerdotes vivan en una continua oracion y alabanza de Dios, á lo menos ocupen algunas horas

(1) Act., cap. 6.

y se separen de los negocios y cuidados terrenos en orar, para en diversas ocasiones del dia ofrecer á Dios sus respetos, cantarle sus alabanzas y pedirle sus auxilios. Tan persuadida está de la necesidad de la oracion en sus ministros y sacerdotes que impone como una carga anexa é indispensable á todos los que elige para tan eminente dignidad la obligacion de cumplir el rezo divino tal como se halla ordenado y prescripto por la misma Iglesia.

No hay sacerdote que ignore este deber y las penas que incurre si falta á él. No es lo comun desatender esta obligacion, y ¡ojalá se cumpliese con aquel fervor, recogimiento y atencion con que suele cumplirse en el principio! La precipitacion, la falta de atencion, la disipacion y distraccion con que se reza, la falta de preparacion para orar y sacar el fruto que debiéramos del cumplimiento del rezo divino, es lo mas lamentable, así como es tambien el defecto mas comun y frecuente y sobre cuyo desórden voy á llamar vuestra atencion en estos momentos.

Sabemos como debemos rezar las horas canónicas, y sabemos tambien como las rezamos, y debiéramos tener presente que muchos sacerdotes se han condenado, no por haber omitido el oficio divino, sino por haberle rezado mal. Rezamos; pero para acallar nuestra conciencia, engañándonos con un rezo precipitado y distraido entre las conversaciones y negocios familiares y sin espíritu de recogimiento ni devocion y sin sacar resolucion ni afecto alguno. No basta que pronunciemos lo material de las palabras y las preces de la Iglesia si nuestra alma está distraida, si las rezamos de rutina y no aplicamos la debida atencion. «Las »preces y los oficios divinos, dice el concilio Lateranén-

»se IV, no se han de rezar de corrida y con precipitacion, »sino con atencion, con devocion y gratitud, no solo cuan»do se rezan en el coro, sino tambien cuando se rezan fue»ra de él, debiendo rezarse por todos y cada uno, *articulatè, »distinctè, attentè et devotè, depossita omni sollicitudine sæcu»lari, nè in Domini maledictionem â Propheta intentatam in»currant: Maledictus, qui facit opus Dei negligenter.*»

El rezo divino á la verdad se nos ha impuesto para que llenemos con mas facilidad el deber de tener oracion. Pues la oracion es una elevacion de nuestra alma á Dios, es la direccion de nuestros sentimientos y de nuestros piadosos afectos hácia Dios, es un coloquio del hombre con su Dios y un culto y tributo de reconocimiento que paga á Dios, y segun esto es necesaria, como desde luego se conoce, para orar y para que podamos decir que rezamos, la atencion de nuestra alma, y sin esta podrá echarnos en cara con justa razon el Señor lo que á los fariseos: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est â me.* No seremos adoradores en espíritu y en verdad, como el Señor desea que lo seamos y habremos de serlo si queremos que nuestras oraciones sean fructuosas y fecundas en gracias. *Si quis ex proposito in oratione mente evagetur, hoc peccatum est, et impedit orationis fructum*, dice nuestro doctor angélico (1). El que no ora con la mente y solo con los labios no cumple con el precepto del rezo, y aunque, como dice el mismo santo doctor, hay atencion por la cual miramos á las palabras para no errar en lo que pronunciamos y decimos; la hay con la

(1) 2. 2. quæst. 83, art. 13 ad 3.

que atendemos al sentido de las palabras, y con la que miramos al fin que nos proponemos en la oracion, que es honrar á Dios y alcanzar aquello que le pedimos, siempre deben estar acompañadas nuestras palabras de una atencion devota y afectuosa como exige el hablar con Dios y pedirle sus favores.

Oigamos lo que nos dice san Cipriano tratando de la oracion, y que incumbe y pertenece mas que á los demás fieles, á los sacerdotes cuando cumplimos con el rezo de las horas canónicas: «Quando stamus ad orationem vigila»re et incumbere ad preces toto corde debemus. Cogitatio »omnis carnalis, et sæcularis abscedat: nec quidquam tunc »animus, quam id solum cogitet, quod prœcatur. Ideo et »sacerdos ante orationem præfatione præmissa, parat fra»trum mentes dicendo: *Sursum corda*; ut dum respondet »plebs: *Habemus ad Dominum*, admoneatur nihil aliud se »quam Dominum cogitare debere. Claudatur contra adver»sarium pectus et soli deo pateat, nec ad se hostem Dei »tempore orationis adire patiatur: obrepit enim frecuenter, »et penetrat, et subtiliter fallens, preces nostras á Deo evo»cat, ut aliud habeamus in corde, et aliud in voce quando »intentione sincera Dominum debeat non vocis sonus, sed »animus et sensus orare. Quæ autem nequitia est alienari et »rapi ineptis cogitationibus, et profanis cum Dominum de»precaris, quasi sit aliud quod magis debeas cogitare, quam »quod cum Deo loqueris? Quomodo te audivi á Deo postu»las cum te ipse non audias? Vis esse Deum memorem tui, »quando tu ipse memor tui non sis? Hoc est ab hoste in »totum non cavere; hoc est, quando oras Deum, majesta»tem Dei negligentia orationis offendere; hoc est vigilare

»oculis et corde dormit, cum debeat christianus, et cum »dormit oculis corde vigilare; sicut scriptum est ex persona »Ecclesiæ loquentis in cantico canticorum: *Ego dormio et »cor meum vigilat*. Quapropter sollicité et cauté. Apostolus »admonet dicens: *Instate orationis vigilantes in ea*: docens »scilicet et ostendens, eos impetrare quod postulant de Deo »posse, quos Deus videat in oratione vigilare.»

Mandándosenos, pues, orar y cumplir con el rezo divino, se nos manda la atencion y devocion necesaria para cumplirlo rectamente, y sin esta nada haremos para con Dios.

Dos cosas son necesarias en la oracion y que se llaman comunmente sus partes esenciales, que son la meditacion y la peticion. Para que tengamos una buena voluntad nos es necesario un buen conocimiento, porque á proporcion que conocemos una cosa, así la amamos y nos aficionamos á ella, y este conocimiento le conseguimos por la meditacion. Meditar es hacer un estudio espiritual, pero un estudio dulce, porque no es de solo el entendimiento, sino del entendimiento y la voluntad juntamente, y aun es mas de la voluntad que del entendimiento. Es, pues, la meditacion devota la que sirve á la gracia actual de atalaya, porque nos dispone admirablemente para aquellas dos impresiones que nos roban el corazon, y son: hacernos manifiesto lo que antes estaba escondido, y hacernos amable lo que nos era áspero. Por esto atribuye á la meditacion el real profeta la conversion que habia hecho del mal y la confirmacion que tenia en el bien. La conversion cuando nos dice: *cogitavi vias meas, et converti pedes meos in testimonia tua*: y la confirmacion cuando nos asegura: *Nisi quod lex*

na meditatio mea est, tunc forte perüssem in humilitate mea. Orar sin meditar es no orar, y faltando la consideracion atenta de las cosas divinas, de aquellas mismas sentencias terribles que pronunciamos en el rezo, no podemos lograr ni reducirnos al bien y al camino derecho, como el real profeta, ni conservarnos en él, fortalecidos con el deleite y recreo que debiera suministrarnos la misma consideracion.

Ahora bien, mis venerables hermanos. Si en toda oracion y todo cristiano para conservarse en la gracia y caminar derechamente á su fin, tiene necesidad de la meditacion y consideracion devota, mucho mas la necesita el sacerdote que debe servir de guia y de maestro de los demás, por eso lleva anejo á su ministerio el cargo de orar y cumplir con el rezo divino. ¿Y podremos decir que tiene esta meditacion y consideracion devota el que reza el oficio divino sin haber depuesto ni aun por aquellos cortos instantes los afanes y cuidados del mundo, y sin desprender de su imaginacion las tareas é intereses terrenos, el que está con breviario en la mano manifestando que reza y sostiene y alterna en conversaciones vanas y aun entre estrañas ocupaciones, el que reza con demasiada precipitacion, con desidia y sin cuidado de desechar las divagaciones involuntarias del ánimo, el que no elige un lugar recogido y devoto y mas bien cuida de estar distraido y entretenido mientras reza? ¡Ay de nosotros! Los varones justificados y santos orando solos con Dios solo, con dificultad estan libres de distracciones y les es muy trabajoso el meditar en lo mismo que pronuncian sus labios. ¿Qué haremos nosotros llenos de imperfecciones, que ignoramos hasta el

nombre de vida interior, y que no ponemos los medios que debiéramos para recoger la atencion? ¿Presumimos meditar dignamente y como conviene rezando las horas canónicas entre el ruido de las tertulias, robando algunos momentos al juego, entre las conversaciones y casi dormidos? ¿No daremos con esto motivo de reirse de nosotros al enemigo de nuestras almas? Así seremos unos guias flacos de vista, sin fuerza ni vigor; porque ¿cómo sabremos hablar al pueblo de las cosas de Dios si no las rumiamos ni meditamos? cómo anunciaremos con fervor las verdades eternas y le engendraremos en los fieles si nosotros no le concebimos y las pronunciamos todos los dias con la mas estúpida frialdad? ni ¿cómo queremos que los demás tengan amor y delectacion en las cosas santas si no le tenemos nosotros y no podemos hablar por esperiencia propia en estos asuntos y tenemos que mendigar lo que nos dicen los libros?

La otra parte no menos necesaria en la oracion es la peticion. Conociendo por la meditacion lo que necesitamos y lo poderoso que es el Señor para concedérnoslo, debemos ocuparnos en reclamar y pedir los auxilios oportunos de su gracia. Es el Señor rico para todos, pero es para los que le invocan, y tenemos necesidad de recurrir á los ruegos para que el Señor nos oiga y dispense su proteccion. *Clama á mí y te oiré*, nos dice por Jeremías. De esta arma poderosa tenemos que valernos ya para el provecho de nuestras almas y el remedio de nuestras necesidades propias, como para el de los fieles por quienes debemos orar por nuestro oficio y como ministros públicos. *No haya en mí el pecado contra Dios, de que no ore por vosotros*, decia Samuel á su pueblo, y debemos decir nosotros: *Absit a me hoc pecca-*

tum in Dominum, ut cessem orare pro vobis (1). Sabia muy bien que en tanto aquel mismo pueblo habia triunfado de sus enemigos, en cuanto Moisés habia tenido los brazos levantados por él. Al caer estos era vencido el pueblo al instante, y al volverse á alzar era vencedor. «Ore pues tam»bien el sacerdote de la Iglesia para que venza el pueblo »que le está encomendado, á los enemigos invisibles, que »son los demonios, que impugnan á los que quieren vivir »pacíficamente en Cristo Jesus,» deducen como legítima consecuencia los sagrados cánones (2). ¿Pediremos de veras á Dios sus beneficios y podremos exhortar á los fieles y en especial á los que mas los necesitan que son los pecadores, á que los pidan, rezando diariamente sin pensar en nosotros mismos y sin acordarnos de nuestras necesidades espirituales, de las de los fieles, ni de solicitar el socorro oportuno? ¿Podemos prometernos los beneficios preparados por el Señor para los que le invocan, rezando sin modestia, sin devocion y sin señales de que somos unos siervos que demandamos del Señor las luces y los auxilios necesarios para servirle con fidelidad? Nuestra oracion es una conversacion con Dios. Cuando leemos nos habla Dios, y cuando oramos hablamos nosotros con Dios, dice san Agustin. ¿Tenemos esto presente cuando cumplimos con el rezo divino? Pues ved aquí por qué rezamos sin fervor ni devocion y por qué no sacamos fruto de nuestro rezo ni mejoramos cada vez mas como debiéramos hacerlo; porque ni meditamos ni pedimos cosa alguna, y

---

(1) 1 Reg. cap. 12, v. 23.
(2) Dist. 36. cap. Si quis vult.

nos contentamos con el sonido material de las palabras, con un rezo precipitado, sin compostura ni recogimiento y sin apartarnos de los cuidados terrenos. Los santos padres se lamentan de que recemos sentados como indigno del respeto debido á la divina Magestad el estar en tal postura en su presencia en los momentos en que suplicamos. San Carlos y otros muchos santos rezaban todo el oficio divino de rodillas. ¿Cuánto mas debe lamentarse la falta de atención, el ningun recogimiento, las continuas distracciones y tantas faltas como cometemos en la práctica del rezo divino en que tentamos y ofendemos de nuevo á Dios por nuestra irreverencia é irreligiosidad en vez de aplacarle?

Temo y me estremezco al anunciar otra abominacion todavía mayor y que hace que nuestras oraciones no solo sean infructuosas sino tambien detestables y execrables; y es la falta de preparacion: el rezar sin procurar ponernos en la gracia y amistad de Dios. Bien sabemos que Dios no oye á los pecadores, que no pueden merecer sus gracias los que son enemigos suyos, que detesta el Señor al pecador atrevido que toma en su boca inmunda las divinas alavanzas, que orar y pedir una cosa con los labios y estar practicando otra es un insulto al mismo Dios, y pedimos lo que no queremos que nos conceda. Si antes de orar no nos preparamos, si nos presentamos á Dios envueltos en nuestros vicios y pecados y sin ánimo ni deseos verdaderos de salir de ellos, si apartamos nuestros oidos de la ley de Dios y no procuramos vivir segun ella, nuestras oraciones serán execrables, segun el oráculo del Espíritu Santo: *Qui declinat aureas suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.*

Dejo á vuestra consideracion las reflexiones que podre-

mos hacernos sobre esta importante verdad. Dejo á vuestra consideracion valuar el mérito de nuestras oraciones mientras vivamos sumergidos en la culpa, y el aprecio que hará el Señor de los que no vivamos segun su ley y no nos esforcemos á procurar su amistad antes de pedirle sus favores. El considerar la obligacion en que pondremos á Dios de concedernos cosa alguna mientras nosotros no le hagamos dueño de nuestro corazon. El desprecio con que mirará el Señor nuestras oraciones y la ira con que recibirá nuestras súplicas soberbias que debe recibir como agravios y como atroces insultos á su Magestad.

No diré por esto, que si somos pecadores y estamos en desgracia de Dios no oremos: no, porque estamos mas pobres y necesitados debemos pedir mas; pero para que nuestra oracion no sea execrable y mirada por el Señor como un nuevo crímen, preparémonos antes con la detestacion de todo vicio, con el propósito de salir del pecado, con la humildad y limpieza de corazon y despues oremos y recemos con atencion, con fervor, con devocion, meditando las verdades eternas que pronunciamos y recordamos en el oficio divino, y que por falta de esta meditacion se nos pasan desapercibidas y sin causarnos impresion alguna. Así llenaremos este deber de nuestro ministerio y alcanzaremos de Dios bienes para nosotros y para los fieles, las bendiciones y gracias de un Dios rico para todos los que le invocan. Así sea.

F. L. G.

PLATICA XIII.

DE LA MISA.

Reverencia interior y esterior con que debemos celebrar el santo sacrificio de la misa.

Quotiescumque enim manducabitis panem hunc et calicem bibetis: mortem Domini anuuntiabitis.
1.ª CORINTH., CAP. 11, v. 26.

Todo sacerdote está obligado no solo á orar y pedir á Dios, para lo que se le impone el rezo divino de cada dia, sino tambien á ofrecer sacrificios por los fieles, aplacar la ira de Dios y lograr sus misericordias, para lo que aplica y celebra el santo sacrificio de la misa. Si somos sacerdotes ¿no es para ofrecer el sacrificio incruento y renovar sobre nuestros altares el sacrificio del Calvario? El sacerdote que no

estando legítimamente impedido, omite celebrar el santo sacrificio de la misa, priva en cuanto está de su parte á la Santísima Trinidad de alabanza y gloria, á los ángeles de alegría, á los pecadores del perdon, á los justos de recomendacion y gracias, á las almas del purgatorio de refrigerio, á la Iglesia del espiritual beneficio de Cristo y á sí mismo de medicina y remedio contra los defectos cotidianos, como se espresa el venerable Beda. Si desea y apeteceria el santo Concilio de Trento que los fieles que asisten á cada una de las misas comulgasen, no solo con el afecto espiritual sino con la percepcion sacramental de la Eucaristía para que se aumentase en ellos el fruto mas copioso de este Sacramento Santísimo, ¿cuánto mas deseará que aquellos que asisten de continuo en los atrios de la casa de su Dios y se consagran á su obsequio celebren la misa y comulguen repetidas veces para que engrosados de Dios crezcan en santidad y sean santos alimentándose del manjar de toda santidad?

El sacerdote que raras veces celebra el santo sacrificio de la misa gozando tal vez un beneficio pingüe, manifiesta un fastidio de la mesa santa; denota, dilatando mucho tiempo en celebrar, un desprecio de este augusto sacrificio, ocasiona graves daños á su alma, la da mayor libertad para pecar, escandaliza á los fieles y por fin le sucede, que alejándose por largo tiempo del altar no tiene en sí la vida de la gracia y por último perece. No es bastante el pretesto de una humildad y respeto grande para privarse de los frutos abundantes de una comunion sagrada, cuales son el impedir los pecados y preservarse de ellos, el mitigar el ardor de las pasiones, el ilustrarse el entendimiento, la refec-

cion interior y dulzura y consolacion del alma, la incorporacion con Jesucristo, la corroboracion de las virtudes, la defensa contra los enemigos del espíritu, la fortaleza de la fe, el aumento de la esperanza, el ejercicio de la caridad, el acrecentamiento de la devocion y de todas las virtudes, y para apartar de la mesa santa á los fieles á quienes el sacerdote debe escitar con su ejemplo á que la frecuenten. Si cuando alguno alega para retraerse de celebrar el respeto y humildad solicitase al mismo tiempo vivir de tal suerte que cada dia se preparase é hiciese menos indigno de recibirle, podria hallar acogida su escusa, ¿pero qué diremos si le vemos que por el contrario vive, como suele suceder, mas desordenado y con menos recogimiento?

No es este sin embargo el desórden mas comun y lamentable en los sacerdotes, quienes en lo general no faltan en esta parte, y basten las reflexiones indicadas contra los que padeciesen esta negligencia y no por el augusto misterio que ejecutan sino por el interés del estipendio se moviesen á celebrar el santo sacrificio de la misa. Mas sensible y doloroso es el ver á muchísimos celebrar sin compostura, sin gravedad, sin devocion sin respeto ni reverencia interior ni esterior, con escándalo de los mismos fieles; y contra esta falta voy á llamar nuestra atencion en este rato.

Si considerásemos y conociésemos bien los sacerdotes la escelencia de nuestro estado y la santidad sublime de nuestro ministerio, jamás nos acercaríamos al altar sin un temor santo, ni saldríamos de él sin un reconocimiento infinito, ¡cuál sería nuestro respeto si contemplásemos en la dignidad y escelencia de la obra que hacemos cuando celebramos el santo sacrificio de la misa? Dios es mas honrado

por una sola misa que por todas las acciones así de los ángeles como de los hombres por fervorosas y heróicas que sean. Por lo mismo debemos considerar esta accion como la mayor y la mas importante de nuestra vida y hacerla con toda la perfeccion que nos sea posible. Todos los empleos con que Dios ha honrado á los ángeles son inferiores á la escelencia y dignidad del sacerdote. Decir una misa es mas que gobernar á todo el mundo, mas que resucitar á los muertos y mas que hacer los mayores milagros. El tremendo sacrificio de la misa se debe llamar con razon la *obra de Dios*, como dice el santo Concilio de Trento. *Obra de Dios* porque es divina por su principio, por su medio y por su fin. Su principio es Dios, porque solo Dios con su omnipotencia puede convertir todo el pan y vino del sacrificio en cuerpo y sangre de nuestro adorable Redentor. Su medio es Dios, porque solo Dios con humanarse podia constituir una víctima suficiente para igualar á aquella divina magestad á quien se sacrifica en satisfaccion de las injurias que se le han hecho. Su fin es Dios, porque á Dios solo se le pueden sacrificar víctimas.

Sí, Dios mio, esclama un siervo de Dios penetrado del valor inmenso y la dignidad del santo sacrificio de la misa, que yo rece, que ayune, ó que haga limosnas lo hago todo con desconfianza. Puede ser, digo entre mí, que deshonre mas á Dios por mi mala intencion y por las circunstancias de mis acciones en vez de honrarle. Esta penitencia bien lejos de borrar mis delitos, puede ser que ella misma tenga necesidad de penitencia; pero cuando digo misa, cuando yo ofrezco este sacrificio adorable en calidad de ministro de la Iglesia, entonces es, Dios mio, cuando lleno de

confianza y aliento me atrevo á desafiar á todo el cielo, por ver si se hace otra cosa que sea mas agradable. Entonces es cuando sin temor de ser acobardado ni de la multitud, ni ansiedad de mis delitos, me atrevo á pediros perdon no dudando que me le habeis de conceder en el modo mas perfecto que yo sabré desear. Por dilatados que sean mis deseos, por grandes que sean mis esperanzas, no pongo dificultad en pediros todo lo que sea capaz de llenarlos. Yo os pido muchas y grandes y toda suerte de gracias para mí, para mis amigos y para mis mayores enemigos, y bien lejos de ceder de mi demanda y de desconfiar de conseguir tantas cosas á un mismo tiempo, veo que es poco lo que pido en comparacion de lo que ofrezco; y aun creo que hago poca merced á esta hostia viva, en pedir infinitamente menos de lo que ella vale. Nada temo tanto como el no esperar con una firme y constante esperanza todo cuanto pidiere, y aun mucho mas que fuese.

A la misa como á centro de la religion se enderezan ó remota ó próximamente todas las ceremonias de la Iglesia; y á la misa, como á centro de su ministerio debe el sacerdote enderezar tambien todos sus cuidados y poner todo su desvelo y vigilancia, como encarga el Concilio de Trento, en celebrarla con la mayor pureza y limpieza interior de corazon que se pueda, y con la mayor apariencia esterior de devocion y piedad. Avivemos nuestra fe y reconozcamos y confesemos que un sacerdote en el altar viene á ser un medianero entre Dios y los hombres: trata con Dios en nombre de toda la Iglesia y le ofrece una hostia proporcionada á los beneficios que hemos recibido de su mano y á los que le podemos pedir: una hostia capaz de borrar todos los pe-

cados de los hombres: una hostia que no puede dejar de ser agradable á los ojos de Dios, una hostia que es el mismo Dios y en el altar reproduce el sacrificio del Hijo de Dios en la cruz. ¿Puede decirse mas? Discurramos ahora, ¿cuál deberá ser el respeto, la compostura, la pureza, la preparacion de un sacerdote para una accion tan grande y su accion de gracias despues de haberla consumado? Señálese para esto la regla que se quiera, lo que yo diré siempre, es, que toda la vida del sacerdote debe ser una preparacion y una continua accion de gracias y que no basta menos tiempo. Nada ha de hacer el sacerdote que no sea, como quien ha de decir misa, ó como quien la ha dicho: esto es: que todas sus palabras y todas sus acciones deben ser tan santas, que ellas mismas le puedan servir de disposicion para celebrar estos divinos misterios y de pruebas continuas de su reconocimiento y su amor. No hay en el mundo quien por su ministerio se acerca mas á la persona de Jesucristo y no hay quien deba asemejársele mas en la santidad de su vida. Cualquiera otra práctica es defectuosa. La pureza y santidad de su vida debe ser la principal preparacion. Cuanto mas se acerque el momento de celebrar el tremendo sacrificio de la misa, tanto mas debe emplearse el sacerdote en recogerse, en renovar las intenciones con que debe ofrecerle, en procurar hacerse menos indigno con grandes reflexiones sobre lo que va á hacer, ó sobre lo que ha hecho, con actos de fe, de contricion, de humildad, de agradecimiento, de amor.....

Es menester que el sacerdote cuando va al altar no se considere ya como un hombre, sino como el mismo Jesucristo que va á hablar por su boca y á sacrificarse por sus ma-

nos, y por esto no debe hacer accion alguna esterior que no pueda decirse de ella: ved aquí una accion de Jesucristo. Debe con una esquisita diligencia ejecutar hasta las mas pequeñas ceremonias, si pueden llamarse pequeñas las que sirven para celebrar el mayor y mas augusto de todos los sacrificios. Debe portarse en todas las ceremonias sagradas con grandeza y magestad y con tanta modestia y compostura que su modo y presencia causen respeto y devocion á todo el mundo, ofreciendo este adorable sacrificio de un modo tan magestuoso, tan devoto y con tal respeto que Dios sea por ello honrado, Jesucristo reconocido en la persona de su ministro y todos los circunstantes edificados. De otra manera, ¿qué reverencia querremos que tenga el pueblo á unos misterios tan sacrosantos si ve que falta totalmente en los sacerdotes?

Como es Jesucristo quien se ofrece y se sacrifica por manos de su ministro, es necesario tambien que el mismo ministro se sacrifique y ofrezca juntamente á sí mismo con Jesucristo. El es escogido y como diputado de toda la Iglesia para rendir á Dios las debidas adoraciones, para agradecer sus beneficios, para aplacar su ira é implorar su misericordia y por esto debe cumplir exactamente con su ministerio especialmente despues de la consagracion. Entonces es cuando, como Moisés, debe ligar, digámoslo así, á Dios las manos de su justicia; entonces debe reconocer por medio de esta preciosa víctima la grandeza infinita de aquel primer ser, y sobre todo anonadarse delante de él, como lo hace el Hijo de Dios sobre el altar; entonces debe representarle todas las necesidades de su pueblo y persuadirse que conseguirá cuanto pide, pues ofrece una hostia de infinito precio y á que Dios nada puede negar.

¿Y se ven sacerdotes tan disipados y distraidos, tan envueltos en los afanes y negocios terrenos que no se conoce que son sacerdotes sino cuando estan en el altar? ¡Y ojalá que allí mismo no desdorasen con su poca devocion la santidad de su ministerio! ¿Qué indica ese apresuramiento y precipitacion que se advierte en muchos, esas ceremonias sin gravedad y sin decoro sino muy poca fe? Se pasan con gusto horas enteras en conversaciones inútiles, y media hora que se esté con Jesucristo nos sirve de pena: ¿es posible que solo Jesucristo nos ha de causar fastidio? ¿Dónde está aquella ternura y compuncion de los primeros sacerdotes que se veian precisados á interrumpir el sacrificio para dar curso á sus lágrimas? No debemos maravillarnos de que los apóstoles y discípulos que tan familiarmente conversaban con Jesucristo recibiesen tanta abundancia de gracias; lo que debemos admirar es, el ver que un sacerdote en el altar no sea poderoso del todo y que no ame á Jesucristo sino con imperfeccion y que no sienta mas ternura al ofrecer este adorable sacrificio. El está con Jesucristo cuando quiere y todo el tiempo que quiere; y la desgracia es que no le agrada el estar con este amable Salvador largo tiempo. Nos quejamos de que no tenemos en el altar ningun sentimiento de ternura ni de devocion sensible. Pero ¿vivimos para esto con bastante recogimiento interior? ¿Hacemos una vida bastante pura? ¿Cómo queremos sentir esta devocion hallándonos, aun durante el sacrificio, en una continua inquietud y teniendo ocupado el entendimiento y la atencion en las acciones esteriores cuando mas, y tan deseosos de salir del altar que no damos lugar, ni permitimos, digámoslo así, que Jesucristo nos haga sentir los dulces

rfectos de su presencia y mucho menos entender su voz?

Vemos sacerdotes que tienen hasta á gloria y vanidad el despachar la misa en mas breve espacio y lo vemos sin pena ni sentimiento, lo que prueba que el celo por la honra y gloria de Dios no solamente está desmayado en nosotros sino enteramente estinguido. Vemos á muchos que la celebran con tanta desatencion y falta de reverencia que pudiera muy bien preguntarse: ¿*Sacrificat an insultat*? En muchos parece que falta la fe y que no creen que realmente baja Jesucristo á sus manos y estan renovando la obra de nuestra redencion y que deben tener presente lo que encarga el apóstol: *Quotiescumque enim manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis.* Aun cuando la misa no fuera otra cosa mas que una simple representacion de la muerte que padeció por nosotros nuestro divino Redentor, no deberia celebrarse sin el debido respeto. Los sucesos de los grandes del mundo no se representan en los teatros sino con la debida magestad y decoro y mucho mas si se representan en su presencia. ¿Cuánto mayor debe ser el respeto, la gravedad y compostura que debe tenerse en el altar en que no solo se representa la pasion de Jesucristo, sino que se renueva y que no es una simple copia, sino el original verdadero por el mayor milagro que se obra en la tierra?

¿Pretenderemos decir que precipitamos la misa porque el pueblo no se queje? Pero el pueblo se quejará sin razon y no debemos atenderle. Y ¿cuándo se ha visto jamás que se acelere la mesa de un rey y se le sirva sin respeto ni consideracion porque no se disgusten los pages y lacayos? Reflexionemos y tengamos presente que el modo irreverente

y acelerado de celebrar en mas de un sacerdote, no ha de estar esento en el tribunal divino de un castigo proporcionado á la culpa que se comete en una negligencia tan clara y escandalosa en las genuflexiones, en las cruces, en las ceremonias, en las bendiciones que parecen mas bien irrisiones. Escrito está: *Maledictus qui facit opus Dei negligenter* (1).

Mas fe, mis venerables hermanos, y algunas reflexiones serias sobre nuestro ministerio y sobre la grandeza de la obra que hacemos cuando celebramos el santo sacrificio de la misa nos enseñarán cómo debemos prepararnos y cómo debemos decirla. Una fe viva, que no se contente con cualquiera disposicion habitual para estas bodas del paraiso, sino que se hermosee cada vez con la intencion actual para agradar mucho mas á los ojos de su Señor. *Venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se* (1). Por lo menos es muy necesario dirigir las intenciones, y que no nos movamos á celebrar mas por el estipendio que por aquellos fines por que se celebra. Reduciré lo muchísimo que pudiera decir y que no se oculta á ningun sacerdote á decir: que es menester decir la misa del mismo modo que Jesucristo la diria. Solamente la vista de la persona de Jesucristo encierra las prácticas mas santas de devocion, y el pensar de cuándo en cuándo el que yo mismo represento aquí á Jesucristo, que yo hablo en nombre de Jesucristo, que yo tengo á Jesucristo en mis manos.... Digo, pues, que estos

---

(1) Jer., cap. 48, v. 10.
(1) Apocal., cap. 79, v. 7.

pensamientos son capaces de inspirarnos aquel aire de santidad, aquel aire de gravedad y amistad, aquel aire, modestia y compostura divina tal, cual requiere esta accion, y que los fieles que asisten esperan de nosotros.

Si en todo el mundo no hubiese mas que un sacerdote solo que ofreciese una vez en toda su vida el adorable sacrificio para honrar á Dios en nombre de todos los hombres que le son fieles y para aplacarle por las ofensas que recibe de todos ¿cuál sería el respeto, la veneracion, el temor, la fe y reverencia, la preparacion y accion de gracias de este sacerdote en el dia que celebrase el sacrificio? ¿Y porque el Señor ha tenido la bondad de hacer participantes á tantos de un oficio tan divino y de querer que celebren todos los dias ha de recibir en recompensa nuestras irreverencias y faltas de respeto? ¿Hemos de celebrar con menos preparacion que la que tiene un simple fiel y la que teníamos nosotros antes de ser sacerdotes para comulgar, y ha de ser tal nuestra precipitacion y descortesía? Cada uno, pues, de nosotros cuando subimos al altar, portémonos como si no hubiese otro y fuera el único sobre la tierra constituido para sacrificar al Altísimo en nombre del universo. No dejemos de meditar sobre la accion grande que vamos á ejecutar y tener presente lo que nos dice el apóstol: *Quotiescumque manducabitis panem hunc et calicem bibetis mortem Domini anuntiabitis.* Así celebraremos con fruto de nuestras almas, con edificacion de los fieles y de un modo que nos haga dignos de que el Señor nos recompense despues con su gloria. Amen.

F L. G.

PLATICA XIV.

DEL MISMO ASUNTO.

Sacrilegio y atentado horrendo del sacerdote que se atreva á celebrar en pecado mortal.

Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne: reus erit corporis et sanguinis Domini.

1ª. Cor., cap. 11, v. 27.

Puede concebirse, aunque con dificultad, cómo un hombre puede llegar á ser tan ingrato que menosprecie los beneficios que recibe de otro hombre; pero parece que jamás podrá comprenderse cómo cabe que un hombre que tiene todos los dias la dicha de conversar familiarmente con Jesucristo, de traerle en sus manos y de distribuirle al pueblo no considere su dignidad tan sublime, y que no tenga

sino indiferencia y frialdad para con Jesucristo, y que teniendo fe se ponga en el altar lleno de muchas imperfecciones considerables, que esté sin ningun sentimiento de devocion y ternura y que salga tan poco tocado de la escelencia y sublime santidad de este misterio como cuando entraba en el altar. Si la cuenta que tenemos que dar á Dios ha de ser proporcionada á la escelencia y los empleos en que nos ha colocado y á los beneficios que hayamos recibido; si para que nos salvemos es indispensable que sea correspondiente nuestra virtud á la santidad de nuestro estado y de nuestros ministerios, un sacerdote que no tiene sino una mediana virtud y que despues de haber ofrecido miles de veces este adorable sacrificio no se halla mas devoto, sino tal vez mas imperfecto que antes que fuese sacerdote; este sacerdote, digo ¿tendrá motivo para temer los tremendos juicios de Dios? Y aquel á quien no mueven el cuerpo y sangre de Jesucristo al tiempo mismo que le tiene en sus manos ¿habrá cosa en el mundo que sea capaz de moverle? A la verdad un sacerdote que ofrece continuamente el santo sacrificio y que no siente los saludables efectos de este sacrificio que basta para borrar todos los pecados del mundo y para inflamarle en el amor divino, tiene grandísimo motivo para temer. ¡Cuánto mas deberá temer el que conocida y deliberadamente se atreve á celebrar indispuesto, sin purificar su alma y en conciencia de pecado mortal? Yo pido perdon á vosotros, mis venerables hermanos, y á todos los sacerdotes del mundo, si en hombres de una dignidad tan venerable imagino posible tan enorme delito. No intento agraviar á los buenos sacerdotes. En el apostolado hubo un Judas, y en la condicion humana

no dejan de estar sujetos á las caidas y enfermedades mas graves los que son mas privilegiados y constituidos en mayor dignidad; y como es posible que se dé alguno tan olvidado de sí mismo que padezca esta desgracia, en la cara de tan grande malhechor pondré á la vista de todos los sacerdotes la fealdad enorme, el sacrilegio horrible, la abominacion detestable y próxima condenacion del que celebra en pecado mortal el santo sacrificio de la misa, para que huyamos todos de caer en tan profunda miseria y tan insufrible maldad.

El que celebra con conciencia de pecado mortal es un Judas, ladron y traidor; es peor que el mismo Judas, que pecó entregando la sangre justa. Roba al mismo Hijo de Dios, que si quiso hacerse hombre y sacrificarse en el altar poniéndose en la hostia en virtud de las palabras de la consagracion pronunciadas por el sacerdote, no fue para ser nuevamente ultrajado, y ultrajado por sus mismos ministros y representantes, sino para una Hostia de propiciacion por el pecado y para reconciliar con Dios á los hombres de un modo continuo; no fue para escitar y fomentar el pecado, sino para dar la muerte al pecado. Hace el sacerdote indigno que baje Jesucristo á sus manos, forzado, digámoslo así, y contra su voluntad; le roba al cielo y le ultraja con sus manos sacrílegas, con sentimiento de los millares de ángeles que le rodean y gozo de los demonios que se congratulan en que el Señor de toda pureza sea tan atrevidamente vilipendiado. Jesucristo en la Eucaristía podemos decir que está en el trono de su amor y de sus finezas, y el sacerdote sacrílego le agravia y asesina teniéndole en su poder y haciéndole venir á sus manos en el mismo

sacramento en que mas nos favorece y convida con su amor.

Si un estraño ó desconocido le injuriase; si le maldijese y maltratase alguno de los que no tienen fe y son enemigos declarados de Jesus, no tendria nada de estraño, y Jesus lo llevaria con paciencia; pero que un sacerdote suyo, uno que debe ser amigo tan favorecido y elevado á tan alta dignidad, que se sienta á su mesa y recibe todas las pruebas de su cariño, un sacerdote que tiene fe, ultraje á Jesus sacramentado tratándole tan indignamente, esto es lo que hiere el corazon de Jesus, de lo que se queja amargamente y para lo que no hay un castigo correspondiente en este mundo.

El tal sacerdote es peor que un homicida, puesto que el apóstol iguala á los que comulgan indignamente con los que crucificaron á Jesucristo: *Reus erit corporis et sanguinis Domini.* Esto es, como lo esplica nuestro angélico doctor santo Tomás, será reo como si hubiera dado muerte al Señor. Da muerte al Señor, y aun en esta muerte que por su parte da á Jesus sacramentado el que celebra ó el que comulga indignamente, se halla alguna cosa mas detestable y mas pesada. Los que le crucificaron en el Calvario no le conocian, y si le hubieran conocido, jamás hubieran dado muerte al autor de la vida; pero el que celebra ó comulga tiene mayor pecado porque le conoce, le adora y se acerca á él como Judas con un ósculo traidor para venderle. En la muerte que se le dió en el Calvario podia consolarse Jesus con la salud del mundo, que habia de brotar como un fruto dulcísimo y amable del árbol de la Cruz, con el bien del género humano, la humillacion del demonio y del

infierno y de la muerte, y la gloria del Padre que habia de resultar: pero de la muerte que se le da bárbaramente en el altar ¿qué fruto puede provenir, sino aquel amarguísimo que la divina justicia ha de sacar cuando á su tiempo castigue como lo merece tan infame atentado? ¡*Ay*! *Me consolaré sobre mis enemigos* (1).

Por esto nos dice y amonesta con tanta energía el apóstol, que el que coma el pan del Señor ó beba su cáliz indignamente, se hará reo del cuerpo y sangre del Señor; que se pruebe y examine á sí mismo antes de llegarse á recibir este pan y participar de este cáliz, y que el que le come ó le bebe indignamente, come y bebe su juicio y su condenacion, se traga la sentencia de su muerte eterna. De aquí resulta que así como nada hay sobre la tierra mas hermoso que un sacerdote timorato, que se acerca con respeto, veneracion y pureza á la mesa santa, así no hay cosa mas abominable que un sacerdote sacrílego, que sin aterrarse de su maldad, vuelve despues un dia y otro dia, por meses y tal vez por años enteros á la celebracion de la santa misa sin salir de su mal estado y con conciencia de pecado mortal. No hay cosa mas hedionda y detestable en la presencia de Dios que un sacerdote sacrílego. Oigamos lo que se nos dice en las revelaciones de santa Brígida, aunque no le demos mas peso ni valor que el que tienen de suyo las mismas sentencias: *Ille Præsbiter pro quo tu oras cum accedit ad Altare, tunc averto faciem meam ab eo, et adstant ad*

---

(1) Jerem., cap. 11, v. 19.

latæra ejus dæmones cujus et animam inhabitant, quia ipsa est mortua ante me..... Quando consecrat corpus meum tunc fugiunt dæmones ab eo et corpus ejus remanet quasi truncus, quia anima ejus mortua est ante oculos meos. Cum autem corpus meum applicat ad os suum, ex præsumptione illa omnis turba dæmonum revertitur ad eum, quia charitatem nullam ad me habet. Ecce tales sacerdotes non sunt mei sacerdotes, sed veri proditores: ipsi enim et me vendunt, et quasi Judas produnt. Ego conspicio paganos et judeos, sed nullos video deteriores: quia ipsi sacerdotes sunt in eodem peccato quo cecidit Lucifer. ¿Qué mayor desgracia que estar puestos para aplacar á Dios y lograr sus gracias, y que el Señor los desprecie y aborrezca sus mismas ofrendas y oraciones, que el Señor los maldiga y no vea en ellos sino enemigos, traidores y acreedores al infierno?

Entremos, pues, cada uno dentro de nosotros mismos, y si nos hallamos semejantes en algo al sacerdote indigno y aborrecido de Dios que celebra en pecado mortal, movámonos á compasion de nosotros mismos y salgamos de tan miserable estado. Y el que no se resuelva á esto por amor á Jesucristo, á quien hasta ahora tan indignamente ha tratado, muévase al menos por el temor de su condenacion y por los males que le han de sobrevenir en esta vida y en la otra. No podemos desconocer que así como trae infinitos bienes á las almas el cuerpo del Señor cuando se recibe dignamente, así trae infinitos males el que abusando de su benignidad le recibe sin tener pura su alma. Como á Judas despues del manjar sagrado, entra en su alma Satanás que le arrastra á la desesperacion y la muerte. No podemos dudar que el temerario que se atreve á entrar en las bodas

sin llevar la vestidura nupcial, la pureza de conciencia, será ligado de pies y manos por los ministros del Padre de familias y arrojado á las tinieblas esteriores. No podemos desentendernos de lo que nos dice el apóstol: *Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.* Tantas enfermedades y tantas muertes repentinas son un castigo de las comuniones sacrílegas, porque se cansa el Señor de sufrir á los profanadores de su santísimo cuerpo, y empieza á darlos el infierno desde este mundo. Y si tal es la maldad y los castigos que prepara el Señor para un simple fiel que comulgue indignamente, el que es ministro diputado solemnemente por la Iglesia para comulgar, comete un mal mayor y se hace mas acreedor á las divinas venganzas; se agrava con muchísimo esceso el sacrilegio en el sacerdote cualquiera que sea, *Ex materia in qua peccatur, ex parte peccantis, et ex parte effectus consequentis,* dice santo Tomás (1).

Cualquier hombre de los de vuestra estirpe, que se llegare á las cosas que estan consagradas, perecerá delante del Señor. Así quiso Dios que Moisés lo hiciese saber á Aaron, á sus hijos y en ellos á todos sus postreros. Tal es la pureza que exige el Señor en sus ministros, y repetidos han sido los castigos que ha hecho sentir á los prevaricadores. Siempre ha querido que las cosas santas se traten santamente, y no debemos olvidar que el profanar la mesa santa, el celebrar indignamente el santo sacrificio de la misa es hacernos reos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y acarrearnos nuestra

---

(1) 2. 2. quæst. 148, art. 3.

condenacion. *Quicumque manducaverit panem vel biberit calicem Domini indigne reus erit corporis et sanguinis Domini.* Y si para los sacrificios de la antigua ley exigia el Señor tanta pureza con todo de que no eran sino sombras y figuras del santo sacrificio de la misa, para este exige tanto mas, cuanta mas es la dignidad, excelencia, virtud y santidad del sacrificio.

No demos ocasion á que vengan sobre nosotros los mayores castigos. Que no se queje el divino Jesus y se turbe en su espíritu al contemplar nuestra maldad y nos diga: *Qui manducat meum panem, levabit contra me calcaneum suum..... Unus ex vobis tradet me* (1). No llore al acercarse á nosotros y nos diga como á la deicida Jerusalen: *Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua quæ ad pacem tibi; nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis* (2). No caiga sobre nosotros su terrible anatema: *Væ autem homini illi per quem filius hominis tradetur: bonum erat ei, si non esset natus homo ille* (3). No seamos tan temerarios que en el mismo manjar de la vida recibamos la muerte y nos traguemos nuestro juicio y nuestra condenacion.

No permitais, Dios mio, que caiga en tan execrable maldad ninguno de nuestros ministros. Iluminadle con vuestra gracia y fortaleced con vuestros auxilios al que hubiese cometido este crímen, miradle con piedad para que salga cuanto antes de tan miserable estado, y haced que todos

---

(1) Joan., cap. 13.
(2) Luc., cap. 19.
(3) Marc., cap. 14.

celebremos vuestros misterios con conciencias puras y os recibamos con fe y con santas disposiciones, de modo que nos sirva de gracia y de mérito, y que despues de recibiros encubierto bajo los accidentes de la Eucaristía, os gocemos y veamos cara á cara en la gloria. Amen.

F. L. G.

PLATICA XV.

ADMINISTRACION DE SACRAMENTOS.

Del celo, prudencia y fidelidad que debe tener el sacerdote en la dispensacion de los sacramentos, cuidado del templo, exactitud y decoro en las ceremonias sagradas.

¿Quis putas est fidelis diversator et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam ut det illis in tempore tritici mensuram?

Luc., c. 12, v. 42.

Además del rezo divino y de la celebracion de la santa misa es propio de los sacerdotes, aunque en unos sea mas obligatorio que en otros, el administrar los santos sacra-

mentos á los fieles, cooperando así á la salud de las almas que es lo mas divino de las cosas divinas, como afirma san Dionisio: *Omnium divinorum est divinissimum, Deo cooperari in salutem animarum.* En esta ocupacion propia de nuestro ministerio preciso es que nos portemos como representantes de Jesucristo, con celo, con prudencia, con fidelidad, y lo mismo en todo aquello que es propio de nuestro destino, cuidando del decoro en las sagradas ceremonias, aseo y adorno de los templos y sagradas vestiduras, decencia de las imágenes y aun del respeto con que deben usarse las palabras santas y sentencias de la Escritura Sagrada, evitando profanarlas trayéndolas en conversaciones particulares y aun aplicándolas á asuntos profanos.

De estos deberes voy á hablar en este rato para que nos escitemos todos á ser dispensadores fieles y prudentes, como quiere el Señor que sean aquellos á quienes él constituye sobre su pueblo; y que hallándonos así, seamos bienaventurados y nos haga dueños de todos sus bienes y posesiones. *¿Quis putas est fidelis dispensator et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam ut det illis in tempore tritici mensuram? Beatus ille servus quem cum venerit Dominus invenerit ita facientem. Vere dico vobis, quoniam supra omnia quæ possidet constituet illum.*

Somos dispensadores y siervos, lo que debemos tener muy presente para no ensoberbecernos como si obrásemos en nombre y por virtud propia en los grandes misterios que se nos han confiado, y para que conozcamos que cuanto obramos, cuanto hablamos, cuanto pensamos y cuanto somos, no debe ser ya en órden á nosotros mismos, sino en órden á nuestro Señor. Que debemos ser siervos y dispen-

sadores constituidos sobre su familia por él y no por otro alguno. Que no debamos nuestra elevacion á los favores humanos, á los donativos ni á otra cosa alguna que no sea una vocacion y eleccion de Dios por los medios justos y santos. Y en nuestro ministerio debemos portarnos como siervos y dispensadores fieles y prudentes. Fieles con respecto á Jesucristo á quien servimos, y prudentes con respeto á los hombres á quienes hemos de dar y señalar la medida y el alimento oportuno y que le sea debido conforme á su estado, su condicion y el órden en que el Señor le haya establecido.

Como siervos y dispensadores fieles de los tesoros que Jesucristo nos encomienda debemos distribuirlos á los dignos y negarlos absolutamente á los indignos. Debemos cerrar los ojos á todos los miramientos y consideraciones humanas y dar las cosas santas á solos los santos y debidamente dispuestos. No debemos arrojar las margaritas á los puercos ni dar á los perros el pan de los hijos. Si son pecadores públicos, si no los hallamos dignos de participar de los Sacramentos, y muy especialmente de la sagrada comunion, por mas que sea respetable su dignidad en la tierra debemos negarle que se acerque á la sagrada mesa. No nos sirve escusarnos con la nobleza de la persona, con la eminencia de su grado, con los bienes ó males que nos pueda causar. Si es pecador público es tambien un perro, y si juntamente es pecador y príncipe es un perro mastin, y dicho se nos tiene: *Nolite sanctum dare canibus.* Aunque sea un rey, dice san Juan Crisóstomo, negadle atrevidamente este alimento que no se le debe: *si alguno coronado con diadema se llega indignamente, prohibidle. Mayor potestad teneis que*

él (1). Se nos ha dado facultad para perdonar los pecados y para retenerlos, y somos responsables al mismo Dios del abuso que hagamos en esta parte, que nos juzgará y sentenciará por los pecados mala é indebidamente absueltos como si nosotros los hubiéramos cometido. Si faltamos á lo justo sea por timidez, sea por ignorancia, sea por ligereza ó temeridad se quejará el Señor de nosotros y nos dirá: *tambien poníais vuestra porcion con los adúlteros* (2).

Para desempeñar fielmente nuestro encargo, hermanos mios, ¿cuánto estudio y aplicacion es necesaria? ¿Cuánta ciencia para discernir entre lepra y lepra, para conocer las enfermedades, aplicar los remedios oportunos, no negar nada á los dignos y no conceder cosa alguna á los indignos? ¿Bastará un estudio ligero y superficial? ¿Consiste acaso y queremos ser honrados como ministros del Señor por llevar un hermoso vestido de seda, una hermosa sobrepelliz, una rica alba y una casulla brillante; en que nos vistamos con unos ornamentos lustrosos y ocupemos un lugar eminente? No, dice el mismo san Juan Crisóstomo, sino en ser fieles dispensadores, y para esto necesitamos el estudio frecuente, la ciencia de dirigir á las almas, la fortaleza necesaria y no lo hallaremos en la molicie, el descanso y el regalo, en los pasatiempos y juegos, contentándonos con un estudio superficial y algunas conferencias que ó se tienen por cumplir ó por hacer ostentacion de una ciencia hinchada y artificiosa, sino en el recogimiento, la aplicacion y sobre todo en la

(1) Hom. 58, in Matth.
(2) Psal. 49, v. 18.

gracion y recurso á Dios que nos dé sus auxilios; de otro modo si perecen los fieles por nuestra indolencia, por nuestra mala direccion y por no dar á cada uno la medida que nos corresponde, ó por la cobardía y el miedo de no oponernos de frente contra los que quieran invadir la casa del Dios de Israel, seremos responsables delante de Dios y se buscará en nuestras manos la sangre de Jesucristo.

Ese sacramento de paz y reconciliacion, ese tribunal de la penitencia, ese manantial de gracias y piscina de salud, ¿cuántos bienes y consuelos proporciona á los cristianos en la vida y en los momentos cercanos á la muerte? Pero ¿cuántos conocimientos, cuánta prudencia y circunspeccion es necesaria en los que estamos encargados de dispensarle si hemos de hacerlo con rectitud y como siervos fieles de Jesucristo y dispensadores exactos de sus beneficios? ¿Qué paciencia y sufrimiento, qué tino para amonestar, para corregir, para aplicar las medicinas oportunas, para ser indulgentes con demasía y dar así ánimo al pecador, para no ser demasiado severos y esponer á la desesperacion é indurecimiento? Y para esto tambien, ¿qué género de vida tan irreprensible? En el Sacramento de la comunion tambien, ¿qué discernimiento es necesario para conceder mas ó menos frecuencia de la santa misa á algunas almas que la desean y no es fácil discernir el espíritu que las anima, en que tal vez puede tener mucha parte la emulacion, la vanidad y la especulacion tambien y el interés y las miras enteramente mundanas? Sobre esto, ¿qué celo es necesario en los encargados de la mies de Jesucristo y en los ministros de Jesucristo, gran Padre de familias, para salir por las plazas, las calles y caminos y compeler á todos á entrar en la cena

grande dispuesta por nuestro Señor? ¿Qué ansia debemos tener y con qué esmero debemos procurar que frecuenten todos los oficios divinos, la asistencia al templo y los Santos Sacramentos? ¿Se compondrá esto con no ponernos sino rara vez en el confesonario, cuando somos llamados y acaso aun entonces alegamos ocupaciones y de modo que se conozca que vamos siempre contra voluntad y con disgusto? Bien sé que segun los cargos de cada uno hay sacerdotes que estan mas obligados que otros; pero ¿como ministros de Jesucristo, no estamos obligados todos á promover sus intereses? ¿Nos ha dado los talentos para que los ocultemos y no hagamos su negocio y el nuestro con ellos? ¿Con qué amor á Dios y caridad á nuestros prójimos veremos que nos buscan para confesarse los fieles y que no hay quien los oiga, y que piden pan y no hay quien se lo parta? Sobre todo en las enfermedades y peligros, ¿qué prontitud debe ser la nuestra para socorrer á las almas con los auxilios espirituales? ¿Sabemos lo que es un alma? ¿Sabemos lo que costó á Jesucristo el redimirla? ¿Sabemos lo que Jesucristo pide de nosotros y para lo que nos honró con la dignidad de ministros suyos? Si esto meditamos no buscaremos pretestos ni alegaremos escusas de que si estan ó no á nuestro cuidado: *Da mihi animas, cætera tolle tibi*, diremos al Señor con un ánimo inflamado en su amor y deseoso de su gloria. La misa es mucha y los obreros son pocos. Cae el jumento, y no falta quien le levante. Cae el hombre, y no hay quien lo considere atentamente, dice san Bernardo. Perece el justo y no hay quien lo reflexione de corazon, ¡oh dolor! ¡Tantos ignorantes, tantos estraviados, tantos perdidos, tantos niños sin la instruccion! ¡Y vivire-

mos nosotros en el descanso y sin temor por nuestro abandono y descuido!

Aun en la misma administracion de los santos Sacramentos, ¿cuál debe ser nuestro decoro, nuestra compostura, nuestra gravedad, nuestra exactitud, para llenar lo que la Iglesia nos manda y conciliar el respeto de los fieles y que las casas santas no sean una irrision ó una mofa por nuestra precipitacion y descompostura? «Observa los pre»ceptos y juicios que yo te mando ejecutes, dice el Señor »en el Deuteronomio, porque si no quieres atender á la voz »del Señor tu Dios á fin de que guardes y observes los man»damientos y ceremonias que en este dia te ordeno ven»drán sobre tí y te comprenderán todas las maldiciones.» Estas execraciones sobrevinieron y comprendieron á Nadab y Abin, hijos del sumo sacerdote Aaron; porque cogiendo los incensarios pusieron en ellos fuego profano y sobre este incienso le ofrecian á Dios: era ilícito este género de culto; por eso envió el Señor fuego contra ellos, que los sofocó y quedaron muertos delante del santuario (1). Este castigo los sobrevino, no solo por su temerario arrojo, sino para escarmiento nuestro. ¿Qué sucederá á los sacerdotes transgresores de los ritos de nuestra ley? ¿A los que no se cuidan y aun tienen á mengua y como esclusivo de los sacerdotes pobres, el estudiar é imponerse en los ritos y ceremonias de nuestra religion y son la risa y el escándalo cuando las ejecutan? ¿A los que por tibieza, negligencia y por una rutina adquirida con el hábito las hacen *á medias*, di-

(1) Levit, cap. 10.

gámoslo así, y sin gravedad ni decoro? «Si alguno dijere, »dice el santo Concilio de Trento (1), que los ritos admiti»dos y aprobados en la Iglesia de Dios y de los que ha sido »costumbre usar en la administracion solemne de los sacra»mentos, pueden, ó ser despreciados, ó sin culpa por su »antojo omitidos por los ministros, ó ser mudados en nue»vos y diversos por cualquiera pastor de las iglesias, sea »escomulgado.» ¿Nos atreveríamos á hacer los encargos de los reyes de la tierra sin magestad y sin decoro? ¿Nos atreveríamos á servirlos con precipitacion, distraidos y sin reverencia? Pues bien, nos dice el Señor en los ejercicios: si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está mi honor? Si soy vuestro Señor, ¿dónde está vuestro temor? Con vosotros hablo, sacerdotes que despreciais mi nombre. Damos motivos á las gentes para que nos digan, ¿dónde está el Dios de estos? ¿*Ubi est Deus corum*? Deshonramos al Señor con nuestros mismos obsequios y seremos malditos por hacer la obra de Dios con negligencia. Y si los sacerdotes no procuramos que las cosas invisibles de Dios se miren con el entendimiento por medio de los ritos, rúbricas y ceremonias, ¿cómo han de ser instruidos los fieles en las cosas divinas? ¿Cómo se han de escitar á su amor y á tratarlas con fervor y dignidad? Solamente el lugar santo, el templo del Señor, el entrar en su casa y ponernos en su presencia debe infundirnos respeto y hacernos temblar, ¿cuánto mas respeto y veneracion debemos tener al ejercer en él las funciones de nuestro ministerio?

(1) Sess. 7, can. 13.

Esta es la ocasion de recordar el deber que tenemos como siervos fieles de cuidar del decoro de la casa del Señor, de no permitir en la Iglesia cosa que no sea propia para escitar la devocion, de evitar las conversaciones, procurar su aseo y decencia, la limpieza de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y de los corporales, purificadores y cuanto sirve para la dispensacion de los Sacramentos. ¡Cuánto descuido y negligencia suele haber en esta parte! ¡Qué vergüenza causa entrar en algunas iglesias y qué repugnancia el ponerse las vestiduras sagradas sucias, rotas é indecentes! ¿Qué manifiesta esto, sino muy poca fe y mucho desprecio de Dios? Todo es santo en nuestro terrible ministerio, hasta las palabras establecidas para ejercerle y administrar los Sacramentos, y debemos guardarnos de faltar al respeto y decoro cuando las pronunciamos y de traerlas fuera de nuestro ministerio en asuntos y conversaciones profanas, y digo lo mismo de las sentencias y testos de la Escritura sagrada, en lo que abusan algunos y cometen una especie de sacrilegio profanando la palabra de Dios.

Diré, pues, que en nuestras palabras, en nuestra compostura, en todas nuestras obras debemos ser ejemplares y una persuasion viva de la virtud, que la practicarán los fieles si la ven ejecutar á sus sacerdotes; pero que esta pureza, rectitud, magestad, decoro y reverencia debe resplandecer mucho mas y de un modo cristiano, y no con una afectacion cómica y teatral cuando desempeñamos las sagradas funciones y administramos los santos Sacramentos. Que debemos en el esterior cumplir exactamente y sin precipitacion ni irreverencia todos los ritos y ceremo-

nias establecidos por la Iglesia y acompañar con nuestro interior la intencion necesaria y la devocion y espíritu de oracion y humildad con que Dios quiere que le sirvamos. Que no debemos despreciar ni mirar con indiferencia el imponernos y estudiar los ritos y ceremonias sagradas para poder cumplir con ejecutarlas debidamente si no queremos que caiga sobre nosotros la maldicion de Dios, debiendo tener muy presente que no hay ceremonia en la Iglesia que no sea muy respetable y contenga grandes y misteriosas significaciones que estamos obligados á esplicar á los fieles y mucho mas á saberlas nosotros que debemos abundar en fe, y mirar con respeto aun lo material del templo del Señor, y cuidar del aseo, decencia y adorno de nuestras iglesias y altares. Y sobre todo que en el desempeño de nuestro ministerio sacerdotal debemos obrar con prudencia y fidelidad, y para esto necesitamos el estudio, la inteligencia, la oracion, el don de fortaleza, el desprendimiento de las miras y consideraciones terrenas. Cuando administramos un sacramento cualquiera, hacemos la obra de Dios, estamos entre Dios y los hombres, somos los conductos de su divina gracia, abrimos el cielo al que administramos el santo Bautismo y le concedemos un nuevo nacimiento en Jesucristo, reconciliamos al pecador y le volvemos á la amistad de Dios cuando le absolvemos en el tribunal de la penitencia, alimentamos, fortificamos y llenamos de dones y bendiciones celestiales á las almas que dispensamos la sagrada Comunion, limpiamos los restos y las reliquias del pecado y damos fuerza contra las sugestiones terribles del demonio al enfermo que ungimos con la Estremauncion, imploramos las gracias necesarias sobre los

que desposamos con el santo Matrimonio.... ¡Qué júbilo para nosotros el ser los instrumentos de Dios para tan grandes obras! De aquí ¡qué celo, qué fervor, qué ansia por ser útiles á las almas y qué prontitud y disposicion para servir á los fieles en sus necesidades espirituales! ¡cuánto debemos ocuparnos y sacrificarnos por nuestros hermanos! ¡Cuántas bendiciones podremos prometernos de aquellas mismas almas á quienes ilustramos y servimos de guia y de ayuda para llegar al cielo, de aquellas á quienes proporcionamos la paz de sus conciencias, el sosiego de sus familias, la reconciliacion con sus enemigos, la resignacion en los trabajos!

Dediquémonos pues á hacer con diligencia las obras de Dios; á instruirnos y adquirir la ciencia necesaria para desempeñar nuestro ministerio, á ejecutarle de un modo digno y sin faltar en un ápice á la observancia de los sagrados ritos, y de suerte que resplandezca la santidad y decoro del Dios á quien servimos y se edifiquen los fieles. Cuidemos y esmerémonos en ser dispensadores y ministros del Señor, justos, fieles y prudentes dando á cada uno á su debido tiempo la medida correspondiente, y así mereceremos la bendicion y el premio del Señor á quien servimos conforme á su infalible promesa: *Beatus ille servus, quem eum venerit Dominus invenerit ita facientem. Vere dico vobis, quoniam supra omnia quæ possidet constituet illum.*

F. L. G.

PLATICA XVI.

DE LA PREDICACION DE LA DIVINA PALABRA.

Obligacion de los sacerdotes de predicar la palabra de Dios y del modo con que deben desempeñarla.

Esdras enim paravit cor suum, et investigaret legem Domini et faceret et doceret in Israel præceptum et judicium.

ESD., CAP. 7, v. 10.

Somos los maestros y doctores de la doctrina de Jesucristo y debemos ilustrar y enseñar á los demás no solo con nuestro ejemplo, nuestra conducta, con la administracion de los santos Sacramentos y con nuestras oraciones y sacrificios, sino tambien con la predicacion de la palabra de

Dios. Al sacerdote corresponde por su oficio enseñar á los demás, y así como no podemos dudar que la predicacion y esplicacion de las verdades santas es un medio seguro y el conducto establecido para enseñar, así tampoco podemos dejar de confesar que ya mas, ya menos, á todo sacerdote como ministro de Jesucristo obliga el predicar. No creo haya quien desconozca este deber que incumbe á todos, pero mas especialmente á los que tienen encomendado á su cargo el cuidado de las almas, de cuyo deber ni pueden desentenderse encomendándole á otros, ni menos alegando la causa de que no saben ó no tienen carácter para ello; porque si así fuera deben dejar un destino que no pueden desempeñar ó no son aptos para llenar sus cargos. No voy á reproducir y esforzarme en manifestar los fundamentos que comprueban la necesidad de predicar y enseñar la doctrina á los fieles, especialmente á los párrocos de cuya obligacion deben estar convencidos, ni la que en su respectivo destino tienen todos y cada uno de los sacerdotes. ¡Pluguiese al cielo que todos predicásemos por llenar nuestro deber, por celo, por el bien y salud de las almas, por procurar la gloria y honra de nuestro Dios, y no por vanidad, por ostentacion, por orgullo, por amor propio y tambien por el torpe lucro é interés temporal que de esto se nos sigue! ¡Que predicásemos á Jesucristo esponiéndonos á los peligros, los trabajos, las molestias, y no nos predicásemos á nosotros mismos! Y este desórden es el que quisiera corregir, porque á la verdad somos muchos los predicadores, pero hay muy pocos que desempeñen como deben este ministerio: muy pocos predicadores del Evangelio de Jesucristo.

Esdras preparó su corazon para investigar la ley del Señor y hacerla y enseñarla, nos dice la Historia Sagrada; y ved por dónde debe empezar el Evangelio el predicador que quiere ser un predicador y apóstol de Jesucristo, porque á la verdad, no tendrá mérito alguno delante de Dios el que dice y no hace, el que impone á otros las cargas pesadas y él no levanta ni aun la mas ligera, el que enseña y no obra, sino el que reune uno y otro: *Qui autem fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno cœlorum.* La preparacion del corazon es la primera disposicion para predicar bien y que nuestras palabras fructifiquen. No debemos abrigar la inquietud y debemos estar esentos de todo pecado, escuchar á Dios en la oracion, en la contemplacion de las verdades santas, gozar de aquellas inspiraciones que solo gusta el Señor comunicar á las almas puras, y conocer por esperiencia propia las dulzuras de los misterios y verdades del Señor. De otra suerte podrá echarnos en cara el mismo Dios que tomamos en nuestros labios impuros sus justificaciones, y ¿qué efecto producirán nuestras palabras si no van acompañadas de la bendicion del Señor y si ni aun le hemos pedido sus auxilios para disponernos y desempeñar el ministerio de predicar? Ejercemos en la predicacion el ministerio de los apóstoles, el oficio que el mismo Jesucristo vino á ejercer al mundo. ¿Y nos atreveremos á contristar al Espíritu Santo en cuya virtud debemos confiar, poniéndonos en su cátedra á desempeñar el oficio de Jesucristo y valernos de sus mismas palabras con una conciencia manchada? ¿Podremos gloriarnos de que somos de los que ha escogido el Señor para que predi[illegible]quen, le traigan el fruto y un fruto que permanezca? El atrevimiento y desvergüenza

es lo que solemos subrogar á la pureza que debiéramos tener, y nos creemos intachables y piadosos porque nos hallamos con facultades para reprender las impiedades y crímenes de los otros. Desengañémonos, que por mas que sea nuestro estudio, nuestra ciencia y nuestro acierto y facilidad para predicar nos es necesaria como una condicion indispensable la pureza de corazon, prepararnos como Esdras en estudiar y practicar la ley del Señor antes de enseñarla. Santidad de vida, pureza de costumbres, conducta irreprensible es la primera disposicion del predicador del Evangelio de Jesucristo.

Movidos entonces á predicar y publicar aquello de que rebosa nuestra alma no nos llevará sino el bien de nuestros prójimos, la gloria de Dios y no el vil interés y la recompensa terrena. No se veria con escándalo mirar antes de ofrecerse á predicar lo que ha de valer el sermon y fijar con arrogancia la cuota. No se verian tantos predicadores tan dispuestos á predicar á todas horas y que no pagándoselo son perros mudos. No se verian tantos predicadores que adulan y entretienen en el púlpito á los fieles y no se acuerdan de enseñarlos ni de corregirlos y reprenderlos. Como no arden en aquel fuego del amor divino, en aquel fuego que Jesucristo vino á encender en la tierra y que quiere que sus ministros enciendan, ni se proponen el fin santo que debe proponerse el orador cristiano, ni tienen la fuerza y virtud necesaria, porque necesariamente tiene que ser muy violento en ellos el mandar y persuadir lo que ellos no practican, el reprender lo mismo de que se hallan culpados, y como sus fines son terrenos y mundanos su predicacion es un abuso de su ministerio, y buscan agradarse á sí mismos,

complacer á los hombres y no hacer la causa de Dios y procurar la salvacion de las almas. Si nos ejercitásemos en la humildad, en la piedad, en la oracion y en limpiar y purificar nuestras almas y nos llevase al púlpito la obediencia y el celo por la salud eterna de los fieles y el deseo de hacer esperimentar á los demás las dulzuras inefables de la virtud que nosotros esperimentemos, el salvar á los que nos oyeren, Dios entonces comunicaria palabras á nuestra lengua y aquella uncion de que carecen los discursos humanos por elocuentes que sean, nos llenaria de una sabiduría celestial á que no podrian resistir nuestros enemigos, no temeríamos ponernos en su presencia y reprender con celo santo y prudente sus desórdenes, porque el Señor estaria con nosotros para sacarnos libres. Obraríamos en su nombre maravillas grandes, y todos en su templo cantarian la gloria. No necesito para esto mas demostracion que la esperiencia. Predique un sacerdote conocido por su virtud, respetable por sus méritos, á quien veneren y respeten todos porque de nada se le puede reprender, y se verá la atencion de todos, el fervor, la libertad, el celo y el fruto de sus discursos sencillos, lo que no se halla en las concurrencias de otros predicadores célebres que reunen estas santas cualidades, por mas que sus discursos sean elocuentes y pomposos.

No quiero decir por esto que no sea necesaria la ciencia y el estudio. Por mas que el sacerdote sea irreprensible, deje de tomar la cátedra de enseñar si no sabe instruir, dice san Isidoro. San Pablo, instruyendo á su discípulo Timoteo, le dice que no elija para el ministerio de predicar la palabra divina al Neofito, porque envanecido no caiga

en la soberbia y en el lazo del diablo. Y el mismo Jesucristo confirmó este modo de pensar con su ejemplo, pues siendo el Criador de los cielos, doctor de los ángeles y esencial é infinitamente sabio como Dios y hombre á un mismo tiempo, no quiso predicar en la tierra ni manifestarse como maestro de los hombres antes de la edad de treinta años, para infundir un temor saludable á los temerarios que presuman predicar sin la edad y los conocimientos necesarios: y este es otro desórden en que incurren muchos predicadores: la falta de ciencia, no investigan la ley del Señor, como Esdras, antes de enseñarla. Tengan enhorabuena celo y piedad, pero si carecen de ciencia no podrá ser prudente su celo, ni esenta de errores su enseñanza. *Æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam*, dice san Pablo. «Quam plurimi ex nobis, me omnes dicam, *dice el padre san Gregorio*, prius fere quam primam comam abjecerimus, puerilique more balbutire desierimus, priusquam »in divina atria introierimus, priusquam sacrorum librorum »vel nomina ipsa noverimus, priusquam novi, veterisque »testamenti charaterem et authores cognitos habuerimus; »nondum enim dico priusquam cœnum et animæ labes, »quas peccatum nobis impressit, eluerimus; si duo aut tria »pia verba edidicerimus, eaque non ex lectione, sed au»ditione sola hausta, aut Davidi paulum operæ dederimus, »aut pallium scite contraxerimus... pietatis speciem quan»dam et larvam nobis illinientes: ¡O præfecturam! ¡O cla»tum animum! Statim sapientes et magistri sumus, et in »divinis rebus sublimes et scribarum ac legis peritorum pri»mi á cœlestes nos ipsos designamus.» Lo peor es que lo que nos falta de ciencia lo suele suplir la presuncion y so-

berbia, el descaro y falta de humildad con que vemos no pocas veces profanada la cátedra de los ancianos, por jóvenes sin estudio y sin los conocimientos de las cosas sagradas.

Hoy por lo comun domina un empeño, si no queremos llamarle vicio, por llevar á la cátedra del Espíritu Santo una ciencia enteramente profana, una elocuencia mas propia para el foro que para el púlpito, un estilo escogido y floreado en el que dicen los que le usan que se debe predicar para que la oratoria sagrada esté y aparezca al nivel de las luces y adelantos del siglo. Así se oyen sermones llenos de hinchazon, muy semejantes á los discursos de los periódicos, sin que se adviertan en ellos testos sagrados, doctrina de santos Padres, ni otra cosa que un tejido brillante de palabras, que tal vez deleita, pero que no se entiende ni deja otra impresion que la que deja una armonía música ó una cancion de una ópera. Correspondiente al tejido del discurso es el estilo y los modales con que se pronuncia. Se ven unos modos cómicos, unas acciones teatrales, se manifiesta á las claras un orgullo y amor propio, y de todo hay menos que de aquel modo humilde y edificante, y aquel accionar modesto y decoroso que debe tener el que habla en nombre y persona de Jesucristo. Parece que hemos venido á unos tiempos en que se predique para que no nos entiendan, y en que en vez de estudiar la ciencia sagrada de la ley y de las reglas de las costumbres, se estudien para predicar nuevas frases, nuevos términos, y se haga eleccion de intento de términos menos usuales y perceptibles ¿para instruir y amonestar mejor y con mas fruto á los fieles? No; sino para acreditarse de mas científicos é ilustra-

dos y doctos. Da compasion ver tal miseria en los ministros del santuario, y que este género de contagio se estienda con tanta rapidez por ser tan repetidos los ejemplares, y porque los que así predican suelen grangearse la nota de oradores distinguidos.

Bien sé que una de las reglas y consideraciones que debe tener presentes el predicador, es el género de auditorio á quien se dirige para acomodarse á su capacidad y condicion; que no ha de hablar el mismo lenguaje en una aldea que en una catedral ó á una corporacion de sabios; pero siempre diré, que como deudor á todos y que habl a para todos, debe hablar de un modo que le entiendan todos: *quod vobis dico omnibus dico, omnibus dico.* Que debe dominar la sencillez y naturalidad, que la palabra de Dios no debe anunciarse jamás con la hinchazon y las palabras escogidas y altisonantes de la sabiduría humana; que Jesucristo no predicó de ese modo ni falta por eso elegancia y espresion á sus discursos; que los apóstoles predicaron de un modo sencillo, claro y perceptible; que nada dejan que desear para convencer, persuadir y mover los discursos de los santos Padres, y sin embargo son perceptibles y acomodados á la capacidad de todos, que los Concilios nada encargan tanto como la sencillez y que se huya de esa vana ostentacion de sabiduría terrena; que desdice de la humildad cristiana ese aparato de erudicion y la afectacion en el decir, en el accionar, en el presentarse; que con ese sistema predicarán para sí mismos y se predicarán á sí mismos, pero ni predicarán para los fieles, ni predicarán á Jesucristo crucificado como el apóstol quiere que prediquemos. Diré, que concluido el sermon, no conviene que se

oiga en el auditorio: ¡*Qué orador tan discreto*! ¡*qué devoto*! ¡*qué fecundo*! ¡*qué elocuente*! Sino mas bien: ¡*Qué escelente es la virtud*! ¡*qué amable el ser bueno*! ¡*qué necesaria la penitencia*! ¡*qué temible la justicia de Dios*! ¡*Quién le amara como merece*! ¡*No mas pecar*! Que estas impresiones y otras semejantes no menos saludables deben quedar en los ánimos de los fieles, y no un grato recuerdo de un discurso perfectamente limado, que ni le edifique, ni le saque de sus vicios, ni le mueva á la virtud. *Nos autem*, diré con el apóstol, *non spiritum hujus mundi accèpimus, sed spiritum qui ex Deo est*, y que debemos predicar, *non in sublimitate sermonis.... non in persuasibilimus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis.* Diré con el mismo, que escrito está: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo.* Que con la ostentacion y aparato de las palabras se desvirtúa la palabra de Dios, como atestigua tambien el mismo san Pablo. *Misit me Christus evangelizare, non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi.* Diré con Salomon: *Est malum quod vidi sub sole, virum qui sibi sapiens esse videtur.* Y el mismo nos dice tambien: *Abominatio Domini est omnis arrogans.*

Miremos que somos mensageros de Jesucristo, y sea nuestro propósito en la composicion de nuestros sermones hablar lo que conviene á una doctrina sana, y enseñar segun el beneplácito de Dios y con toda la posible sencillez, no las cosas mas sutiles, mas curiosas y lisonjeras, sino lo que es necesario que sepan todos para su salvacion, los vicios de que importa se separen y las virtudes que deben seguir para que puedan libertarse de la pena eterna y conseguir la gloria, como nos lo dice el santo Concilio de Tren-

to. Correspondiente á nuestra doctrina y nuestro lenguaje debe ser nuestro modo, nuestra pronunciacion y nuestra compostura, de modo que sin afectar santidad edifiquemos, y sin ostentar ciencia instruyamos. No se advierta jamás en los ministros de un Dios que vino á enseñar la humildad y fue humilde y manso de corazon, cosa que arguya arrogancia ni hinchazon, sin que dejemos de dar aquella energía á nuestras palabras, como conviene para argüir, reprender, increpar, instar con oportunidad y hasta haciéndonos importunos por el deseo de ganar á las almas.

No dejemos de recurrir á Dios en busca del acierto, no nos dediquemos á esta tarea sin postrarnos antes á los pies de Jesus crucificado, abundemos en sentimientos de piedad y nos será fácil comunicarlos con la ayuda del Señor, que es el que da el incremento.

Un mal voy á anunciar, aunque rápidamente, que quisiera que desapareciese, porque no dudo que es un artificio sugerido por Satanás y que sirve de ocasion para privar del pasto espiritual y del fruto saludable á las almas. Esas amargas censuras que los mismos sacerdotes hacemos á los predicadores desvirtuando todo el mérito porque hallamos que el sermon es de este ó aquel autor, tomado de este ó del otro libro. Bien, diré yo: es muy justo que el que ha de predicar se valga de los autores que tratan de la materia, debe el predicador tener ciencia y esta debe buscarla despues de Dios en los libros. ¿Que copió lo que dijo? ¿Pero lo que dijo fue doctrina sana y admitida? ¿Pues qué importa que la tome de un libro? ¿Y para qué se han escrito los libros? ¿Y es posible que todos sean originales y tengan la capacidad necesaria para formar un discurso?

Digo mas. ¿Y es posible ser original y decir algo de nuevo que no se halle escrito en materia de sermones? ¿Y no irá mas seguro el sacerdote que predica y esparce doctrinas y discursos que halla en obras aprobadas y tal vez en los mismos santos Padres, que el que se vale de solo su talento? ¿Qué se busca, digo mal, qué debemos procurar y buscar en los sermones? ¿No es instruir y mover, persuadir é inclinar á la virtud? Pues si esto se hace y se logra ¿qué importa que sea con discursos y pruebas del autor tal ó del autor cual? Si para mi intento hallase una prueba ó testimonio en la Sagrada Escritura no vacilaria valerme de ella y creo que no habrá quien tache esta conducta. Pues si hallo pruebas, razones, símiles, si hallo lo mismo que yo deseo formado por otro ¿por qué no he de valerme de ello? ¿Me tendré por mas sabio? ¿Pretenderé que mis sermones pasen por obra maestra y original? He aquí una fatuidad, una arrogancia reprensible, y el tachar esto en los predicadores, el citar, como á veces sucede, los autores de que se han valido y querer que digan cosas nuevas y no dichas ni escritas por nadie, no solamente es una locura, sino que este temor retrae á muchos, se abstienen de predicar con perjuicio de las almas, tal vez faltando á su deber y con logro del demonio, y hace tambien que por no ser tachados de este achaque alteren, desfiguren, quiten la energía y fuerza á los discursos, esponiéndose á cometer errores, y se predique peor que si se estudiasen los buenos discursos aprobados y en que no hay peligro ni esposicion.

Muévanos, pues, á predicar el celo santo, el bien de las almas, aquel celo que movia á los profetas, á los apóstoles y á los varones virtuosos. Preparémonos con la pure-

za y santidad de nuestra vida, con la humildad y reconocimiento de nosotros mismos como Jeremías. Busquemos la ciencia necesaria en los libros sagrados y en la contemplacion de las verdades eternas. Huyamos del contagio del amor propio, arrogancia y presuncion, de todo lo que no sea conforme al espíritu de Jesucristo y concerniente á los fines santos que debemos proponernos. Así nuestra predicacion no merecerá los anatemas de Dios; será fructuosa, tendremos el placer, no ese placer vano de oir unos elogios tal vez por lisonja, sino el placer de ver venir á nuestros pies á los pecadores arrepentidos á buscar el remedio para sus almas; placer infinitamente mas satisfactorio; y el Señor despues nos premiará por haber hecho su causa. Si nos preparamos como Esdras, nos podrá suceder lo que del mismo nos dice la sagrada Historia. *Sic ergo orante Esdra, et implorante eo, et flente et jacente ante templum Dei, collectus est ad eum de Israel cœtus grandis nimis virorum et mulierum et puerorum, et flevit populus fletu magno.* ¡Espectáculo digno de Dios un pueblo que llora y se vuelve todo hácia su Dios con el sacerdote! El Señor nos dé su gracia para producir tan saludables efectos. Amen.

F. L. G.

PLATICA XVII.

DE LA IMITACION DE LOS SANTOS.

Con el ejemplo de los muchísimos santos y buenos sacercotes debemos animarnos y esforzarnos á ser sacerdotes ejemplares y llenar los deberes de nuestro ministerio.

Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem.
HEBR., CAP. 13, V. 7.

Fue amado de Dios y querido de los hombres, respetado de sus enemigos, tratado con honor por los reyes y los grandes de la tierra, lleno de ascendiente con el pueblo, y aun despues de su muerte su memoria pasó y se venera por

todos con bendicion.» Tal es, venerables hermanos, el elogio que se hace de Moisés en el libro sagrado del Eclesiástico, y tal es el modo con que honra el Señor aun en este mundo al sacerdote que dando honor á su dignidad vive como un ministro de Jesucristo llenando los deberes de su santo ministerio. El sacerdote que contempla la dignidad á que ha sido elevado y que nada apetece sino ser un siervo fiel y prudente, un dispensador celoso de los bienes del cielo, el que conoce y trabaja por llenar lo mucho de que es deudor á Dios y á los hombres, cuida y se esfuerza en agradar á Dios siendo humilde y teniéndose por indigno de las divinas piedades, no aspira á los honores y dignidades de la Iglesia, que mira siempre sin ambicion y como superiores á sus méritos, desempeña con exactitud las obligaciones de aquel grado en que la divina Providencia le colocó en la gerarquía eclesiástica sin inquietar á los demás, sin estorbar sus pretensiones ni poner obstáculos maliciosos á sus deseos. Su retiro y condicion pacífica le acarrea tal vez las sátiras, los desprecios, y su conducta se interpreta por hipocresía, por ignorancia ó por una encubierta soberbia, pero él recibe sin perturbacion los desprecios, mira con indiferencia los aplausos, ni piensa en tomar venganza de los agravios, ni en exigir satisfacciones creyéndose el peor y el mas indigno de los sacerdotes de un Dios que nos enseñó con su ejemplo la humildad. El es un hombre de una condicion dulce, de una conversacion suave, de un trato social; veraz en sus palabras, modesto en sus vestidos, frugal en su mesa, templado en sus placeres, benéfico en sus obras y religioso en sus costumbres. El no da entrada en su corazon al disgusto que tanto influye para en-

tibiar ó debilitar la virtud, porque siempre imagina que hace poco, siempre aspira por hacer mucho, y siempre siguiendo la virtud de la humildad practica lo mas heróico: armado de una fortaleza invencible para triunfar de los respetos humanos, de las máximas falsas del siglo y de los ataques del espíritu maligno, arregla con una justa economía y una prudencia exacta sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo; pone en órden las cosas de su casa, vela sobre la conducta de sus domésticos, arregla sus cuentas, satisface sus deudas y se aplica con todo espíritu y fervor á mantener la buena armonía con sus compañeros, á ser útil en el confesonario, en el púlpito, en las calles con su compostura y modestia y en las casas con sus conversaciones y su trato edificante. Mas aun: mortificando las vivezas de su genio, reprimiendo la propension perversa de sus pasiones, huyendo de las ocasiones y peligros del pecado echa mano de los rigores saludables de la santa penitencia interior y esterior, dedica algun dia de retiro cada mes para mirar atentamente los adelantos ó atrasos de su espíritu y se acostumbra á los ejercicios espirituales en cada un año; establece las horas de su oracion diaria y sus ejercicios penales, dirigido siempre y gobernado, no por su capricho y sus ideas, sino por las de un director espiritual sabio en la ciencia de la salud y virtuoso en sus costumbres. Así camina tranquilamente entre las borrascas y tempestades que continuamente levantan los enemigos de su alma el demonio, el mundo y las pasiones; nada interrumpe su dulce calma, es un ángel de Dios sobre la tierra, lleva á todas partes la paz, los consuelos, los socorros, le buscan los pobres y los ricos,

le respetan hasta los mismos malvados é impone silencio al crímen, los grandes y poderosos no pueden menos de hacer justicia á su virtud y rendirla homenaje, es llorada y sentida su pérdida, y su memoria se recuerda con bendicion. Ved como el sacerdote que vive como debe y aspira á ser lo que debe ser, es honrado de Dios y querido de los hombres. Ved como nuestro ministerio que con una vida indigna y poco correspondiente á nuestra dignidad es nuestra mayor ignominia y afrenta; es una monstruosidad execrable á los ojos de Dios y una inconsecuencia y maldad de que se burla y reprueba el mismo mundo profano que tanto aprueba el desarreglo, la destemplanza y desenfreno, es con una vida fervorosa, dedicada á sus deberes, atenta á ser útil á sus prójimos en sus necesidades espirituales y temporales, es cumpliendo los deberes de nuestro sagrado ministerio nuestro mayor honor y lo que nos hace acreedores al cariño de Dios y al aprecio de los hombres. Apelo á la esperiencia y dígaseme si los pobres y los ricos, los sabios y los ignorantes, los virtuosos y los pecadores, los relajados y los mas desenfrenados y licenciosos, los incrédulos mismos no respetan y tributan su reconocimiento á un sacerdote ejemplar y virtuoso, á un sacerdote intachable y contra el que nada tiene que oponer la maliguidad, á un buen sacerdote como hay muchos y de cuyo beneficio no ha querido el Señor privarnos aun en medio de los castigos con que nos prueba y purifica.

No es, pues, una ilusion, una perspectiva lisonjera, es una realidad el aprecio y estimacion general, el honor y distincion, que aun en este mundo se hace del sacerdote que llena sus deberes en cuanto es dado á la imperfeccion

y debilidad humana con la ayuda del Señor; y digo para nuestro provecho y edificacion: que aunque no consideremos nuestra dignidad y por respeto á ella vivamos segun ella; aunque no atendamos á nuestra responsabilidad, y á la cuenta estrechísima que se nos ha de pedir; aunque no tomemos en cuenta los daños que haríamos con nuestros escándalos y malos ejemplos, y las infidelidades y sacrilegios de que apareceríamos reos por el quebrantamiento de nuestros votos y promesas; por nuestra utilidad y provecho, por grangearnos las bendiciones y el aprecio de Dios y de los hombres, por no esponernos á las burlas y desprecios y conseguir que nos honren, que nos amen, que nos bendigan, que lloren nuestra pérdida y quede despues de nuestra muerte nuestra buena memoria, y se pronuncie nuestro nombre con respeto, con sentimiento, con muestras de gratitud y con las lágrimas en los ojos, debemos procurar corresponder á nuestra eleccion y vocacion y ser dignos sacerdotes que llenemos nuestros deberes, que en nuestros dias agrademos á Dios, que guardemos la ley del Escelso, que en el tiempo de las venganzas seamos la reconciliacion de los hombres con su Dios y seamos para esto hallados justos.

Para esto, que á la vez que nos es tan útil y ventajoso, nos es tan fácil y asequible podemos y debemos valernos con frecuencia de la imitacion de los santos. El ejemplo de los muchísimos santos y virtuosos sacerdotes es un medio poderoso y eficaz para animarnos y esforzarnos á ser sacerdotes ejemplares. *Mementote*, digo con el apóstol, *Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis loculi sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fi-*

dem. Acordémonos é imitemos la fe de tantos varones justos, de tantos grandes sacerdotes que nos han precedido. Esos mismos destinos que nosotros ocupamos ¿con qué fervor, con qué celo con cuánta religiosidad fueron desempeñados por nuestros antecesores? ¿Cuánto edificaron á los pueblos, qué ejemplos dieron á los fieles y con cuánto sentimiento fue llorada su pérdida? Penetremos por las distancias de los siglos, subamos hasta aquellos que fueron nuestros padres, lleguemos hasta aquellos varones apostólicos que sin mira á los emolumentos ni recompensas terrenas plantaron la fe en nuestro suelo, ó fueron los primeros que poblaron nuestras parroquias ó nuestros destinos y dignidades: ¿Cuánto distamos de ellos en costumbres, en santidad, en celo, en doctrina...? Nos quejamos de que no nos respetan los pueblos, de que no tenemos ascendiente sobre los fieles, de que no se hace aprecio de los sacerdotes... Quejémonos mas bien de nosotros mismos. Comparémonos con aquellos héroes apostólicos y sacerdotes piadosos y hallaremos la enorme diferencia que va de ellos á nosotros, y en ella la causa verdadera de nuestro abatimiento y del poquísimo respeto con que se mira á nuestra dignidad. *Corona senum filii filiorum*, dice el Espíritu Santo (1). Los hijos de los hijos son la corona de los ancianos y los que dan honor á sus antecesores; pero nosotros estamos mas distantes en la semejanza que en el tiempo y deshonramos mas bien que damos honor á aquellos virtuosos sacerdotes cuya memoria se bendice aun, y que como memoria de justos será eterna. *Filii sanctorum sumus*, decia el anciano

---

Prov., cap. 17, v. 62.

Tobías á su hijo, y puedo yo decir en esta ocasion. Somos hijos y descendientes de los santos; ese lugar que ocupamos, esa dignidad que ejercemos, esos pueblos que regimos los han desempeñado varones santos. Esos templos en que cantamos las divinas alabanzas oyeron las de los santos; ante esas mismas imágenes devotas se postraron, y donativos suyos son muchos que se conservan para su culto; con esos mismos ornamentos y vasos sagrados celebraron el tremendo sacrificio, tal vez con el mismo Breviario que usamos, rezaron el oficio divino los venerables sacerdotes cuyos sepulcros pisamos y que tan buena memoria y tan gratos recuerdos dejaron á la posteridad. ¿Por qué no somos semejantes á ellos? ¿Por qué no imitamos las costumbres de unos Padres tan gloriosos? ¿Por qué con tanta infamia hemos degenerado de nuestro nacimiento?

En todas las artes y las clases, el que quiere no solo adelantar y perfeccionarse, sino meramente cumplir sus deberes, se propone las obras y la conducta de otros que le han precedido para imitarlas teniéndolas de cerca, y lo mismo debiéramos hacer nosotros. ¿Nos parece árduo y difícil el imitar al Príncipe de los Pastores y primer Sacerdote Jesucristo? Pues imitemos al ménos á aquellos que siendo débiles y flacos como nosotros, espuestos á las tentaciones y peligros como nosotros, sujetos á las pasiones como nosotros, entre mas contradicciones que nosotros, supieron imitarle en esta vida. *Imitatores mei stote sicut et ego Christi*, nos dice san Pablo. ¿Y en qué nos detendremos teniendo una nube de santos á quienes imitar, quienes no solo condenan con su conducta nuestras escusas, sino

que nos alientan con sus ejemplos y con el galardon que ahora disfrutan á que los imitemos? ¿Qué fin ha podido propónerse la Iglesia en que recordemos todos los dias los hechos y leamos en el rezo divino las acciones de los santos, sino el que nos alentemos, nos esforcemos y resolvamos á imitarlos? Sea la que quiera la situacion en que nos hallemos, en la pobreza ó en la abundancia, en la paz ó en la persecucion, del modo que fuere en que nos hallemos encontramos que se hallaron los santos y supieron ser santos. Esas dificultades que nos atan las vencieron los que nos precedieron, y nosotros tambien las venceremos si tomamos los medios que ellos tomaron. Aquel valor con que publicaron la fe, aquella constancia con que padecieron en su defensa, aquel celo con que buscaban las almas, aquella paciencia en los trabajos, en las prisiones, en las enfermedades, aquella caridad con los pobres, aquella asistencia á los enfermos, aquel continuo exhortar á los fieles en el púlpito y el confesonario, aquel carácter y firmeza contra los insolentes y usurpadores de los derechos sagrados, aquel amor á los pecadores arrepentidos, aquel espíritu de dulzura, aquel respeto con que eran escuchados y mirados y el temor con que se hablaba en su presencia, aquella muerte pacífica, aquel luto y llanto general por su pérdida, aquella ansia por besar siquiera los pies del justo, de regar su tumba con las lágrimas, de poder lograr alguna parte de su ropa ó de sus muebles, aquel clamor de tantos como agradecidos publican los favores de que le eran deudores y que les habia mandado ocultar, aquel fervor con que todos piden al Señor por el descanso eterno de su alma.... Hermanos, *Ad hæc audita inardescit animus.* Pues

esto lo hallamos continuamente y repetimos en el rezo, y esto lo podemos considerar en los mismos que nos han precedido y tambien en muchos compañeros nuestros en el santo ministerio.

Leamos y meditemos con atencion estos dignos ejemplos, esforcémonos á imitarlos y tendremos mucha ayuda y hallaremos mucho aliento para ser buenos y ejemplares sacerdotes. Imitemos á los sacerdotes santos que nos han precedido y el mundo nos hará justicia, los hombres harán el debido aprecio de nosotros, viviremos con la paz y dulzura del justo, y llenando como ellos los deberes de nuestro sacerdocio gozaremos con ellos los bienes eternos. Amen.

F. L. G.

PLATICA UNICA.

PARA RELIGIOSOS.

En todas las circunstancias en que se hallen los que han hecho la profesion religiosa deben atemperarse al tenor de vida y observar en lo posible la regla que abrazaron una vez.

Animal autem, quod immolari potest Domino, si quis voverit, sanctum erit. Et mutari non poterit, id est, nec melius malo, nec pejus bono.

LEVIT., CAP. 27, V. 9 ET 10.

Al dirigirme á los religiosos cualquiera que sea el instituto aprobado por la Iglesia en que hayan hecho su solemne profesion y sus votos solemnes anejos á su estado, no tengo necesidad de manifestar la necesidad de estos establecimientos y asilos de perfeccion y virtud en la Iglesia católi-

ca, apostólica, romana, que tanto los recomienda y de que tanto fruto saca para el bien de las almas. No tengo necesidad de estenderme en manifestar y comprobar su utilidad bajo cualquier concepto que se considere así en lo espiritual como en lo temporal. No es mi ánimo tampoco ponderar la escelencia y dignidad de este estado y los medios que proporciona para conseguir la salvacion eterna, que es el fin á que en todos los estados de esta vida debemos encaminarnos. Es el estado religioso, como todos sabemos, un estado de perfeccion, y los que le profesan, no diremos por eso que son perfectos, ni estan obligados á serlo, porque esto lo concede Dios á quien á él le place; pero estan obligados á poner todos los medios, á esforzarse y trabajar para llegar á la perfeccion evangélica y para esto los sirve de ayuda el cumplimiento de los votos de pobreza, de castidad, y de obediencia que hacen y son anejos á su profesion. Se desprenden y renuncian á todas sus cosas, á sus placeres aun permitidos y á su propia voluntad haciendo el sacrificio de no ser dueños de sí mismos y sujetarse en todo á una voluntad agena, para que desprendidos de la carga de los cuidados, afectos y negocios terrenos puedan seguir con mas facilidad á Jesucristo.

No hay religioso que ignore que está perpetuamente ligado con estos tres votos; no le hay que ignore á lo que cada uno le obliga y que no hay facultad en la tierra que le dispense ni pueda dispensar del cumplimiento de estos deberes. Lo saben todos y yo no tengo necesidad de recordárselo. ¡Dichosos aquellos tiempos en que reducidos al recinto de un monasterio ó convento, ayudados de los buenos ejemplos, de las prácticas y disciplina religiosa, esen-

los de todo afan y negocio estraño pasaban su vida los religiosos alabando á Dios, santificándose á sí mismos y santificando á sus prójimos con sus ejemplos, su doctrina, su predicacion, sus escritos y con todo cuanto los sugeria su celo y era propio de sus institutos! ¡Dichosos aquellos religiosos que pasaron su vida pacíficamente en los claustros y murieron en loor de santidad, tan venerados de los pueblos, y tan aceptos y agradables á los ojos de Dios! Hoy vemos los albergues de estos maestros de la virtud y piedad cristiana destruidos, abandonados ó convertidos en otros usos; vemos los templos en que se oian resonar incesantemente las alabanzas del Dios vivo cerrados ó demolidos, amenazando ruinas espantosas y dando lástima á los que los miran. Las piedras del santuario se han puesto en las plazas y las calles...Ya no hay conventos en que se pueda profesar en nuestra patria la vida religiosa, la vida evangélica y de perfeccion. Adoremos los juicios de Dios y no entremos á sondear los arcanos de su Providencia. Pero no podremos dejar de lamentar otro mal mucho mas sensible sin comparacion. Las piedras vivas del edificio religioso se hallan tambien diseminadas y puestas para tropiezo y escándalo; muchos religiosos, templos vivos del Señor, estan tambien destruidos, deteriorados ó convertidos en templos de los ídolos. Los templos vivos, mas apreciables y atendibles que los edificios materiales, arrancan las lágrimas de los buenos cristianos que ven su profanacion y lamentan la falta de su antiguo decoro y su próxima ruina. Este mal es el que es mas sensible, así como es tambien el mas fácil de reparar. El olvido de su estado y profesion en muchos religiosos, y sus costumbres poco conformes con el instituto que

han abrazado, que vemos y lamentamos es lo que quisiera que desapareciese y sobre lo que únicamente en circunstancias actuales voy á llamar la atencion de los religiosos haciendo ver con la doctrina corriente que: los que han hecho profesion solemne en algun instituto religioso estan obligados á observar y cumplir no solo los votos solemnes, sino todas las prácticas y tenor de la vida de su instituto que sea compatible con las circunstancias particulares en que se hallen.

He dicho que estan obligados al cumplimiento no solo de los tres votos solemnes, porque no habrá quien crea que por no conservarse en el claustro está esento de su cumplimiento en cuanto le sea posible, especialmente en los de pobreza y obediencia en que no puede observarse el rigor de los claustros. De estos solo podria darse por esento dejando de ser religioso y esto no puede dejarlo de ser mientras viva. Digo tambien que lo estan al cumplimiento de cuanto sea compatible con las circunstancias en que cada uno se encuentre.

Animal autem, quod immolari potest Domino, si quis voverit, sanctum erit. Et mutari non poterit, id est, nec melius malo nec pejus bono. Así lo dice el Señor en el Levítico, y de aquí deduce el angélico doctor santo Tomás: que una vez ofrecido á Dios el hombre y consagrado al estado religioso, no puede mudarse ni puede dispensársele en sus votos, porque como dice el Señor en el mismo Levítico: *Quidquid sem el fuerit consecratum, sanctum sanctorum erit Domino.* Un cáliz consagrado, dice el mismo santo Tomás, jamás deja de ser cáliz consagrado mientras permanezca íntegro y conserve la misma forma, y del mismo modo un

religioso una vez consagrado y ofrecido á Dios por medio de sus votos, no deja de ser religioso mientras sea hombre. Y si religioso es está en la obligacion de cumplir cuantos deberes de tal sean compatibles con las circunstancias en que se halle.

La dignidad de obispo, la del sumo pontificado á que sea elevado un religioso no le exime de atemperar su tenor de vida á lo que debe como religioso, en lo que no se oponga á su nueva dignidad.

¿Qué diremos segun esto á los religiosos en las difíciles circunstancias en que se hallan? ¿Acaso desnudándose del hábito de su órden y viviendo fuera de comunidad han quedado esentos de todos sus deberes de religiosos? ¿Por ventura el pueblo escogido se creia esento de su ley cuando gemia en la cautividad y no podia cantar sus cánticos y ofrecer sus sacrificios en el templo de Jesucristo? ¿No se afligia y angustiaba mas y recurria con mas fervor á su Dios demandando su socorro y cumpliendo la ley en cuanto le era permitido?

Un religioso hoy, convengo en que no puede asistir al coro, pero puede tener oracion, asistir al templo, ser edificante con su modestia y compostura: puede cumplir los ayunos de su regla, ser frugal en su mesa, recogido y retirado. Un religioso hoy no puede vestir el hábito de su órden, pero nadie le ha mandado vestir con lujo, con trages profanos y agenos hasta de los sacerdotes seglares, tener muebles esquisitos y adornada su casa mas que los templos del Señor con escándalo de los seglares. No puede tener aquella absoluta pobreza que en el claustro, pero nadie le manda aspirar y procurar las dignidades, los hono-

res, los destinos de mas lucro; nadie le manda ser avaro é indolente con el pobre, presentarse con un aire de dominacion, despreciar á otros con jactancia y manifestar en su esterior y en su porte todo lo contrario de lo que exige de él la profesion que hizo y no dar ni la mas remota sospecha ni apariencia de que es religioso. Las mortificaciones interiores, los ayunos y abstinencias, la oracion y retiro, la pureza y castidad, bien pueden tener todo esto y otros ejercicios mas, propios de su profesion en las circunstancias en que se hallan; no sé que haya quien pueda eximirlos en conciencia, y si no lo cumplen tienen en sumo peligro sus almas.

Væ his, qui perdiderunt sustinentiam, et qui derelinquerunt vias rectas, et diverterunt in vias pravas, diré con el Espíritu Santo. ¿Qué podrán responder á los cargos que los haga el Señor? ¿*Et quid facient, cum inspicere cæperit Dominus*? Se obligaron á seguir al Señor, renunciaron á todo y lo despreciaron todo por ser discípulos suyos; pero el mismo Jesucristo nos dice que solo era salvo el que perseverare hasta el fin. Que dejemos á los muertos que entierren á sus muertos: que no es apto para el reino de los cielos, *mitteus manum suam ad aratrum et respiciens retro*. Que los desconocerá cuando le llamen los que no esten dispuestos y con sus lámparas encendidas. *Amen dico vobis, nescio vos*. Que los juzgará no por lo que fueron, sino segun el estado en que los halle cuando los pida cuentas.

Reconozcan pues, los religiosos la santidad y perfeccion de su estado y el término á que deben aspirar. Que han muerto al mundo y que su vida debe estar como escondida y sepultada en Jesucristo, que nada tienen que ver con el mundo, su

vanidades, sus locuras, sus riquezas y con nada de lo que apetece el mundo los que se han desprendido de todo y han puesto toda su aficion y sus deseos en el cielo, que no deben buscar su herencia en la tierra los que han preferido recibirla en la gloria y lo dejaron todo por tomar despues ciento por uno. *¿Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color ejus optimus?* ¿Por qué la vida de los religiosos tan esclarecida por la gloria de sus virtudes se ha oscurecido y mudado de color haciéndose vil y despreciable por sus obras? *Dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum.* He aquí la razon. Porque estas piedras vivas del santuario se han dispersado y se las ve en las calles y plazas. Estan mas en la presencia de los hombres que en la presencia de Dios: buscan mas las vanidades del siglo que el retiro y el silencio: gustan mas conversar en los palacios con los reyes y los grandes que frecuentar los templos y orar al Señor en el retiro de su alma: quieren mas bien oir las palabras superfluas y llenas de esperanzas de mundo, que los preceptos y doctrina de la Escritura Sagrada: se alegran mas en los convites, juegos y tertulias de los ricos que en la frugalidad, abstinencia y pobreza propia de religiosos. Por eso el Señor no los conocerá por suyos y el mundo mismo los desprecia, los mofa y los mira con irrision en sus profanas concurrencias, con sus trages agenos de su estado, con todo lo que no es correspondiente á su clase, y vienen así á ser odiados de Dios y de los hombres.

Basten estas insinuaciones sobre que puede todo religioso reflexionar y conforme á las que debe arreglar su conducta. Atiendan todos á su estado, á su dignidad, á lo que han profesado, á lo que han prometido ser y lo que son, y

lo que en las circunstancias en que se halla cada uno, puede ser. Mucho podrá corregir y reformar, y si no mira con indiferencia su eterna salvacion, si no aborrece á su alma, si conserva aun la fe, cuidará de mirar con desprecio al mundo, de agradar á Dios, de llenar en lo posible sus deberes, edificar con su conversacion, su ejemplo y su modestia, se gloriará en que conozcan todos por su esterior compostura que es religioso, y conservando su lámpara encendida con sus buenas obras podrá entrar en las bodas del celestial Esposo y recibir el premio, que conceda á todos los religiosos el Señor y á nosotros todos para que seamos bienaventurados eternamente. Amen.

F. L. G.

HOMILIA

De actione boni et mali pastoris in populum

Sicut populus, sic sacerdos, ait Propheta, populum speculum designans in quo vitam sacerdotum ostenditur; vel propter sanctitatem aut scelæra populi et pastorum, regni, et Ecclesiæ salutem, sive desolationem. Beatus enim populus qui pastorem secundum cor Domini sortitus est, sub ejus regimine campi replebuntur ubertate, pingüescent speciosa deserti, colles accingentur exultatione, et videbit omnis caro salutare Dei. ¡O felix mundus, qui præter duodecim apostolos, multos alios viros apostolicos accepit á Domino, qui suscitarunt illum ab errorum tenebris ad claritatem lucis evangelicæ! Ad conversionem gentium sicut agnos inter luposm issit Dominus, et Hispaniam, Galliam, Italiam, Angliam, Indiam et Americam, per eos vidimus, ut Libanum et Carmælum, in amænos campos sanctitatis florentes conversas. Adhuc Europa et America coronas immarcèsibiles á Bonifatio et Columbano, et Vincentio de Paul, et Martino, et Carolo; á Salesio et Xaberio aliisque innumeris...

adhuc Hispania palmas á Leandro et Avila partas ostendunt universo. En sacerdotes magni, qui in vita sua suffulxerunt domum et in morte sua corroboraverunt templum. Talis erit omnis sacerdos ministerium suum implens, qui curare intendit gentem suam et eam liberare á perditione. Quasi stella matutina in medio nebulæ, et quasi sol refulgens, sic ille fulget in templo Dei commissum sibi populum puritate morum ædificando. Apud Deum est, et apud homines velut arcus refulgens inter nœbulas gloriæ, sicut flos rosarum in diebus vernis, quasi vas auri ornatum gemmis; prout scientia, charitate, mansuetudine, zelo domus Dei, virtutum et omnium genere decoratus.

Dum vestri recordor, pastores clarissimi, decusque gloria Hispaniæ, lucem evangelicam in insulas gentium et confines terræ portantes, magnalia Domini prædicantes in medio Magnatorum sæculi, et in conspectu præsidum comparentes, excedens mente opprimor lacrymis. Afflictiones, carceres, labores, tormenta crudeliorem usque ad mortem ad exemplum Domini, pro saluti mundi sustinuerunt, et orbe obstupescente sustinent propter animas redemptas Christi sanguine, pecunias, divitias, omnia perdere, illecebras sæculi calcare, ipsamque vitam profundere non dubitarunt. Cum essent agni orbe plenum Leopardis vicerunt, et animarum zelo flagrantes et charitate fulcti, idola et horum templa evertentes, imperium Satanæ destruxerunt. Multa per illos magnificentia sua fecit Dominus in omni tempore: sed talia unde portenta? Sacerdotes illi tan celebres erant sancti, fratres dilectissimi, magni fuerunt virtute, prudentia, castitate, oratione, scientiaque sanctorum divites. Exemplo imperantes in populo gregem suum pane

cælico pascebant. Enimvero pietates eorum non defuerunt, et hodie sunt in terra sacerdotes eorum dignissimi successores, quibus dignus non erat mundus, ut illi de quibus apostolus, nobis á divina concessis bonitate, quorum nomen requiretur á generatione in generationem; eorum zelo et sollicitudine populi á tenebris et umbra mortis ad lumen cæli translati, á limo vitiorum ad culmen sanctitatis elevati sunt. ¡Quot regna! ¡quot gentes! ¡quod reges ad fidem Jesuchristi converterint non liceret mihi linguis centum enarrare!

Ex primis B. Jacobi discipulis usque ad viros venerabiles Abulensem, Granatensem et Gaditanum appellatos, animas sine numero satanæ catenis oppressas Christo lucraverunt, infirmos in fide sanaverunt, pauperibus evangelizaverunt, rudes erudierunt, impios ad Deum converterunt, totaque ab eis facies Hispaniæ renovata fuit, unde regnum catholicum est vocatum hereditas Sanctissimæ Mariæ Virginis cujus patrocinio et amore Recaredi et Ferdinandi sceptrum et corona summopere decoratur. Hæc est victoria quæ vincit mundum, fratres charissimi, fides nostra, exemplo et doctrina roborata coram populis. Hæc est voluntas Dei, sanctificatio nostra; non enim vocavit nos Deus in immunditiam, sed in morum puritatem et sanctificationem. Exempla sanctorum nobis Deus ante oculos ponit, quæ debent nos provocare ad proficiendum, quam pravorum ad relaxandum.

¿Sed quomodo ad illorum sanctitatis culmen ascendere? Nostrum est, charissimi, si cujus ministerium nobis est traditum per impositionem manum episcopi attente perpendimus. Videamus, igitur, utrum devote ac fideliter in tem-

pore suo, Deo sacrificium offeramus, et nosmetipsos exhibeamus irreprehensibiles. Non est alleviatum onus nostrum, sed arctiori disciplinæ vinculo alligati sumus, ad majorem perfectionem sanctitatis obtinendam. Sacerdotis ideo conversatio non cum popularibus et viis hominum communibus habenda est in terra; sed cum sanctis viris et cum angelis in cœlo. Nos cum simus sacerdotis Domini, et ovium ejus pastores ostendere nos debemus sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in laboribus, in vigiliis, in jejunis, in castitate, in scientia, in mansuetudine, in charitate, in Spiritu Sancto multos exemplo et doctrina locupletantes. Hæc est apostoli regula, hæc via ducens ad vitam : quicumque hanc regulam secuti fuerint pax et misericordia Dei super illo. Has omnes operantes virtutes et nos metipsos salvos faciemus et eos qui nos audient. Si nos incessanter laudamus Dominum, et ipsi laici, nostrum bonum in odorem currentes, pariter benedicent Deum in omni tempore.

Qui in erudiendis atque instituendis ad virtutem populis præerit, ait Stus. Isidorus, necesse est ut in omnibus sanctus sit, et in nullo reprehensibilis habeatur. Qui enim alium de peccatis arguit, ipse á peccato debet esse alienus. ¿ Nam qua fronte subjectos arguere poterit, cum illi statim posset correctus ingerere : antea doce te quæ recta sunt? Primitus quippe semetipsum corrigere debet, qui alios ad bene vivendum admonere studet, ita ut in omnibus semetipsum formam vivendi præbeat, cunctos ad bonum opus et doctrina, et opere provocet. Sic fuerunt in sæculo et in cœlis regnant Parentes nostrique Magistri, habentes in vocis, ut nos eorum sanctitatem æmulantes per impletionem

tanti ministerii, ad eorum exemplum oculos omnium in nos convertere mereamur. Ne similes Judæ simus, cui nihil bene incœpisse profecit. Exemplum ejus tristissimum compellit nos fideles usque in finem perseverare, et labori solum modo constanti dabitur corona vitæ. Bonum hoc ineffabile proculdubio consequemur si plenos gravitatis, et honestatis, plenos suavitatis et gratia nos ostendimus ad tractandum de misterio legis, de doctrina fidei, de virtute continentiæ, de disciplina justitiæ. Vidimus equidem, fratres dilectissimi quantum nostra interest, moderatos, humiles, mortificatos, pios, et misericordes nos esse propter amorem Jesuchristi Domini nostri, qui tam mitis apud nos, pius et misericors est.

Nunc autem in clericorum pravitatem intendimus, querelam Domini audientis increpantis vehementer peccata pastorum et populi per tubam Prophetæ, cujus terribili clangore mortales contremiscunt. Cœlum imperat Dominus obstupescere et portas ejus vehementer desolari, quoniam sacerdotes non dixerunt: ¿Ubi est Dominus? Tenentes legem nescierunt Deum, et ipsi pastores prævaricati sunt. Transite, ait Dominus, ad ultimas regiones orbis, et videte si factum est hujusce modi. ¡Væ nobis! ¡Væ populo! Peccatum peccavit Hispania, propterea instabilis facta est, et adeo spreverunt eam nationes, propter ignominiam ejus ut ipsa gemens conversa sit retrorsum. Provocavit iram Domini, et mandavit adversus eam hostes, qui omnes filios ejus humiliaverunt. ¿Quis non videbit super nos manum Dei gravatam? ¿Quare tot calamitatibus plectimur? Variis criminum febribus caro nostra languebat, ait sanctus Ambrosius, et diversarum capiditatum immodicis stuabat ille-

cebris: febris enim nostra ambitio est, febris nostra acaritia est, febris nostra libido, febris nostra luxuria, febris nostra iracundia est. Ideo hereditas nostra versa est ad alienos, domus nostræ ad extraneos..... Ægipto dedimus manum, et Assyriis ut saturemur pane. Defecit gaudium cordis nostri, quoniam in cœlum et coram Deo peccavimus. Portæ novæ Sion destructæ, sacerdotes ejus gementes, virgines ejus squalidæ et ipsa oppressa amaritudine. Ecclesia, dilecta Christi sponsa sacerdotum ejus conspersa sanguine et primus pastorum ac Petri successor inter pericula fugiens..... ¡proh dolor! expandit manus suas ad filios et non est qui consoletur eam Filii ipsi velut hostes impetum fecerunt in eam dessidentes subbata ejus. ¿Cui comparabo te desolata et afflicta? ¿Quomodo consolabor te, o Ecclesia sancta? Magna est velut mare contritio tua, mater cordi meo dilectissima donec exurgat Deus et judicet causam tuam. ¿Ubi sunt, o Hispania, quam propinquius vidimus, gloria, magnitudo, et splendor quibus ornata quondam apparebas universo? ¿Quomodo obscuratæ sunt gemmæ diadematis quo cingebas caput tuum? Audi Dominum. Filii mei spreverunt me, pastores gregis mei peccata populi sustinebant quoniam ut muti canes, non valentes latrare non dixerunt: ¿Ubi est Dominus? Quæ sua sunt, non quæ Jesuchristi, quærebant. Unde oves, vestigia pastorum sequentes me derelinquerunt fontem aquæ, et foderunt sibi cisternas disipatas: derelinquerunt me populi tempore quo eos in viam salutis ducebam. Omnia inde vitiorum genera et criminum, quæ inundaverunt terram, imperium Satanæ à me destructum restaurarunt. Propterea rugierunt super te Leones, civitates tuæ consumptæ, et possita est in soli-

tudinem. Arguet te malitia tua, et aversio tua increpabit te. Vide, si malum est et amarum te dereliquisse Dominum tuum. Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea et dixisti: *non serviam*. Patria Eugenii, Isidori et Ildefonsi, Eulaliæ, Leocadiæ et Teresiæ ¿nihil sun tot bona quæ tibi contuli? Si ego te plantavi vineam electam per apostolum meum Jacobum ¿quomodo conversa es in pravam, vinea aliena? Dii quos adorasti liberent te in tempore afflictionis tuæ. Ego te feci vehementer decoram et tu vitio fedata nuda jaces in plateis et plena confusione. Tu cujus nomen egressum fuerat in gentes, propter speciem tuam, quia perfecta eras in decore meo, nunc filiis Ægipti vicinis tuis prostituta abominabilem fecisti decorem tuum. ¡Væ pastoribus qui non averterunt te á perditione! Animarum sanguinem ego de manibus eorum requiram. Gregem sibi commissum non pascentes, lac ovium tantummodo comedebant et lanis operiebantur. Oves meæ dispersæ in peccata et errores, quia non pastores sed mercenarios habebant, factæ sunt in devorationem omnium bestiarum agri. Ideo, pastores audite verbum Domini. ¿Nunc parum vobis est quod separavi vos ab omni populo ut serviretis mihi in tabernaculi cultu et staretis coram frecuentia populi? ¿Quare fecistis res peximas quas ego audio ab omni populo?

Si vir in virum peccaverit potest per sacerdotem placare ei Deo: si autem peccat sacerdos in Dominum ¿quis orabit pro eo? Greges mei facti sunt in rapinam, eo quod non esset Pastor; sed ego requiram oves meas de manus eorum, ut ultra non paseant greges, nec amplius pastores pascant semetipsos. Non pastores, sed latrones sunt qui mactant oves meas sanguinis mei pretio redemptas. Bonus

pastor præire tenetur ovibus et eas in uberrima pascua instruendo et prædicando ducere: sed ¡heu! pravo duce pastore, macilentæ, squalidæ, fame perierunt. Servus equidem fidelis vigilat utique super illas, et non capit somnum, ad Jacob exemplum, qui adeo super gregem. Laban vigilavit, ut viginti annorum spatio somnus fugeret ab oculis ejus. Populus ignorans legem meam violavit, quoniam pastor non annuntiabat ei peccata, et peccatis, erroribus, et exomni genere flagellis, oppresse animæ clamant ad me de terra. Non solum peccavit ipse Pastor, sed quod est horribile dictu, pravitate sua alios peccare faciendo, mactavit oves quas custodiere debuerat. Cum deberet orare multum pro populo ut iram meam averteret, super illum furorem meum concitavit.

¿Nunquid Deus tanquam servo nequam non dicet sacerdoti perperam agenti: quoniam disciplinam repullisti et scientiam, ego te repellam, ne sacerdotio fungaris mihi? Postquam sacrificia populi comediste, silentio tuo peccata eorum fovebas; oves ideo et pastor furoris mei gladio peribunt. Dixerunt gentes: sacerdos iste angelus est Domini; sciens bonum et malum, non igitur tinere Deum, non ejus mandata ervare, non peccata et occasiones fugere plusquam ille debemus. ¿Quare non licebit nobis quod ipsi licet? ¿Cur factum ab ipso non facere? Dibitare poterunt fideles utrum ipse vera reputet dogmata quæ docet. ¿Quis intendens super hoc se temperabit á lacrymis? ¡Ud nobis charisimi si talia facimus et agere perversa non quiescimus; putens averni super nos urgebit os suum, et habitabimus cum ardoribus sempiternis.

Non quis, enimvero existimet hactenus dicta solum

perditissimos sacerdotes attingere, sed nobis certo credendum loqui Dominum de tepidis atque mundanis. Nullum pejus equidem reputandum, ad sancti Gregorii mentem, pravitate, quam á sacerdotibus tolerat Deus. Quando ipsi peccamus qui debuimus peccata compescere; nulla animarum lucra quærimus.... terrena concupiscimus, locum sanctitatis accipimus et terrenis actibus implicamur. Quanti sit momenti religionis ministerium in societatem ex his S. Joannis Chrisostomi verbis colligi potest: « Si videris unum populum sine disciplina, sine ordine, sine moribus, scito sacerdotium ejus corruptum fuisse. » Mors ideo et vita populi, secundum Chrisostomi verba, in bonitate vel pravitate pastoris stare videtur.

Bonum et malum, vela contrahendo, ante oculos habemus, in nostris manibus sunt velut claves cœli et inferni. ¿Usquequo Dei patientiam status nostri negligentia probabimus? Usque adeo ab antiquo vocationis fervore declinavimus, ut jam præ tempore et lassitudine tædeat nos vivere: Surgamus igitur ad vocem Apostoli; de somno; et devotio orationis, et opera justitiæ et charitatis Christi bonum odorem nos facient ad nostram et ovium ejus salutem consequendam. Amen.

Dominus de Hevia.

INDICE.

PAG.

Plática primera.
Sobre la dignidad del sacerdocio. 7
II. Sobre la vocacion al sacerdocio.
Es muy peligroso el entrar á ser sacerdote sin verdadera devocion. 16
III. Sobre el mismo asunto.
La falta de verdadera devocion es causa del mal desempeño de las funciones de nuestro ministerio. 26
IV. Del mismo asunto.
Señales para conocer la verdadera vocacion, y cómo ha de conocer su yerro el que entró sin ella á ser sacerdote. 34
V. Sobre la santidad de los sacerdotes.
Exige el estado del sacerdocio que sean santos los sacerdotes. 46
VI. De lo mismo.
Los sacerdotes no solo debemos ser santos, sino ejemplares de santidad que edifiquemos á los fieles de Cristo. 57
VII. Del mismo asunto.
Es muy sensible y deplorable el estado de un sacerdote tibio y negligente en el desempeño de sus deberes sacerdotales. 67
VIII. Del celo cristiano inherente al sacerdocio.
El celo por la honra de Dios y la santificacion de las almas es condicion necesaria y como inherente á todo sacerdote. 76
IX. Motivos de la falta de celo.
La falta de amor de Dios es la causa de que los sacerdotes sean tibios y sin celo. 85
X. Sobre el mismo asunto.
La falta de amor á los prójimos es otra de las

causas de la tibieza y falta de celo de un sacerdote. 93
XI. Del conocimiento propio.
Del mal gravísimo de un sacerdote escandaloso y de la dificultad de su conversion. . . . 101
XII. De la oracion.
Sobre la atencion y devocion con que debemos cumplir el rezo divino, ú horas canónicas. . 112
XIII. De la misa.
Sobre la reverencia interior y esterior con que debemos celebrar el santo sacrificio de la misa. 125
XIV. Del mismo asunto.
Sacrilegio y atentado horrendo del sacerdote que se atreve á celebrar en pecado mortal. . . 134
XV. Administracion de los santos Sacramentos.
Del celo, prudencia y fidelidad que debe tener el sacerdote en su dispensacion de los sacramentos, cuidado del templo, exactitud y decoro en las ceremonias sagradas. 143
XVI. De la predicacion de la divina palabra.
Obligacion de los sacerdotes de predicar la palabra de Dios y del modo con que deben desempeñarla. 154
XVII. De la imitacion de los santos.
Con el ejemplo de los muchísimos santos y buenos sacerdotes debemos animarnos y esforzarnos á ser sacerdotes ejemplares y llenar los deberes de nuestro ministerio. 166
PLATICA UNICA para religiosos.
En todas las circunstancias en que se hallen los que han hecho la profesion religiosa deben atemperarse al tenor de vida y observar en lo posible la regla que abrazaron una vez. . . 185
HOMLIA. De actione boni et mali pastoris in populum. 182

FIN DEL INDICE.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SERIE NONA.—Pláticas esclusivas para sacerdotes y religiosos de ambos sexos.

TOMO II.

Contiene las relativas á Religiosas.

PLATICA PRIMERA.

Con las virtudes de la FE, *de la* ESPERANZA *y de la* CARIDAD *somos consolados en nuestras tribulacianes, y todo se puede, todo se hace fácil, agradable y gustoso, todo se concilia y esplica admirablemente.*

Benedictus Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.

Bendito sea el Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones.

2.ª CORINTH., C. 1, V. 3.º y 4.º

Respetables hijas del claustro, del retiro y del silencio: vuestros santos patriarcas, la santa regla que profesais y las constituciones que os dirigen, os recomiendan eficazmente el cumplimiento de los deberes monásticos que os conducen hácia el cielo y os aseguran vuestra salvacion eterna. En la fiel observancia de vuestras leyes, de vuestros usos, prácticas y costumbres religiosas se halla el ma-

ná escondido que sabe á todo; un placer que aventaja, segun Salomon, al convite mas delicado (1); una mano consoladora tan pródiga en divinos favores, que hizo decir al melífluo padre san Bernardo, que eran dulcísimas las amarguras de las almas justas, deliciosas sus penitencias y muy suave el yugo de Jesucristo. Los ascéticos añaden que con la gracia de Dios podeis desarmar á los fuertes, desafiar los peligros de la prueba y de la tentacion, ansiar por la práctica de la piedad y hacer frente, como el apóstol, á los esfuerzos de los enemigos que se insolentan porque han atado al carro de su triunfo á no pocas vírgenes fátuas que, apartándose de las prudentes, fueron desechadas sin poder entrar en el reino de los cielos. Vivís en el asilo de la virtud, en el taller de la santidad, en el arca de Noé, en la ciudad de refugio, en la torre de David, en el huerto del celestial Esposo y en el jardin de la Iglesia santa; y todos los contemplativos convienen en que, siendo, como debeis serlo, adictas al cumplimiento de vuestras obligaciones, sois la porcion escogida del rebaño del Pastor divino, la gente santa de que habla el príncipe de los apóstoles, y el devoto sexo femenino que menciona san Agustin con tanto gozo de su alma.

Pero, señoras: antes de hablaros de estas cosas y de pasar revista á los deberes que os impone vuestro estado de santidad, ¿no será del caso el cargarnos con las circunstancias de los calamitosos tiempos de revoluciones y tras-

---

(1) Prover., c. 15.

tornos que vamos atravesando, para que prevenidas con las doctrinas evangélicas, venzais y triunfeis, os radiqueis mas y mas en vuestros propósitos de amar y servir á vuestro Dios, y podais rebosar en consuelos celestiales al ver la bondadosa solicitud con que os cuida, salva y proteje vuestro divino Esposo? Vosotras habeis visto renovarse las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia: los impíos os han amenazado con arrojaros de vuestros claustros, han hecho alarde de despreciar los consejos evangélicos: llamando ilusos y fanáticos á los que los practican: han pretendido que os ofrezcais víctimas de su libertinaje prostituyendo vuestra conciencia, vuestra religion y vuestro Dios, y os habeis visto tan sobrecogidas, inquietas y perturbadas, que parece que no habló el Señor con vosotras cuando prometió por el profeta una mansion de paz, unas tiendas de seguridad y de confianza, un asilo de dulzura y de delicias á los que lo siguen (1). ¿Quién sabe si estos tiempos han pasado para no volver á veros como os habeis visto? ¿Quién puede penetrar los pensamientos de Dios en los adorables designios de su Providencia? ¿Y quién se atreverá á vaticinar lo que sucederá mañana, si el Señor no le concede el don de profecía? Ved aquí en lo que me fundo para comenzar mi predicacion diciéndoos:

Esposas del Cordero vírgen, consolaos y bendecid con el apóstol al Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Alegraos con el Dios grande,

---

(1) Isai., c. 32.

fuerte y poderoso, que lleno de misericordia, pone á vuestra disposicion todo lo que basta para vencer los peligros de esta vida; ser en ella semejantes á los ángeles del cielo, y muy superiores á los proterbos que han declarado en su demencia una guerra atroz á los hijos de la Cruz. Ensanchad vuestros corazones, porque el Señor quiere allanar los caminos de vuestra salvacion, quiere asegurarros, quiere poneros en un terreno firme, quiere que entendais, que obrando segun las reglas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad, le dareis gusto y sereis tan invencibles como lo fueron los que merecieron que Dios estuviera con ellos. Os voy, pues, á demostrar ante todas cosas, que con aquellas virtudes teologales todo se puede, todo se dulcifica, todo se hace fácil, agradable y gustoso, y todo se concilia y esplica admirable y perfectamente. Estadme atentas, y no perdais una palabra de las que Dios os dirige para vuestra perfeccion en este dia por medio del mas indigno de sus ministros.

Sabeis que la Fe consiste en creer firmísimamente lo que Dios nos dice y la Iglesia nos propone: no ignorais que en materias de fe no es lícito vacilar, ni permitido la menor duda, porque antes faltarán los cielos y la tierra que el cumplimiento de las palabras de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Esta seguridad y firmeza constituyen el mérito de nuestra creencia: si la teneis en un grado conveniente, ya puede decirse en la senda de los consuelos que os ofrece la religion divina en estos tiempos calamitosos de ruinas y desastres, de trastornos y de confusion horrible: porque si teneis fe, sabeis ciertamente que Dios os acompaña en todos vuestros trabajos, apuros

y tribulaciones; que es preciso sufrir persecucion por la justicia; que no perteneceis á Jesucristo si no sois odiadas, despreciadas y contradichas de los mundanos como vuestro divino Esposo; que vuestro Dios prepara á sus escogidos la cruz de grandes padecimientos, tribulaciones y angustias, para probarlos y hacerlos dignos de su reino, que no se gana sino peleando y venciendo á los enemigos de nuestras almas. Con la fe os haceis verdaderas hijas de Jesus, miembros de su Iglesia santa, acreedoras por los méritos de nuestro Redentor, á recibir la gracia que os hace superiores á los esfuerzos del mundo, del demonio y de la carne, y dignas de que os diga el Hijo del Altísimo: «Vuestra fe os ha salvado.» Fortalecidas con esta fe, que vengan persecuciones, oprobios, violencias y calamidades; que brame la tierra y se conmuevan los abismos, que se unan las potestades terrestres é infernales contra vosotras, que vosotras, alentadas con el espíritu del Señor, imitareis á las Lucías, Ineses y Aguedas en sus apuros, á las Bibianas, Eulalias y Casildas en vuestras contradicciones, y á las Escolásticas, Claras, Gertrudis y Teresas en las virtudes del santo instituto en que os ha colocado la divina Providencia. Si á la virtud y eficacia de la fe obedece toda la naturaleza: si ella hace fáciles los imposibles de los hombres y obra prodigios y maravillas sobre nuestra comprension, y siempre ha sido la que ha vencido al mundo, al demonio y á las pasiones descompuestas: ¿no diremos que son invencibles los que armados con el escudo de la fe hacen frente y resisten al infernal dragon que ruge por devorarnos, segun san Pedro? Procurad tenerla tan firme, tan viva y tan grande como la Magdalena: pe-

didla con instancias á vuestro celestial Esposo; conservadla en vuestras almas, obrad con ella, y si no os va bien, «venid y argüidme,» os dice Dios por un profeta.

Vamos con la Esperanza. Esta es la virtud que embellece, alegra y encanta á cuantos aspiran á la gloria. Su objeto es la posesion del mismo Dios, la felicidad eterna, ó la plenitud de los bienes infinitos que se han prometido á las almas fieles. ¿Podremos dejar de desearlos, de apetecerlos, y de adoptar los medios que á ellos pueden conducirnos? ¡Oh mortales! dice el gran padre san Bernardo: si por las vagatelas y bienes fugaces y transitorios de esta vida os afanais tanto, ¿qué no debereis hacer por conseguir los infinitos, inmensos, divinos y eternos que la bondad de nuestro Dios prepara á los suyos en el reino de los cielos? Esta sola reflexion llenó de penitentes los desiertos, de desertores los vicios, y de virtudes los claustros. La esperanza de la gloria alegró á los apóstoles en las fatigas de su ministerio, á los mártires en sus tormentos, á los anacoretas en sus mortificaciones, á las vírgenes en sus apuros, ansiedades y conflictos, y á todos los verdaderos fieles en las contradicciones y penalidades de esta vida. La esperanza hace que se deseen los trabajos, que se busquen las amarguras de la Cruz, como medios de conseguir la gloria eterna, y que pensando continuamente en poseer á nuestro Dios, se tengan por suaves, dulces y deliciosas las prácticas monásticas precursoras de la futura gloria que ha de revelársenos, segun el apóstol. La esperanza, en fin, nos alienta y esfuerza á practicar con gusto y regocijo todo lo que se nos manda, y si vosotras la teneis tan fervorosa como os la recomiendo, tendreis un pla-

cer muy singular, no solo en observar vuestras leyes y en cumplir con vuestros deberes monásticos, sino tambien en sufrir con fortaleza cuantas persecuciones permita el cielo para probaros, purificaros y santificaros. Pedidla á Dios para no pensar mas que en la gloria, para no obrar mas que por la gloria, para no apartaros de los caminos de la gloria, y para que siendo la gloria el móvil de vuestras acciones, sean estas santas y virtuosas, edificantes y dignas de imitacion. Llenas vuestras almas de la virtud de la esperanza, que á nadie confunde, y á todos alienta y fortifica, sereis tan dichosas y felices como podeis serlo en esta vida mortal; los mismos santos se complacerán en contemplaros, y vosotras mismas, esperimentando la mano poderosa de Dios atento á protejer, auxiliar y defender vuestra flaqueza, os vereis precisadas á decir en vuestros actos de gratitud y de accion de gracias: «Bendito sea el padre de N. S. Jesucristo y el Dios de toda consolacion, que con la virtud de la esperanza nos consuela en todas nuestras tribulaciones.» El real profeta decia lleno de esperanza: «Dios mio, así como el ciervo sediento corre hácia las fuentes de las aguas sin reparar en dificultades, del mismo modo desea mi alma el llegar á veros y poseeros en la gloria para amaros eternamente. Así vosotras, esposas de Jesucristo, suspirad por vuestro amado, buscadlo por los riscos y por las montañas de la mortificacion y penitencia, por los collados de la tribulacion y por los valles y llanuras de sus consolaciones, y si los santos y santas que os han precedido sirviéndoos de ejemplo decian con las veras de su alma: «Mandad, Dios mio, trabajos; vengan padecimientos y la misma muerte si así hemos de agradaros y conseguir la desea-

da union con vos;» decidlo tambien vosotras, y vereis cómo no os asustan las amenazas de los impios, ni os imponen esas estrepitosas vocinglerías de los que en su frenesí diabólico han jurado acabar con lo inacabable, destruir lo indestructible y arruinar lo que lleva el sello de la eternidad. Observareis lo que ya habeis esperimentado; que no hay ni puede haber consejo, ciencia ni arte contra el Dios de las promesas eternas é infalibles; contra el que clama y dice por el salmista: «No temas, alma justa; no te perturbes ni inquietes por la ferocidad de tus enemigos, porque viviendo en la dulce mansion de la esperanza caerán mil á tu lado y á tu diestra otros diez mil sin que ninguno pueda hacerte el menor daño. *Cadent á latere tuo mille, et decem millia á destris tuis; ad te autem nom appropinquabit.* Y á vista de estas divinas seguridades ¿os estremecereis al frente de unos peligros aumentados por la imaginacion, y enteramente nulos y despreciables para los que viven de la fe, y se afirman, se radican y fortalecen con la esperanza? Volved los ojos hácia atras; ved quién ha vencido en la lucha de la impiedad con la religion, del vicio con la virtud, de los libertinos y licenciosos con las monjas recogidas y virtuosas, y de lo pasado inferid vuestro porvenir. Pero si aun temeis: si ideas fatídicas os asaltan, y la sola posibilidad de vuestro destrozo os conturba, hablemos ya de la Caridad.

La Caridad es una virtud con que amamos á Dios sobre todas las cosas y á nuestros prójimos del modo que ella lo manda. La caridad viene á ser un amor santo, celestial y divino que nos une y estrecha con Dios, un fuego puro sin mezcla terrena, que enciende nuestras almas elevándolas

hasta la misma divinidad en quien reposan, se sacian y satisfacen: La caridad es el mismo Dios segun san Juan, y el que permanece en ella permanece en Dios y Dios en él, como lo dice el mismo amado discípulo: la caridad, dicen los teólogos, hace que las almas justas perciban aquí en la tierra un destello de la felicidad eterna, que llaman *bienaventuranza incoada*: con ella son todos los trabajos y penalidades de este valle de lágrimas verdaderos recreos, ó al menos deben considerarse como una bolita de cera en horno encendido, que la derrite y consume en un momento. La caridad... pero me remito á vuestros interiores; ella tiene su asiento en vuestras almas; habeis esperimentado sin duda sus delicias, y vosotros podeis hablar de ellas y decirnos lo que es estar una alma unida y estrechada con Jesus, y Jesus con ella. ¡Que no estuviera ahora aquí el ángel de Patmos, para hablaros el lenguaje de la caridad que no perciben ni comprenden los hombres carnales y terrenos! El os diria que el que tiene la dicha de ser tan caritativo como lo quiere el Dios de la caridad, dista tanto de lo sensible, carnal y terreno, como el mas alto cielo de la tierra: os diria que de los que tienen caridad habló el real profeta cuando no se detuvo en decir: »Yo he dicho que sois dioses, y todos hijos del Escelso.» *Ego dixi Dii estis, et filii Escelsi omnes.* ¡Qué dicha esta, religiosas santas! Con ella, ¿qué importan los artificios del infierno, las aberraciones de los mundanos, ni los alicientes de la carne arrastrada hácia lo malo por la ley del pecado que habita en nosotros, como lo dice el apóstol? Nada. Es imposible que la caridad sea vencida, porque todo lo sufre y es paciente, es benigna y no busca sus cosas, sino las de Jesu-

cristo; y es tan cierto, que pensando, obrando y buscando siempre á Jesus se perfeccionan y espiritualizan los fieles tanto, que en nada hallan gusto, placer y alegría, mas que en su Redentor, como mil veces lo repite mi padre san Bernardo. Con la caridad de nuestro Señor Jesucristo, dice san Pablo ¿á quién temeremos? ¿Acaso á la tribulacion, á la angustia, á los peligros, al hambre, á la desnudez ó á la espada de los tiranos? Cierto y seguro estoy de que todas estas cosas unidas á los ángeles y principados con cuanto hay ó puede haber en el mundo, no son capaces de separarme de la caridad que hallo en Cristo Jesus. Con ella todo lo puedo, con ella á todos los peligros desafio; con ella puedo decir que he concluido mi carrera, que he sido fiel, y que en lo demás vivo confiado en que se me dará la corona prometida á los que viven y mueren en los brazos de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. Felices mil veces las almas poseidas de la caridad cristiana: dichosas sobre toda ponderacion las que hallando esta preciosa margarita la conservan aumentando mas y mas el sagrado fuego que la forma. Si la teneis, ella os dirá lo que debeis creer, lo que debeis esperar, lo que debeis obrar, y todo aquello de que debeis huir y apartaros para ser santas y perfectas, como os quiere vuestro celestial Esposo. Si no la teneis, al menos tan perfecta como la dejo indicada, procuradla creyendo con seguridad y esperando con firmeza. Amad á Dios y á vuestros prójimos; temed á Dios y observad sus preceptos: creed y esperad con confianza, y lanzaos á la lid; pelead, venced, y triunfad con la gracia del Señor, y contad con la corona de justicia que os prepara vuestro celestial Esposo en los taber-

náculos de las virtudes premiadas. Pobreza, obediencia y castidad; desapropio, mortificacion y penitencia; humildad, recogimiento y clausura, silencio, union y caridad fraterna; oracion y perfecta observancia de la santa regla y leyes monásticas; meditar sobre la muerte, sobre el juicio, sobre el infierno y la gloria... Ved aquí las bellezas que debe ver Jesus en sus esposas, y todo lo que las hace dignas de ser tenidas por ángeles en la tierra. A adornar vuestras almas con la perfeccion evangélica habeis venido al retiro del claustro: á ejercitaros en los instrumentos del bien obrar sois llamadas aquí; á haceros santas deben dirigirse vuestros conatos. ¿Deseais para esto que se os instruya en vuestros deberes monásticos, se os enseñe la ciencia de vuestra salvacion, y se os ponga en el camino de vuestras justificaciones? Pues bien; no ha de quedar por esto. Se os instruirá, se os enseñará y se os dirigirá por la senda de las almas consagradas al Señor, y no, no se dará lugar á que digais que falta resina en Galaaz para curar las heridas del pueblo escogido, ó que no hay profeta en Israel para anunciaros sus juicios.

Por hoy quedemos, en que nada hay que temer teniendo Fe, Esperanza y Caridad: en que estas virtudes nos colocan en un terreno firme y seguro, en la vértice del monte santo de Oreb en que se comunica Dios á los suyos, y les comunica sus órdenes soberanas consolándolos en todas sus tribulaciones. Estais pues sobre la tierra, vuestras miradas deben dirigirse hácia el cielo, al que infaliblemente subireis, si prestais oidos al Dios que principia á hablaros por sus ministros. Pedidle que los ilumine para que sean vuestros Rafaeles en esta vida, para que sean

compañeros vuestros en las virtudes evangélicas que os prediquen, y para que todos tengamos la dicha de entonar himnos de júbilo y cánticos de alegría en la gloria eterna, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

A. M.

PLATICA II.

Pobreza.

La Pobreza monástica hace bienaventurados á los que la abrazan, y los llena de bienes espirituales.

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cælorum.

Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

Matth., c. 5, v. 2.

Se os ha dicho, y vosotros lo habeis esperimentado, que con las virtudes de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad sois consoladas, fortalecidas y animadas en todas vuestras tribulaciones, y que sirviéndoos de escudo contra los enemigos de vuestras almas os es fácil vencer, triunfar y conseguir la corona prometida á los que creen, aman y esperan en la bondad inmensa del que os ha escogido entre millares para que seais sus hijas y esposas predilectas. Sabeis práctica y esperimentalmente que con la gracia todo se pue-

de y alcanza, y que con la virtud todo se hace fácil, agradable y gustoso, pudiendo decir con el apóstol, que en nuestros trabajos, penalidades y mortificaciones encontrais una alegria tan dulce, una paz tan sólida y un gozo tan puro y divinal, como el que anunciaron los ángeles á los hombres de buena voluntad, cuando nació el Redentor de las naciones. Ni tampoco ignorais, que el Dios de vuestros cultos y adoraciones se muestra tan solícito y cuidadoso de vuestra salvacion, que no contento con enviaros unos Rafaeles poderosos en vuestros santos patriarcas y en las santas que os han precedido, se ha dignado él mismo declararse vuestro Maestro, vuestro guia, vuestro director, vuestro modelo y ejemplar en las virtudes que deben hacer vuestro adorno, y elevaros al grado de santidad que conviene al estado de perfeccion que habeis abrazado inspiradas por el cielo. El Señor siempre propicio en favor vuestro ha fecundado vuestras almas con las lluvias saludables de sus doctrinas celestiales: os inspiró el pensamiento de huir de la Sodoma impura del siglo lleno de abominaciones, os condujo al monte santo de esos claustros misteriosos en donde deja oirse la voz de vuestro Amado dirigida á afirmaros en la fe, á fortaleceros en la esperanza, y á encenderos en la caridad que os hace una misma cosa con su divina magestad, y en nada, absolutamente en nada os ha faltado para que seais tan santas y perfectas como deben serlo las destinadas á habitar en el camarin de nuestra religion divina, en el huerto cerrado de vuestro divino Esposo, en el paraiso de la perfeccion evangélica en que se perciben los aromas de las virtudes que tanto hermosean á la celestial Esposa de Jesus. Hoy mismo viene vuestro Es-

poso á renovar sus finezas, á recordaros lo que pide de vosotras, á deciros, que si él siendo la misma riqueza nació, vivió y murió en la mayor pobreza, fue para enseñaros á ser pobres; que si siendo el Señor y dueño del universo vino á servir y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz segun san Pablo, se propuso con esto el enseñaros á ser obedientes, y que si siendo tan puro, que no quiso nacer sino de una Vírgen purísima inmune de toda culpa, fue para que imitándolo en su pureza, segun vuestra condicion y estado, fuéseis tan castas y puras como conviene á las que han de seguir de cerca al Cordero inmaculado por donde quiera que él vaya. Jesucristo os advierte, que os ha recomendado la *pobreza*, la *obediencia* y la *castidad*, que forman y constituyen vuestro estado; y que para esto debeis ocuparos en las divinas alabanzas, en la mortificacion y penitencia, en la humildad, y demás ejercicios propios de la vocacion con que os ha llamado el Espíritu Santo á su servicio. Para que jamás tengais escusa, y siempre esté á vuestra vista la ley que debe santificaros, ha dispuesto el Señor que sus ministros os hablen al corazon, que una y otra vez os instruyan en vuestros deberes monásticos, que os demuestren que no hay Fe viva sin obras, Esperanza sin rectitud, ni Caridad sin la total y absoluta union con Jesucristo. Humillémonos todos ante la magestad de nuestro Dios, y yo hablándoos de la *pobreza*, de la *obediencia* y de la *castidad* con que debeis adornar vuestras almas, y vosotras prestándoos dóciles á escuchar la palabra de Dios para aprovecharos de ella en favor de vuestra santificacion ofrezcamos al Señor una prueba de nuestra resignacion en su voluntad santísima, y todos seremos salvos, todos ven-

ceremos con el divino auxilio, y todos conseguiremos reinar eternamente con él en la patria prometida.

Demos principio por la Pobreza monastica. Esta consiste en el mas absoluto desprendimiento de todas las cosas del mundo, por seguir con espedita libertad á Jesucristo, y es tan necesaria y esencial en los profesores de los consejos evangélicos, que sin ella ni aun concebirse pueden los institutos monásticos. Una monja sin pobreza vendria á ser una sombra sin realidad, una quimera compuesta de absurdos, una luz basada en las tinieblas, una santidad llena de vicios y pecados, un ente sin ser, un imposible. La pobreza que nos recomienda Jesucristo y tanto nos encargan los santos patriarcas, es una arma poderosísima en la lid del cristianismo, es el fundamento del edificio manástico: la trajo del cielo el Hijo del Altísimo, y es tan abundante en gracias y bienes espirituales que no hay ni puede haber una religiosa santa que no la busque y tenga por la preciosa margarita de que se habla en el Evangelio. Con ella vive desprendida del mundo, eleva su alma á aquel heróico aborrecimiento, á aquella indiferencia, y á aquella abnegacion á que nos convida el Salvador en su Evangelio, y tiene la dicha de ver apagado en su corazon el fuego de la avaricia, amortiguados los deseos de la ambicion y estinguidos los ímpetus de la concupiscencia. La pobreza monástica pone freno á todos los sentidos, calma el tumulto de las pasiones, regula el desórden de los apetitos, y pone á raya todos los movimientos de la carne. Como la monja desprendida del mundo no ama sus máximas ni apetece sus bienes, estos no escitan en su corazon deseos, ni inclinacion, ni alegría, ni pesares, ni temor, ni dolor, ni

tristeza. De aquí resulta que la religiosa desprendida del siglo, de sus pompas y vanidades goza de una paz interior, de una tranquilidad y gozo espiritual tan inalterable como la gracia que la conforta sosteniéndola en union perfecta con el Dios del pesebre y del Calvario. A una monja pobre no la inquietan ni embarazan los cuidados, los negocios seculares, la ambicion de las honras, ni la avaricia de los bienes terrenos: las riquezas no la corrompen, la prosperidad no la engrie, las aflicciones no la abaten, las ocupaciones no la disipan, las concurrencias no la distraen, los placeres no la alucinan, ni los peligros la arrastran: encerrada dentro de sí misma, vive al lado del siglo tumultuoso en el suave lecho del descanso, y si tal vez se encuentra en la barquilla entregada á la impetuosidad de las olas embrabecidas de malos ejemplos, duerme en ella como Jesucristo, y si vela, no dice, como los tímidos apóstoles reprendidos como hombres de poca fe por el Salvador:—«Sálvame, Señor, porque perezco:»—Sino que no deseando cosa alguna fuera del sumo bien por quien suspira se une con la Reina de las vírgenes para decir á su Dios:—*Ecce Ancilla Domini.* Aquí teneis á la sierva del Señor sin mas voluntad que la vuestra.

Ved aquí, amadas en Jesucristo, el grado de quietud y descanso que pueden disfrutar las que rompiendo de un golpe todo el comercio con el mundo, abrazaron la pobreza monástica por medio de una profesion solemne, irrevocable y eterna. Vosotras dejásteis todas las cosas que aprecia el mundo por seguir al Hijo de la Vírgen tan pobre y desvalido, que no tuvo en donde reclinar su cabeza cuando por nosotros murió desnudo en un madero infa-

me: despreciásteis las comodidades y regalos del abominable Egipto del siglo por habitar en la casa del Señor alimentadas con las viandas de la penitencia, vestidas con la mortaja que habeis de llevar al sepulcro, y tratadas como las bestias que se niegan á llevar la carga: pero alegraos, porque el mundo nada puede intentar ya contra vosotras; estais fuera de su dominio, y no pueden heriros sus dardos, no hará esfuérzos para atraeros hácia sí, aborrece y desdeña la pobreza, y nada quiere tener que ver con las que nada tienen ni desean. Así os deja gozar tranquilamente del descanso en que os habeis establecido, y aunque atónito, él mismo os hará justicia á pesar suyo, y dirá, que en el centro de esos claustros, estais con vuestra pobreza libres de los males que afligen á los mundanos, esentas de los peligros, de las ocasiones, de los precipicios y de las miserias en que gimen los habitadores de la tierra, y que ocultas y separadas de todas las tempestades que baten y agitan el proceloso mar del siglo, y fieles á vuestras promesas sois vosotras las dichosas criaturas por quienes dijo el Salvador: «Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos.» *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

Y si así juzgan de los pobres que siguen á Jesucristo los mismos enemigos de la pobreza evangélica; si los ricos de la tierra se ven precisados á reconocer y elogiar los bienes que se derivan de la abnegacion, de la renuncia y del desprecio de todas las cosas terrenas, y si no hay quien no vea en las monjas pobres las riquezas de la gracia y los bienes espirituales que llenan de gozo al alma: ¿qué no dirán de ella los que la abrazaron, los que vivieron y

murieron con ella? Así como la avaricia y el deseo de los bienes terrenos es la raiz de todos los males, dice el apóstol, del mismo modo la pobreza y desapego de las cosas temporales es la guarda y la maestra de todas las virtudes, en sentir de los santos Padres. «¿Quereis tener seguro el cielo y ser señores en él? Pues abrazaos con la pobreza de Jesucristo,» decia el P. san Bernardo á sus monjes. Con la pobreza monástica las religiosas del claustro no pertenecen á la tierra, sino al cielo, como lo quiere el apóstol. Con ella tiene lo bastante una esposa de Jesucristo para ser una santa esclarecida, un ejemplar de perfecciones evangélicas y un dechado de virtudes. Si se la busca por los bienes terrenos, ella puede contestar con el padre san Benito, y con el serafin de Asís el gran padre san Francisco: «Nada tengo, nada deseo, todo lo he renunciado por hacerme digna de poseer la gracia del Hijo de Dios en quien vivo; he perdido el derecho de tener cosa propia, de adquirirla y de desearla, y soy enteramente nula y estraña en esto de bienes temporales.» Si se le esplora y tantea sobre los actos de la voluntad, y se hace un esfuerzo para que se ladee ó incline á la derecha ó á la izquierda de la ley, al momento contesta y dice con resolucion: «No soy mia: he renunciado mi propia voluntad: estoy obligada á seguir la voz de Dios, toda entera me he entregado en las manos del Señor en quien soy, vivo y me muevo.» Si se le habla de la guerra que todos tenemos con las pasiones, responde siempre con los instintos de la pobreza, y vence gloriosamente. «Aunque he dejado enteramente al mundo, *dice*, confieso que jamás puedo desasirme totalmente de mí misma, de mi imaginacion,

de mis sentidos y de una carne prevaricadora que me inclina hácia lo malo, pero como sin voluntad propia no se peca, y yo soy tan pobre que carezco de ella, de aquí el salir victoriosa y triunfante de los asaltos que el enemigo da á mi constancia: soy tentada, pero en la enfermedad y en la tentacion se perfecciona la virtud, y con la gracia todo se pude y alcanza. He consagrado á Dios mi alma, mi cuerpo y todos mis sentidos; no soy mia, cuanto hay en mí es de Jesus; no me ha quedado mas voluntad que la de hacer la del Padre celestial, y á la fuerza tengo que ser casta y pura.» ¿Y no es esto proceder con santidad, conducirse con virtud, y obrar segun el espíritu del Señor? Leed las vidas de esas monjas santas que reciben un culto público y solemne en nuestros altares, y en ellas vereis, que se santificaron por la pobreza evangélica: vereis que por no tener cosa propia llenaron sus almas de infinitos bienes espirituales, y os convencereis de que es imposible que una religiosa se una enteramente con su Dios por el amor, si su voluntad está pegada á las cosas de la tierra, ó si ama alguna de ellas no siendo por Dios. Es necesario, señoras, que vacieis primero vuestro corazon de todos los afectos terrenos y carnales, para que pueda entrar en él vuestro divino Esposo á llenarlo con su amor vivificante y celestial, y esto se hace con la santa pobreza que habeis profesado, con la abnegacion y absoluta renuncia de todo cuanto puede entorpecer vuestra marcha hácia la region de la espiritualidad, de la perfeccion, de la gracia inamisible y de la gloria.

Así espresamente nos lo enseña el divino Maestro cuando para establecer la pobreza evangélica en sus escogidos di-

jo con toda la autoridad de un Dios omnipotente: »Por »tanto os digo que no esteis solícitos por lo que toca á la »vida, sobre lo que habeis de comer; ni por lo que toca á »vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿Por ventu»ra la vida no es mas que la comida, y el cuerpo mas que »el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran ni »siegan, ni atrojan, y sin embargo vuestro Padre celestial »las mantiene, ¿Por ventura no sois vosotros mucho mas »que ellas? ¿Y por qué estais solícitos sobre el vestido? »Mirad como crecen los lirios del campo; no trabajan ni »hilan, y con todo yo os digo que ni Salomon en su mayor »gloria estaba tan bien vestido como uno de estos. Pues si »Dios viste así al heno del campo que hoy es y mañana se »echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de »poca fe? No esteis solícitos diciendo: ¿Qué comeremos ó »qué beberemos ó con qué nos vestiremos? Los gentiles »son los que se afanan por buscar estas cosas, pero el Pa»dre celestial sabe que necesitais de ellas, y no os faltarán. »Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia; y to»das estas cosas se os darán de aumento.» Ved aquí la doctrina de la sabiduría eterna; ella fue predicada con el ejemplo, pues Jesucristo fue tan pobre, que él mismo dijo, que las raposas tenian sus cuevas, y las aves de rapiña sus nidos: pero que él ni aun tenia suelo en donde descansar, ni sitio en donde reclinar su cabeza. ¿No bastará esto para declararos por la santa pobreza? Ella es riquísima en bienes espirituales, nos libra de los cuidados, sustos y afanes que cuestan los bienes terrenos; nos aligera y pone espeditos para volar hácia el bien infinito é inmenso por el que suspiran las almas fieles; nos hace semejantes á Jesucristo,

y es tan poderosa, que en ella encuentran los pobres de espíritu la felicidad que puede tener el hombre en esta vida, como lo dijo nuestro Salvador divino: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

Nada mas por hoy, religiosas respetables. Os he espuesto lo que es la pobreza monástica que habeis abrazado, lo que de ella se piensa en la Iglesia santa, lo que de ella sienten vuestros santos patriarcas, y los bienes que en ella se encuentran, segun la palabra infalible del Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y esto creo que basta para aficionaros á ella y para que sobre ella fundeis el plan de la vida monástica que debeis seguir en conformidad con vuestros votos, con vuestra regla y con las leyes monásticas que os dirigen hácia el cielo. Si sois pobres como vuestro Esposo celestial lo fue, sois bienaventuradas ya en la tierra, porque de vosotras es el reino de los cielos. Pero si no lo sois... si teneis apego á alguna cosa terrena, y os aficionais á la propiedad de lo que os está prohibido... si con desprecio de vuestros deberes monásticos os asimilais á los gentiles afanosos por adquirir y conservar los bienes terrenos, y semejantes á Ananías y Safira tratais de engañar á Dios con votos y promesas falsas y fingidas... en este caso sois infieles, no teneis la fe viva que debe uniros al Dios de la verdad, no podeis tener la esperanza que alegra á las almas justas, ni la caridad que hace ángeles de los profesores de los consejos evangélicos, y estais perdidas, estraviadas, fuera del camino que conduce al cielo, y en el terrible estado del pecado mortal, que es lo peor

que puede haber en esta vida. Probaos, y ved como os encontrais: mirad si teneis algo mal tenido, si deseais algo fuera de vuestro Dios, si vuestra conducta está en perfecta armonía con vuestros votos, con vuestras leyes y con vuestras obligaciones, y si no os hallais seguras arrojad todo cuanto pueda perjudicaros, todo lo que pueda impedir la asistencia de Dios en vuestros corazones, todo lo que os estorbe para caminar de virtud en virtud hasta el monte santo de la perfeccion evangélica, por la que debeis suspirar. Para que así lo hagais concluiré con las palabras que dirigió santa Teresa de Jesus á sus monjas cuando despues de haberles hablado de la santa pobreza les dijo: «Creedme, »hijas mias, en lo que para vuestro bien me ha dado á »entender el Señor en los bienes que hay en la santa po»breza. Ella es un bien que encierra en sí todos los bie»nes del mundo, es un señorío grande. Digo una y otra »vez, que señorea y domina todos los bienes del mundo »el que los desprecia y no hace caso de ellos.» Fijad en vuestras almas con caracteres eternos estas palabras de la maestra de la vida monástica: aprovechaos de los medios que os señalan vuestras leyes para conservar la pobreza monástica: decidiros en una palabra por la dicha de ser pobres como Jesucristo, y vosotras esperimentareis que son bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos que os deseo. Amen.

A. M.

PLATICA III.

Sobre la obediencia monástica.

Con ella se libra la religiosa de sí misma, se hace toda de Jesus, y camina con toda seguridad hácia la gloria eterna.

Obedite præpositis vestris, et subjacete eis.
Obedeced á vuestros superiores, y estadles sumisos.

Ad Hebr. c. 13, v. 17.

El Dios que sacó á Abrahan de la Caldea, á Jacob de la Siria, á Moisés del palacio de Faraon, á Daniel de Babilonia, á Elías de la Judea y al Bautista de su patria, os ha sacado á vosotras, religiosas venerables, del mundo en que abundan los peligros, y os ha traido al retiro de esos claustros para formaros segun la imágen y semejanza de vuestro Redentor, y haceros dignas de su amor, de sus delicias y de sus complacencias. Salísteis del siglo, y en

él dejásteis un teatro de seduccion de que, como de las aguas del diluvio, son muy pocos los que se salvan: salísteis de esa tierra de maldicion en que el pecado se insinúa por los ojos con los escándalos, por los oidos con las sátiras, gracejos y armoniosas decepciones, y por el corazon con el veneno del deleite que tanto halaga y fascina: salísteis al fin del mundo que todo lo altera, inquieta y perturba por reducir á su dominacion á los que en él habitan. Ahí teneis la historia sagrada. ¿No figuran en ella, Cain devorado por la ira, Saul dominado por la ira, David perdido por una hermosura, Salomon loco con la sensualidad, Absalon con la ambicion, Antíoco con la soberbia, y Dina con la curiosidad? ¿No sabeis, que en el mundo todo lo arruinan los escándalos, los malos ejemplos, las compañías viciosas, los consejos siniestros, las murmuraciones, y malos usos de los que estraviados se dejan conducir de sus abominables deseos corrompiendo sus caminos, como lo dice el Salmista? Pues el Dios de la Providencia, por un rasgo de su bondad inmensa, os ha traido á este lugar santo en donde cubiertas con un velo lúgubre, que os esconde á los ojos de los hombres, no os sorprenderá la propension á la honra de los adornos que fueron los lazos de perdicion y de afrenta para las altivas hijas de Sion: la glotonería, funesto orígen de tantos escesos, jamás podrá moveros, porque siempre el enemigo os encontrará abatidas con la abstinencia, y débilmente sostenidas con un alimento parco y desabrido. La lengua que ocasionó en la hermana de Moisés una lepra contagiosa, es condenada en esos claustros á observar un riguroso silencio. Con dejar los bienes, pompas y vanidades del mun-

do, y vivir pobres en ese convento, habeis cerrado mil senderos de perdicion, y os habeis hecho dignas de que el Señor Dios vuestro, fortalezca vuestra flaqueza contra la tiranía de ese altivo y soberbio Faraon del siglo, colocándoos en esa tierra santa para que libres de los peligros del Egipto, celebreis continuamente las maravillas del Señor en vuestro retiro, y seais coronadas con sus dones y liberalidades. En la oscuridad de ese magestuoso retiro se halla aquella gracia victoriosa que convirtió á los Pablos, á los Cipriános, Agustinos, Magdalenas, Pelagias y Egipciacas; la gracia infalible que, sin destruir nuestra libertad, derriba los cedros del Líbano, desarma el poder de las tinieblas, y siempre lleva consigo el triunfo, la gracia de la oracion, que es el principio del bien obrar, segun san Agustin; la gracia con que el Dios de la santidad renueva vuestras ansias de servirle hasta la ancianidad mas decrépita, de manera, que siempre será cierto, que puestas á cubierto de los peligros y asechanzas del mundo á quien habeis dejado sus bienes, riquezas y preciosidades por imitar á Jesucristo en su pobreza, estais en esos claustros fortalecidas y circunvaladas por todas partes de murallas inaccesibles á los tiros, saetas y golpes de la ambicion, y demás vicios que derrama sobre los amadores del mundo la bestia que vió san Juan cubierta con los nombres de blasfemia, y cargada con las copas de abominacion, salir del infierno para llenar de males la tierra. La pobreza monástica os libra de las influencias malignas del mundo falaz, que habeis dejado, os pone en inmediato contacto y dulce comunicacion con el cielo, y ella os hace bienaventuradas, como lo dice Jesucristo y se os tiene demostrado.

Pero aun no basta esto, religiosas santas: mucho, muchísimo teneis adelantado con haber vaciado de vuestro corazon los deseos de poseer bienes temporales: de grande importancia es el haber entrado en la casa del Señor sin las inmundicias y terrenalidades del siglo, decididas á seguir al que os llama por los caminos de la cruz: pero habeis entrado con vosotras mismas, y en vosotras hay un gérmen venenoso que es necesario estirpar y destruir para que no os inficione y quite la vida de la gracia. Hablo del amor propio, de este apetito desordenado, que disfrazado las mas veces con los vestidos de la santidad y de la perfeccion evangélica, seduce á las almas que se tienen por aseguradas creyéndose vírgenes prudentes, siendo del número de las fatuas á quienes se cierra la puerta del reino de los cielos. Hablo de la llave que abre el infierno, segun mi P. san Bernardo; de la propia voluntad, que convierte en una region de tinieblas la casa iluminada con las luces de la gracia; de la enfermedad que suele acometer á las almas consagradas al Señor, con las armas de un fervor indiscreto y estravagante que destruye la virtud, hace la cama al vicio, y todo lo subvierte y trastorna ahuyentando la gracia, sin la que no hay mérito ni obra de vida eterna. En este estado de voluntad propia no se ven mas que arrebatos, rarezas y cosas estraordinarias tan malsonantes en las que militan bajo una bandera clara, cierta y segura, como lo es la del Evangelio; en él se ve que una monja sin consultar la ley, ni dar oidos á la razon obra segun su capricho, hace lo que se le antoja, se gobierna y dirige por sí misma, presumiendo ser la mas mortificada del convento, la mas observante de la comunidad,

la mas aprovechada entre sus hermanas á quienes acaso arguye de relajadas, porque no siguen los instintos de su fervor indiscreto. Esta desgraciada suele practicar antes las cosas que son de consejo que las que son de precepto: muchas oraciones y poca abnegacion de sí misma; muchos silicios, ayunos y mortificaciones, y poca humildad; muchos suspiros, gemidos y lágrimas, y poca mortificacion interior: hace mas que lo que Dios quiere, y se niega á hacer lo que Dios manda; es como los fariseos, que no comian sin lavarse las manos, y jamás purificaban su corazon; se asemeja á la infiel Judá, de quien dice Jeremías, que se volvió á su Dios con un propósito falaz y mentiroso. ¡Qué lástima! Haber vencido al fuerte armado del mundo con heróico valor por seguir á Jesucristo en su pobreza; principiar á caminar por la senda que conduce al cielo, y perder la ruta en los primeros pasos, por la astucia de la serpiente infernal tan diestra y sagaz en el arte de engañar! Entrar en el lugar sagrado de la virtud para caer en los abismos de los condenados! Esto, señoras, es sobre toda ponderacion horroroso, lamentable, digno de llorarse con lágrimas de sangre. ¿No habrá un medio capaz de desterrar de los claustros la víbora ponzoñosa del amor propio, como lo llama el santo abad de Claraval? Aseguradas de los peligros del mundo las esposas de Jesus, que por seguirlo hicieron voto solemne de vivir perpetuamente en la santa pobreza: ¿no encontarán quien las asegure de sí mismas, y las dirija sin riesgo hácia la patria del descanso eterno? ¿Es acaso invencible el sutil artificio del amor propio, que aun en lo mas santo quiere tomar partido para arruinar la obra de Jesus?

¡Ay, amables hijas del esclarecido patriarca san N.! Teneis un Dios omnipotente que os ama y desea para sí con una bondad tan misericordiosa, que tiene llenos de admiracion á los ángeles, de reconocimiento á los santos, y de gozo á la Iglesia santa. El os ha provisto de todo lo que necesitais para que vuestro viaje á la eternidad sea fácil, próspero y feliz. Os ha inspirado hacer el voto de la Obediencia monastica, sepulcro de la propia voluntad, segun el abad Clímaco, y con él nada teneis que temer, nada que sospechar, nada en que detenerse. Con la santa obediencia os despojais de vuestro propio querer, os entregais a la voluntad agena, y siendo este sacrificio el mas agradable á Dios, tambien es el que mas abunda en gracias y bienes espirituales. Ojalá acierte yo á indicároslos para que aficionándoos á ellos seais obedientes como lo fue Jesucristo, que por obedecer al Eterno Padre murió en una cruz afrentosa.

Si vuestra voluntad no es otra, que la de seguir la voz de la obediencia, como lo habeis ofrecido, cada una de vosotras podrá decir con el apóstol: «No soy yo, sino que Jesucristo es el que vive en mí.» Si de ninguna de vuestras acciones quereis ser responsables, y no consentís en que haya en vosotras un solo acto que no esté ennoblecido con la virtud de la santa obediencia, todo en vosotras será de Dios, todo producido por la gracia, todo de consiguiente meritorio, y digno de la gloria á que caminais de avanzada sin encontrar obstáculo insuperable. Consideremos si no á una monja tan obediente como debe serlo por su profesion, y veremos, que con la santa obediencia es una misma cosa con Jesus, la personificacion de las virtu-

des evangélicas, una copia fiel de la que escogió para sí el celestial Esposo, un retrato de las Escolásticas, Claras y Teresas, tan entregadas en la voluntad de sus superiores, que ni aun respirar querian sin su licencia. Aunque en el fervor de su oracion llegue á ver el rostro de Dios rodeado de la gloria del Tabor, si oye la voz de la obediencia á ella atiende, deja la mansion de las delicias, no da lugar á que se le diga como san Pedro, que no sabe lo que piensa. La monja que se propone imitar á Jesucristo en su obediencia no cesa de decir á su Dios, como su divino Maestro:—«Señor: que no se haga mi voluntad, sino la vuestra.» Ella, afanosa por obrar en todo segun el Espíritu Santo que la inspira, desea saber la divina voluntad para cumplirla, anhela por unirse resignada en los infalibles y adorables decretos del Señor, y cerciorada de que en la obediencia se encuentra á Dios, cierra los ojo, sacrifica su entendimiento y su voluntad, arruina y destruye de raiz el amor propio, y no vacila, no duda, no inquiere ni pregunta, obra segun lo ordena la obediencia, y ved aquí á una religiosa descargada de sí misma, puesta en las manos de su Dios, y en última disposicion para ser trasladada á los coros de los ángeles y cantar con ellos eternas alabanzas al Señor. La monja obediente es feliz aun en este valle de miserias, de prueba y de pelea, porque la obediencia es un canal fértil de bienes espirituales que lleva consigo la libertad del espíritu, la paz interior, la piedad, la alegría del corazon, la seguridad de la conciencia y la posesion de todos los bienes que gozan los bienaventurados en el cielo, puesto que con ella se posee el sumo bien, que es Dios. ¿Qué importa que la prelada sea desabrida, mal-

humorada, indispliccnte, seca, indiscreta, de poco talento, y si se quiere declarada enemiga, si la religiosa ve con los ojos de la fe que Dios se vale de ella para probar su amor y su felicidad, y declararla digna de sus complacencias, ó de su desagrado? Si no hay sacrificio sin víctima, ¿en qué consistiria el de la obediencia, si en ella no se consumiese la propia voluntad con el fuego del amor divino, que hace dulces las contradicciones, suaves las repugnancias geniales, y delicioso el ejercicio de las virtudes por penoso que él parezca? No hay víctima mas agradable á Dios que la que se le sacrifica con la obediencia monástica, segun la Escritura Santa y la doctrina constante de los santos Padres. Sin ella no se conoce en la religion verdadera virtud. Suponed voluntad propia en los actos mas edificantes, y yo os diré, que no son virtuosos, meritorios, ni del agrado de Dios. ¿Qué cosa mas santa que el ayuno? Pues Dios lo prohibió á su pueblo, porque lo practicaba segun su capricho, como lo dice Isaías (1). ¿Qué cosa mas sabrosa que el maná? Pero si no se recogia segun la ley, se convertia en gusanos. ¿Hay entre las religiosas ejercicio mas laudable que el de la oracion? ¿No es edificante el de la mortificacion y penitencia, y angélico el de cantar alabanzas al Señor? Pues sin embargo, si en estas cosas se introduce el amor propio, y reina en ellas el espíritu de singularidad, Dios las aborrece, las reprueba y las desecha, como al ostentoso Fariseo que se menciona en el Evangelio. Nada de voluntad propia, y todo está compuesto y arre-

(1). Isai., c. 58.

glado, señoras respetables. Nada de voluntad propia, y todo se asegura, todo se sostiene y fortifica. La obediencia os escusa la molestia de avariguar á cada paso cuál es la voluntad de Dios; os libra de las ansiedades que siempre acompañan á nuestras determinaciones; previene los engaños que pudieran seduciros; os descarga, en una palabra de vosotras mismas, y os quedais total y absolutamente de Jesus. ¿Qué mayor dicha podeis tener aun en esta vida mortal? Al entrar en ese monasterio, ¿no os propusísteis seguir á Jesus, amar á Jesus, y ser una misma cosa con Jesus? ¿No sabeis que en esto consiste vuestra ventura, vuestra felicidad y vuestra gloria? Pues despojaos de vuestra propia voluntad, imitad á Jesucristo en su obediencia, y nada mas se necesita. Es esto de tanta importancia, que se me figura, que si estais impuestas en el arte de obedecer os salvais infaliblemente; pero que si no es así, os esponeis á perecer, y arriesgais vuestra salvacion. De aquí el deciros con mis padres san Benito y san Bernardo, que para que la obediencia sea perfecta debe tener tres grados.

Son: la *ejecucion de lo que se manda*, la *conformidad de la propia voluntad con la del superior*, y la *sujecion del propio entendimiento al parecer y juicio del que tiene autoridad para mandar*. Cuidado con esto, señoras, cuidado; porque en ello va vuestra salvacion eterna. La *ejecucion* consiste en hacer lo que se manda con prontitud, velocidad y presteza; sin dilacion, sin replicar, murmurar ni dar lugar á discursos y cavilaciones; porque el obediente, fiel y verdadero no sabe detenerse, no conoce el *luego*, el *despues*, ó *mañana*: sus ojos, sus oidos, su boca, sus pies, sus potencias y sentidos estan de centinela para atisvar y

ver el gusto y voluntad del superior, y es tan diligente en la ejecucion del precepto, del mandato, del consejo y aun de la mera insinuacion del que tiene dominio en su voluntad, que pudiera decirse que gana por la mano al que manda, y que la obra acompaña al mandamiento de ella. Esta puntualidad de la obediencia la encarecen los santos patriarcas de los institutos monásticos diciendo: que al oir su voz debe dejarse todo aunque quede imperfecto, y obedecer sin tardanza, porque esto agrada mucho á Dios, como lo ha manifestado con milagros repetidos. Estando un religioso escribiendo una carta lo llamó la obediencia, y por cumplir con ella dejó una letra comenzada; pero al volver la halló concluida con tinta de oro. Estando otro dulcemente entretenido con el Niño Jesus que se le habia aparecido, fue avisado por la obediencia, y lo dejó al momento: pero á la vuelta halló al Niño en figura de un hermosísimo y celestial mancebo, el que risueño, alegre y satisfecho le dijo muy complacido: «Todo esto he crecido en tu alma por la puntualidad de la obediencia.» Sea así la vuestra, y contad con que ya estais en el primer grado de su perfeccion, si aspirais á tener el segundo y el tercero, que son como el espíritu, el alma y la vida de la obediencia monástica.

El segundo grado de la perfecta obediencia consiste en que el súbdito conforme su voluntad con la del superior, de manera que el querer y el no querer del primero sea uno mismo con el del segundo; en que no haya en aquel otra voluntad que la de su prelado; en que en todo y por todo esté rendido á la voluntad agena, y tenga mas gusto y placer en las cosas penales, adversas y repugnantes á su

genio, que en las agradables y prósperas; porque en aquellas es en donde se asegura el mérito y se ejercita la virtud. Es un engaño manifiesto, dice el padre san Bernardo, procurar y desear que el prelado nos mande á nuestro gusto, y nos ocupe en lo que es de nuestro agrado, ó en lo que nos honra y acomoda; porque así parece que el superior es el que obedece, y el súbdito el que manda. Esta clase de obedientes, dice el mismo santo, son como el ciego del Evangelio, á quien dijo Jesucristo: ¿*Quid tibi vis faciam*? ¿Qué quieres que te haga? ¿En qué quieres que te ocupe? Muy poco medrará en la virtud y perfeccion el religioso ó religiosa que obedezcan de este modo. Lo que importa, conviene é interesa es el imitar el rendimiento que tuvo san Pablo cuando en su conversion dijo al Dios que lo llamó en su misericordia: ¿*Domine quid me vis facere*? Señor, ¿qué quereis que yo haga? Mandad, que yo aquí estoy rendido á vuestros pies decidido á seguir en todo vuestra santísima voluntad. Este modo de obedecer es una señal segura de que la conversion es verdadera, y Dios quiera que se halle en cuantas prestais atencion á mis palabras.

La última perfeccion de la obediencia consiste en cautivar el entendimiento, en rendir el juicio y sujetar el propio parecer al del prelado. Esta es la mayor dificultad de la obediencia, y en ella está el gran mérito del obediente. Los santos la llaman *ciega*, no porque se obre á ciegas en lo que se manda, sin reparar en si es pecado ó no, sino porque en no habiéndolo cierto y seguro, obedece el súbdito con grande prontitud, sin inquirir ni examinar las causas, motivos y razones que tiene el superior para mandar. Mi padre san Bernardo dice, que para que la obediencia

sea perfecta debe ser, principalmente en los principiantes, no solo *ciega*, sino aun *indiscreta*. No porque lo sea en realidad, sino porque para alcanzar este perfecto grado de obediencia, y rendir su entendimiento y su juicio al contrario del prelado, es necesario que el súbdito se haga tonto, que no discurra, que se tenga por ignorante y por necio, porque este es el primor de la sabiduría, segun el apóstol que decia: «*Nos stulti propter Christum*: Nosotros nos allanamos á pasar por necios y estúpidos, por dar gusto á Jesucristo.» Con esta indiscrecion sábia y prudente se obra mas por la fe que por el propio parecer; mas con el espíritu celestial de la religion, que por el del hombre carnal y terreno. Este grado perfectísimo de obediencia se vió sensiblemente en san Pablo, que teniendo los ojos abiertos nada veia, que teniendo movimiento no se movia, sino que se dejaba llevar por donde quisieron sus compañeros. Así vosotras las que habeis profesado la obediencia monástica. Debeis tener ojos, y no ver cuando os habla Dios: debeis tener entendimiento, y no discurrir, no juzgar conforme á lo que se siente, sino dejarse gobernar y dirigir por mano agena. Esta sí que es obediencia heróica y valiente. No hay que estrañar que un solo acto de ella agrade mas á Dios que el emplearse por diez años en los mas santos ejercicios, y que tenga mas valor en su presencia que todas las virtudes morales juntas, si no las eleva la obediencia, como lo dice claramente san Agustin: *Una obedientia plus valet, quam omnes virtutes.*

Baste lo dicho para vuestra instruccion en una materia tan esencial é interesante para las personas del claustro. Yo os encargo y suplico que pongais vuestro mayor

estudio en el cumplimiento de la santa obediencia que habeis profesado, y que para esto tengais presentes estas palabras del apóstol: «Obedeced á vuestros superiores y estadle sumisas.» *Obedite prepositis vestris, et subjacete eis.* No os fieis en que siendo buenas las obras y santos los ejercicios ya os podeis entregar á ellos sin parecer ageno, porque en donde toma parte el amor propio hay gran peligro. Acordaos de lo que se cuenta de unos santos anacoretas, que estando conferenciando sobre la propia voluntad, dijo uno de ellos: *Si llegarais á ver á uno que por su propia voluntad se sube al cielo, tiradle de los pies y derribadlo en tierra, porque de esta manera no es posible subir á la gloria.* No hay mas que encarecer lo poco que de la propia voluntad hay que fiarse. Renunciad á ella como á los bienes temporales; entregaos en los brazos de la santa obediencia que habeis profesado, y estad seguras de que conduciéndoos segun la regla y leyes monásticas que os dirigen, vivireis en vuestro retiro libres de los asaltos del mundo y de las peligrosas astucias del amor propio, enemigo del espíritu de religion que debe ser vuestra alma y vuestra vida. Obedeced á vuestros superiores, como os lo encarga el apóstol, estadles sumisas, y no os temais á vosotras mismas, porque vestidas con los atavíos de la santa obediencia, nada propio encontrará el enemigo en vuestras almas; todo en ellas será de Dios, todas desareis tener la dicha de imitar á Jesucristo, que por haber sido obediente hasta la muerte, está ahora á la diestra de Dios Padre en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

PIATICA IV.

SOBRE LA CASTIDAD MONÁSTICA.

Es la virtud que mas nos acerca á Dios, y se conserva con los ejercicios monásticos pensando siempre en las cosas del Señor para ser santos en el cuerpo y el alma.

Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.
La que es virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma.
1. Corinth., c. 7, v. 34.

HIJAS DEL HONOR Y DE LA HONESTIDAD:

El cielo se interesa en favor vuestro: quiere hablaros el lenguaje de la gracia: vosotras debeis escuchar su voz para llenar de virtudes vuestras almas. El os dice que con el voto de la *Pobreza monástica* quedais libres de los asaltos del mundo, y os haceis semejantes á Jesucristo que nació, vivió y murió pobre por enseñarnos y servirnos de

ejemplo: que con el de la *obediencia* os poneis á cubierto de las sutilezas, artificios y malignidad del amor propio quedándoos sin mas voluntad que la de Dios en que se asegura vuestra salvacion; y que con el de la *castidad* os haceis ángeles, y sois la joya mas preciosa de la Iglesia inmaculada, su mejor adorno, su mayor delicia, y todo su honor y gloria. ¿Pudiérais desear ni apetecer mas en este valle de lágrimas y miserias? Aseguradas de los peligros del siglo y de vosotras mismas: elevadas á la incomprensible dignidad de esposas de vuestro Jesus adorado, y destinadas á vivir en pureza angelical, como los domésticos y comensales de la casa del Dios que hace vírgenes con sus miradas: ¿no deberemos teneros por dichosas, por felices y bienaventuradas, aun en esta vida mortal? Nada mas justo, nada mas racional y nada mas conforme con las doctrinas y máximas de nuestra santa y adorable religion. Os respetamos, como á los ángeles de la especie humana rociadas con la sangre virginal del cordero inmaculado, como á las heroinas escogidas para humillar y vencer al dragon infernal que ruge por devorarnos, como á las valientes defensoras de la cruz de su imperio eterno, como á las flores aromáticas del huerto del celestial Esposo, y como á las que mas embellecen y hermosean el campo de la Iglesia santa. Amais la castidad virginal: os habeis desposado con Jesucristo cuando en vuestra profesion le prometísteis no admitir otro dueño de vuestro corazon, de vuestra alma y de vuestro cuerpo: teneis muy presente las palabras que salieron de los labios del apóstol cuando dijo que *la que es vírgen siempre pienso en las cosas del Señor para ser santa de cuerpo y alma*: teneis vuestra mente ocupada en lo ce-

lestial y divino que os arrastra hácia el cielo, y esto es tan evangélico, tan sublime y elevado, que no puede dejar de obligar á las almas justas á teneros veneracion y respeto, consideraciones especiales, miramientos dignos de vuestra posicion enteramente sagrada y divina. Verdad es que para comprender, esplicar y hacer percibir estas cosas es necesario dejar la tierra, huir de la carne, trasportarnos al monte de la perfeccion evangélica en donde Dios habla á los suyos, y sacar de allí lo que sacaron los santos Patriarcas de las órdenes monásticas; una idea clara de lo que es, de lo que puede y vale la *castidad* en que habeis determinado vivir, inspiradas por el cielo: pero ¿no deberán estar familiarizados con estas contemplaciones, los profesores de los consejos evangélicos, y los que son llamados á tratar santamente las cosas santas? Hay ni puede haber álgo que se resista á la gracia que Dios concede á los humildes? Yo cuento con ella para hablaros de la *castidad* comprendida en el tercer voto de vuestra profesion monástica. os suplico que unais vuestros ruegos á los mios para que Dios me inspire y á vosotras os mueva. Confiado en la divina piedad reclamo vuestra atencion para que oigais con docilidad, no mi débil voz sino la de Dios, la de la maestra de la verdad, su Iglesia santa; la de los santos Padres, y la de cuantos estan autorizados para instruiros, doctrinaros, y dirigiros á la gloria que esperais. No saldré de estos depósitos del acierto en cuanto os diga para fortificaros en la resolucion de ser castas, puras y santas esposas del Salvador de vuestras almas, del Dios á quien adorais y servis en espíritu y en verdad; del Rey de los reyes y Señor de los que dominan.

No hay cosa que nos acerque y lleve á Dios con mas eficacia y dulzura que la *castidad*: ni hay acá en la tierra un retrato tan propio del cielo, como una familia ó comunidad de almas, que vestidas de carne, viven tan puras como si fueran ángeles. Así lo dice el P. san Bernardo, añadiendo, que Dios tiene tanto gusto en ver y ser visto de los castos, que cuando vino al mundo no quiso nacer sino de una vírgen purísima, ni tener por padre sino al castísimo José: que en lugar de los ángeles puros que dejó en el cielo, se acompañó en la tierra de hombres parecidos á los espíritus angélicos en la castidad y pureza, como lo fueron los apóstoles; y que hallándose tan bien el divino Esposo con esta compañía de vírgenes y de castos, ha querido que en su Iglesia se junten muchas familias que abracen y profesen la pureza virginal. Estas familias son las órdenes monásticas compuestas de vírgenes, que viviendo en la carne, viven como si estuvieran libres de ella: sois vosotras, que guiadas por el espíritu de Dios os habeis propuesto vivir en la tierra con la pureza de los ángeles para mejor alabar, bendecir y glorificar al Dios de la santidad. Benditas seais, os puedo decir con el sumo sacerdote á la casta Judith, benditas seais, porque por haber amado la castidad, Dios os ha librado de todos vuestros enemigos y ha llenado de júbilo á su pueblo; porque siendo castas, sois todo lo que puede ser en este mundo una hija de la cruz formada en la escuela del Evangelio. Veamos si no lo que es la castidad segun los oráculos sagrados, y fácilmente nos convenceremos de que en ella se halla el complemento de la perfeccion evangélica.

La castidad, dicen á una voz los santos Padres, contiene, lleva y arrastra consigo todas las virtudes: espiritualiza y perfecciona á los que la aman; los dispone para ver cara á cara á su Dios, y es una virtud tan brillante y esplendorosa, tan repleta de amor divino y tan endiosada, si puede decirse así, que los que la poseen, buscan, anhelan y suspiran por el Esposo celestial con un ardor y vehemencia superior á todo lo que puede percibir el hombre del mas precoz ingenio, si la revelacion no lo dirige. Vosotras sabeis los puros y castos amores de la Esposa de los Cantares, y mas de una vez habeis admirado y procurado imitar el fervor con que suspiraba por el amado de su alma. ¡Qué ansia por lograr su posesion! ¡Con cuánta decision, decia, que lo cogería para no dejarlo mas! Sus pensamientos no eran otros que los de su Señor: Creia que eran los que ocupaban la mente de todos: por eso preguntaba por las calles y plazas de la ciudad á cuantos encontraba: «¿Habeis visto acaso al que busca mi alma?» Esta esposa, es la que os simboliza, religiosas santas: es vuestra figura; así lo da á entender el apóstol cuando dice. «La que es vírgen piensa en las cosas del Señor para ser santa de cuerpo y de alma.» *Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.* Sed vosotras así, una vez que habeis consagrado vuestro cuerpo al Señor con el voto solemne de *castidad*; ya que libres y desembarazadas de los pensamientos del mundo y de los cuidados de complacer á un esposo terreno teneis puesta vuestra solicitud en agradar á vuestro Esposo celestial, y en adornar vuestras almas con los atavíos de unas esposas dignas del Cordero vírgen, del escogido entre millares, del mas hermoso de los hijos de

los hombres, del que en belleza y hermosura no hay quien pueda asemejársele en la tierra, ni en los cielos. Porque ¿hay ni puede haber hermosura, gracia y gloria como la de Jesucristo, que es el resplandor de la gloria del Padre, y vivo retrato de su sustancia? ¿que sustenta y dirige todas las cosas con su poderosa palabra, y está sentado á la diestra de la Magestad en lo mas alto de los cielos, hecho tanto mas superior y escelente que los ángeles, cuanto que es mas aventajado el nombre que recibió por herencia, cómo lo dice san Pablo? ¿A quién sino á Jesucristo, dijo el Padre eterno «*Hijo mio eres tú, Yo te he engendrado hoy?*» y «*Yo seré Padre suyo, y él será mi Hijo*? Y otra vez al introducir á su primogénito en el mundo, dice: «*Adórenle los ángeles de Dios.*» ¿A qué angel se dijo jamás «*Siéntate á mi derecha, mientras que pongo á tus enemigos por tarima de tus pies*? Tal es vuestro amado, tal vuestro esposo, tal el querido de vuestras almas. Los que tienen conocimiento de sus perfecciones ponen en él todo su amor, todo su cariño, y todas sus delicias: á él dirigen como al centro de su felicidad y de su gloria venidera, todas las miradas y afectos de su abrasado corazon: no piensan mas que en las cosas del Señor para ser santas en el cuerpo y en el alma: viven y estan inquietas hasta no llegar á descansar en el gozo de su Dios, como lo dice san Agustin.

¿Sois vosotras del número de estas vírgenes prudentes y vigilantes por conservar el aceite de la caridad sostenedora de la pureza que reclama vuestro estado? Dios quiera que sí. En este caso, mi alma se complace con la consideracion de que estoy hablando con ángeles, de que me escuchan las hijas predilectas de la gracia, de que respiro

los aromas de todas las virtudes, porque ni una sola falta á la que es vírgen, ocupada en pensar siempre en las cosas de su Dios para ser santa en el cuerpo y en el alma. Pero sabeis que el precioso tesoro de la castidad lo teneis que llevar en vasos frágiles, y que para guardarlos del demonio y de la carne que hacen los mayores esfuerzos para robároslo no bastan las fuerzas naturales, sino que se necesita de la gracia que se ofreció al apóstol, y á cuantos la piden rectamente. Se os ha dicho mil veces que la castidad virginal es como la rosa entre las espinas; como la azucena regada con las aguas saludables de las virtudes; como el lirio de los campos hermoseado con la variedad y viveza de los colores que le sacan los méritos que se adquieren en el huerto del celestial Esposo, y todo esto indica lo mucho que hay que hacer para tener á raya á los enemigos de la pureza virginal, conservarla intacta y sin mancilla, y lograr que no se vea en vuestras almas cosa que pueda mancharlas, afearlas y hacerlas indignas de las caricias del Cordero vírgen que se desposó con vosotras en el dia de vuestra profesion monástica. El leon infernal como ladron hambriento rodea y sigue por todas partes á las vírgenes del Señor para robarlas la joya de su castidad, y ensuciarlas con las inmundicias de un vicio que ni aun nombrarse puede en este lugar santo. La carne rebelada contra el espíritu, en armas contra la razon, y siempre inquieta y agitada por llevarnos hácia lo prohibido, enciende y aviva la llama de la concupiscencia, se declara enemiga de la castidad, y ella sostiene con cruel tenacidad esa guerra inestinguible que hay que sostener en la lid del cristianismo, y que arrancaba *ayes* lastimeros al grande apóstol que

decia: «¿Quién me librará de la muerte de este cuerpo carnal y terreno? El me inclina hácia lo malo, me acocea, y no me deja ir tras la ley santa del Señor.» Si esto acontecia á un san Pablo, que elevado hasta el tercer cielo mereció oir arcanos que no puede hablar el hombre en esta vida: ¿qué no tendrá que sufrir la religiosa mas santa para conservarse pura y mantener ilesa é incontaminada la virtud de la castidad? Qué virtud podrá tener ociosa si ha de ser fiel á su divino Esposo, que no descansa sino en el tálamo florido de la honestidad virginal de las que le han ofrecido vivir puras y castas como los ángeles del cielo? ¡Ah! Yo no me cansaré en decir que la castidad lleva consigo todas las virtudes, y que con ella tiene la monja todo lo que necesita para ver al Dios que dijo: «*Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*»

Procurad vosotras la gracia que todo lo puede con el ejercicio de las virtudes, y no dudeis del triunfo. Para vencer al demonio, os dice el apóstol: «Revestios de toda la armadura de Dios, para que podais hacer frente á las asechanzas, ardides y malas artes del diablo.» Para libraros de la carne os encarga el mismo santo, que esteis á pie firme ceñidas con el cíngulo de la verdad, y armadas con la coraza de la justicia: que useis del broquel de la fe, y procureis parar con él los dardos encendidos que de continuo dispara la concupiscencia enemiga irreconciliable de la castidad con el dañado fin de haceros caer en la tentacion, y perderos. Escuchad atentas é imitad á vuestros santos Patriarcas, que para que permanezcais puras, limpias y castas os encargan la oracion humilde y el recurso á Dios, la meditacion de las llagas, pasion y muerte de nuestro Reden-

tor, el acudir al amparo y refugio de los atribulados, María Santísima, el vivir mortificadas, y el pensar siempre en las cosas del Señor; porque este es el medio de que debe valerse la que es vírgen, para ser santa en el cuerpo y en el alma. *Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.* Si lo haceis así, vivireis alegres y seguras entre los ardores de la concupiscencia; regocijadas sin temor á las pasiones; rodeadas del fuego libidinoso sin la menor lesion del cuerpo ni del alma, como los tres castos é inocentes niños que alababan, bendecian y glorificaban á Dios en el horno de Babilonia, y el mundo entero se asombrará al veros sacar la felicidad de los mismos peligros, purificar vuestro espíritu en los combates del demonio y de la carne, y haceros ángeles en medio de la hediondez y corrupcion de lo carnal y terreno que os detiene y aprisiona mientras dura vuestra peregrinacion en esta vida de lucha y de pelea con los enemigos de vuestra pureza virginal. Si pensais en las cosas de Dios con firme propósito de agradar á vuestro divino Esposo, y os dejais dirigir por la ley santa del Señor, sereis tan castas y puras como lo habeis prometido, y estareis tan libres del fuego de la sensualidad como los mismos ángeles; sereis invulnerables; no se acercará á vosotras el demonio meridiano herido de muerte con vuestra virtud y heróica resistencia, los ángeles del cielo os acompañarán en todos vuestros pasos para defenderos en todos los peligros, y con las arma de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad conseguireis la corona de la gloria que Dios ha prometido á los que vencen y triunfan bajo la invencible bandera de la cruz. Si en fin, lograis con la gracia de Dios reunir todas las virtudes que acompañan

y sostienen la castidad que habeis prometido á vuestro Dios, yo os aseguro con san Gerónimo que se os reserva una gloria muy singular y ventajosa en el cielo: porque en él vereis lo que para muchos está escondido: porque sereis del número de aquellos que vió el Evangelista cercar el trono de Dios con vestiduras blanqueadas con la sangre del Cordero: porque os equivocareis con los serafines: porque una voz magestuosa resonará en los tabernáculos de la Sion triunfante en loor vuestro, y porque vosotras solas podreis cantar un nuevo y melodioso cántico de honor y gloria al Amado de vuestras almas.

No olvideis jamás, que habeis entrado en ese retiro santo; á combatir, á pelear, á vencer y triunfar con la virtud de la cruz, y que es muy triste la situacion, y deplorable el estado de los infelices hijos de Eva, por privilegiados que ellos sean: que se encuentran mil veces, sin quererlo, circuidos y asaltados de tales enemigos, que solo el brazo del Omnipotente puede contenerlos y aquietar sus fuerzas; y que á cualquiera parte que se vuelvan los ojos no se ven si no precipicios y derrumbaderos. Entrad en cuentas con vosotras mismas, examinad vuestra conciencia, y os convencereis, de que se corre con facilidad á buscar la muerte preparada en el anzuelo que tiende el enemigo para coger la castidad y destruirla; de que el aliciente de los deleites y placeres sensuales lleva á las almas descuidadas al atolladero de la liviandad, de la molicie y del vicio abominable encargado de robar vírgenes santas al Señor, de que sin el ejercicio de todas las virtudes está muy espuesta vuestra castidad, porque si el enemigo advierte algun flanco, se aprovechará de él para introducir

la tibieza, haceros con ella flojas y descuidadas, y ganaros en actividad y diligencia, y venceros. En este caso, perdereis la castidad, no entrareis en el reino de los cielos, no vereis á Dios, se os tratará como á esposas divorciadas por Jesus, y vuestra suerte será la de las que no son fieles á sus votos, engañan á Dios, y se burlan de sus promesas. Si aflojais en las observancias religiosas, y comenzais á ser infieles á vuestro celestial Esposo aun en lo mas mínimo, se apoderará de vosotras el disgusto, decaerá el primer fervor, dejareis de pensar ardorosamente en las cosas del Señor, y Ay de la vírgen fátua que no viva prevenida, porque no se le abrirán las puertas del reino de los cielos. Si no, os purificais, y arrancais de raiz las pasiones de vuestro corazon con las pinzas de todas las virtudes, un ángel con la espada desnuda os llenará de asombro en vuestro retiro, y os dirá como á Moisés, que no vereis las dulzuras de Canaán, los consuelos que perciben las almas justas en sus combates con el demonio y con la carne. Si desobedeceis los preceptos monásticos, sereis arrojadas como Adan de ese paraiso de delicias, ó tal vez caereis en las garras de un rabioso leon, como el Profeta enviado á Geroboan. Si faltais en algo á lo prometido y aceptado, vuestro Esposo se irá apartando poco á poco de vosotros, la nube conductora desaparecerá de vuestra presencia, y el maná no caerá con tanta abundancia: la oracion que debe ser un comercio de amor, no será mas que una violencia y un martirio, sereis molestas á vosotras mismas, mirareis con algun gusto las lisongeras alegrías del siglo, vivircis agitadas con un flujo y reflujo de disparatados pensamientos, se equivocará vuestro corazon con el del impío, que es semejante á un

mar embravecido, segun el oráculo sagrado, y en el lugar de refugio hallareis todas las amarguras que el mundo hace beber á sus secuaces. ¡Qué lástima! ¡Qué horror y qué lamentable situacion la de los que concebidos en pecado no pueden vivir descuidados ni un momento, sin esponer sus almas á una perdicion funesta!

Por Dios, religiosas entregadas á Jesus: por Dios os pido que vivais alerta, y no os dejeis sorprender de los enemigos de vuestra castidad. Os he manifestado que con ella sois lo mas interesante de la Iglesia santa: que sereis acariciadas de vuestro Dios, protegidas por la Reina de las vírgenes, y acompañadas por los ángeles del cielo en todos vuestros pasos, y os he indicado los medios de que debeis valeros para conservaros castas y puras, venciendo á los enemigos de vuestras almas. No he hecho mas que repetir lo que sobre este particular han dejado encargado los apóstoles y santos Padres á los profesores de los consejos evangélicos. No he querido fiarme de mí mismo: os he hablado el lenguaje de la religion: á vosotras toca apreciarlo en lo que se merece, para no apartaros un ápice de la ley inmaculada, reducida á que penseis siempre en las cosas del Señor, para ser siempre santas en el cuerpo y en el alma, como lo encarga el apóstol á las vírgenes del claustro. Tambien os he indicado los peligros que os rodean, y los escollos en que puede naufragar vuestra castidad, para que huyais de ellos, y los eviteis con la práctica de todas las virtudes. No desprecies estos avisos: son de Dios que os quiere para sí, y ellos deben estimularos para uniros á Jesucristo *pobre*, *obediente* y *purísimo*, como lo habeis prometido el dia que profesásteis. Pensad en las cosas del Se-

ñor para ser santas, y crecerá vuestra Fe, se aumentara vuestra Esperanza, y se encenderá vuestra Caridad de manera que Dios, sea una misma cosa con vosotras, y vosotras una misma cosa con Dios que es á lo que aspiran las vírgenes consagradas á Dios por los votos monásticos de la Pobreza, de la Obediencia y de la Castidad. Sed lo que han sido las santas religiosas que os han precedido y edificado con la observancia de los preceptos monásticos. Vigilad y orad para no caer en la tentacion, y anímeos la gloria que Jesucristo prepara á sus esposas en el cielo, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

A. M.

PLATICA V.

SOBRE LA MORTIFICACION Y PENITENCIA.

Es tan necesaria la virtud de la mortificacion para la perfecta observancia de los votos monásticos, que sin ella es dificultosísimo y aun imposible el guardarlos.

Propter te mortificamur tota die.
Por ti nos entregamos á la mortificacion cada dia.
Ps. 43, v. 22.

Sabeis muy bien, religiosas venerables, que los votos de la *Pobreza*, de la *Obediencia* y de la *Castidad* constituyen el estado monástico que habeis abrazado, inspiradas y dirigidas por el Espíritu Santo que habita en las almas de los justos, y que cumpliendo fielmente los compromisos que libre y voluntariamente habeis contraido con vuestro Jesus divino, será vuestro el reino de los cielos, vereis á Dios cara á cara, entrareis en el gozo eterno del Señor, y sereis felices por perpetuas eternidades. Se os han dado sobre estos particulares las instrucciones competentes; esta es vuestra materia; debeis estar impuestas en ella, cami-

nar por sendas conocidas, y no perder la recta que conduce á la perfeccion evangélica, objeto de vuestras ansias y deseos en esta vida. Ya parece que no queda que deciros, que basta recordaros lo que se os ha dicho, estimularos á la práctica de las virtudes, y dejaros seguir por donde vais. Pero no es así: aun hay mucho que decir; faltan muchas cosas que tratar; el arte de la salvacion es difícil en la práctica, y su estudio pide mucha aplicacion. Yo mismo os he hablado de los votos que hicísteis en vuestra profesion, y he tenido un placer en consideraros íntimamente unidas con ellos al amado de vuestras almas; pero aun necesito hablaros mas. Hoy vengo resuelto á manifestaros, que la virtud de la mortificacion es tan necesaria para la observancia de vuestros votos, que sin ella ni aun imaginarse puede que se guarden y cumplan debidamente. Hemos tratado y sabemos lo que son los votos que constituyen el estado religioso: ahora vamos á tratar de los medios de que debemos valernos para cumplirlos, segun la voluntad divina. El primero es el de la mortificacion y penitencia, y él será el que ocupe vuestra atencion en este dia. Escuchadme, siendo dóciles á las inspiraciones del cielo, y confiad en el Dios que os habla por sus ministros para el bien de vuestras almas.

Los fundadores de las religiones monásticas al establecer sus leyes, formar sus reglas y disponer los ejercicios mas propios y conducentes á la observancia de los votos hallaron, que no podian los profesores de los consejos evangélicos dar un paso, sin fijarlo en la mortificacion y penitencia. Observad si no el plan de vida que os trazan vuestras constituciones, y vereis que tan á penas hay cosa que

no sea penal para la carne. La oracion, las vigilias, los ayunos, la clausura, el silencio, la disciplina, y hasta el mismo cumplimiento de los votos ¿son otra cosa que mortificacion y penitencia? El privarse de las riquezas y bienes del mundo, y el sujetarse á la voluntad agena, y el renunciar al gusto de los apetitos ¿no es mortificarse, y vivir en los brazos de la cruz? Así lo han pensado los santos, que familiarizados con los rigores de la penitencia no dejaron pasar un solo dia sin castigar su cuerpo para reducirlo á servidumbre, y no ser contados en el número de lo réprobos. Ellos sabian esperimentalmente que la mortificacion es un freno que contiene á las pasiones, que debilita á los enemigos de nuestras almas, que nos da nuevas fuerzas para combatirlos y vencerlos, y que á su lado mete poco ruido la concupiscencia, y hacen menos daño las exigencias inmoderadas de la carne. Llegaron á comprender que la penitencia es el vallado que defiende la viña del alma de las bestias, y de los pasageros, que es la zarza, entre cuyas espinas se conserva la flor de la inocencia, y que sin su auxilio no puede subsistir la castidad. Tuvieron por un desacierto, por un error y por una estravagancia lamentable, el arrancar esta estacada que sirve de estorbo á los pasageros para que no pisen la sementera del buen grano que echó el Padre celestial en nuestras almas con su celestial doctrina, y por temerario el abrir á todo género de animales una viña, cuyos sarmientos tiernos todavía, pueden ser destrozados lastimosamente, defraudando de este modo los deseos y esperanzas del que la plantó. De aquí sus ayunos, sus abstinencias, sus disciplinas, y sus mortificaciones. Toda su vida se consideraron pecadores, y en toda ella qui-

sieron ser penitentes; siempre tuvieron por necesaria la mortificacion, la sobriedad y la templanza: jamás concedieron un paréntesis de indulgencias á los rigores de su austeridad para poder decir á Dios con el Salmista: «Señor: por ti nos entregamos cada dia á la mortificacion.» *Propter te mortificamur tota die.*

Estos son vuestros modelos. ¿No reconoceis en ellos á vuestros santos patriarcas y fundadores de la religion esclarecida que os admitió en su seno, para trasportaros en la barquilla de la penitencia al otro lado de los tiempos en que os espera una eternidad inmensa? Pues ellos son: mirad como hambrientos de mortificaciones é hidrópicos de penitencia guardaron con exactitud los votos monásticos, merecieron que la Iglesia los declarase dignos de ser venerados con culto público y solemne, os los propusiese como ejemplar de vuestra conducta, y os sirviesen de Rafaeles generosos en el viaje de esta vida mortal llena de escollos y peligros. En imitarlos y seguirlos consiste vuestra felicidad. Circunvalad vuestras almas con el vallado de la mortificacion y penitencia; reprimid vuestras pasiones y sujetad vuestros sentidos; reducid vuestro cuerpo á servidumbre; poned todos los pensamientos en Dios, y una vez que estais muertas al mundo y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios, fijad vuestra consideracion en vuestro Esposo. El se retiró, llevado por el Espíritu Santo, á un desierto, en donde con continua oracion ayunó cuarenta dias sin probar bocado: y un Dios en la soledad, un Dios en oracion incesante, un Dios mortificando una carne hipostáticamente unida á su divinidad, es por cierto un espectáculo sublime para cuantos tienen á Jesus por regla y

ejemplar de sus operaciones. Quiso sentir hambre y sed el que con su Providencia inagotable en recursos alimenta á los peces de los mares, á las aves y pajarillos que vuelan por los aires, á todos los hombres y á los ángeles que cantan su gloria en las alturas. ¿Y no se os ha dicho mil veces que uno de los fines de nuestro Redentor en su retiro, ayuno y oracion, fue el enseñarnos á pelear y vencer con tales armas al enemigo de vuestras almas? Si el Señor permitió que el príncipe de las tinieblas le hiciera atrevida guerra de tentaciones, ¿no fue para debilitarlo con la victoria, quebrantar su ardimiento y poderío, alcanzarnos con el mérito de su triunfo mayores fuerzas para combatir, y enseñarnos á descubrir la fraudulenta y mañosa sagacidad del diablo, y el modo de vencerlo y relegarlo avergonzado á los abismos? Pues aprovechaos de estas lecciones prácticas de mortificacion y penitencia; como tanto os lo encargan los santos y santas del instituto religioso á que perteneceis, y no dudeis de que de este modo podreis asegurar la observancia de los votos monásticos con que os habeis consagrado á vuestro Dios. Nuestro divino Redentor quiso tomar sobre sí todos los padecimientos que pueden afligir al hombre sobre la tierra, con el fin de que nada padezcamos nosotres sin que Él no lo hubiese padecido antes por nuestro amor. Nuestro Jesus adorado, como caudillo de nuestra salvacion, va delante de nosotros abriéndonos paso por el sendero de las tribulaciones; quiso ser acometido de los mismos enemigos que nos persiguen y y asaltan con obstinado furor. Sufrió todos nuestros combates en su retiro: tuvo todas nuestras privaciones en el desierto. Si nos angustia el hambre, con ella luchó Jesu-

cristo en su retiro: si nos faltan comodidades, á Jesus todo faltó en la soledad, no tuvo casa, no tuvo lumbre, no tuvo alimento, agua ni socorro alguno. Si nuestro espíritu se ve envuelto en pertinaces guerras de tentaciones, bien sabeis las que venció vuestro divino Esposo, aunque no tenia necesidad de ser probado, y no ignorais que todo lo toleró por enseñarnos y animarnos á pelear y vencer con las armas de la mortificacion y penitencia. Nosotros sí que tenemos que ser probados para ser coronados: para nosotros sí que es el triunfo un requisito indispensable para entrar en posesion de la gloria. ¿Y hay triunfo sin batalla? ¿Hay mérito sin el ejercicio de las virtudes? ¿Hay una sola virtud moral á quien no ayude y sea de mucho provecho la mortificacion? Esto es lo que yo quisiera haceros comprender en este dia para vuestra santificacion.

¿Qué virtud mas escelente y poderosa que la oracion, á que llaman *Omnipotente* los santos Padres? Pues, sin embargo, los mismos nos dicen, que si no va acompañada de la mortificacion, será de poco ó ningun provecho. Muy engañado vive, dice mi padre san Bernardo, el que sin grandes penas y trabajos, sin un continuo cuidado y diligencia, piensa que ha de vencer sus vicios y pasiones, y ser dueño de todas las virtudes. Este es un error perjudicialísimo en todos los cristianos, pero muy particularmente en las personas religiosas que se han refugiado en la soledad del claustro para imitar en ella y seguir paso á paso á Jesucristo penitente, mortificado y hecho el rigor de las desdichas por salvarnos y enseñarnos. Cuando una monja pide á Dios que la libre de caer en las tentaciones de impureza, sin cuidar de mortificar la carne con las asperezas

del ayuno, del silicio y de la disciplina... sin rendirse á la voluntad agena, y sin rociar sus súplicas con la sangre del divino Cordero, ¿qué puede adelantar ni conseguir? «Nuestros ruegos, dice un varon de Dios, deben ir acompañados de la penitencia, afligiéndonos delante del Señor con varios géneros de mortificaciones para moverlo á compasion de nuestras miserias.» El ángel del Señor dijo á Tobías: «Desde que resolviste en tu corazon mortificarte en la presencia de tu Dios, fueron escuchadas tus oraciones.» El gran secreto de la vida espiritual consiste en entender la fuerza que tiene la oracion acompañada de la mortificacion. «Buena es la oracion acompañada del ayuno, añadió san Rafael.» Cuando tú orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y te levantabas de la mesa á medio comer, y escondias de dia los cadáveres en tu casa para enterrarlos de noche, yo presentaba tus oraciones al Señor.

Es de tanta fuerza y eficacia la oracion junta con el ayuno y la mortificacion de la carne, que alcanza de Dios, no solo la gracia de refrenar las pasiones y de amortiguar los estímulos de la concupiscencia, sino que tambien se logra con ella el espeler los demonios de los cuerpos de los energúmenos, como lo dijo Jesucristo á sus apóstoles, queriendo darles á entender, que para sujetar á los espíritus infernales, enemigos declarados de los hombres, es menester valerse, no solo de la oracion, sino tambien de las mortificaciones y penitencias comprendidas en la palabra *ayuno*, segun los espositores sagrados. Por eso el apóstol san Pablo, adiestrado en el manejo de estas armas espirituales, decia á los colosenses: «Haced morir los miembros del hombre terreno que existe en vosotros:» y á los de Co-

rinto: «Yo castigo mi cuerpo y lo reduzco á la servidumbre del espíritu, no sea que predicando á los demás venga yo á ser reprobado.» Sabia muy bien el santo apóstol que los cuidados y desvelos por conservar la castidad, y los demás votos monásticos, son inútiles cuando no ponemos un dique á las pasiones desordenadas; cuando no hacemos frente al enemigo que nos declara la guerra dentro de nosotros mismos; cuando no crucificamos lo que nos da mas pena, que es la carne con los insultos que dirige al espíritu, á la razon, á la religion, á la virtud y á Dios. Por eso nos dice que todos los que han de vivir del espíritu de Jesucristo y pertenecer á su escuela deben tener crucificada su propia carne con todos los vicios y pasiones que dimanan de ellas: *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.* El mismo Jesucristo dice: que el que no toma la cruz de sus padecimientos y mortificaciones, y no le sigue hasta la muerte, apurando hasta las heces del cáliz amargo de su pasion, no es digno de su amor y de su gracia. Tambien dice el divino Maestro: que «el reino de los cielos se adquiere con violencia» y que solamente los que se hacen fuerza mortificando sus carnes y domando las pasiones, son los que lo arrebatan:» y que «el que ama su alma, regalándose y cuidándose demasiado, la perderá; pero que el que la aborrezca, entregándose á los ejercicios de la penitencia, la encontrará en el cielo caminando hácia él á pasos de gigante por la senda de las mortificaciones y trabajos de la Cruz. ¿Quereis ver todavía despues de esto mejor establecida la necesidad de la mortificacion y penitencia, que viene á ser lo mismo que la vida del cristiano, segun los ascéticos? No es ne-

cesario: porque no hay cosa que entre vosotras no respire penitencia: á practicarla habeis entrado en esos claustros, y su ejercicio es vuestro oficio.

Sea así, religiosas santas; trabajad en traer mortificados los sentidos, negándoles hasta las cosas lícitas para acostumbrarlos á no desmandarse, ni á obrar sin licencia de la razon ilustrada con las luces de la fe. Obligad á la memoria á que se ocupe en buenos pensamientos, y al entendimiento y voluntad, á estar siempre rendidos al parecer y voluntad agena. Entre los instrumentos del bien obrar pone en su regla el gran padre san Benito: el de *Negarse á sí mismo por seguir á Jesucristo*, el de *castigar el cuerpo*, el de *no darse al regalo*, y el de *amar el ayuno*. Tenedlos presentes, usad de ellos, y vosotras vereis lo bueno que es el tener los sentidos mortificados y rendidos al ardiente amor de vuestro Dios. No hay instituto monástico en que no se prescriban leyes, órdenes, mandatos y consejos de mortificacion y penitencia. La misma palabra *monja* significa la muger dedicada á la soledad, al dolor y á la tristeza: su oficio, segun san Gerónimo, no es el de enseñar, sino el de llorar, el de gemir y supirar por la posesion del divino Esposo. Entended pues, con el apóstol, que sois como las ovejas destinadas al matadero, y añadid alguna cosa á las penalidades ordinarias, con bendicion de los superiores, prelados y confesores. No os contenteis con que ayune la gula absteniéndoos de los manjares; procurad mas bien que ayune la lengua de palabras inútiles y ociosas, los ojos de vistas escusadas, los oidos de oir murmuraciones, las manos de las obras malas, y así los otros miembros y sentidos. Sobre todo, haced que ayune el alma misma, no

haciendo su propia voluntad, sino la agena. Obrando de este modo, asegurareis el tesoro de bienes que vino á vuestras almas con la profesion de los votos monásticos, y como del número de las vírgenes prudentes y vigilantes hallareis abierta la puerta del reino de las delicias inefables y de los gozos eternos; y entrando en él sereis una misma cosa con vuestro Dios.

Aquí deberia concluir: pero me interesa sobremanera el aprovechamiento de vuestras almas, y aunque sea á costa de pasar por molesto, y aun por impertinente, no quiero dejar pasar esta ocasion sin deciros, que si hay entre vosotras alguna que, con capa de humildad, quiera escusarse de las mortificaciones y penalidades que ve hacer á las otras, diciendo, que confiesa su flaqueza, que alaba á las que se mortifican, pero que no puede ejecutar lo que ejecutan, si Dios no la ayuda con mucha gracia, y que esta no la merece por sus culpas y pecados... Si alguna monja tibia pretendiese escusarse de esta manera, debeis sacarla del engaño dándole á entender, que todo cuanto alega no es mas que flojedad y pereza conocida: que en sus asertos no hay mas que una humildad falsa y fingida, y muy poco conocimiento de la gracia con que Dios nos ayuda; pues que siempre se nos da gratuitamente, y jamás en pago de nuestras propias obras. Decid á la que huya de la mortificacion y penitencia, que se avergüence de ser miembro de un cuerpo santo, y de pertenecer á una cabeza coronada de espinas, y cercada de penas y dolores: que por mas que haga por escapar del azote, de las penas, dolores y trabajos que merecen sus culpas, no hará mas que conmutarlos en otros infinitamente mayores;

y que es una locura sacrílega en una monja el esponerse á padecer, á la fuerza, dolores inmensos en la otra vida, por no padecer voluntariamente un poco en este valle de lágrimas y miserias. En fin asegurad y decid á cuantas os acompañan y rodean, que si quieren ser penitentes, no den á la penitencia nueva materia, cometiendo nuevos pecados; pues que, como lo dice mi P. san Bernardo, mejor se podrá llamar burlador de la penitencia, que verdadero penitente el que, aun cuando la haga, la hace pecando. No olvideis esta sentencia del doctor melífluo para dirigir vuestras penitencias segun el don de ciencia que concede el Espíritu Santo á las almas justas, y confiad en Dios. Rodead vuestro cuerpo, vuestra alma, vuestras potencias y sentidos con la cota de malla de la mortificacion y penitencia, y contad con que así os haréis tan inespugnables como la torre de David, tan invulnerables como los niños del horno de Babilonia, tan valientes como Judit en medio del ejército de los asirios, mandado por el blasfemo y brutal Holofernes, tan aceptas á los ojos de Dios, como lo fué la amable Ester á los del rey Asuero, y tan fuertes contra los enemigos de vuestra salvacion, como un ejército dispuesto en órden de batalla.

Mortificacion y penitencia, señoras: mortificacion y penitencia, y vuestros votos no sufrirán menoscabo alguno. Mortificacion y penitencia, y todos verán la imágen de Jesus en vuestras almas. Mortificacion y penitencia, y contad con que haciéndoos dignas de llevar en vuestros cuerpos las señales de la pasion y muerte de nuestro Redentor, sereis bien vistas de vuestro divino Esposo. Mortificacion y penitencia en fin, para que creciendo en virtud y perfec-

cion os unais mas y mas á vuestro Dios; y logreis ser los ángeles de la tierra; las rosas entre las espinas, y las hijas de la gracia destinadas á ser los trofeos de la cruz en la triunfante Jerusalen de la gloria, que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

A. M.

PLATICA VI.

SOBRE LA HUMILDAD.

La humildad es la raiz, el principio y el asiento de todas las virtudes.

Humilibus autem dat gratiam.
Pero á los humildes da la gracia.
I. Petri., c. 5, v. 5.

Dichosamente comprometidas con los votos de vuestra profesion monástica á vivir unidas con vuestro celestial Esposo, y defendidas con el escudo de la mortificacion y penitencia, teneis espedito el camino de las virtudes en que debeis ejercitaros para conformaros con la imágen de vuestro Redentor, y salvar vuestras almas. Entrad en él con firme propósito de seguirlo, como lo siguieron las santas que os han precedido y enseñado con sus buenos ejemplos:

no dejeis jamás la senda recta trazada en vuestra regla y constituciones monásticas: sed humildes ante todas cosas; porque los que lo son, llevan la señal de la predestinacion, se asemejan al Dios de la humildad, estan llenos del espíritu del Señor, pertenecen al rebaño del pastor divino, y á ellos les da Dios la gracia, como lo dice el príncipe de los apóstoles. *Humilibus autem dat gratiam.*

A la humildad pues, hijas del humilde N. (1): á la humildad; porque en ella tienen su asiento todas las virtudes que forman el reclinatorio ó florido tálamo de vuestro celestial Esposo; porque tiene poder y fuerza para rendir al mismo cielo; abrirse paso por medio de los coros angélicos para llegar al trono de la divinidad, y hacer con ella una alianza tan íntima y eterna como la que descubre nuestra fe entre Dios y su santidad. Con solo confesarse humilde la que es mayor que los mas encumbrados serafines, rindió á aquella magestad inmensa que crió los cielos y la tierra con una sola palabra. *Aquí está la esclava del Señor*, contestó la Reina y madre de los humildes al ángel que la saludó *llena de gracia*, y esto bastó para que se inclinase y humillase el cielo hasta dejar en la tierra al Dios hecho hombre en su vientre virginal. Mas todavía, añade el P. san Bernardo cuando dice, que la humildad no solo fue poderosa para hacer descender del cielo á la tierra al Hijo del Altísimo, sino que hecho hombre lo engrandeció. Sí; la humildad engrandeció á Jesucristo, pues que por haberse humillado hasta padecer y morir por salvarnos, lo

(1) El fundador ó patriarca de la órden respectiva.

elevó y glorificó su Eterno Padre poniéndolo á su derecha en los cielos, como lo dice el apóstol ¿Qué mas puede decirse de la fuerza, poder y valor de la humildad? Virtud de Cristo la llaman á boca llena los santos Padres, porque aunque estuvieron en nuestro Redentor todas las virtudes en sumo y perfectísimo grado, se preció tanto de ser humilde, y se abrazó con la humildad de tal manera, que parece que la tuvo por mas suya, que todas las demás virtudes. Para establecerla entre los hombres, nació en un establo y fue reclinado en un pesebre de bestias; perteneció á una familia humilde, pobre y miserable; dijo para enseñar á los suyos, que él era manso y humilde de corazon; lavó los pies á sus discípulos sin escluir al traidor Judas; y si se entregó al poder de las tinieblas para sufrir los tormentos mas crueles é ignominiosos, hasta morir en una cruz afrentosa en medio de dos ladrones, no fue sino para enseñarnos á ser humildes; para que conociésemos aquella ley indefectible del Eterno que abate, confunde y humilla á los soberbios, y eleva, ensalza y glorifica á los humildes; como es de verse en la historia de los santos que veneramos en nuestros altares, y en la de los que por haber sido soberbios, arrogantes y orgullosos fueron precipitados en los abismos infernales. ¿Necesitais mas para ser humildes, sumisas y respetuosas? ¿No es Jesucristo vuestro ejemplar y modelo? Pues á seguirlo por los caminos de las humillaciones; porque en ellos encontrareis la gracia que os ha de conducir á la gloria. Si no lo haceis así, el orgullo, la vanidad, la soberbia y la presuncion serán vuestros dominadores, y vuestra suerte será la de los réprobos. No hay que alucinarse, señoras respetables: la humildad se

refugió en los claustros creyendo hallar en ellos un seguro asilo; pero el orgullo la siguió muy de cerca y puede decirse, que no hay condicion, clase ó estado en que la humildad no se halle rodeada de enemigos, y espuesta á naufragar. Es orgullo, es un veneno infiltrado en la naturaleza corrompida del hombre; suele esconderse entre las mismas humillaciones; anda en las mortificaciones y penitencias; se hace virtuoso para mejor asegurar el vicio; y es tan sutil, que no es nuevo el ver declamar contra el orgullo, dominando en la declamacion el orgullo mismo. Casi todas las pasiones deben lo mas vivo y amargo que tienen, al orgullo. Este comunica á la cólera su hinchazon y su ferocidad, á la envidia su malignidad y desconfianza, al odio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos, y á la lascivia sus inquietudes y desasosiegos. El orgullo es el principio de donde nacen todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres. Es un viento que todo lo marchita, abrasa y consume. No hay árbol tan pomposo que no se seque, una vez que el gusano del orgullo llega á roer su raiz. Es en fin el alma de todas las pasiones, el manantial de todos los vicios, el orígen de todos nuestros trabajos, el enemigo mayor que tienen las religiosas del claustro, porque las sigue á todas partes, en todo se entremete, de cualquier cosa saca partido, y es tan difícil el conocer si se halla aun en las cosas mas santas, que los patriarcas de las órdenes monásticas parece que agotaron los recursos de su virtud y de su ciencia, para descubrirlo y perseguirlo de muerte en todas direcciones. En esto debe ocuparse la monja amiga de su salvacion, y amante del divino Esposo á quien está consagrada. Trabajad por tener delante al orgullo para vencerlo

y arruinarlo con la humildad : si se esconde buscadlo para evitar engaños y sorpresas: sospechad de él en todo... pero esto es muy importante ; penden de esto vuestra perfeccion, y vuestra disipacion, vuestra virtud y vuestros vicios; vuestra santidad y vuestra iniquidad, vuestro bien y vuestro mal, y es necesario dejaros bien instruidas, asegurar-os contra el enemigo que habita en vuestros miembros, sigue vuestros pasos, y jamás os deja, y poder contar con la victoria y el triunfo que siempre se consiguen con la gracia que da Dios á los humildes.

Muchos grados de humildad y modos de humillarse han descubierto los santos patriarcas de las órdenes monásticas para desterrar de los claustros el orgullo, y hacer que en ellos, como en el jardin del Esposo celestial, florezcan todas las virtudes. Yo me haré cargo de algunos persuadido de que si lo abrazais, sereis perfectamente humildes, tendreis sujeto y humillado al amor propio y al orgullo, y nada habrá que os impida el seguir á vuestro Jesus adorado por el camino seguro de las humillaciones evangélicas. Escuchad con atencion y con interés.

Sea el primer grado de la humildad el verdadero conocimiento de sí mismo, y diga la monja con el profeta: *Gusano soy y no de la especie humana, el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe: luego que me ensalcé me ví humillada y confundida.* Repita tambien lo que dice el salmista en otra parte: *Bien me estuvo, Señor, el que me humillases, porque así aprendí á observar vuestros preceptos.* No diga, ni publique la religiosa con la boca del orgullo, de la vanidad ó de la presuncion, que es la última y la mas despreciable de la comunidad; pero siéntalo así en lo

íntimo de su corazon. Firme en el desprecio de sí misma, estime á las demás, y téngalas por mejores y mas santas que á sí misma. Advierta que es un gran mal y peligro horrendo el anteponerse y preferirse interiormente á los demás, y téngase por la mas vil y despreciable de todas: si obra el bien, diga humillada y convencida: *Con los auxilios que Dios me concede, cualquiera otra obraria mucho mejor que yo.* Si ve que alguna hermana se estravía pida á Dios por ella, y diga en su interior: *En igual tentacion, yo acaso hubiera sido peor.* Así se condujeron los santos; así conservaron en sus almas la humildad que atrae hácia sí todas las virtudes: así vencieron al orgullo; así agradaron al Dios del pesebre y del Calvario; así triunfaron, y así os enseñaron á vosotras á vencer y triunfar. Imitadlos, y sereis tan humildes como debeis serlo.

El segundo grado de la humildad no se contenta con que el humilde se desprecie, se tenga en poco, y juzgue por mejores á los otros, sino que tambien quiere y desea, que todos formen de él igual concepto: quiere que lo tengan por malo; que no lo honren, alaben ni engrandezcan, sino que lo desestimen y desprecien: se alegra cuando lo aborrecen, injurian, escarnecen y vilipendian, porque en verse tratado como Jesucristo coloca toda su felicidad. Este grado de la humildad es importantísimo en las comunidades religiosas, y yo os lo recomiendo encarecidamente. En los claustros se ofrecen muchas ocasiones de padecer injurias y desprecios. La obediencia se dirige de ordinario contra las pasiones y apetitos; no se cumple sin ejercitarse en la mortificacion: es imposible sin la humildad, sin despreciar las honras de esta vida, sin sufrir y tolerar los

desprecios, sin imitar en sus obras al Señor, que dijo: *No vine al mundo á hacer mi voluntad, sino la del que me envió.* ¿Se os figura acaso que esto es muy dificultoso en la práctica? Pues no lo es para los que desean conocer la verdad y seguirla. ¿Qué importa á la conciencia, dice san Agustin, el ser alabada ó vilipendiada? Si es mala, las alabanzas, los honores, ni los aplausos pueden hacerla buena: y si es buena, los vilipendios, los desprecios y oprobios, no pueden hacerla mala. El ser bueno, ó el ser malo es lo que importa; el que el orgullo nos domine, ó el que la humildad nos dirija es lo interesante; todo lo demás es locura. De todo esto se sigue, que jamás debemos hablar una palabra de donde pueda resultarnos una sola alabanza. El padre san Bernardo quiere que pongamos mas cuidado en ocultar y en encubrir nuestras virtudes, que nuestros vicios y pecados. Y ¿no es este el oficio de la humildad? Con esta virtud adquirimos vista de lince para ver lo mucho malo é imperfecto que hay en nosotros, y lo bueno que nos edifica en nuestros hermanos: con ella no vemos las virtudes que nos adornan, y esto nos libra del orgullo y del amor propio; nos hace gemir y suspirar por la perfeccion, y casi sin percibirlo la logramos con los abatimientos y humillaciones. Sea esta la regla que os dirija y gobierne, y pasemos al tercer grado de la humildad.

Este consiste, en que siendo á todos manifiesta y patente la virtud y santidad del humilde, este lo ignore, y no se tenga por grande, aun cuando obre cosas grandes y prodigiosas. En los santos deja verse y admirarse este sublime y glorioso grado de humildad. Todos al ver sus milagros,

prodigios y maravillas los veneraban como á hombres milagrosos, llenos del espíritu del Señor, admirables y dignos de las honras universales; pero ellos se despreciaban á sí mismos, se tenian por muy poco, se humillaban en medio de las honras y grandezas, y aunque el orgullo y amor propio encendia un fuego voraz para abrasarlos, la humildad los defendia y sacaba ilesos de en medio de las llamas. Tuvieron presente el ejemplo de la Madre de la humildad, que levantada á la mayor honra y grandeza que ha tenido, ni tendrá criatura alguna, contestó y dijo al ángel que le anunció el misterio de la Encarnacion: «*He aquí la esclava del Señor*: *cúmplase en mí su santísima voluntad.*» ¿Y no podremos hacer nosotros con la gracia que Dios concede á los humildes, lo mismo que los santos hicieron? Ellos fueron de carne y sangre como nosotros; tuvieron inclinaciones y pasiones tenaces y rebeldes como los demás hombres, los asaltó con furor el orgullo, y no los dejó el amor propio; se vieron atribulados y en la mayor penuria con las tentaciones: pero se humillaron delante del Señor, el Dios de los humildes les concedió su gracia, y con ella vencieron y triunfaron. Vosotras podeis hacer lo mismo; estais todavía mas favorecidas que los santos, porque teneis sus ejemplos, sus doctrinas y su poderosa intercesion. Imitadlos pues; seguidlos en sus enseñanzas; invocadlos en vuestras necesidades; pedidles que intercedan con el Dios á quien aman y de quien son amados, para que os proteja, ayude y defienda contra el orgullo, contra la vanidad, contra la soberbia y contra la presuncion, y confiad en la piedad inmensa de vuestro humildísimo Jesus. El os haga tan humildes como al Publicano, como á los Pedros, Pablos y Mag-

dalenas; como á los Cipriauos, Agustinos, Brunos y otros miles, que por haberse humillado en la presencia de un Dios grande fueron inundados con la gracia victoriosa y triunfante de los justos, y lograron la vida eterna.

No concluiré sin deciros que para alcanzar la virtud de la humildad, y ser humildes, no hay mas que querer serlo. ¿No se aprende á leer, leyendo mucho? ¿Hay arte que no se aprenda ejercitándose en ella? Pues para ser un perfecto humilde, y alcanzar los grados de que os he hablado, no hay mas que ejercitarse en actos de humildad, este y no otro es el camino. En el primer grado, que consiste en tenerse en poco, teniendo á los demás por mejores, á todas horas podeis ejercitaros, pues con sentirlo así en lo íntimo del corazon haciendo en órden á esto muchos actos, se ha cumplido con él, y se ha conseguido esta humildad, que no es poco. Para ejercitarse en el segundo grado de la humildad, se ofrecen mil ocasiones en el claustro. Sobre esto solo tengo que advertiros, que procureis no perder los lances dejándolos pasar sin el mérito de la humildad: porque si las correcciones, los desprecios, la poca estimacion, la obediencia dura, y otras cosas semejantes os cogen de repente y desprevenidas, cuando las advirtais y querais humillaros, ya os hallareis llenas de impaciencia, de ira ó de cólera, y si teneis la dicha de no ser vencidas, al menos carecercis, por no haberos acordado de la humildad, del grande mérito que con ella pudiérais conseguir. Lo mismo digo del grado tercero, en el que es muy necesario estar alerta y con mucha prevencion, porque la tentacion es mas peligrosa, y mas ardua la virtud. La humildad entre honras, aplausos y alabanzas es difícil; puede decirse

no solo que es la rosa entre las espinas, sino la zarza rodeada de llamas sin quemarse. Cuidado con esto, hijas de la humildad. ¿Sois buenas? Pues no es bueno que os tengais por tales; porque pudiendo ser mejores, ya os hallais defectuosas, y este es un verdadero mal. Os deprimis y despreciais teniéndoos por indignas de vestir el santo hábito que llevais, y de pisar el suelo santo que os sostiene? Pues axaminad y ved si en esto se hallan disfrazados el orgullo y el amor propio, que bien puede acontecer. En una palabra, yo quisiera que averiguárais si las ideas de la humildad os han venido de la cabeza, ó del corazon, del discurso humano, ó de la oracion; de Dios ó de la criatura; porque es tan sagaz el amor propio, y tan sutil el orgullo, que de todo debemos temer y sospechar; y ved aquí otra razon para humillarnos, abatirnos y confundirnos con el polvo y la ceniza. Coged y mirad un santo Cristo. ¿Podreis verlo sin humillaros? Gozaos con el niño Jesus en su cuna. ¿No os mueven sus humillaciones? Seguid á vuestro Esposo desde Belen hasta el Calvario, y si siempre lo veis humilde, sedlo tambien vosotras, y os asemejareis al tipo y ejemplar de la perfeccion evangélica. Divorciaos de una vez para siempre con la soberbia, con la vanidad y con la presuncion, hijas del amor propio, y tomad de los arsenales de la religion la armadura de la humildad cristiana bajo cuya sombra viven en lotananza las demás virtudes sin mezcla ni contacto con vicio alguno. De este modo, el Dios que da su gracia á los humildes se declarará en favor vuestro; andará siempre á vuestro lado; será con vosotras lo que ha sido con tantas religiosas humildes, como se han santificado en los claustros, os encontrará dignas de su amor, y

hará que seais reconocidas en los cielos y en la tierra por sus queridas esposas. ¿Pudiérais desear mas? No consiste en esto la felicidad porque suspirais? Pues desterrad de vuestras almas la soberbia; haced que domine en ellas la humildad, y de ella como de raiz fecunda pulularán las virtudes que os han de llevar en triunfo á la Sion amada de la gloria. Amen.

A. M.

PLATICA VII.

SOBRE EL DESAPROPIO QUE SUELEN HACER TODOS LOS AÑOS LAS RELIGIOSAS DE VARIAS ORDENES MONASTICAS.

Siendo absoluto, pleno y perfecto el desapropio nos libra del pecado, y nos asegura la gloria.

Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.
Como los que nada tienen, y todo lo poseen.
II Corinth., c. 6, v. 10.

Dia de suma importancia para vuestras almas es este, religiosas santas. Hoy vais á depositar en poder de vuestra prelada todo cuanto se os ha concedido para vuestro uso: vais á pedirle las licencias necesarias para sujetar todas vuestras obras, palabras y pensamientos, bajo el imperio de la santa obediencia: vais á desterrar de este lugar privilegiado el detestable vicio de la propiedad, orígen de todos los males que puede haber en el claustro, y esto va

á ser un paraiso, un jardin de virtudes, una casa digna del celestial Esposo. ¿Se os figura acaso que exagero? Vosotras vereis que no. He dicho que el detestable vicio de la propiedad es la causa y orígen de todos los males que puede haber en los monasterios, y esta es una verdad latente y palpitante que ninguna religiosa puede desconocer: porque si os deslizais, si obrais contra el espíritu del Señor, y faltais á lo que con tanta solemnidad habeis prometido; ¿no es claro y manifiesto que usais de una voluntad propia que teneis ofrecida y sacrificada á vuestro Dios? Si pecais, no pecais con el espíritu de vuestro Jesus divino, que debe poseeros, sino con el del amor propio tan repugnante á vuestro estado. Si pecais, es evidente que os dejais arrastrar de un espíritu maligno, de una pasion mal reprimida, de un vértigo fatal que sorprende vuestra vigilancia, inficiona vuestras obras y mancha vuestras almas. Si pecais, en fin, os apartais de Dios, quedais á merced de vuestro propio consejo, y vuestra posicion es en estremo peligrosa. ¿Comprendeis ahora que pecando una religiosa se hace propietaria de sí misma, y echa sobre su alma el borron mas infame que pueda imaginarse? Pues hoy se trata de evitar este desastre con el perfecto desapropio que vais á hacer en cumplimiento de una ordenanza monástica, dirigida á quitaros en lo posible hasta la potestad de pecar. Ojalá que acierte yo á hablaros dignamente de esta materia para vuestra instruccion y espiritual aprovechamiento de vuestras almas.

No trato de combatir en esta plática esa propiedad monstruosa que consiste en tener dinero ó cosa que lo valga, sin dependencia de la prelada, contraviniendo descarada é imprudentemente las leyes monásticas; ya porque nó

debe seros desconocida su fealdad, como porque no presumo que se halle en alguna de vosotras. De otra propiedad mortífera es de la que voy á ocuparme. Porque, decidme con franqueza, y seamos claros: Aunque es cierto que habeis abandonado todas las cosas por abrazaros con la cruz de Jesucristo, y sea verdad que tuvísteis valor para dar un eterno *A Dios* á ese mundo seductor despreciando sus riquezas, placeres y encantos: ¿no es posible que en el claustro manifesteis apego á las consideraciones, á las preferencias, á los honores, al tono y aire de suficiencia, que tan mal parece aun entre las gentes profanas? ¿No puede haber entre vosotras virtudes fingidas, santidades aparentes, perfeccion bastarda, y penitencias dirigidas por el orgullo y amor propio? ¿No caben en una comunidad religiosa amistades particulares reprobadas por la ley, porque llaman la atencion y turban el órden que debe reinar entre personas tan unidas con la caridad fraterna, como las que con la observancia de unos mismos votos caminan acordes hácia un mismo destino? Pues en todas estas cosas puede hallarse oculta y disfrazada una propiedad de amargas y funestas consecuencias, que quisiera yo observárais para no dejaros sorprender y engañar. Conociéndola bien un santo religioso allá en el siglo octavo esclamaba y decia: «¡Oh pobre corazon humano! ¿Venciste las mayores borrascas del mundo, del demonio y de la carne, para entrar en la religion, y ahora que estás en ella, zozobras, fluctúas y temes perderte? Las riquezas, los patrimonios, las fortunas y cuanto aprecian los mundanos ha sido objeto de un desprendimiento heróico: y ahora en el claustro ¿te has de inquietar por una fruslería, por una mala cara, por un des-

vío ó por una accion indiferente? ¡O pobre corazon humano! Tal es tu miseria, y tal tu volubilidad, que nadie puede fiarse de tí. Hasta los mas santos y perfectos han visto y esperimentado tu inconstancia: han notado que lo que se aborrece en este instante, se aprueba y abraza en el siguiente, y que si ahora miramos como estiércol los tesoros de oro y plata, despues nos conducimos como si no pudiéramos pasar sin ellos; despues nos enfurecemos y exaltamos por conseguir lo que se llama preciso y necesario, como si Dios no nos bastase ó pudieran faltar sus promesas. Mil mundos renunciamos con gusto en momentos dados, por adquirir los bienes espirituales de la pobreza evangélica; y en otros reñimos por un alfiler, nos desazonamos por una friolera, no hay quien nos aguante porque se nos ha roto un trasto viejo, ó derramado un vaso de agua.»

Ahora bien, señoras: siendo nuestro corazon tan flexible y elástico: siendo todo el que nace de muger un conjunto de anomalías y contradicciones, segun san Agustin; y no debiendo tener la menor confianza en nosotros mismos: ¿será cosa de que vivais descuidadas y desapercibidas, como las vírgenes fatuas de que nos habla el Evangelio? En este caso temed que se os cierre la puerta de los cielos; que vuestro Esposo diga que no os conoce, y que vuestra suerte sea semejante á la de los que todo lo quieren componer con esterioridades, con golpes de pecho, y con semblante compungido, como los hipócritas reprendidos por Jesucristo. No hay que fiarse al lado del amor propio que jamás nos deja. Mirad que al que muchas gracias se dan, mucho se le pide. No olvideis que estais ocupadas en el retrete del divino Esposo, y que debiendo to-

mar las telas mas finas y preciosas de la Iglesia santa, es necesario que hileis muy delgado y desecheis todo lo que no sea puro y perfecto. Lo que sería bastante para las gentes del siglo, no lo es para vosotras. Teneis que pelear, vencer y triunfar en terrenos muy difíciles, en sinuosidades muy enmarañadas, fuera del campo en que el enemigo no se atreve á acometeros. Si Lucifer os ofreciera todos los reinos del mundo porque le adorárais, de seguro le responderíais indignadas como Jesucristo: Apártate, seductor abominable, porque escrito está, «Adorarás á tu Dios y á él solo servirás.» Si como á la casta Susana os provocaran hombres lascivos y licenciosos poniéndoos en el compromiso de ceder ó de perder la vida entre horrorosos tormentos, yo creo que no os detendríais en escoger el martirio antes que el ser infieles á vuestro celestial Esposo. Entre permanecer en las austeridades del claustro, y salir á gozar de los placeres y deleites del siglo, ya hemos visto lo que habeis elegido. El tentador no puede con vosotras frente á frente; no se atreve á haceros la guerra á las claras en campo descubierto: pero si se disfrazase en ángel de luz, y con capa de virtud y santidad llegara á flanquearos: si emboscado aguardase la ocasion de atacaros con esas pasiones sorprendentes de que no se ven libres los santos, y en las ocasiones en que deben probarse vuestra paciencia, vuestro sufrimiento y vuestra caridad, no os hallase vigilantes y prevenidas, ¿podria contarse con vuestra fidelidad y vuestro triunfo? En estos casos admisibles en las comunidades religiosas de mas virtud y santidad ¿teneis asegurado aquel perfecto desapropio que hace decir al que lo tiene: «Señor; nada mio, y todo vuestro:

no soy yo, sino Jesucristo el que vive en mí?» Examinaos, registrad el fondo de vuestras almas, ved cuáles son vuestras intenciones; y sino, dejadme á mí hacer este exámen, que acaso os será mas provechoso.

Tú, religiosa que me escuchas, y acaso sospechas que por tí hablo, no te has equivocado; á tí sola se dirigen mis palabras; recíbelas con corazon recto y puro, pues que salen de mis labios para ponerte en el camino de la verdad, si no estás en él. Dime: ¿no es cierto que has jurado ante Dios, los ángeles y los hombres, que no quieres tener, poseer ni pensar mas que en Jesucristo, obligándote á vivir segun sus doctrinas y ejemplos? Y al emitir tus votos con tanta solemnidad ¿no sabias que Jesus quiere ser solo; que huye de los corazones ocupados; que la caridad es el alma de los justos, y que los usos, prácticas y costumbres de la religion son como la escala de Jacob que comunicaba la tierra con el cielo? Pues mira: si contra lo que sabes y has ofrecido, retienes en tu corazon algun pecado, por leve y venial que sea, él es una propiedad que te condena. Si la sabiduría incompetente, la ciencia intempestiva, ó la curiosidad que te distrae se anidan en tu alma, Jesucristo no puede habitar en ella; eres dueña y propietaria de estos estraños adornos, y ellos, si los retienes, podrán perderte. Si debiendo vivir humillada y confundida en tu miseria, quieres meterte á ser la maestra y doctora de la ley, pretendiendo saberlo todo con pretensiones de erigirte en juez de cuanto ocurre en la comunidad, la soberbia es tu propiedad, y con ella ya ves lo adelantada que estás. Si en tus mortificaciones y penitencias se halla alguna vanidad, alguna propia satisfaccion ó algo de hipocresía...

Si tienes mas placer en escuchar alabanzas que en recibir reprensiones... Si tienes ojos de lince para ver como el fariseo lo bueno que haces, y eres ciega para no ver las perfecciones que te faltan... Si te ocupas en acriminar y ponderar faltas agenas descuidando de las propias... y en fin, si te afanas en salir de pobre teniéndolo todo corriente y bien cumplido, tu desapropio no es el de las almas justas, no es el que la religion te manda hacer, no es el que hoy debiera sacarte de tí misma para estar y vivir con tu Jesus adorado.

Si quieres ser perfecta, despójate de toda propiedad y ten presente la máxima que estableció Jesucristo, cuando dijo á sus discípulos: «*El que de vosotros se tenga por menor entre sus hermanos, este será el mayor á los ojos del Padre celestial.*» Si aspiras de buena fe á la perfeccion evangélica, sigue á Jesus en su pobreza, en su obediencia y su pureza, é imita á las santas que te han dejado en herencia sus virtudes y sus ejemplos. En una palabra, si no quieres que Dios te condene en la otra vida, condénate tú en esta; baja muchas veces al infierno mientras vives, para no caer en él despues de muerta, como tanto lo encarga el padre san Bernardo. Humíllate como el publicano, confesando tus culpas y diciendo, que no eres digna de mirar al cielo, y el Dios de los humildes te dará su gracia, te santificará, te perfeccionará, te hará semejante á los ángeles, y el exámen que acabamos de hacer surtirá los efectos que me he propuesto, siendo el principal el de que vivas alerta, el de que no te dejes engañar del infernal dragon que ruge por devorarte, ó de la serpiente astuta que tantos esfuerzos hace porque bebas el veneno de la propiedad, y

no hagas hoy el desapropio pleno y absoluto que puede ponerte á cubierto de todo pecado. Si lo haces así, tú eres sin duda todo lo que Salomon dice de la Esposa de los Cantares; una alma llena de gracia, el martillo del amor propio, la destructora del enemigo que perturbó el cielo, y ha llenado de pecados la tierra. No hay que olvidar que el amor propio es la polilla que destruye las vestiduras de la gracia, y que tiene entrada franca en las comunidades religiosas, porque se disfraza con la capa de la virtud, con la piel de la santidad, con las apariencias de la religion que quiere destruir.

Quitadlo con la escoba de la verdadera humildad: arrojadlo de ese lugar santo, y respirareis seguras y tranquilas. Al voto comun de los cristianos que prometieron en el bautismo ser pobres de espíritu, añadísteis vosotras en vuestra profesion el de un voluntario y efectivo desprendimiento de todo dominio, por medio de un despojo universal y de una renuncia absoluta de todos los bienes temporales, haciéndoos por Jesucristo incapaces de tener propiedad alguna, ni aun en la voluntad. De aquí vuestra dependencia en todo de vuestra prelada, á la que acudís en este dia para que os trate como Jesus á sus apóstoles, como los patriarcas de las religiones á sus hijos, para que, concediéndoos el uso de lo que necesitais, podais decir con el apóstol: «Somos como los que nada tienen y todo lo poseen. *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes.* Imitad á los santos Padres, que para despojarse de lo propio hasta en las cosas buenas, lícitas y necesarias pedian licencia á sus prelados para ocuparse en obras meritorias, para orar, para cumplir con las obligaciones del

estado monástico, para comer y beber, y aun para vivir y morir. Todo lo querian sujetar bajo el dominio de la santa obediencia, y así cerraban la puerta al amor propio, relegaban fuera de los claustros hasta la sombra de la propiedad, y así eran unos talleres de virtudes, como los llama un sumo pontífice. Siempre con la voluntad de los prelados, religiosas piadosas, siempre con los que mandan en nombre de Dios, pues aunque tal vez se escedan, pequen y se condenen, los súbditos no se salvarán si no los obedecen, acatan y respetan. De ellos habla Jesucristo cuando dice: «El que á vosotros desprecia á mí me desprecia, el que os ofende, á mí me ofende, y el que os juzga temerariamente, con rigor será juzgado.

Yo creo que me habeis entendido bien: pero para evitar confusiones, escrúpulos y equivocadas inteligencias, bueno será el repetiros que hay dos propiedades muy distintas y diferentes. La una consiste en tener dinero ó cosa que lo valga sin permiso y licencia de la prelada. Si esta propiedad se hallase por desgracia en alguna de vosotras, ella sin duda quedará escomulgada en este dia: pero como esto no sea de sospechar, porque todas aspirais á ser perfectas, como deben serlo las esposas de Jesus, por eso no he querido hablar en esta plática de esta propiedad maligna, sino de otra mas lata y estensa, que es la que se halla en todo pecado, sea de la especie que se quiera. Contra esta propiedad no hay ni puede haber escomunion alguna. Si estais libres de la primera y procurais desterrar la segunda, vuestro desapropio será tan perfecto como lo quiere la santa y adorable religion que os dirige, y vuestras almas, vuestros cuerpos, vuestras potencias y sentidos

estarán en las manos de Dios: todo será suyo, y nada vuestro, y en este caso ¿quién será capaz de comprender vuestra dicha y felicidad?

Ni os desanimeis á la vista de los peligros que hallais en vuestro propio corazon; porque es preciso sostener una terrible lucha contra los enemigos de vuestras almas, vencerlos y conseguir el triunfo que ha de coronarnos de gloria en el cielo. Esto no puede hacerse sin las penalidades y contradicciones de la cruz, sin la gracia que Dios concede á los humildes profesores de los consejos evangélicos: pero el Padre de las misericordias y Dios de la consolacion es muy rico para todos los que lo invocan, y no hay un solo ejemplar de que haya sido desechado el que contrito y humillado recurrió á su piedad y clemencia. Animo, pues, para pelear en las peleas del Señor, y si quereis cantar victoria, armaos con el invencible escudo de la caridad, que perdona una multitud de pecados, y es paciente, benigna, clara, sincera, y toda llena del Dios que os quiere para sí santas, puras y perfectas, sin nada de amor propio, y muy llenas de amor divino. Con la caridad todas vivireis unidas y estrechadas como hijas de un mismo Padre, como esposas de un mismo Esposo, y como hermanas destinadas á un mismo premio. Con la caridad sereis obedientes, sumisas y respetuosas; apacibles, cariñosas y afables, condescendientes, modestas en palabras, obras y pensamientos, y ejemplares de paciencia, de sufrimiento, de humildad y de todas las virtudes. Con la caridad se consume y aniquila el amor propio, se cierra el infierno, y se abren de par en par las puertas del cielo. Caridad, caridad y siempre caridad os repetiré con el dis-

cípulo amado, porque ella sola basta, y con ella sereis santas, puras y perfectas. Sed, pues, caritativas, y no sereis vuestras, sino de Dios, de Jesus y de la Iglesia santa: tened caridad y á ninguna cogerá la escomunion que voy á fulminar contra los ladrones, incendiarios y propietarios en cumplimiento de vuestras leyes. Vosotras elevad vuestros corazones hácia el cielo en donde se os tiene dispuesta la gloria que os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

A. M.

PLATICA VIII.

SOBRE LA UNION Y CARIDAD FRATERNA.

Con la Union y Caridad fraterna son los monasterios de monjas un paraiso, y sus moradores unos ángeles.

Charitate fraternitatis invicem diligentes: honore invicem prævenientes.

Amándoos reciprocamente con amor fraternal, adelantándoos para honraros los unos á los otros.

ROMAN. 12, v. 10.

Qué bien cuadra la dulzura cristiana en las esposas del dulcísimo Jesus! ¡Qué edificantes se muestran las religiosas del claustro con aquella virtud tan benéfica y amable! Ella da fe y testimonio de que se ha peleado, vencido y triunfado con las armas de la religion, como lo manda el Príncipe de los apóstoles; porque siempre es el fruto de una constante mortificacion, de una humildad profunda, y de una caridad ardiente. A su ludo descansan tranquilas to-

das las virtudes; crece la paz interior propia de las almas justas, y se ve una conciencia tranquila que no acusa ni reprende; que no adolece de inquietudes ni de remordimientos; que lejos de perturbar el ánimo, lo alegra y le hace vivir contento con la virtud en el servicio del Señor. Sirve de abrigo á la pureza, doma todas las pasiones, no hay natural tan áspero, tan desabrido y tan feroz que no domestique: no hay genio tan agrio que no endulce, corazon tan duro que no ablande, ni tan rebelde que no rinda: todo lo avasalla, todo lo conquista, todo cede á la dulzura. El dulcísimo Jesus y su santísima Madre, *vida, dulzura y esperanza nuestra*, son pruebas vivas, latentes y palpitantes de estas verdades entrañadas en todos los corazones de los fieles. ¿Cómo podremos aclimatar en esa santa comunidad la hermosa virtud de la dulzura cristiana, producto y sostenimiento de todas las demás propias de vuestro estado? Esto lo conseguiremos infaliblemente si aseguramos entre todas vosotras la UNION Y CARIDAD FRATERNA de que voy á hablaros en este breve rato.

No se contentó el divino Maestro con enseñarnos la union recíproca y caridad fraterna con que debemos amarnos los unos á los otros cuando para esto nos dejó el nuevo mandato de que nos amásemos como él nos habia amado, sino que él mismo se nos propuso como ejemplar de aquel amor al decir: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.*» Este es el ejemplo que nos propone el Redentor de nuestras almas para que vivamos como ángeles en la tierra. Todos los que lo han seguido han sido caritativos, afables, dulces y santos. Contemplad las virtudes de todos los santos y santas cuyas imágenes se os presentan en esos

altares para vuestra veneracion, y vereis como se formaron en la escuela del que conquistó al mundo con su dulzura y eximia caridad. Oid á san Pablo predicar y decir á los romanos: «Sea vuestro amor sin simulacion... amándoos recíprocamente con amor fraternal, adelantándoos para honraros los unos á los otros. *Charitate fraternitatis invicem diligentes: honore invicem prævenientes.* Escuchad tambien á los que puso Dios como estrellas fijas en el firmamento de su Iglesia para dirigirnos con sus luces al puesto de salvacion, y fijad en vuestros corazones con caracteres eternos lo que dice san Gerónimo hablando de la union y caridad fraterna que debe ser el alma de las comunidades religiosas. «Ella, dice el santo doctor y patriarca, es la que conserva la religion en su pureza, la que convierte en paraiso los monasterios, y la que hace de sus moradores unos ángeles. Si llega á faltar, los conventos serán un infierno, y unos demonios los que estan en ellos.» ¡Qué asercion esta, señoras respetables! Es exactísima, y debe ocuparnos para bien y provecho de vuestras almas. Pongamos en dos líneas paralelas dos monasterios diferentes con sus respectivos moradores: reine en el uno la union y caridad fraterna, y esté el otro entregado á la discordia, á la division, al odio y furor de partidos encontrados, y hagamos comparaciones. En el primero encontraremos el paraiso y los ángeles de que habla el maestro de santa Paula: una comunidad de monjas en la que cada una tiene por propio el bien de su hermana, gozándose con él como si fuera suyo: una reunion de esposas de Jesus viviendo en pacífica, próspera, amistosa y social fraternidad, como los moradores del cielo: una congregacion de vírgenes vigilantes alimentadas

con el pan que da la vida al mundo y hace vivir eternamente al que lo come con pureza y santidad: el camarin del divino Esposo en que abundan todos los bienes, y son desconocidos todos los males: el Evangelio vivo y personificado en las que consagradas á Dios con los votos monásticos son las delicias, el gozo y el consuelo de la Iglesia santa. En el segundo... en el otro monasterio dominado por la discordia y desunion de las que en él habitan, hallaremos el infierno con todos sus horrores; un sempiterno desórden agitado, promovido, y sostenido por las furias infernales; una solicitud afanosa por dañarse, morderse y despedazarse las unas á las otras; un empeño diabólico en eludir y quebrantar las leyes monásticas, odiadas, pisadas y conculcadas con el mayor desprecio y la rabia mas furiosa; un siglo mas depravado y pervertido que el que dejaron en los dias de su conversion, ó de sus mentidas y falsas promesas. Comparemos ahora. La perspectiva del primer monasterio es la de la religion traida del cielo por el Autor de la fe y de la gracia; es la de las esposas de Jesus llenas de dulzura, de afabilidad, y de la paz que anunciaron los ángeles á los hombres de buena voluntad cuando nació el Redentor de las naciones; es la de las almas que se forman en la escuela de la cruz para hacerse dignas de las palmas que han de llevar en sus manos eternamente en el lugar de las recompensas. El aspecto del otro monasterio, es el de una falange de réprobos que no puede sufrir el que tiene fe: es, como suele decirse, el reverso de la medalla; lo sumo del mal que puede imaginar el entendimiento humano; la concentracion de las tinieblas, de los horrores, del pavor y de la miseria. ¿A cuál de los

dos monasterios quereis pertenecer? Al primero, ¿no es verdad? Pues á asegurar en el vuestro la union y caridad fraterna; porque sino, morais en el otro, y perecereis despues de ser infelices en esta vida. Abrazaos todas con el Señor, Dios vuestro: pedidle su gracia: vivid unidas en caridad: seguid á los santos Padres que os hablan sobre este particular: renovad sino vuestra atencion, y escuchad lo que para vuestra instruccion he podido recoger en los depósitos de la verdad.

Lo primero que debeis hacer para que reine entre vosotras la union y caridad fraterna, es preveniros las unas á las otras en honraros, obsequiaros y serviros, como lo dijo san Pablo á los romanos: porque es imposible que haya caridad fraterna si falta esta prevencion en honrarse y hacerse beneficios á porfia. Esto se os hará fácil si teniendo el primer grado de la humildad se desprecia la monja caritativa á sí misma, y estima á las demás teniéndolas por mejores, y mas santas. Conviene que pondereis y engrandezcais las virtudes que resplandecen en vuestras hermanas, y os confundais al ver que careceis de ellas, como lo hizo aquel fraile lego de quien dice mi padre san Bernardo, que lleno de confusion y de vergüenza se arrojó á sus pies un dia y le dijo llorando de pena: «Ay de mí, padre mio, que he estado esta noche considerando las virtudes de cierto religioso; he contado en él treinta que lo hacian brillar como el sol, y yo soy tan miserable que ni una sola virtud encuentro en mí.» ¡Qué lejos estaba este humilde religioso de honrarse y estimarse mas que á los otros! Haced vosotras lo mismo; convenceos de que no mereceis honra alguna, de que no teneis virtudes, de que vuestras hermanas estan

mas aprovechadas y son mas dignas, y así no solo no hallareis dificultad, sino que os será obvio y natural el adelantaros y prevenir á vuestras compañeras en las demostraciones de amor, de cariño, de dulzura, de benevolencia, y de todas las virtudes que lleva consigo la humildad, y reposan bajo la sombra de la union y caridad fraterna.

Lo segundo que os aconsejo con el padre san Benito es, que os sufrais con paciencia en las enfermedades del cuerpo y del alma. Con respecto á los defectos naturales, á las dolencias y enfermedades corporales no creo que haya necesidad de advertiros cosa alguna, porque os tengo por muy piadosas, y por incapaces de dejar abandonadas á vuestras hermanas en sus necesidades: pero en cuanto á los defectos ó escesos del alma os diré que os lastimeis y compadezcais de la que cometa alguna culpa procurando escusarla en todo cuanto se pueda, como lo encarga el padre san Bernardo. Si la obra mala es tan manifiesta, y la culpa tan clara, que no pueda escusarse, disculpadla recurriendo á la intencion, procurando persuadirse de que no hubo malicia, sino que todo se hizo con inadvertencia, por ignorancia, ó sucedido al acaso. Y en fin, si por ser la malicia tan notoria, no diere lugar á aquellas disculpas, tened por cierto, que fue muy vehemente la tentacion, considerando que si á vosotras os hubiera acometido con igual fuerza acaso hubiérais caido mas estrepitosamente. Si os portais así, yo os aseguro que no solo dejareis de ser esploradoras y jueces temerarios de vidas agenas, sino que por muchas faltas que veais en vuestras hermanas, jamás perdereis el amor y estimacion que os merecen, porque la cari-

dad todo lo cubre, todo lo sufre y todo lo disimula segun san Pablo.

Tercero: para que la union y caridad fraterna sean el alma, el corazon y la vida de esa santa comunidad convendria mucho que os obedeciérais á porfia las unas á las otras; porque de este modo no se daria lugar á quejas, á enfados, ni á disgustos que son por lo regular las avanzadas de las disputas, de las riñas, de las desavenencias, de las discordias, de las murmuraciones y de la desunion que rompe la caridad, aleja sus bienes, y atrae los mayores males. Tened una santa contienda en ser cada una la primera en las penalidades y trabajos, especialmente en las cosas humildes. En este sentido sí que conviene el no dejarse vencer; pero como alguna ha de triunfar, la vencida procurará tomar una santa venganza, procurando estar mas lista y cuidadosa en servir, atender y obsequiar á su hermana en otras ocasiones. Al verse una religiosa tratada con dulzura y caridad por una hermana á quien debe tener por mejor y mas santa, podrá decir al menos en su interior lo que dijo santa Isabel á su prima María Santísima. «¿De dónde á mí la dicha de que la Madre de Dios venga á visitarme?» ¿De dónde á mí el que esta santa Esposa de Jesus, llena de virtudes y colmada de méritos venga á tratarme con tanta benevolencia, con tanto amor, y con tanta caridad? De este modo se hará mas humilde, mas dulce, mas suave, mas accesible, mas cariñosa, amable y condescendiente, y nada habrá en ella que se oponga á la union y caridad fraterna que hace del monasterio un paraiso, y de sus moradores unos ángeles. Ninguna de vosotras busque su propia comodidad y provecho sino por los caminos de

la virtud y de la santidad: es decir, que procurando buscar el bien de las hermanas sin cuidar del suyo propio es el único medio de asegurar este, porque habrá union y caridad fraterna entre todas, y todas se esmerarán en buscar y proporcionar el provecho para las otras en lo que se halla la comodidad propia sin pensar en ella. Debeis tambien mostraros agradecidas, no solo á los favores y beneficios que os hagan, sino á la buena voluntad de serviros; lo que podreis hacer cumplidísimamente si siguiendo los ejemplos de vuestros santos Patriarcas, y dirigiéndoos por las doctrinas del apóstol, os honrais, os sufris, os disimulais, os obedeceis, y os amais como tanto os lo encarga vuestro divino Maestro y celestial Esposo.

Ultimamente, señoras: para que jamás falte la union y caridad entre vosotras, sería muy del caso el que cada una en particular se examinase y reflexionase sobre sí misma, sobre su genio, sobre sus vivezas, sobre sus ímpetus, sobre su conducta, y viese si la virtud de la dulzura cristiana forma su carácter, ó si solamente la conoce por el nombre. Traed pues á la memoria aquellos impetuosos movimientos de un natural vivo y ardiente; aquella enfadosa taciturnidad, hija del orgullo, ó al menos de un humor adusto y estravagante; aquellas respuestas secas y desabridas; aquellos modales duros, agrestes, desdeñosos y despreciativos; aquellas altanerías insufribles; aquellas palabras avinagradas y llenas de hiel; aquel semblante oscuro, ceñudo y negativo; aquel tono de voz, ó gritería llena de fiereza y de severidad; en fin, aquellos torrentes de injurias, aquellos fuegos, aquellas cóleras, aquellos arrebatamientos que muchas veces tocan la raya del furor. Ni os

contenteis con averiguar lo que sobre esto haya habido en vosotras, sino que tambien debeis notar y escribir en el libro de vuestra cuenta todo lo que hubiéreis hallado sobre este artículo, y pasar despues á acusaros amargamente de todo á los pies de un Crucifijo, detestando el mal con dolor vivo, eficaz y perseverante, imponiéndoos una severa penitencia por cada vez que volvais á caer ó reincidir; como alguna mortificacion algo sensible, pero que pueda hacerse inmediatamente despues de haber cometido la falta, dando parte de todo al confesor en cuanto buenamente se pueda. Esta práctica es admirable para asegurar en las comunidades religiosas la union y caridad fraterna que las hacen tan santas y edificantes. La prescriben los santos Patriarcas á sus hijos, y yo os la recomiendo encarecidamente advirtiéndoos, que aunque tengais motivos para enfadaros y reprender, lo hagais sin pecar, sin usar jamás de términos injuriosos y despreciativos, teniendo siempre presente la dulzura de Jesus para imitarla. Puede haber casos en que la religiosa deba hablar con sequedad y entereza, pero nunca con cólera; jamás descubriendo la pasion de la ira. Las voluntades agenas no se ganan con la aspereza y el rigor, sino con la razon, con el amor y con la caridad fraterna. Procuradla por los medios indicados, y los que os sugiera la gracia. Proponeos firmemente desde este mismo instante conservar siempre un aire sereno, un semblante apacible, unos modales gratos, urbanos y atentos y dejadme concluir con las palabras que dirigió mi padre san Bernardo á sus monjes al hablarles sobre esta misma materia.

«Esten unidos todos los ánimos, esten unidos todos los »corazones, esten unidas todas las voluntades. Amémonos

»todos, y todos busquemos una misma cosa, á Dios que es »nuestra vida, nuestra felicidad y nuestra gloria. Sea uno »nuestro entendimiento, y sienta cada uno de nosotros lo »que todos juntos.» Nada puedo yo añadir á estas palabras tan vivas y eficaces de mi dulce padre y doctor melífluo. Recibidlas como dirigidas á vosotras mismas: sean ellas la regla y pauta de vuestra conducta: vivid en los brazos de la union y caridad fraterna, y no dudeis de que os estais ensayando para aquella union incomprensible en que vivirán eternamente los cortesanos del cielo felices en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo.

A. M.

PLATICA IX.

SOBRE QUE EL YUGO DEL SEÑOR ES SUAVE Y LIGERA SU CARGA.

La observancia exacta de las leyes monásticas lleva á las religiosas entre dulzuras celestiales á la gloria eterna.

Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.
Mi yugo es suave y ligera mi carga.
MATH. C. XI., v. 30.

Digan y hagan lo que quieran el mundo, el demonio y la carne: levanten el grito las pasiones contra las cruces, trabajos y penalidades de la vida evangélica: ténganse los claustros por la mansion horrorosa de la afliccion y de la tristeza, y duélanse los mundanos de la desgraciada suerte de las monjas condenadas á vivir en el llanto de la mortificacion y penitencia propia de su estado religioso. Que siga enhorabuena esa estrepitosa vocinglería con que nos

atruenan los sabios y prudentes del siglo diciendo con irrision que las esposas de Jesus son víctimas de la ilusion, de la preocupacion y del fanatismo monacal, proscripto en todas las naciones cultas. Desahóguense á su placer los que en su demencia, en su delirio y frenesí ponderan las delicias de la vida brutal de la carne, diciendo como los que menciona el sabio: «Comamos y bebamos, coronémo»nos de flores, alegrémonos y no haya prado de deleites en »que no se sacie nuestra lujuria; porque mañana morire»mos, y es lástima perder lo bueno, conveniente y delei»table que se nos presenta á la vista.» Sigan en su cuerda de iniquidad los pecadores y sean lo que siempre han sido; los enemigos de nuestra santa religion; que por todas estas aberraciones no hemos de dejar al Dios que nos ilumina, gobierna y dirige con la santidad de su ley, y nos perfecciona con su gracia. El nos ha dicho que *su yugo es suave y ligera su carga*, y esta es una verdad infalible, eterna y llena de consuelo para todos los que la esperimentan, como os lo voy á probar con el fin de que os alegreis en el Señor, como os lo encarga el apóstol, y vivais en esa soledad apacible como los ángeles del cielo, siempre ocupados en alabar y engrandecer al Dios reconocido por el TRES VECES SANTO en los cielos y en la tierra.

Sin necesidad de recurrir á los arcanos de la teología mística, se demuestra con las luces de la razon apoyada en la esperiencia que el hombre no halla un consuelo puro sino en el servicio de Dios, en el cumplimiento de los deberes de su estado, y en la observancia de las leyes soberanas. Haya franqueza en todos; y todos se verán precisados á confesar, que todas las alegrías del mundo van

siempre acompañadas de la turbacion, del temor, de sinsabores, de fastidio, de un *virus* venenoso que derrama la amargura en los corazones, y les obliga á decir: «No, no somos felices en medio de nuestras felicidades.» Ello es, que si rien algo los mundanos es mucho mas lo que lloran. A ellos mismos apelo para que me digan si las cruces invisibles y las pesadumbres interiores, son ó no la renta mas activa y mas segura de los dichosos del siglo. Sean ellos mismos los jueces; seámoslo todos los que hemos pecado; sentenciemos en nuestra propia causa escuchando la conciencia, y atengámonos al fallo de la razon, de la esperiencia, de lo mismo que vemos, palpamos y sentimos en nosotros mismos. ¿No se vieron precisados los sabios de que se habla en el libro de la Sabiduría, á confesar que habian errado andando en los caminos de la iniquidad? Al ver ó los que ellos tuvieron por necios, computados entre los amigos de Dios, siendo su suerte la de los santos: ¿no confiesan desesperados su malicia, teniendo por merecida su condenacion eterna? Pues este y no otro es el estado en que nos pone el buen juicio cuando no nos ciegan las pasiones. Demasiado sabe el que vive en el pecado que no hay esclavitud mas dura que la que sufre el hombre dominado por los vicios: ninguno como él conoce que no puede haber tranquilidad y sosiego en el corazon de los que aman, siguen y obedecen las leyes de un mundo en donde la emulacion despedaza las almas y la ambicion las atormenta: él observa que el interés es el resorte que todo lo mueve, y el amor propio el que todo lo agita, y de aquí infiere, que no es posible la apacible calma de la paz inalterable y alegría pura mas que en las almas justas, en

las religiosas del claustro, en las que aman á Jesus y siguen los caminos de su ley inmaculada. ¡Qué prodigio este tan demostrativo de la Providencia con que el Señor mira por los suyos! Sus mismos enemigos los aplauden y engrandecen de corazon aun cuando los insultan con un lenguaje que no está en armonía con su razon, ni con lo mismo que ellos esperimentan. Los mundanos, sujetándose á las leyes del pecado, obedeciendo á las pasiones, siguiendo á la prostituta de Babilonia por los floridos jardines de los deleites y placeres carnales, y bebiendo en doradas copas la abominacion que les corroe las entrañas, vocean, claman y dicen en su interior, que *es muy suave el yugo de nuestro Dios y muy ligera su carga.* No necesitábamos que lo dijeran, pero bueno es que la mentira sea cogida en su mismo lazo, y que de sus labios salga, bien á pesar suyo, la verdad.

Vosotras sabeis, que hay cruces en el camino de la virtud; pero esperimentais que es muy esquisito el fruto que producen. Sabeis que el Señor carga á sus esposas como á todos sus siervos, con algun peso; pero es tan leve, que aun sin trabajo lo puede llevar un niño. Sabeis en fin que nuestra santa y adorable religion tiene sus leyes, pero que derraman la dulzura en los que las guardan y observan. En esta materia ¿quién debe ser mas creido que los santos, cuya esperiencia los hizo maestros, y en cuya virtud afianzaron el mas seguro testimonio de su veracidad? Muchos se quejaban amorosamente al Señor de los escesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas en medio de sus mortificaciones y penitencias. Leed las vidas de vuestros santos patriarcas, las de san Francisco Javier, las de

santa Gertrudis, la de santa Teresa de Jesus y las de tantas otras esposas del cordero vírgen que se santificaron en los claustros, y en ellas encontrareis el secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de la vida monástica. Leed tambien esos libros devotos que vuestra prelada ha puesto en vuestras manos para alimentar y nutrir vuestra piedad, y vereis que todas las leyes monásticas se dirigen derechamente á cegar el manantial de nuestros disgustos; á humillar, abatir y sujetar nuestras pasiones; á dar la libertad que nos alcanzó el vencedor del pecado, y á hacernos fuertes y poderosos con el inespugnable escudo de la Fe, por lo que los santos obraron la justicia, y conquistaron los reinos, como lo dice el apóstol á los hebreos y lo repite á los filipenses cuando les decia: *Todo lo puedo con la virtud y gracia de aquel Señor que me conforta.* A una viva fe, á una perfecta confianza y á una encendida caridad nada sabe negar nuestro Dios. Con estas virtudes, dice san Pablo, cerraron los santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas valor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra contra los enemigos de sus almas, derrotaron ejércitos de enemigos esteriores; es decir que no solo domaron sus pasiones, sino que se rieron de los suplicios, burlándose de todo el infierno junto. *La victoria que vence al mundo es debida á nuestra fe,* dice san Juan. No la fe de los cristianos de estos tiempos que es una fe muerta ó moribunda; sino una fe viva, una fe pura, una fe humilde, una fe acompañada con obras meritorias, una fe verdadera con que vive, se alimenta y se fortifica el justo. Esta fe infunde el ma-

yor gusto y consuelo en el que cumple con las obligaciones de su estado, y formándose de ella la buena conciencia viene á ser una continua fiesta, como lo dice el Sabio. No hay ni puede haber en este mundo gozo igual al que esperimenta el que no hace cosa de que tenga que arrepentirse. Para gozar de una verdadera felicidad es menester que el ánimo esté tranquilo, y el corazon contento, y esto está solamente reservado á las almas fieles, á las que militan bajo la bandera del Señor que dijo: *Mi yugo es suave y ligera mi carga.*

Vosotras, religiosas santas, sois sin duda del número de las almas fieles que pueden hablarnos de la suavidad y dulzura de la ley inmaculada del Señor, mas dulce que la miel y el panal, segun la frase del salmista. ¿No habeis notado que la tranquilidad de la conciencia es el fruto ordinario de la virtud? ¿Y que la que mas se entrega á Dios, esa es la que mas la gusta? Yo sé que mas de una vez habeis dicho á vuestro Dios con san Agustin: «Señor: cuando no estoy llena de vos, no me puedo sufrir á mí misma: »yo no puedo hallar contento sino cuando me doy á vos »enteramente.» Así habla la gracia, así se esplica el alma fiel que sigue á Jesus; así sienten los que ejercitados en las virtudes han podido formar una idea cabal de aquella secreta dulzura con que Dios suaviza su yugo. ¡Ah! Estas almas privilegiadas se subliman hasta el trono de la divinidad ante el que esperan morar por perpetuas eternidades; se les ha dado á gustar anticipadamente algun destello de la gloria del cielo acá en la tierra, y el deseo de unirse á Dios las arrebata, las extasía, las hace estar en carne mortal, como si no estuvieran. Son suavísimas las

lágrimas que algunas veces derraman á los pies de un Crucifijo, y en ellas encuentran el mayor gusto y placer, una satisfaccion mas delicada y esquisita que la que cabe en la comprension de los mundanos. ¿No es esto verdad? Yo para hablaros de esta materia he consultado con los libros santos; he leido en muchos piadosos, y en ellos he hallado, que las consolaciones espirituales con que Dios conforta el corazon de sus amados son tales, que quien llega á probarlas, confiesa que goza parte de las delicias de la gloria: y que la religiosa á quien favorece de esta suerte su celestial Esposo, no encuentra pena en los dolores del cuerpo, ni en los trabajos, ni en las enfermedades, ni en las desgracias, ni en las tribulaciones, ni mucho menos en los ejercicios de la mortificacion y penitencia, sino que al contrario encuentra gozo, placer y consuelo en sufrir y padecer por su amado, teniendo siempre presente que no estan en proporcion los padecimientos de esta vida con los bienes y delicias que Dios prepara á sus escogidos en la gloria. Yo he hallado en la sagrada Biblia, que el real Profeta afirmaba que habia padecido muchos y crueles dolores; pero afirmando al mismo tiempo, que en medio de ellos gozaba de grande alegría, porque las divinas consolaciones letificaban su alma llenándola de un gozo celestial solamente conocido del que lo esperimentaba. San Pablo tambien confesaba ser muchísimas y graves sus tribulaciones, pero diciendo: que *El Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion es el que me consuela en todas ellas*, llenándome de un gozo muy superior á todo humano deleite. He contemplado á los apóstoles alegres y contentos en las fatigas de su ministerio, y estremadamente regoci-

jados á la vista de los suplicios de muerte que les iban á abrir las puertas del cielo. Me he asombrado al ver los diez y ocho millones de mártires de toda lengua, de toda nacion, de toda condicion, estado y sexo, que se ofrecieron alegres y contentos á los mas horrorosos tormentos por alabar y bendecir en ellos al capitan divino que les enseñó á morir entregando su espíritu en las manos de Dios: y hallando una multitud de confesores haciendo los oficios de los ángeles, bajo la sombra del árbol ignominioso convertido en signo de salud y de gloria desde que fue digno de sostener al Redentor del mundo; á una prodigiosa muchedumbre de anacoretas y cenobitas muertos al mundo con su vida escondida con Jesucristo en Dios; y á innumerables vírgenes alimentadas con las austeridades de la mas rigurosa mortificacion y penitencia, teniéndose por dichosas en imitar á su divino Esposo en la pobreza, en la obediencia, en la castidad purísima, y en todos sus desprecios, oprobios, humillaciones, pesares, desamparos, tormentos y miserias, no he podido dejar de confesar y decir mas convencido que de mi propia existencia, que salió una verdad eterna de los labios infalibles de Jesus cuando dijo: *Mi yugo es suave, y ligera mi carga. Iugum meum suave est, et onus meum leve.*

¿Qué importa que yo tibio, flojo y descuidado no esperimente la suavidad y dulzura de la ley santa del Señor, si esto no consiste en la ley de suyo agradable y deliciosa, sino en la perversidad, en la disipacion y en la irregularidad de mi vida viciosa, relajada y descompuesta? ¿Perderán el fuego su actividad, y la luz su virtud, porque aquel no abrase al momento un leño mojado, y la luz ba-

ñe al que tiene dañados los ojos? A un enfermo toda comida le es amarga, y á un convaleciente cualquiera peso por ligero que sea le parece enorme. Hay que desengañarse, y convenir en que no está la amargura en el yugo del Señor, sino en la destemplanza de nuestro paladar; en el mal humor que engendra el pecado. Es artículo de fe que la ley de Dios es dulce, y fáciles sus mandamientos. El que quiera ver demostrada esta verdad, esperiméntela en sí mismo; guarde con fidelidad los preceptos del Señor; comience desde hoy cada uno á dar exacto cumplimiento, con el auxilio de la gracia, á todas sus obligaciones: oracion, recogimiento interior, presencia de Dios, ejercicios de piedad, total desprendimiento del mundo, del demonio y de la carne, degüello del amor propio y destierro del orgullo, caridad... esto basta, si se hace por un motivo santo de religion, para que no pase un solo dia sin que los fieles esperimenten la suavidad y dulzura que Jesucristo ha puesto en su yugo: nada mas necesita para hacer ligera su carga; y todo esto va con ustedes, religiosas respetables. Yo bien sé que hay sequedades, desvíos, y aun desaires por parte del divino Esposo en el trato que tiene con sus escogidos, y que no siempre se hacen sensibles sus consolaciones en las almas mas puras y perfectas: pero ahí está santa Teresa de Jesus muy esperimentada en esta materia: consultadla, y ella os dirá: que hay gusto y placer en no tenerlo, cuando Dios lo niega para probarnos y purificarnos. No olvideis esto jamás, y entended que agravian á la ley santa del Señor los que exageran su aspereza y su carga: que es una mera calumnia la de los que con sus dificultades y aspavientos atemorizan y acobardan á los fie-

les en los caminos de sus justificaciones, y una estúpida asercion la de los que dicen, que cuesta mucho el ser santos. Si esto pudiera disculparse en los seglares por su ignorancia, en las religiosas del claustro no puede tolerarse; en los que como vosotras comprenden los maravillosos secretos de la vida espiritual, y la fuerza y poder de la divina gracia, es una blasfemia el decir que para subir al cielo es necesario trepar por breñas inaccesibles y derrumbaderos dificultosos. Verdad es que se dice en el Evangelio que es estrecha la senda que conduce á la vida eterna: pero es al vencer y domar las pasiones, al combatir brazo á brazo contra los enemigos de nuestras almas, al reducir la carne á servidumbre, y atendiendo á los trabajos, dolores y padecimientos naturales que sentimos en los ejercicios de la mortificacion y penitencia. Cierto es que el reino de los cielos padece violencia, y que los violentos son los que lo arrebatan: pero por ventura ¿habrá un solo justo que no haya esperimentado en la lucha de sus pasiones con la razon ilustrada y sostenida con la fe, y en medio de sus austeridades y penitencias, delicias inesplicables, consuelos incomprensibles, dulzuras esquisitas, placeres y alegrías espirituales de que solo tienen idea los que las esperimentan? ¿Qué inconveniente hay en que una cosa amarga produzca un efecto dulce y sabroso: el que entre las espinas se crien las rosas, en que la quina quite una fiebre ardiente, y el que con un clavo se saque otro clavo, como vulgarmente suele decirse? Pues esto y nada mas sucede en nuestra religion divina. En ella los sacrificios, las penitencias, los ejercicios monásticos, las humillaciones y la total abnegacion son medicinas amargas que

mortifican no poco al que las toma, pero son saludables: restituyen el vigor que necesita el hombre para pelear las peleas del Señor; fortifican el alma, la alientan y robustecen contra el poder del mundo y del infierno, la conducen hasta la cumbre de la perfeccion evangélica, y allí es en donde la dichosa criatura que ha seguido constante por los caminos de la cruz dice llena de gozo celestial. ¡O Jesus divino! Yo conozco y esperimento que *es suave tu yugo, y muy ligera tu carga.*

Así es, y así quisiera yo que lo comprendiérais vosotras, esposas queridas de Jesus, para que alegres, contentas y satisfechas anduviérais los caminos de la Cruz en que habeis entrado inspiradas por el cielo: No retrocedais á la vista de lo que teneis que sufrir y padecer, porque son muy deliciosas las caricias con que el amable Jesus paga todo lo que por él se sufre y padece. No os detengan los nombres de mortificacion y penitencia, que aunque parecen ásperos, son de una significacion muy dulce. Acordaos de que san Pedro de Alcántara, ejemplar de penitencia, se apareció glorioso y resplandeciente á santa Teresa de Jesus y le dijo: ¡*O dichosa y dulce penitencia, que me has merecido tanta gloria*! A ella vais derechas por la observancia de vuestra regla y constituciones monásticas; poned todo vuestro cuidado en cumplir con la mayor exactitud los deberes de vuestro estado, y creed que si no habeis gustado la dulzura de la vida monástica, ni hallais facilidad en el cumplimiento de la ley santa del Señor, es á no dudarlo, por vuestra indisposicion y por vuestra culpa. No deis oidos mas que á vuestra fe y á vuestro corazon: hablad de la virtud como hablan los que han gustado

los frutos de esa tierra de promision. Decid que esos claustros son la region en donde reina eterna calma; que en ella siempre se descubre el cielo sereno; que es un jardin por donde corre un rio de leche y miel cuyas moradoras gozan de una alegría pura, y de una paz inalterable. Estad en fin firmemente persuadidas, y defended con vuestra religiosa conducta, que es una verdad, que *el yugo del Señor es suave y ligera su carga*, á la vista de la gloria eterna que ha prometido Dios á los que lo aman y cumplen exactamente sus preceptos sacrosantos. Caminad por la senda de la Cruz, y ella os llevará entre dulzuras celestiales hasta entrar en los gozos eternos de vuestro Señor en los tabernáculos de la gloria que os deseo. Amen.

A. M.

PLATICA X.

SOBRE LA TIBIEZA EN EL SERVICIO DE DIOS.

El estado de tibieza en la vida monástica, es el mas espuesto y peligroso que puede imaginarse.

Desperata est plaga ejus.
Es incurable su enfermedad.
MICHE., C. 1, V. 9.

Dirigido por mi Padre san Bernardo, vengo hoy resuelto á hablaros sobre una enfermedad funestísima que hace estragos espantosos en los claustros. No hay comunidad religiosa, dice el santo abad de Claraval, en donde no se hallen almas tibias que llevan el yugo de la religion de mala gana; que no piensan mas que en sí mismas y en lo que mas puede agradarlas; que obedecen sin virtud; que oran sin atencion; que hablan sin circunspeccion, y leen sin edificacion. Estas almas viven tranquilas en el terrible y horroroso estado de la tibieza, y en él no solo arriesgan su salvacion, sino que se hace casi irremediable el peligro

en que se hallan de condenarse. A un grande pecador abismado en los mayores desórdenes no le cuesta trabajo el conocer el peligro en que se encuentra ; puede reflexionar sobre su miseria, tratar de salir de ella y convertirse, recurriendo á los sacramentos que son unas eficaces medicinas que nos sanan y justifican. Pero siendo la ceguedad el primer efecto de la tibieza, y el oficio de las almas tibias el de encubrir los peligros que ellas mismas se crean, ¿cómo podrán percibir la necesidad en que se hallan de volverse á Dios pidiéndole misericordia? A una religiosa que se relaja poco á poco, que se familiariza insensiblemente con la disipacion, que se acostumbra á sus defectos y gusta de ellos; en quien el hábito sofoca y aun previene todas las reflexiones, y estingue todos los remordimientos; que nada teme ni de nada desconfia porque sigue los ejercicios monásticos guiada por un encubierto y escondido amor propio que desconoce, y á quien las prácticas religiosas deslumbran y adormecen en tan lastimoso estado: ¿cómo podrá hacérsele entrar en el camino de su santificacion? El gran Casiano afirma, que ha conocido á varios pecadores que se han convertido y mudado en fervorosos: pero que jamás ha observado esta mudanza en las religiosas tibias. En estas ninguna impresion hacen las amonestaciones saludables, los sermones capaces de ablandar á los mas obstinados pecadores, las lecciones piadosas, los ejemplos edificantes, los accidentes adversos, ni ninguno de esos medios de que se vale comunmente la Providencia misericordiosa para poner en los caminos de su ley santa á los que ha predestinado para la gracia y para la gloria. La religiosa tibia se cree segura, nada teme, vive

en un endurecimiento el mas insensible, está en el estado mas lastimoso que puede imaginarse; junto á él parece que se ve la reprobacion; no es estraño que el profeta llame incurable esta llaga abierta en las personas del santuario. *Desperata est plaga ejus.*

Dios mio: ¿es una verdad todo lo que acabo de decir? ¿Podrá creerse que una religiosa ocupada en ejercicios espirituales, recogida y fuera de los peligros del siglo, dedicada á la mortificacion y penitencia, y hecha en lo esterior una copia de las Escolásticas, Claras, Ritas y Teresas, se vea en un estado mucho mas peligroso que el horroroso en que se encuentran los mayores pecadores del mundo carnal y terreno, que ha sabido despreciar? ¿Será posible que las llamadas á asistir de cerca al trono de la divinidad se hallen al borde de un precipicio conmovido, que amenaza sumergir en los abismos á cuantos se le acercan? Sí, señoras: es esto tan posible, como lo fue el caer un ángel hermosísimo de lo mas alto del cielo á lo mas profundo del infierno. La tibieza es capaz de hacer un demonio encarnado de una monja que ha tenido la funesta habilidad de convencerse á sí misma que es santa y virtuosa, viviendo fuera de la ley inmaculada del Señor. Tremenda verdad: pero lo es, y deseo que la tengais presente para que vigileis, y no os suceda lo que á las vírgenes tibias y negligentes de que nos habla el Evangelio. Despertaron sobresaltadas; y viendo que se apagaban sus lámparas por falta de aceite, lo pidieron á las vírgenes prudentes que lo conservaban en el vaso de su caridad: pero no; contestaron estas, no podemos daros ni una gota, nó sea que si repartimos el que tenemos nos falte á todas; marchad mas bien á comprarlo. Mientras

fueron vino el Esposo, y hallando llenas de gracia á las que no se habian dejado dominar de la tibieza, las llevó consigo al festin eterno de las bodas celestiales, y cerró la puerta. Llegan á poco rato las que por su descuido ó soñolencia no estaban provistas del óleo de la caridad; llaman, gritan, suplican, lloran, claman y dicen: «Señor, Señor: abrenos.» Pero el Señor les respondió: *Nescio vos*: *no sé quiénes sois*; *no os conozco*: y no entraron en el reino de los cielos, sino que se condenaron por carecer del vestido nupcial de la gracia tan necesario para acompañar al Cordero inmaculado. Esto, señoras, no es un cuento inventado para entretener el tiempo, y divertir á los ociosos: es una parábola con que el Redentor del mundo y Maestro de nuestras almas quiso enseñarnos el funesto paradero de las que comprometidas á vivir en la santidad y observancia de la ley, se dejan dominar de la tibieza, sin atender á que en esta vida estamos todos como en un pais enemigo lleno de riesgos, de tentaciones y de lazos; en donde nuestros sentidos nos engañan, nuestro espíritu nos deslumbra, y nuestro corazon nos hace traicion. Nuestro Salvador redujo todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales en que estan contenidas las demás: *Vigilad y orad para no caer en la tentacion*, nos dijo la sabiduría eterna queriendo asegurarnos el triunfo y la victoria, prometiendo la gloria á los que fuesen fieles hasta el fin, y amenazando con los fuegos sempiternos á los descuidados, tibios y negligentes: pero porque no se creyese que escluia á los profesores de los consejos evangélicos, habló espresamente de vosotras las religiosas del claustro en la parábola de las vírgenes fatuas y vírgenes prudentes, y no solo no queda

lugar á la duda, sino que con la mayor claridad se os dice, que si vigilais y orais poniendo por vuestra parte lo que se os pide, y contando con la gracia os encontrará bien dispuestas y preparadas vuestro Jesus divino, y os introducirá en los gozos de vuestro Señor: pero que si os dormís, y entregadas en los brazos de una tibieza estúpida, impía é insultante, todo lo quereis de balde, y nada haceis por vuestras almas, os encontrareis burladas, y jamás vereis venir á vuestro Redentor para llevaros á la corte celestial. Allí no entra mas que la santidad proveniente de la perfecta observancia de la ley: Allí no se admiten almas de muchos colores y de muchos dueños; todo ha de ser puro, limpio y pesado en la balanza del justo juez. En la parábola de las vírgenes se dejan percibir estas verdades. A ella os remito, para que veais y reflexioneis sobre las vírgenes prudentes y vigilantes á cuyo encuentro salió el Señor para llevarlas á la gloria, y no aparteis vuestra consideracion de las tibias y negligentes que desagradaron tanto al Señor, que al llamarlo con diligencia les contestó y dijo con desprecio: *Nescio vos*: *No os conozco*. ¡Qué desgracia esta! Es inmensa: y ¿qué haremos, Dios de bondad, qué haremos para evitarla? ¿Cómo ahuyentaremos de esta comunidad santa la tibieza enemiga de la vigilancia propia de las vírgenes prudentes llamadas á las bodas celestiales? Dándola á conocer podremos lograr que se aborrezca, que se destruya, que se arroje de este lugar santo, y no se vean en él sino vírgenes provistas del aceite de la caridad capaz de tener encendidas las lámparas de sus almas por eternidad de eternidades.

Es, pues, la tibieza un monstruo que despedaza á los

que no velan, un líquido sutil que borra la memoria de los beneficios del Señor, la madre de la hipocresía, la hija de la indolencia, el gérmen del indiferentísimo religioso, bajo cuya sombra descansa la impiedad y se cobijan los vicios mas perniciosos. Su peligro está en que se hace invisible, en que pone un velo en los que la tienen para que no la conozcan ni vean su deformidad. Es una especie de entorpecimiento ó de dureza tan particular, que hace mirar los objetos mas terribles de la religion como los mas comunes y tribiales en que tan apenas se fija la atencion. Mas todavía: todo lo que conmueve y reanima la fe y la piedad del comun de los fieles, aumenta el letargo del que es víctima de la tibieza; no hay cosa que la despierte; hasta los recursos de la religion entíbian mas al alma tibia; un frio mental la hiela; no parece sino que Dios castiga á la tibieza con la tibieza misma. Por eso dice san Buenaventura que es menos difícil la conversion de un pecador secular, que la de una persona religiosa que desfallece. Hasta el mismo Dios que hace tanto ruido para despertar al pecador, parece que calla y que embaraza todo lo que podria escitar y avivar á una alma tibia. ¿Hay acaso en esto una señal de reprobacion? Yo no lo sé; pero afirmo y aseguro, que todo el que sepa lo que es la tibieza y no la deteste, es mucho peor que un infiel; es un demonio rebelado contra su Dios de un modo infame, falso y ratero, puesto que no quiere ser su enemigo declarado, sino oculto y escondido, pareciéndole que así puede herir sin riesgo; ó quién sabe, la tibieza aun puede sugerir la idea de que se ama y sirve á Dios cuando mas se le ofende: y siendo así, ¿quién no la teme y huye de ella como de un ene-

migo peligrosísimo....? Por Dios, religiosas amables, por Dios os pido y suplico que os dediqueis á examinar y ver si la tibieza hace estragos entre vosotras: escudriñad vuestros interiores: confrontad todas vuestras obras con el modelo y ejemplar que se os puso en el monte de la Cruz, para que por él arreglárais vuestra conducta: mirad si cumplis exactamente con vuestros deberes monásticos, y no perdoneis diligencia alguna para ver si en algun pliegue de vuestro corazon hay escondido algun agente del amor propio, principio, causa y orígen de la tibieza que acomete con tanta maña y destreza á las que han entrado en los claustros para amar y servir en ellos al Dios que tanto se merece vuestro amor. Jamás pongais vuestros ojos en las virtudes que teneis, sino en las que os faltan; en la perfeccion á que no habeis llegado, y en tantos otros defectos que os impiden ver y reflexionar sobre vuestra vileza, sobre vuestra miseria, sobre vuestra indignidad, y sobre el estado en que os encontrais. Porque al fin, ¿qué monja podrá haber, por perfecta que ella sea, que no se confunda, abata y se anonade al contemplar lo que debe ser una esposa de Jesucristo, y lo que ella es? ¿Qué santo ó santa ha habido en la tierra, que al mirar la magestad del Señor no haya dicho con el gefe militar del Evangelio: *Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada?* ¿No ha puesto la Iglesia estas palabras en la boca de todos los fieles cuando se acercan á los altares á recibir el cuerpo y sangre del Hijo del Altísimo? Pues humildad, humildad y mas humildad para destruir con ella el orgullo y el amor propio, y arrancar de raiz la tibieza, que es el mayor enemigo que tienen las religiosas.

Aun no me contento con lo dicho. Es de inmensa importancia esta plática, y no quisiera que por falta mia dejara de surtir los efectos que me he propuesto en ella, reducidos á que seais del número de las vírgenes prudentes y vigilantes, tan atendidas y acariciadas por Jesucristo, vuestro celestial Esposo. Bien sabeis que la mas peligrosa señal de una salud alterada ó que comienza á alterarse, es el disgusto de los manjares mas propios para escitar el apetito. Veamos, pues, por este principio si vuestra salud espiritual está ó no en el conveniente grado para poder calificarla de buena y perfecta. Vosotras al oirme vereis si estais acometidas de la tibieza para desterrarla y veros libres de ella. Yo os aseguro que la tibieza mora en la religiosa que no encuentra amables las obligaciones del claustro, y que es una señal segura de que no se halla libre de ella cuando la oracion se hace penosa y la regla inobservable; cuando cada paso cuesta un esfuerzo, y parece que se amortiguan los fuegos del amor; cuando se camina como á tientas y á ciegas por un árido desierto, sin saber á dónde se va: cuando á cada paso se encuentran precipicios, sin encontrar mano que guie y sostenga, ignorándose si Dios está favorable ó enemigo, si se peca ó si se merece; cuando además se recela como Job en todas las cosas, y se encuentra un martirio en los ejercicios de piedad. Para la religiosa tibia todo es desconsuelo, todo náusea y sinsabor, todo amargura y pesar: su situacion es tan incómoda como la que siente el que percibe los síntomas de una grande calentura; ve venir una deshecha borrasca, una tormenta terrible, capaz de amedrentar al ánimo mas esforzado: familiarizada con las prácticas religiosas ve apa-

garse entre ellas el primer fervor, y sobre la marcha sienta un género de vida acomodado á su amor propio, en que se permiten sin escrúpulo ciertas omisiones que le hubieran dado que sentir en los primeros dias de su entrada en el claustro. La tibieza mueve á la monja á que se saborce con lo bueno material que ejecuta, y se gloríe en no cometer los grandes y estrepitosos pecados que tanto ruido meten en el mundo. Yo voy al coro, asisto á todos los oficios conventuales, vivo recogida, no soy como esas gentes abandonadas del siglo, estoy atenida á la voluntad de Dios... Así se esplicaba el fariseo desechado por Dios: en él deben ver su suerte las religiosas tibias. Ahora bien, sed francas é ingenuas, y decid allá en vuestro interior: ¿Os hallais retratadas en lo que acabo de indicar? ¿Os toca algo de lo que dejo espresado? ¿Os encontrais estacionadas en los caminos de la virtud sin dar un paso adelante? Pues si hay algo de esto, la tibieza mora en vuestro seno, y ella acabará con vosotras si no la desalojais y destruís para siempre. Aun afortunadamente es tiempo; toda la dificultad estaba en conocerla, pero conocida, ya podemos darla por vencida. Si os convenceis ó sospechais que la tibieza os tiene acometidas, no os acobardeis: humillaos á la vista de la carne que vestís, armaos con el escudo de la fe, y tened presente que para no caer en la tibieza no hay como ejercitarse en las prácticas siguientes que copio de un libro piadoso. Primera: cumplir con puntualidad escrupulosa todos los ejercicios de piedad. Segunda: no solo no omitirlos jamás, sino tener el mayor cuidado en hacerlos cada dia con el fervor posible. Tercera: al hacerlos, hacerlos como si aquella fuera la última vez que se hacen en

toda la vida, por estar la muerte llamando á la puerta. Cuarta: luego que se haya caido en algun defecto, castigarlo con alguna severa penitencia. Quinta: pedir á Dios de continuo y con fervor, para no servirlo jamás con pereza, con ociosidad y negligencia. Sesta y última: vigilar y orar sin intermision. Añadid á estas prácticas que deben sostener y aumentar vuestra vigilancia, las de una fe viva, las de una esperanza firme, y las de una caridad ardiente, y no temais á la tibieza, porque esta no puede entrar mas que en las religiosas que le abren la puerta con algun defecto ó pecado que debieran evitar. Seguid constantes en el camino que habeis principiado sin jamás perder de vista á vuestro divino Jesus, y él os llenará de fortaleza como á Judit, descansará en vosotras el espíritu del temor de Dios, y el Señor saldrá á recibiros en la hora de vuestra muerte para llevaros como á las vírgenes prudentes á las bodas de vuestro celestial Esposo Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

A. M.

PLATICA XI.

SOBRE LAS ESCELENCIAS Y GRANDEZA DE LA ORACION.

Con la oracion puede unirse el alma á Dios en terminos, que no solo haga siempre la voluntad divina, sino que no pueda dejar de hacerla.

Sine intermissione orate.
Orad sin intermision.
I. Thessalon. c. V, v. 17

Entre las maravillas y grandezas que dicen los santos de la oracion mental ninguna me ha hecho tanta impresion como la que espresa mi melifluo padre san Bernardo en el Tratado de la vida solitaria. Dice que por ella puede llegar el alma á tan elevado estado, que esté unida con Dios con una union tan *propiamente propia*, que no deba llamarse semejanza, sino unidad, y que con esta unidad se une tanto la criatura con Dios, que no solo quiere lo que él quiere, sino que no puede querer otra cosa que lo que quiere Dios ¿Pue-

de imaginarse cosa mas escelente y soberana? ¿Puede haber mayor felicidad en esta vida, que amar á Dios con un amor tan intenso y unitivo, que no solo esté el alma queriendo siempre lo que Dios quiere, sino que no pueda querer otra cosa diferente? ¿Quien oyó jamas cosa semejante? No quiso decir el santo padre, que el hombre por muy unido que estè en esta vida mortal con su Dios, no pueda absolutamente obrar á su arbitrio y ofender á la magestad divina, pues que esto sería hacer impecable al que ora; sino que puede llegar el alma por medio de aquella union á un estado tan alto y divino, y á estar tan arraigada y connaturalizada con los bienes sobrenaturales de la gracia, que con dificultad puede ofender á Dios, ni obrar contra la voluntad del amado de su corazon. En este sentido se esplicó san Ambrosio diciendo que cuando el alma llega á aquel dichoso estado se olvida totalmente de pecar; de manera que aunque quiera ofender á Dios no puede; porque no sabe salir del estado de amor divino y celestial en que se halla. Todo esto, añade el venerable Urosa, se ve en el antiguo José: pues que cuando su deshonesta señora intentó poner á prueba su castidad, se hallaba el santo mancebo tan unido á su Dios que contestó diciéndole, que le era imposible cometer aquel crímen, diciéndole: ¿Cómo puedo hacer yo estas cosas? *Quo modo posum hæc facere?* Su voluntad estaba tan resignada en la divina, que no podia querer cosa que no quisiese Dios. A tanto puede llegar una alma con la oracion. ¡Qué felicidad esta, amadas esposas de Jesus! Querer siempre lo que Dios quiere, y no poder querer otra cosa! Esto es comenzar ya á ser bienaventurados en esta vida, dice

el padre san Bernardo, pues que cuando el alma ha llegado á gustar en la contemplacion de la dulzura y suavidad que en tan íntima union le comunica Dios, sentiria tanto el que la apartaran del soberano bien que gozaba, como si la sacaran del paraiso y de las puertas del cielo en que se hallaba: hasta llegaria á preferir el estar por algun tiempo en el infierno antes que carecer del bien que con la union de Dios poseia. Dichosa el alma que goza de esta felicidad, dichosa la religiosa que está unida á su celestial Esposo de un modo tan divino: dichosísimas las monjas que alimentadas con la oracion incesante, viven siempre en la presencia de Dios siendo como el apóstol, que deseoso de nuestra perfeccion decia á los de Tesalónica: «Orad sin intermision. *Sine intermisione orate.*

Al hablaros de la oracion se me figura que os hablo de todas las escelencias de vuestro estado; del compendio y sosten de todas las virtudes; del alma y vida de la vida religiosa; de la union íntima con vuestro Dios; del lazo indisoluble que os une con el cielo; de lo que separándoos de la tierra os coloca en la region sublime en que la caridad hace que la esposa santa esté en Jesus, y Jesus en ella. Y sé que no me equivoco, porque en esto sigo á los santos Padres. Consultémoslos sino, é internémonos en una materia en que los hijos de la gracia dicen á una voz que es muy bueno estar en ella. La oracion no es otra cosa que levantar el alma á Dios y pedirle mercedes. Pedir á Dios es orar, decia san Agustin. En pedir á Dios lo que necesitamos para salvarnos reconociéndolo como á un padre que puede y quiere favorecernos, consiste la oracion, dicen los teólogos y ascéticos que tratan de ella. Recordad lo que habeis

notado en la oracion, y fácil os será conocer que es un movimiento del corazon hácia Dios, un gemido del alma á la vista de las culpas cometidas, un sentimiento vivo y secreto de nuestras flaquezas y necesidades, y un acto de fe con la esperanza de que Dios atienda nuestras peticiones. La oracion, dice san Juan Crisóstomo, trata con Dios, habla con Jesucristo, pide lo que desea y alcanza lo que quiere. Ella, añade san Juan Clímaco, es la union del alma con Dios, la madre de la gracia, el perdon de los pecados, y el arma contra todo género de males. La oracion en sentir de mi doctor melífluo, todo lo puede, es sacrificio para Dios, alegría para los ángeles, socorro para los que oran, remedio para los pecadores, y luz para los estraviados é ignorantes. La oracion.... ¿pero qué no es la oracion? ¿Qué no es levantar el alma á Dios y pedirle mercedes? Con este acto religioso conseguimos todos los bienes y ahuyentamos todos los males; aseguramos la gracia, nos libramos del infierno, y arribamos á la gloria. Orando y pidiendo á Dios de corazon nos espiritualizamos, nos hacemos racionales y divinos, nos familiarizamos con la divinidad haciéndonos sus confidentes, y entramos en posesion de los tesoros del Omnipotente. En una palabra, aun en sana filosofía y razon recta puede asegurarse que jamás somos mas grandes que cuando tratamos nuestros negocios con el Dios que nos ha criado y redimido para la gracia y la gloria. Si pues, con la oracion todo se puede y alcanza, y ella nos une con Dios poniéndonos á cubierto de todo pecado, en perfecta conformidad con la voluntad divina, y con señales marcadas de nuestra predestinacion: ¿habrá que estrañar que la prescribiesen los patriarcas de las ór-

denes monásticas á sus hijos, y que ella sea la principal ocupacion de las religiosas del claustro? Vida de oracion es la de los profesores de los consejos evangélicos, segun los oráculos sagrados, y sin ella, dice mi padre san Bernardo, aunque una monja esté todo el dia ocupada en los ejercicios que quisiere, aunque sean de humildad, de obediencia, de divinas alabanzas, de mortificacion y penitencia y otros semejantes, sacará tan poco fruto, que será mucho si no lo pierde todo. *Omne tempus, quo de Deo non cogitat, perdidisse se computet.* Es decir, que si no se medita, se considera y se piensa todo cuanto bueno se hace, es enteramente estéril é imperfecto: que todo el tiempo que la religiosa pase sin orar, lo tenga por perdido. Y su discípulo el papa Eugenio hablando de la meditacion dice, que es necesaria para que con su arrimo tengan vida las buenas obras que se hicieren, y que no siendo así se tenga la vida por perdida y rematada. Los dos serafines en la tierra el gran padre san Francisco y san Buenaventura, deseosos de que todos los ejercicios monásticos tengan su fruto correspondiente, y no se pierdan de todo punto, dicen: que no solamente no son de provecho nuestras ocupaciones y ejercicios, si falta la oracion que los dirija y ponga en ellos el alma que da la vida espiritual, sino que aun los mas perfectos y aventajados en la religion serán secos, imperfectos y próximos á una gran caida; y que puede asegurarse que si no perciben y esperimentan la dulzura y suavidad que hay en el yugo y carga del Señor, es porque no disponen y preparan las viandas de la religion con la oracion. De manera, que aunque estar en el coro y en otras ocupaciones santas todo el dia, sea de suyo tan bueno y laudable,

puede venir á ser todo ello no solo de poco ó de ningun fruto sino de mucho daño y perjuicio si en lugar de tener presente á Dios, en nada se cuenta con él, teniendo el alma distraida y ocupada mas bien en lo terreno y humano, que en lo celestial y divino. Es necesario que tengais muy presente que la oracion es la que une el alma con Dios, y que sin esta union nada meritorio puede haber en los fieles.

Estas doctrinas deben seros muy conocidas y familiares; sin embargo, ¿quién sabe si el enemigo tan astuto y sagaz en el arte de engañar, os dirá allá en vuestros interiores, sin que lo percibais, que el Espíritu Santo dice, que hay tiempo para todo; que lo hay para llorar y para reir, para rasgar y para coser, para callar y para hablar, y que el estar de continuo en un mismo estado es no solo contra la naturaleza de las cosas, sino que tambien lo es contra la ordenacion divina en las materias de la gracia? ¿Quién sabe, vuelvo á repetir, si el enemigo de vuestras almas os sugerirá la idea de que no debeis orar de continuo, sino solamente cuando se os llama al coro á la meditacion, y en alguno que otro rato de recogimiento en vuestras celdas? No escucheis al padre de la mentira, que quiere engañaros, como á nuestros primeros padres en el paraiso. Yo os digo y aseguro, que debeis y podeis orar sin intermision, como os lo encarga el apóstol, y lo practicaron vuestros santos patriarcas, dejándoos en herencia su espíritu. Ni un solo momento debe tener una monja apartada su memoria de Dios; ni un solo pensamiento quiere el P. san Bernardo que tengamos, sin acordarnos del Señor, pues que en andar en su presencia consiste la santidad y perfeccion evangélica. Nuestro Dios dijo al padre

de los creyentes: «Anda siempre delante de mí, y serás perfecto; no apartes de mí tu memoria, y serás santo.» *Ambula coram me, et esto perfectus.* La memoria de Dios, dice san Ambrosio, escluye todo pecado; ninguna culpa grave es compatible con su presencia soberana. Y decidme, religiosas timoratas: ¿no es verdad, que conforme á estas sanas doctrinas, se os manda que todos los dias dirijais las obras á Dios, y tomeis su presencia por la mañana para conservarla y hacerla durar en todo el dia? Para esto, entre otros medios, ¿no se os manda suponer y tener por de fe, que Dios está presente en todas partes, y que á todos nos sigue sin que jamás nos deje? Pues si Dios no nos deja, no lo dejeis vosotras á él, pensad en sus infinitas perfecciones, ó en sus divinos atributos, domine siempre en vuestras almas la idea de que sois hechuras de un Criador, de un Redentor y esposas de un Glorificador, y esto es orar sin intermision, como lo manda san Pablo. Si al ofrecer las obras del dia habeis protestado que en todo quereis hacer la voluntad del Señor; que en todo quereis servirlo, agradarlo, bendecirlo y glorificarlo, y que vuestros deseos no son otros, que los de merecer por sus méritos la union mas íntima con vuestro amado, estad seguras de que perseverando en estos propósitos vivís en una continua oracion, y de que en ella no es fácil que tenga entrada el pecado en vuestras almas. Para conservaros siempre en la presencia de Dios, yo aconsejo á las jóvenes y principiantes, que se ocupen en pedir á Dios perdon de sus pecados, fortaleza para vencer los vicios, y conocimiento de su propia miseria, diciéndole «Dios mio: me pesa de haberos ofendido; os pido perdon y os suplico que no per-

mitais que yo os ofenda. Dadme, Señor, victoria contra mis vicios, y haced que me conozca y os conozca.» A las mas adelantadas y aprovechadas les diré, que pidan á Dios virtudes y trabajos diciéndole: «Dios de mi alma, dadme humildad profunda, pobreza y desnudez de espíritu, obediencia resignada y castidad perfecta, haciéndome pura como un ángel. Dadme dolores, afrentas y trabajos, y con ellos paciencia y fortaleza.» Las que son mas perfectas, y estan ya purgadas de vicios y de pasiones, hallándose adornadas de gracias y de virtudes podrán pedir á Dios su amor y caridad, olvido de las cosas de esta vida, conformidad con su voluntad y union íntima con él, diciéndole: «Ameos yo, Dios mio, como os aman los mas encendidos serafines. ¿Qué hay ya para mí en el cielo ni en la tierra fuera de vos, Dios de mi vida? Olvídeme ya de todo lo criado, y acuérdeme de vos tan solamente. No quiera yo mas vida, mas honra, mas gustos, mas consuelos, ni mas bienes que teneros en mi corazon y daros gusto. Viva yo en vos, y vos en mí, Dios de amor y de bondad.»

En estas y otras aspiraciones semejantes nacidas del amor divino, deben ejercitarse las religiosas mirando á Dios presente con una vista sencilla y amorosa, seguras de que así podrán hacer en todas sus acciones lo que nos dice san Pablo: «que si comemos, levantemos el corazon á Dios y le demos gracias; que si bebemos, hagamos otro tanto, y lo mismo en todo cuanto hagamos; de modo que podamos decir á nuestro Dios.» Señor, porque vos lo quereis tomo alimento, y os doy mil gracias porque me lo dais. Bebo, duermo, hablo, callo, rezo, canto, me mortifico y sigo los ejercicios monásticos por agradaros y daros gusto,

por hacer en todo vuestra santísima voluntad. «Procurad, pues, estar siempre en la presencia de Dios de tal manera, que jamás querais pensar mas que en uniros con él por el amor y la caridad.» Haciéndolo así, vuestra vida será una continua oracion; orareis sin intermision, como lo manda el apóstol, y todas vuestras acciones tendrán vida, fructificarán, no perdereis el fruto de las buenas obras, aumentareis los méritos, caminareis de virtud en virtud hasta el monte santo de la perfeccion evangélica, y en él vereis como vuestra alma se une con Dios de la manera que os lo dije en un principio, refiriéndome á mi dulce P. san Bernardo. No solo esperimentareis una dulce propension hácia el bien, y una grande repugnancia al mal, sino que no podreis querer la culpa y el pecado: ardereis en encendidos deseos de uniros mas y mas á vuestro celestial Esposo, y sereis tan santas y perfectas como deben serlo las que consagradas al Señor, han tenido la dicha de sacrificarle con todas las riquezas, bienes y delicias del mundo, su misma voluntad, sus potencias y sentidos, todo cuanto son, pueden y valen, y hasta el derecho de querer y desear cosa propia, ni aun en el mas lato sentido. Orando en todo lugar y en todo tiempo, siempre andará la religiosa recogida; no pensará mas que en componer su alma, en asegurar la pureza de su corazon, en la guarda de los sentidos y en la mortificacion de sus pasiones, y ella será sin duda una de las vírgenes prudentes y vigilántes que viviendo de la oracion y de la vigilancia se hicieron dignas de que el celestial Esposo les saliese al encuentro para acompañarlas é introducirlas en las bodas del Hijo del Rey inmortal que hace la gloria de cuantos lo miran. Oran-

do... Pero Señor: ¿No podrá V. decirnos cómo se deba orar, para que nuestra oracion siendo lo que debe ser, nos purifique, nos una con nuestro Dios, y seamos una misma cosa con nuestro Jesus divino? ¡Somos tan frágiles! Padecemos tantas distracciones, tenemos una imaginacion tan inquieta, y es tal nuestro trabajo, que lo mismo es comenzar á meditar un punto ó misterio, que al instante nos hallamos divertidas en otras cosas impertinentes, aconteciendo mil veces que cuanto mas queremos concentrar las ideas para meditar sobre lo que nos conviene, mas huyen y se esparcen, sin permitirnos contemplar lo que tanto convendria al bien de nuestras almas. Tambien nos sucede que en lugar de gustos, regalos y consuelos, no encontramos en la oracion mas que sequedades y desvíos de nuestro Dios, siendo por lo mismo tan escaso, ó tan nulo el fruto de este santo ejercicio, que llega á figurársenos que nos empeora en vez de mejorarnos. Sabemos las escelencias de la oracion; conocemos que ella es todo lo que dicen los santos Padres; y estamos de acuerdo en cuanto de ella se nos predica: pero en tenerla, como lo queremos y deseamos, está toda la dificultad. Allánesenos y tendremos la dicha de orar sin intermision, de vivir unidas á nuestro Dios, de no querer sino lo que él quiere, de ser dignas esposas suyas, y de no pensar ni apetecer mas que lo concerniente á nuestra santificacion.

Está bien, religiosas santas: está bien, lo que se me ha figurado pasa en vuestro interior con respecto á la oracion. Es justamente lo que indican los santos Padres tan esperimentados en estas materias, y sobre ello teneis un derecho á ser instruidas. Yo os hablaré con gusto sobre lo que ayuda

á tener la oracion como correspnnde; sobre lo que debe precederla, acompañarla, y subseguírsele, dejando satisfechas vuestras dudas, y allanadas vuestras dificultades; confiando en que surtirán buen efecto en vuestras almas mis esplicaciones, tomadas de los maestros y doctores de la vida espiritual, los santos Padres que tengo muy á la vista siempre que me propongo instruiros en vuestras obligaciones monásticas. Pero estas cosas deben ser la materia de otra plática, por tocar á su término la presente. Por hoy, fijad vuestra atencion en la escelencia, importancia y grandeza de la oracion, contando con que en ella consiste toda la vida monástica. Deseadla y pedidla humildemente al Dios que da su gracia á los humildes. Confiad en su bondad misericordiosa, y no olvideis que vuestro Esposo os ha dicho: «Pedid, y se os dará: buscad y encontrareis: llamad »y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe: el que busca, halla: y al que llama se le abrirá.» Ved aquí el mandato divino de la oracion, impuesto á los fieles para su dicha y felicidad. Tratad de cumplirlo advirtiendo, que aunque el grado de alta y sublime oracion que une el alma á Dios del modo que lo dice mi P. san Bernardo, es de pocos, porque es un don que el Señor concede á quien quiere; es tambien muy cierto, que Dios jamás lo niega al que lo pide y se dispone para recibirlo. En este sentido, en vuestra mano está la oracion que puede uniros con Dios en términos, que podais percibir en esta vida un destello de la felicidad eterna que Dios prepara á los suyos en la gloria que á todas deseo. Amen.

A. M.

PLATICA XII.

SOBRE LO QUE DEBE HACERSE ANTES DE LA ORACION, EN LA ORACION, Y DESPUES DE LA ORACION.

Para que con la oracion pueda unirse el alma con Dios, es necesario hacerla segun el espíritu de la Iglesia, y las enseñanzas de los santos Padres.

Apud me oratio Deo vitæ meæ.
Dentro de mi oraré al Dios de mi alma.
Ps. 41, v. 9.

Habeis dicho que sabeis las escelencias de la oracion; que ha llegado á vuestro conocimiento cuanto de ella han dicho los santos Padres, y que estais de acuerdo con cuanto de su grandeza se os predica: pero que hallais dificultades al parecer insuperables en su ejercicio, y que si pudiérais vencerlas tendríais la dicha de orar sin intermision, como lo manda el apóstol, de vivir unidas con vuestro Dios, de no querer sino lo que él quiere, de ser

dignas esposas suyas, y de no pensar, desear, y apetecer mas que lo concerniente á vuestra santificacion. Yo he ofrecido hablaros sobre lo que ayuda á tener la oracion mental como corresponde; sobre lo que debe precederla, acompañarla, y subseguírsele para que sea del agrado de Dios y aprovechamiento de vuestras almas, y vedme aquí dispuesto á cumplir mis compromisos. Deseo conduciros al monte santo de la perfeccion evangélica á que os habeis obligado á caminar, y contribuir por mi parte á que se cumplan los decretos misericordiosos de Dios sobre sus escogidos. Para esto he consultado, como siempre, con los padres, maestros y doctores de la vida espiritual, y fiado mas en su virtud, en su ciencia y santidad que en mi insuficiencia, recapitularé lo que nos enseñan acerca del ejercicio santo de la oracion principiando por

EL SILENCIO.

No hay religion monástica en que no se prescriba la virtud del silencio como necesaria para asegurar el recogimiento interior, la meditacion continua en las cosas de Dios, y la vigilancia con que deben vivir las que se proponen imitar á las vírgenes prudentes, introducidas en la gloria por su Esposo celestial. Para hacernos amables el silencio, dicen á una voz los santos patriarcas de los institutos monásticos, «Hagamos lo que dice el profeta: *Resolví observar todos mis pasos para no pecar con mi lengua, puse un candado á mi boca, enmudecí, me humillé y me abstuve de hablar aun de las cosas buenas.* Si en estas palabras nos enseña el hombre inspirado por Dios á abstenernos algunas

veces de conversaciones santas por respeto al silencio, ¿con cuánta mas razon deberemos poner entredicho á las malas, por temor al castigo que merece el pecado? Por esta razon se tiene tanto cuidado en que en los claustros no se hable ni aun de las cosas buenas, santas y edificantes. Escrito está con letras infalibles, que: *Hablando mucho no evitarás el pecado*, y en otra parte: *La muerte y la vida estan en poder de la lengua.* El padre san Benito dice: que el hablar é instruir pertenece al maestro, y que el oir y callar conviene al discípulo; por lo que manda en su santa regla, que si alguno hubiese de preguntar algo al prelado, lo haga con el respeto, sumision y humildad posible, cuidando de no hablar mas que lo necesario: pero las chanzas, las palabras inútiles ó cosas que puedan mover á risa en el lugar del llanto y del dolor, las condena para siempre en todos los lugares, y no permite que religioso alguno se atreva á chistar en semejantes asuntos, propios de los profanos y gentes que ignoran á Dios. En el callar, ningun peligro corre, dice el padre san Bernardo, pero en el hablar, el daño es manifiesto. El abad Arsenio con ser tan santo decia, que nunca le habia pesado de callar, y sí muchas veces de haber hablado. Háblese cuanto se quiera con Dios, porque en esto no hay peligro: pero de Dios háblese poco, aunque sea con los mas santos y perfectos, porque esto es espuesto, dicen los ascéticos, elevando á máxima moral este dicho: *De Deo pauca, cum Deo multa. De Dios poco, con Dios mucho.* Pero aun cuando del callar no se siguiera otro provecho que el de levantarse el alma con sosiego y quietud á meditar las cosas celestiales, y á contemplar á Dios en sus infinitas perfeccio-

nes, siempre sería justo y debido en las personas de oracion, el ayudarse de la santa virtud del silencio, como lo hacian aquellos santos monjes del yermo, tan dedicados á la contemplacion divina, de quienes dice san Gerónimo, que «observaban con suma diligencia el silencio, por considerarlo causa de la santa contemplacion.» *Summa cum diligentia observabant sancta silentia, tamquam sanctæ contemplationis causam.* Causa de la contemplacion llaman al silencio los que santificaron en él. ¿No deberemos darles crédito, gobernarnos por sus doctrinas, y cuidar de seguir sus ejemplos? No contento el padre san Bernardo con que el silencio sea la causa de la contemplacion, dice que ayuda tanto á ella, que obliga al que lo tiene á contemplar las cosas celestiales: *Juge silentium cogit cœlestia meditari.*

Todo esto se entiende cuando el guardar silencio se ordena á la oracion, y á traer el alma desocupada de los estorbos que la pone el hablar, para que de este modo esté mas libre y mejor dispuesta para tratar con Dios, pues que, como dice el mismo santo, nunca hablamos mejor con Dios que cuando hemos callado con los hombres. Pero si se trata de un silencio genial producido por la necedad ó melancolía del que lo tiene, porque no se le tenga por corto ó por ignorante, aunque á veces no sea malo este silencio, no es sin embargo el silencio santo que buscamos, aquel silencio con que se calla por evitar pecados y estar mejor dispuestos para hablar con Dios, agradarle y darle gusto. Ni esto es decir que debamos ser mudos, pues que, como lo dice san Gregorio, la virtud del silencio no consiste en callar de todo punto, sino en callar y hablar cuando conviene, como lo dice el Sabio. A esto acaso podreis decir. ¿Cómo sabremos

cuándo con el hablar no se quebranta el silencio? Voy á deciroslo proponiéndoos tres reglas, para que teniéndolas presentes, sepais *cuándo* y *cómo* debeis callar y hablar sin faltar á la virtud del silencio que se os manda guardar. *Primera*: en todas las órdenes monásticas se manda que raras veces se conceda á los jóvenes y principiantes licencia para hablar, aunque sea de cosas muy buenas y edificantes por la gravedad del santo silencio necesario en los jóvenes que deben acostumbrarse á él con su ejercicio. Aun no les ha llegado el tiempo de hablar; estan en el tiempo de oir y callar; si hablan sin necesidad, faltan á la ley, quebrantan el silencio, cometen un pecado mas ó menos grave segun las circunstancias, y no viven tan unidos con Dios como pudieran si su oracion fuera mas elevada y perfecta. *Segunda*: la religiosa debe guardar su lengua y no hablar jamás sin ser preguntada por las personas á quienes se debe responder, porque de no hacerlo así se podria faltar á la caridad con perjuicio de la humildad y de otras virtudes que puede ejercitar la monja cuando habla segun el espíritu del Señor. *Tercera*: es lícito y aun debido hablar en las recreaciones y coloquios permitidos y aun mandados en ciertos tiempos y ocasiones, y siempre que para ello dan permiso y licencia los superiores: pero con la precisa condicion de que cuando se hable sea con la voz baja, gravemente y sin risa, con humildad y edificacion, pocas palabras, y esas muy compuestas y siempre conformes con la razon. Este es el silencio verdaderamente santo que deben guardar las esposas de Jesus; no solo el callar y hablar cuando conviene, sino el saber hablar sin cometer pecado, que es cosa bien difícil, segun os he indicado con refe-

rencia al testo sagrado de la palabra infalible. Aprendan estas tres reglas las monjas, y sabrán *cuándo* y *cómo* deben callar y hablar sin faltar á la virtud santa del silencio. Condúzcanse segun su espíritu, y yo les aseguro que tendrán una virtud importante y necesaria para la vida y estado que profesan, pues que sin ella no serian buenas monjas, y con ella no podran dejar de serlo. Ultimamente os encargaré que tengais grande devocion al silencio que guardó en esta vida la Santísima Vírgen María, y la imiteis en la modestia y humildad con que calló y habló inspirada en la oracion que era su vida. Así ya podremos contar con que hemos asegurado personas aptas para la oracion, con que formadas en el silencio, son las mas á propósito para orar sin intermision y hacerse dignas de que en ellas se vean las escelencias y grandezas de la oracion mental. Supuesto el silencio monástico como necesario y conducentísimo para meditar en las cosas celestiales y hacer que la oracion dé fuerza, valor y mérito á todas las obras buenas, pasemos á decir algo sobre lo que debe hacerse

ANTES DE LA ORACION.

Prepara tu alma antes de la oracion, dice el Espíritu Santo: disponla de modo que pueda tratar y hablar dignamente con el Señor que se digna oirte y hablarte: porque de otra manera, mas sería tentar á Dios, que obligarle. La principal preparacion, lo que mas importa y mas compone al alma, es la pureza del corazon, la guarda de los sentidos, y la mortificacion de las pasiones. Esto es lo que querian enseñarnos los antiguos padres cuando decian: que

ora poco el que solamente ora en el coro ó en el oratorio hincado de rodillas; porque el que verdaderamente ora, ora en todo lugar y en todo tiempo, y siempre trae á Dios en su memoria. Es decir, que orando se prepara el alma para la oracion. Querer andar siempre distraidas en pensamientos ociosos y ocupaciones vanas, y en poniéndose á la oracion querer hablar confidencialmente con Dios, y hallarlo apacible, amoroso y complaciente, es una necedad con ribetes de soberbia y amor propio. Y si solas estas distracciones, si solo este descuido en traer las potencias ocupadas y los sentidos recogidos, estorva tanto al alma para gozar de la suavidad de la oracion, ¿qué harán los pecados, que aunque sean veniales, se cometen con advertencia y malicia? Esto es lo que mas daño hace á la monja en el santo ejercicio de la oracion; como tantas veces lo hace ver mi padre san Bernardo diciendo, que pecar y orar es insultar al Dios de la magestad. La mortificacion de las pasiones, el traer la carne sujeta y maltratada, y el pensamiento siempre puesto en las cosas celestiales, es preparacion que os recomiendan los santos Padres para que vuestra oracion sea provechosa. Tratando de esto mi padre san Bernardo dice, que no puede estar la mortificacion sin la oracion, ni la oracion sin la mortificacion: porque la mortificacion sin la oracion da ocasion á la soberbia, llama al amor propio y corre mucho peligro de malearse; y la oracion sin la mortificacion engendra la hipocresía, el fingimiento, la presuncion y el ejército de males que de esto puede seguirse. Yo llamo vuestra atencion para que me digais si habeis leido ó visto alguna persona aprovechada ó medrada en la oracion sin que sea mor-

tificada y penitente. Fijad vuestra consideracion en los santos; oid á vuestros mayores: consultad con los prácticos é inteligentes, y todos os dirán, que no espereis aprovechar en la oracion si no entrais en ella preparadas con la mortificacion de los sentidos, y con la memoria habituada con la presencia de Dios.

La leccion del punto ó puntos que se han de meditar es necesaria en los principiantes, porque no tienen noticia de los misterios y de lo que se medita; y porque la leccion dispone y ayuda mucho para que la meditacion se haga con mas facilidad y provecho. Si ella falta, hay grande peligro de que la meditacion sea errada, vaga y distraida. En los que estan muy ejercitados en la oracion y son prácticos en ella, no es tan necesaria la leccion, pero siempre les será útil y conveniente, y jamás perjudicial. Presentes todas estas cosas, yo os aseguro que la preparacion será escelente si procurais reconocer la magestad y grandeza del Dios que adorais, y poner la vista en vuestra vileza y miseria. Para esto convendrá mucho renovar las meditaciones del propio conocimiento, y de la bondad é inmensidad de Dios. Mirad la magestad infinita del Eterno en su trono de resplandor y de gloria, y luego bajad los ojos del alma á vuestra Nada. ¡Qué dos abismos tan distantes! ¡Dios, y yo! ¿Quién puede pensar en esto sin humillarse y abatirse hasta confundirse con el polvo y la ceniza? Invocad desde el abismo de vuestras tinieblas y miserias, al abismo de las luces y de las misericordias, y hecho esto, comenzad vuestra oracion con humildad, resignacion y confianza. Ya es tiempo de deciros cómo debeis conduciros

EN EL TIEMPO DE LA ORACION.

Ante todas cosas debeis tener muy presente para no errar en el camino de la oracion, que no habeis de buscar, pretender, ni aun desear en ella gustos, deleites y regalos, sino el agrado de Dios. Si en ella pedis cosas conducentes á vuestra eterna salud podreis esperar ser oidas y bien despachadas, porque vuestra esperanza se funda en las divinas promesas: pero si debiendo pedirlo todo en nombre de Jesucristo, como él mismo lo manda y lo hace siempre la Iglesia, pedís cosas contrarias á su divina voluntad: ¿cómo han de ser eficaces vuestras oraciones, y cómo os han de aprovechar? ¿Cómo podremos empeñar la palabra de N. S. Jesucristo y pedir en su nombre que se nos conceda lo que él manda despreciar, ó que se aleje y aparte de nosotros aquellas cosas que él nos ha enseñado como conducentes á nuestra salvacion y felicidad eterna? Nuestro divino Maestro llama á los bienes de acá abajo *falacias* y *engaños*; y á los trabajos, adversidades y cruces, *bienaventuranzas*. Luego cuando nuestras súplicas tienen por objeto estas cosas, no podemos interponer su nombre y autoridad sin ofenderlo. Por esto dice san Basilio: *Guárdate de pedir, cuando oras, cosas perversas: no pidas riquezas, glorias transitorias, ni cosas humanas, sino el reino de los cielos, No olvidemos que somos hijos de Dios, y que debemos pedirle cosas dignas de tal Padre. No conviene al hijo de Dios pedir bajezas, ni á Dios el concederlas.* Para que entendais esta doctrina, y evitar equivocaciones es necesario que entendais, que una cosa es pedir simplemente y otra

muy distinta el pedir *con seguridad de alcanzar lo que se pide*. Esta seguridad fundada en las promesas de Jesucristo, la tenemos cuando en su nombre y por sus méritos pedimos cosas eternas é importantes para nuestra salvacion resignados en la voluntad divina. Pero podemos además pedir las cosas necesarias á la vida; que Dios aleje las calamidades públicas; que nos alivie y consuele en nuestras necesidades y otros bienes, aunque no tengamos seguridad de obtenerlos: porque en estas peticiones damos gloria á Dios, confesándonos necesitados de su proteccion y reconociendo en él un Padre amorosísimo, un Señor universal de todo, riquísimo, poderosísimo y clementísimo. Conviene mucho que fijeis en vuestra memoria y tengais presente este documento de san Agustin: «Cuando pedís á Dios, »dice el santo, las cosas que él alaba y promete, pedidlas »con seguridad: pero cuando le pedís cosas temporales, »pedidlas con moderacion y temor, resignándoos en su »santísima voluntad, para que os las conceda, si convie»ne, y os las niegue si han de ser dañosas á vuestra salud «eterna. El enfermo que no conoce lo que le daña ó apro»vecha debe ponerse en las manos del médico y dejarse go»bernar por él.» Muchas veces acontece, dice san Isidoro, que Dios no oye nuestras súplicas ni cumple nuestros deseos para que logremos la eterna salvacion. Así como una madre amorosa niega al hijo de sus entrañas las cosas nocivas y dañosas que le pide con sollozos y lágrimas, del mismo modo sucede con nuestro Dios: por lo mismo que nos ama, nos niega amoroso todo lo que puede dañarnos y perjudicarnos.

Tambien quiero que entendais que las que viven fervo-

rosas en mayor perfeccion, siendo como son mas amadas de Dios, y estando como estan, mas unidas con su divina magestad, pueden con mayor confianza estender sus deseos y sus súplicas, dejándose dirigir por el Espíritu Santo que habita en sus almas. Así vemos que los santos han pedido y alcanzado de Dios muchas gracias que mas bien parecian servir al regalo que á la necesidad. Del santo abad Apolonio se lee en las vidas de los padres, que exhortó á sus monjes en un sábado santo, en que no habian comido mas que unas yerbas, á que pidiesen á Dios que para el santísimo dia de Pascua los proveyese de la comida que á cada uno mas agradase. Los humildes monjes se escusaron de hacer semejante súplica por parecerles que no era conveniente pedir tal favor. Mas Apolonio inspirado por el cielo y lleno de confianza en Dios, hizo la súplica, y los monjes la confirmaron diciendo *Así sea*. Acabada la oracion se presentó una multitud de jóvenes hermosísimos, alli nunca vistos: unos traian uvas frescas; otros varias frutas no conocidas en aquella estacion ni en aquel pais; otros muchos manjares de diferentes especies con tanta abundancia y tan durables, que cada uno de aquellos solitarios gozó las delicias y regalo de aquella celestial provision, no solo en el dia de Pascua, como lo habia pedido Apolonio, sino que tambien los cincuenta dias que hay desde Resurreccion hasta Pentecostés. Estos santos ordenaban sus súplicas, no para su regalo y vanidad; sino para aumentar en sí mismos y en los demás la estimacion de la bondad divina, y la confianza en obtener las gracias mas importantes para conseguir la vida eterna. Todo esto está comprendido en el círculo de la oracion perfecta y bien acondicionada, y por eso he hecho men-

cion de ello; porque al fin ¿no estoy hablando con una comunidad de esposas de Jesucristo, acostumbradas á vivir de la Providencia? Atenidas á los recursos humanos: ¿pudiérais haber vivido en esos claustros en los dias en que la impiedad formó tanto empeño en arrojaros de ellos? Dios os ha provisto sin duda porque le habeis pedido rectamente confiadas en su bondad inmensa. Al llegar al grado de perfecta oracion de que os voy hablando, el Espíritu Santo debe ser vuestro maestro; oid su voz de virtud y de magnificencia, y sed tan fervorosas como las Gertrudis, Teresas, Ritas y Catalinas de Sena. Confiadas á un director divino y celestial, nada tiene que hacer con vosotras el celo de los hombres. Sin embargo, quisiera que alabando, bendiciendo y glorificando á vuestro Dios por sus misericordias, os postrárais á los pies de un Crucifijo y le dijérais cada una de vosotras: «Dios mio: yo tibia y miserable me limitaré á pediros una perfecta contricion de mis pecados y un aumento de fervor para amaros: os rogaré que me libreis de aquello que vos conoceis que es un mal para mí: *libera nos á malo*. Reflexionad, en fin, con san Juan Crisóstomo, y decid: *¿Quién eres tú que ruegas: quién es aquel á quien ruegas: qué gracia es la que pides?* Y contestaos: yo soy una criatura miserable, sin méritos, ni título para obtener. Ruego á un Dios Rey de reyes, Monarca de los monarcas, Señor del cielo y de la tierra, Magestad escelsa, inmensa é infinita: y pido cosas importantes, sublimes é indebidas. Estas reflexiones pueden bastar para que comprendais con cuánta humildad, reverencia y atencion debeis hacer vuestras súplicas en la oracion mental en que teneis que ocuparos segun lo ordenan vuestras leyes. ¿Lo haceis así?

Contestaos á vosotras mismas y dejadme descender al estado lastimoso en que no pocas suelen encontrarse.

Es un trabajo grande y penoso el que padecen las que tienen una imaginacion tan inquieta, que tan apenas pueden sujetarla á que medite con sosiego sobre el punto ó misterio que se han propuesto meditar. Lo mismo es comenzar la oracion, que aglomerarse en tropel confuso y alarmante mil ideas y especies tan raras, impertinentes y disparatadas, que mas no pueden ser. Esto es muy asombroso, y solo pueden percibirlo los que lo esperimentan. No hay que alarmarse por este contratiempo, señoras. Para salir bien de él es necesario examinar con diligencia el principio de estas distracciones. Si proceden de negligencia y propia culpa por andar de ordinario disipadas, poco mortificadas y poco cuidadosas de la pureza del alma, el remedio es el que se encuentra en lo que os he dicho acerca de la preparacion que debe preceder á la oracion. Si las agitaciones y distracciones son tentacion del enemigo, como suele acontecer, no por eso hay que desmayar ni desistir, porque esto sería dar la victoria al enemigo: es necesario perseverar y resistir, y si tal es la situacion que no sea posible sujetar la imaginacion, humíllese la religiosa, y diga una y mil veces. «Dios mio: bien veis mi miseria. Nada puedo sin vos. Soy perdida sin vuestro auxilio. Sálvame, Señor, que perezco. ¿No sois vos el Pastor bueno que cargó en sus hombros con la oveja perdida, y la llevó al aprisco en donde apacentais á las demás? Pues vedme aquí atribulada y sumergida en un abismo de pensamientos perniciosos que detesto y os pido alejeis de mí, para pensar en vos y en mi salvacion.» Pueden tambien ser las dis-

tracciones permitidas por Dios para ejercicio y prueba del que las padece, sin que en ellas haya culpa ni negligencia en desecharlas. En este caso es necesario sufrir con fortaleza y esperanza, perseverar y pedir á Dios proteccion y auxilio. El padre san Bernardo dice que debemos consolarnos: porque si Elías y Abrahan no se libraron de imaginaciones y pensamientos importunos, ¿quién será tan presumido que se piense libre de ellos? ¿Y quién tan poco cuerdo, que se acobarde por padecer lo que padecieron y padecen los mayores santos? Paciencia, humildad y resignacion en la voluntad divina, y no dejar la oracion aunque en ella se esperimenten tedios, tibiezas, amarguras y desconsuelos, es lo que importa y lo que os encargo, asegurándoos, que si perseverais y dais voces á Dios, él os visitará en su misericordia y os recompensará despues de la tentacion y de la prueba. Recurrid á Dios, y si tarda en venir ; si no os es posible alentar y recoger el corazon, no por eso dejeis la oracion; estad en silencio, contentándoos con que Dios os deje estar en su presencia: humillaos y reconoced vuestra miseria, seguras de que aunque no hagais mas que esto, y os parezca que Dios no os oye, creyendo que perdeis el tiempo, no es así; porque teniendo buena voluntad y perseverando con fe, esperanza y caridad, es imposible que Dios desprecie vuestra oracion. Mucho podreis sufrir y padecer en ella: pero mucho tambien podreis merecer; y en este caso, ¿no debereis desearla, procurarla y tenerla? Sí por cierto; siempre debemos orar, como lo manda el apóstol, para poder decir con el salmista: Dentro de mí oraré al Dios de mi alma: *Apud me oratio Deo vitæ meæ*. Ni que en la oracion haya distracciones,

sequedades, desconsuelos, tentaciones, pruebas, amarguras ni trabajos; ni que en ella haya deleites, consolaciones y regalos; ni que en fin haya lo que se quiera, jamás hay que dejarla, porque con solo perseverar en ella se vence al enemigo y se atraen las gracias de Dios sobre nuestras almas. Leed las obras de santa Teresa de Jesus, que deben seros familiares, y vereis que es cierto todo lo que os he dicho para vuestra instruccion y aprovechamiento. No sé si me hago pesado. Voy á deciros brevemente lo que debeis hacer

DESPUES DE LA ORACION.

Concluida vuestra oracion conventual, debeis examinar en la privada y particular, cómo habeis estado en aquella; qué provecho habeis sacado, y qué compromisos habeis contraido; teniendo presente que para juzgar del fruto de la oracion, se ha de atender á la medra y aprovechamiento en las virtudes, á la victoria sobre los vicios, á la enmienda de la vida, y á la reformacion de las costumbres. De estos efectos y movimientos interiores colegian los santos cuando el Espíritu Santo asistia en sus almas, y lo mismo podeis hacer vosotras. Mirad, examinad y reparad en todo lo que os pasó en la oracion para obrar en todo segun lo que en ella prometísteis al Señor. ¿Ofrecísteis vencer un vicio y reprimir una pasion? Pues cuidad de cumplir lo prometido, porque á Dios agrada mucho el cumplimiento de la promesa fiel. ¿Hicísteis propósito de mortificaros en esta ó en aquella ocasion, de imitar á algun santo ó santa, en esta ó en la otra virtud, para conseguir al-

guna gracia? Pues sed fieles á vuestros santos propósitos, y Dios será con vosotras. Os es preciso abrazar la dificultad de las virtudes y vencer lo mas arduo de ellas, sin perdonar trabajo ni fatiga alguna, y si lo vais consiguiendo, señal es de que anda muy bien vuestra oracion: pero si no sentís medras en vuestras almas, ni os veis libres de los vicios: si notais tibieza y dejadez en las cosas santas, y no observais las virtudes en la plenitud del imperio que deben tener en vosotras, malo: en este caso, vuestra oracion no ha sido pura, no ha sido bien acondicionada, algo ha sobrado ó faltado en ella, cuando no ha salido buena. Averiguad la causa del poco ó ningun fruto de vuestra oracion, y si la encontrais, aplicad los remedios que os dejo indicados, y de esperar es que Dios os oiga benigno en vuestras humildes súplicas. Tambien debeis traer á la memoria los sentimientos que tuvísteis en la oracion, y todo aquello en que hallásteis mas jugo para el alma. Esto es de mucho provecho, y para hacerlo bien, debeis recoger los sentidos esteriores; porque si estos se derraman á su placer y gusto, por ellos se saldrá el calor de la devocion que se habia recogido en la oracion, y todo se perderá. Sobre todo, hay que tener mucho cuidado con la lengua, y no olvidar jamás, que si el santo silencio es la causa de la oracion, como se ha dicho, es tambien necesario para conservar sus frutos, retenerlos en el alma y hacerlos reproductivos. En la lengua estan la vida y la muerte, segun el oráculo sagrado. Si se la deja en libertad, ella basta para que el alma quede en poco tiempo fria y helada. Hablad á discrecion sin reparar en algo, y vereis cómo se evapora el espíritu y se disminuye la devocion. Abrid la boca, y

por ella saldrá el calor celestial y divino con que lográsteis calentar el alma en la oracion. Dad libertad á vuestros sentidos, y contad con que habeis apostatado los principios y máximas establecidas en nuestra religion para tener la oracion que da la vida á todas las virtudes, y es el alma de las buenas religiosas del claustro. Pero no así. Recoged mas bien en vuestro corazon todo lo que os he dicho, para que vuestra oracion sea lo que debe ser; tened en cuenta que cuanto ha salido de mis labios, lo he tomado de los santos Padres, teniendo á la vista el Tratado de la Vida solitaria de mi padre san Bernardo, y entended que no soy yo, pobre, tibio y miserable el que os hablo, sino que Dios es el que en su poder se vale de mí para la grande obra de vuestra santificacion. Esta debe realizarse por medio de la oracion: con que á ella, hijas del retiro: á ella, y para que llegue á ser en vosotras tan perfecta como puede serlo, no se os olvide que en el silencio se encuentra el gérmen que debe producirla, que en su preparacion se halla el cultivo que puede hacerla nacer, en su ejercicio el manantial de gracias que deben nutrir, fortificar y hermosear vuestras almas, y en sus *dejos* el temor de vida que debeis adoptar para que nada bueno se pierda, sino que todo lo celestial y divino se conserve en vuestros corazones para honra y gloria de nuestro Dios, esplendor de su Iglesia santa y provecho de vuestras almas. Oracion, oracion y siempre oracion, y con ella llegareis á uniros con vuestro divino Esposo de un modo tan maravilloso, que no solo obrareis segun su santísima voluntad, sino que no podreis apartaros de ella, como os lo he repetido refiriéndome al doctor melífluo y padre mio.

No sé si he dejado alguna cosa esencial en una materia tan importante para vosotras, como lo es la de la oracion. Si he omitido algo, en la oracion podrá suplirse, pues que ella es la mejor maestra, y en ella es en donde se aprende la ciencia de la salvacion. Solamente os diré, que aunque generalmente hablando conviene que los nuevos y principiantes que comienzan á ejercitarse en la mortificacion de las pasiones mediten sobre las postrimerías del hombre; los que aprovechan, en la pasion y muerte de nuestro Redentor; y los perfectos en las infinitas perfecciones y divinos atributos, no por eso se ha de cerrar la puerta para que unos y otros salgan alguna vez de sus respectivas meditaciones y se ejerciten en las otras: pues que á ninguno por perfecto que sea, le viene mal el meditar en sus pecados y en las postrimerías. A todas encargo encarecidamente que no olvideis jamás la pasion de N. S. Jesucristo, sino que á imitacion de la esposa santa estrecheis en vuestro pecho, y no aparteis de vuestro corazon el hacecito de la mirra de las amarguras que padeció nuestro divino Redentor y Maestro en su dolorosísima pasion; porque con esto es mucho lo que aprovechan las almas. Proceded en todo con consejo del prudente confesor ó maestro, especialmente las poco ejercitadas, y no os aparteis un punto de la obediencia que es la que todo lo asegura, y la que ahuyenta el amor propio, enemigo tenaz del estado religioso, como ya se os tiene dicho. Haciéndolo así, vuestra vida será santa, pura, espiritual, y digna de las esposas de Jesus; triunfareis con las armas de la fe á los enemigos de vuestras almas, y vuestra suerte será la de las vírgenes prudentes, que siempre conservaron en las lámparas de

sus almas el aceite de la caridad con que las halló el celestial Esposo cuando las llamó á su reino eterno de la dicha y felicidad de los bienaventurados.

Una cosa se me ocurre ahora mismo, que no quiero dejar de hacerósla presente, aunque sea sacrificando la oportunidad y cargándome con la nota de poco metódico, y es: que en cuanto os he dicho, he supuesto que vivís en gracia de Dios, aunque con mas ó menos imperfecciones ó pecados veniales, y que nada he hablado con las que pueden hallarse con conciencia de pecado mortal. A estas ¡ojalá que no se hallen entre vosotras! A estas diré: que deben emplear todo su espíritu en pedir á Dios misericordia, contricion, confesion, perdon, sujecion de las pasiones, fortaleza para no meterse en los peligros, y constancia para no recaer en nuevos pecados. En cuanto á los bienes de la tierra solo deben pedir el sustento necesario para el dia, como lo enseña Jesucristo, y aun esto, deben pedirlo temblando estando ciertas de que son dignas de muerte eterna, y no del sustento que piden. Cualquiera otra cosa que pidan estando enemistadas con Dios, es una temeridad, una insolencia, un atrevimiento farisaico. Imiten estas desgraciadas en su oracion al Publicano y á la Magdalena, y serán salvas, si justificadas, se gobiernan por las instrucciones de esta plática en que se hallan muchas verdades, aunque sin la elocuencia y elegancia con que los sabios del siglo suelen engalanar sus discursos. Pero si la verdad es de suyo tan eficaz y poderosa, y con ella conseguís la perfeccion de vuestro estado: ¿qué necesidad teneis del lujo deslumbrador de los gramáticos, de los retóricos, de los humanistas y sabios del mundo? La

virtud de la cruz es mas persuasiva que todo; ella atrae la gracia; esta enseña la ciencia de la salvacion, y con ella nada mas necesitais para ser religiosas de oracion, esposas de Jesus, hijas del Padre celestial y acreedoras á las promesas eternas de la gloria que os deseo. Amen.

A. M.

PIATICA XIII.

Sobre los beneficios divinos y la observancia de la regla y leyes monasticas.

Los beneficios divinos deben obligar á las religiosas á guardar los mandamientos de Dios, y á observar la regla, las ceremonias y leyes de su órden.

Pro eo quod obedierit Abraham voci meæ, et custodierit præcepta et mandata mea, et cæremonias legesque servaverit.

Por cuanto obedeció Abrahan á mi voz, y guardó mis preceptos y mandatos, y observó mis ceremonias y leyes.

Genes., c. 26, v. 5.

El Señor de los potestados y monarcas del universo: el Señor del mar, del cielo, de la tierra y de cuanto en ellos se contien. El Dios cuya magestad es eterna, omnipotente é infalible y cuyas misericordias son sobre todas sus obras, segun el Salmista, quiere que le sirvamos guardando sus preceptos y mandatos, y observando sus leyes y ceremo-

nias. «No porque él tenga necesidad alguna de nosotros, dice san Gerónimo, sino porque nosotros la tenemos de él. Nosotros somos los que deberíamos solicitar con ansia sus preceptos para merecer de la magestad divina, y hacernos acreedores á mayores gracias: pues que sus mandamientos, ceremonias y leyes son mas apetecibles que el oro, que la plata, y que las piedras preciosas, segun el premio que reciben los que los guardan exactamente.» El premio que nos ofrece por la observancia de su ley es una felicidad eterna, perfectísima, igual á la de los espíritus angélicos y santos que lo alaban, ensalzan, bendicen y glorifican en la gloria con cánticos de júbilo y accion de gracias, como lo dice san Juan en su Apocalipsis. Pero aun cuando el Dios de bondad y misericordia no nos hubiera ofrecido tanto para lo futuro: ¿no sería suficientísimo lo que nos da de presente para movernos á servirle con solicitud y alegría, observando fiel y puntualmente sus leyes, preceptos y ceremonias? Ellas son los peldaños de la escala por donde debemos subir al cielo: sin ellas nos es imposible vencer la distancia que nos separa de la mansion deliciosa de los gozos eternos: pero sirviéndonos de apoyo nos es fácil, apacible, gustosa y agradable la subida á la patria celestial por la que suspiramos en este valle de lágrimas. ¿Quereis ascender por esta escala mística al reino de los cielos, en donde os espera el celestial Esposo para haceros participantes de su gloria? Pues observad fielmente la santa regla y las leyes monásticas que habeis profesado, y tened por segura vuestra entrada en la bienaventuranza, objeto de vuestras ansias y deseos. Para moveros á hacerlo así me he propuesto hablaros en este dia de los

beneficios divinos y de la gratitud con que debeis corresponder al que tanto os ama y favorece, guardando sus preceptos, y observando sus leyes y ceremonias.

Ya en la ley de las sombras, de las figuras y representaciones espresó el mismo Dios las gracias con que quiere premiar á los que lo aman y sirven en esta vida cumpliendo con sus preceptos. Se apareció á Isac en el camino de Gerara, y haciendo los oficios de Padre, de maestro y director le dijo: «Yo multiplicaré tu posteridad como las es»trellas del cielo, y daré á tus descendientes todas estas »tierras: y serán benditas en su simiente todas las gentes »de la tierra, por cuanto obedeció Abrahan á mi voz y »guardó mis preceptos y mandamientos, y observó mis ce»remonias y leyes. *Eo quod obedierit Abraham voci meæ, et »custodierit præcepta et mandata mea, et ceremonias leges»que servaverit.*» Ved aquí como la observancia de las leyes, preceptos y ceremonias del Señor, atraen sobre los fieles las bendiciones del cielo. Dios no pudo olvidar la fidelidad de Abrahan: se allanó á sacrificar al hijo de su amor; obedeció circuncidando su carne y la de toda su familia; guardó todas las leyes y preceptos que el Señor le dió: y todo esto hace Dios presente á Isac para que imitando la virtud de su Padre se hiciese digno de ser recompensado como él lo fue. ¡Cuánto por este estilo pudiera yo deciros, religiosas santas! El mismo Jesucristo dice que no vino á quitar, sino á observar la ley. El y su Santísima Madre quisieron pasar por lo que no eran, antes que dejar de cumplir con los ritos y ceremonias prescritas por Moisés á los primogénitos y á las madres sujetas á las inmundicias legales. La familia sagrada en nada faltó á la observancia

de la religion, fue el ejemplar y modelo de la exactitud con que debemos guardar los preceptos, mandamientos y leyes del Señor, y yo os lo recomiendo para que imitándola seais benditas como los descendientes de Abrahan de quien somos hijos segun san Pablo. Vuestros santos patriarcas ¡con cuánta solicitud, esmero y cuidado procuraron guardar hasta lo mas minucioso de la regla que profesaron y dieron á los suyos para su observancia y consiguiente santificacion! Nada tenian por leve en llegando á ser contra la regla: no reconocieron cosa mas grave ni de mas importancia para las personas religiosas que la observancia y guarda de sus leyes. «Ruégoos, hermanos, y os lo ruego mucho, decia el padre san Bernardo á sus monjes, que siempre andeis solícitos en la guarda y observancia de las leyes y ceremonias de nuestra religion para que así la religion nos guarde á nosotros. No hay mejor medio para vivir seguros y guardados de otros mayores males, culpas y caidas peligrosas, que el guardarnos de caer en estas, que parecen pequeñas, porque no haciendo caso de ellas, desestimándolas y faltando aun en lo mas mínimo á nuestros deberes monásticos vamos perdidos, un abismo llama á otro abismo, tras una falta se cae en otra mayor, y si hoy quebrantamos una cosa pequeña al parecer, mañana quebrantaremos otras mayores y pereceremos miserablemente.» Pareció á Sanson que le importaban poco siete cabellos, y por dejárselos cortar perdió la fortaleza, los ojos y la vida. Jonatás tomó con la punta de una vara un poco de miel contra el mandato de la ley, y se vió tan angustiado que hubo de morir. Se arrojan las cáscaras de la naranja y las mondaduras de la pera ó de la manzana por-

que son desagradables al paladar: pero si se trata de su conservacion: ¿no son de la mayor importancia? Pues lo mismo tenemos en cierto modo con la gracia y la caridad que nos hace llamarnos y ser hijos de Dios. Pueden subsistir con las faltas y pecados veniales, pero estos debilitan y enferman el alma, la llevan hácia la muerte, es difícil que á su lado no se pudra y se corrompa la caridad, sin la que el hombre es enemigo de Dios. Considerad, pues, si es importante la guarda de los preceptos del Señor, y la observancia de las ceremonias y leyes monásticas por indiferentes y nimias que ellas parezcan, y no las despreciéis ni quebranteis: cumplidlas mas bien con el mayor esmero, y Dios os bendecirá como el Padre de los creyentes.

Pero para obligaros á ser observantes de vuestra regla, usos y constituciones monásticas, os he dicho, que me habia propuesto hablaros de los beneficios divinos, y de la gratitud con que debeis corresponder al que os los dispensa, y ya estoy en el caso de entrar de lleno en esta materia principiando por el beneficio de LA CREACION. Dios os sacó de la nada: no os hizo piedra, planta ó bruto, sino que os sacó á su imágen y semejanza con un alma racional adornada de potencias nobilísimas, y con un cuerpo perfecto dispuesto y adornado con tan admirable traza y armonía que es la admiracion de los reflexivos. El Dios que así os hizo y formó con tan nobles potencias y sentidos tuvo en ello el intento y fin de que le sirviéseis guardando los preceptos de la ley impresa en vuestros corazones, y le gozáseis eternamente. Para que os ayudasen á conseguir este fin crió todo lo que hay en los cielos y en la tierra: el

sol, la luna, las estrellas, las esferas celestes con sus movimientos é influencias, los elementos, los animales, los rios y las plantas con todo lo que ven nuestros ojos, palpan nuestras manos y perciben nuestros sentidos «¡Qué grandes deben ser los moradores de un palacio tan magnífico como el del universo en que Dios puso al Rey de la creacion y á su descendencia!» dice un santo padre. ¿Qué podremos ofrecer á ese Dios de bondad que nos crió para sí y para que fuésemos felices á su lado por eternidad de eternidades? Se contenta con que lo ameis guardando sus mandamientos, y observando vuestra regla, vuestras leyes y ceremonias.

Poco importaria el que Dios os hubiera criado si no continuara este beneficio con el de la Conservacion, sin la que ni un solo momento podríais existir, porque faltando el influjo de Dios todo caeria indefectiblemente en el caos de la nada. Advierte, religiosa que me escuchas, que el conservarte Dios es tan grande beneficio como si á cada momento te estuviera criando. Pero lo que mas admira y asombra es, que aunque le ofendas con graves y multiplicados pecados, no por eso se cansa ni te deja, sino que disimula aguardando á que tú entiendas, adviertas y repares en el estado en que te encuentras, y trates de corresponder á sus beneficios cumpliendo con sus mandatos sin faltar en lo mas mínimo á sus leyes, ritos y ceremonias. Mira si haces buen uso de su paciencia y sufrimiento, y si vives de modo que no des lugar á que se canse y convierta la paciencia en ira, y el amor en aborrecimiento. Muéstrate agradecida en amar y servir á quien de pura gracia tanto te ama, honra y favorece: teme que Dios te deje:

no lo enojes porque no es bueno tener por enemigo á quien te ha criado tan noble y siempre te está conservando, dándote la vida con todo lo que puede hacerla dulce, suave y deliciosa. No te sea estraña la virtud del agradecimiento y de la gratitud; da gracias al Dios de la *creacion* y de la *conservacion*; observa la santa regla que has profesado, sigue el camino de la virtud que te se muestra en la ley monástica que ha de conducirte al cielo, y escucha un poco mas:

Pecaron nuestros primeros padres, y con su pecado entró la muerte en el mundo, segun el apóstol. Dios pudo tratarnos segun lo merecia la culpa con que se le ofendió: y en este caso, nuestra suerte seria la de nacer, vivir, morir y condenarnos sin remedio. ¡Qué desgracia! Pero nuestro Dios es un Dios de paz, de dilección, de piedad y de misericordia, y no quiso dejarnos perecer: se compadeció de nosotros, y por nosotros y nuestra salud descendió de los cielos á la tierra, se hizo hombre en las purísimas entrañas de una vírgen, nació, vivió y conversó con los hombres, los instruyó con doctrinas y ejemplos, les trazó el camino de la vida eterna, se sujetó á las miserias y penalidades de la naturaleza, tomó sobre sí nuestros delitos con la pena que merecian, y muriendo en una cruz afrentosa en medio de dos ladrones, nos hizo el incomprensible é inapreciable beneficio de la Redencion. No hay encarecimiento para ponderar su grandeza. Grandes son los beneficios de la *Creacion* y de la *Conservacion*: pero, ninguno de ellos costó á Dios trabajos; por ninguno de ellos sufrió afrentas ni dolores; por ninguno dió su sangre, su honra y su vida: pero para redimirnos y librarnos de la muer-

te y del pecado: ¡Ah! por esto dió todo cuanto tenia: sufrió dolores y tormentos, dió su sangre, dió su honra y dió su vida. Estimaba nuestra salud y la vida de nuestra alma mas que su sangre, que su honra y que su vida, y por eso se sacrificó, se entregó en manos de sus verdugos, y murió. Estamos redimidos; se nos han abierto las puertas del cielo; Dios ha mandado á sus ángeles que nos conduzcan hácia él, librándonos de los peligros de esta vida; y todo, todo lo ha dispuesto la bondad divina, de manera que podamos salvarnos con facilidad, con alegría, con gusto y placer, porque no lo hay mayor que el de vivir unidos con Jesus siguiéndolo é imitándolo. ¿Qué os parece de este beneficio? No hay agradecimiento, no hay amor, no hay obras, ni sacrificios que puedan igualar su grandeza. No es posible pagar á Dios el beneficio de la creacion, que nada le costó, dice el padre san Bernardo. ¿Cuánto mas será el pagarle el de la *Redencion* que le costó la sangre, la honra, la vida y cuanto tuvo? Sin embargo, hagamos algo: porque nuestro Dios se contenta con que hagamos lo que buenamente podamos. Pagadle con amor; dadle vuestro corazon que es lo que él mas estima; correspondedle mirando por vosotras mismas, porque la bondad de vuestro Esposo es tan inmensa, que todo lo quiere para vosotras: os promete sus bendiciones y su gloria con la dulce, suave y deliciosa condicion de guardar sus mandatos, de cumplir con lo que os manda la santa regla, de observar los ritos, las ceremonias, los usos y constituciones monásticas que han de santificaros y conduciros á la patria celestial.

Ni aun el incomprensible beneficio de la *Redencion* os aprovecharia, si vuestro Dios no hubiera añadido el de la

Vocacion llamándoos, escogiéndoos, y haciendo que perteneciéseis á su rebaño y amoroso aprisco haciéndoos cristianas. ¿Qué os importaria el pertenecer á una familia de gentiles, de moros ó de paganos? Esto, solo podria serviros para arder perpetuamente en los infiernos. ¿Pues de dónde á vosotras la dicha de haber sido escogidas entre otras innumerables para haceros cristianas y miembros de la Iglesia santa, hermanas de Jesucristo y dotadas con los bienes infinitos de las promesas eternas? ¿Por qué antes vosotras en los decretos eternos que otras muchas que acaso serian mas agradecidas, y darian mejor cuenta de sus almas? Si esto lo preguntais á vuestro Dios, él os contestará que lo hizo porque quiso: que lo hizo porque os amó mas que á las otras, y que os amó porque quiso amaros, serviros de guia, ser vuestro Dios y llenaros de gracia en esta vida, para inundaros de gloria en la eterna. Ponderad ahora este beneficio cuanto podais, y si en su vista no tratais de corresponder agradecidas, teneos por mas insensibles que un peñasco, y contaos entre los réprobos destinados á las llamas sempiternas. Pero no: estimad mas bien el amor especial con que os llamó el Señor, y correspondedle con lo que él quiere; con la observancia de vuestras leyes monásticas. Y ¿qué diremos si á los beneficios indicados, aun hay que agregar el de vuestra entrada en esa ciudad de refugio y lugar de seguridad en que os ha colocado la bondad divina para que seais esposas amantísimas del Cordero vírgen? Estado religioso; este beneficio parece la suma y el complemento de todos los demás. Teneis de él una idea exacta y justa, y sabiendo, como sabeis, la posicion en que se hallan los cristianos en el siglo, fácil os es conocer, que en ese asilo de la vir-

tud os hallais mas aseguradas y libres de los peligros del mundo; que ahí cae de continuo sobre vuestras almas el rocío del cielo; que recibís mas ilustraciones y favores celestiales; que en ese alcázar de la religion se purgan mas brevemente los pecados, se duerme con mas seguridad, se muere con mas confianza y se premia mas copiosamente. Todos estos beneficios y otros innumerables se incluyen en el del estado religioso que habeis abrazado dirigidas por el Dios que os ama con tanta predileccion. ¿No debereis estimar en mucho tan copiosa multitud de gracias, favores y beneficios, como se os conceden en la órden monástica á que habeis sido llamadas para ser en ellas del número de los domésticos, amigos y familiares del Dios á quien alaban, bendicen y glorifican los ángeles y los arcángeles, los querubines y serafines, los tronos y las potestades con toda la milicia celestial, como lo canta la Iglesia? Hable vuestro mismo corazon; esplíquese vuestra piedad; diga sobre estos particulares lo que tiene que decir, vuestra religion, y dejadme continuar. Además de lo dicho: ¿no es cierto que en ese santo monasterio abundan las inspiraciones interiores, los buenos deseos y los pensamientos saludables que producen las doctrinas, los ejemplos, y la santidad de los ejercicios monásticos en que de continuo estais ocupadas? Y estas mismas pláticas con que el Señor se digna hablaros y preveniros para evitar vuestras caidas, para levantaros si caeis, para fortificaros, y dirigiros por la senda recta ¿no deben enumerarse entre los beneficios que Dios os hace para que le seais fieles y logreis lo que el mismo Dios quiere y desea infinitamente mas que vosotras que sois las interesadas en los bienes de vuestra salvacion? Tam-

bien están á vuestro alcance todas estas cosas tan estimables y dignas de una fiel correspondencia. Mirad pues lo que se os ha dado y ofrecido, y estad en que de todo se os ha de pedir estrecha cuenta. Si quereis darla buena, guardad los mandamientos de Dios, observad la santa regla, no os aparteis un ápice de las ceremonias, de las leyes, preceptos y consejos de la religion en que vivís, y contad con que este es el único medio que teneis para vivir, confiadas en la bondad y clemencia del que os ha colmado de beneficios, de dones y de gracias las mas eficaces para obedecer al Señor, adquirir méritos, y poder esperar con ellos la corona de justicia que ha prometido Dios á los que como el apóstol consuman su carrera en toda santidad. No olvideis que al paso que vayais correspondiendo á los favores recibidos, Dios os irá haciendo otros mayores, hasta haceros perfectas y santas, y no tengais mas ansia, mas deseo, mas conato, ni mas miras que las de cumplir fielmente con lo que habeis prometido cuando os obligásteis á vivir segun la regla monástica que os dirige, y los ejercicios de virtud en que se ocupa esta santa y venerable comunidad. Tened tambien muy presente, que si despreciais los divinos beneficios dejando pasar desapercibidas tantas inspiraciones y llamamientos como tocan á vuestras almas para elevarlas de la tierra hácia el cielo, y no cuidais de corresponder del modo que se os manda, os esponeis á que Dios os deje, y os repruebe como á Saul, que desobedeciendo la voz de Dios cayó en la demencia de forjarse una religion á su modo, sin contar con que la obediencia agrada al Señor mas que los sacrificios caprichosos, como se lo dijo Samuel al intimarle la indignacion del que lo habia escogido

por Rey de su pueblo. Si dejais á Dios, tambien él os dejará: si lo injuriais, él tomará venganza: si clamais y decís *Señor, Señor*, sin hacer la voluntad del Padre celestial, dia llegará en que direis, como las vírgenes fatuas, que se os abra la puerta de los cielos, y oigais del divino Esposo aquel *Nescio vos*: *No os conozco*, que estremece y llena de espanto y de pavor á las almas justas. Si infieles á vuestros votos, é ingratas á los divinos beneficios os merece poca estima el cumplimiento de la santa regla, y ningun cuidado la observancia de las ceremonias y leyes monásticas que debe hacer el adorno de vuestro estado, ya estais juzgadas. *Nescio vos*: *no os conozco*: os dirá el Señor cuando lo llameis en el lance mas apurado de vuestra vida.

Que no sea así, religiosas timoratas, que los enemigos de vuestras almas no os echen en cara que habeis sido ingratas á los divinos beneficios: que el infernal acusador no haga alarde de la escelencia y grandeza de la *Creacion, de la Conservacion, de la Redencion, del Llamamiento á la religion cristiana, de vuestra huida del siglo y entrada en el claustro, de las innumerables gracias, que en él se han dispensado, y de otros mil y mil favores celestiales que habeis recibido de la mano de Dios*, con el fin de abochornaros y confundiros por no haberlos correspondido: sino que procurando obedecer la voz de virtud que os habla al corazon, no penseis mas que en amar al que os ama hasta lo infinito, en cumplir con sus mandatos, preceptos y consejos, en guardar exactamente la regla que habeis profesado, y en no faltar á las ceremonias que os prescriben vuestras leyes, usos, prácticas y costumbres; porque así, Dios os bendecirá como á Abrahan, á Isac, y á Jacob; andará con vosotras

solícito por vuestra salud, os añadirá gracias sobre gracias, hasta que hallándoos perfectas en la caridad de nuestro Señor Jesucristo, os traslade á reinar con él eternamente en los palacios de la gloria, que á todas deseo. Amen.

A. M.

PLATICA XIV.

PARA LA MAÑANA EN QUE EN LA CALENDA SE ANUNCIA EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

Sobre que el mundo no conoció á Jesucristo en su nacimiento, porque Jesucristo no fue mundano, sino enemigo de las máximas é ideas mundanas.

Et mundus eum non cognovit.
Y el mundo no lo conoció.
JOAN., C. 1, V. X.

Hijas de la humildad, de la mortificacion y de la penitencia: se os acaba de anunciar solemnemente el nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belen, y vuestras almas se han regocijado; vuestros corazones se han llenado de alegría; vuestro espíritu se dilata, se eleva y se sublima hasta la mansion de los ángeles para entonar con ellos el *Gloria in excelsis Deo*, y vivir recreadas, alabando, bendi-

ciendo y glorificando á vuestro Dios. Este dia viene á ser para vosotras lo que fue para el Bautista aquel en que saltó de gozo en el útero materno al presentir la presencia de su Salvador. Teneis fe, y con ella veis vuestro ejemplar y modelo, vuestro Maestro y vuestro Dios en el Niño santo, que tendido sobre unas pajas, tiritando de frio, llorando, gimiendo y sollozando pide amparo y socorro á unos brutos, que le dieron hospedaje y le ofrecieron por cuna su pesebre. Teneis fe; y ella os presenta en perspectiva toda la religion que profesais, en el establo en que se hallan Jesus, Maria y Jose al lado de unas bestias, por no haber hallado albergue entre los hombres, enemigos de la pobreza, de la abyeccion y de la indigencia. Teneis fe; y con ella veis que el Hijo del Altísimo bajó de lo mas alto de los cielos hasta lo mas hediondo, vil y despreciable de la tierra, por nosotros y por nuestra salud: que se ha hecho nuestro hermano tomando nuestra carne, y nuestro Redentor tomando nuestra carga y abrazando todas nuestras miserias para convertirlas en felicidades. Teneis en fin fe; y ella os enseña, que aunque ese tierno Niño viene de un pais dichoso y opulento, cargado de tesoros, de gloria y de grandeza, se halla albergado en una humilde choza, despojado de los esplendores de su omnipotencia, y hecho pobre para hacernos ricos; flaco y enfermo para hacernos fuertes; despreciable para adquirirnos gloria y reputacion; sufrido para beatificarnos, y hombre para hacernos Dioses. ¡Qué cosas estas, religiosas santas! ¡Nacer un Hombre-Dios entre dos animales, y reducir y encerrar su poder divino en un poco de barro maldito por la justicia del cielo! ¡Un Niño que traia hasta en las estremidades de los dedos la divi-

nidad, cuya vida habia de ser como un relámpago, su palabra como un trueno, sus virtudes lecciones de enseñanza, y todas sus acciones prodigios...! ¡Un recien nacido en los horrores de la miseria, haciéndose de rey de gloria un varon de dolores y sufrimientos por redimirnos, y tan embriagado de amor, que no se detuvo en amar hasta lo infinito aun á los mas ingratos enemigos, echando sobre sus hombros las penas, los dolores y tormentos de todos los siglos...! ¿Puede comprender todo esto la orgullosa razon humana, rodeada de tinieblas y atenida á sus propias luces? La historia nos lo dice; los hechos hablan; el mundo trató malamente á Jesucristo en su nacimiento; no conoció en él al Salvador de la raza pecadora; *et mundus eum non cognovit*, dice el evangelista. Vino al mundo que era propia obra suya; vino á la casa de Israel llamada tantas veces en las Santas Escrituras: *heredad de Dios, posesion de Dios y pueblo de Dios*, mas los judíos no lo recibieron. Sin embargo, á cuantos lo reconocieron por su Redentor, se les dió el derecho de ser hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos de la eterna felicidad; no por una generacion ó parentesco carnal, sino por un nacimiento todo espiritual que viene del espíritu de Dios, por el que se corrigen las malas inclinaciones, se disipan las tinieblas del alma, el corazon se purifica y se enciende en vivas llamas de amor divino, como lo dice un piadoso espositor. De estos que tuvieron la dicha de reconocer en Jesus al Redentor del mundo, sois vosotras, hijas de la gracia. Vosotras, iluminadas con las luces de la fe, conoceis muy bien que el Niño envuelto en unos pañales y reclinado en un pesebre, es el Dios que lo ve todo en sí mismo, que tiene en

su corazon abismos de conocimiento, y en su pecho riquezas de sabiduría: sabeis que es el padre de las ciencias, el criador de los pensamientos, el tesoro de la elocuencia, el que ofusca y desvanece toda la suficiencia humana, el que hace sabios de ignorantes y difunde torrentes de luces celestiales desde el trono del pesebre en que condena al mundo y traza el reinado eterno que ha de dejar establecido en la tierra para dicha y felidad de muchos. El establo de Belen os recrea, el pesebre os encanta, el Niño que llora en él os enternece y hace llorar de gozo, no podeis vivir sin las ideas del establo, del pesebre, de las pajas, de los lloros y lágrimas del Niño de vuestro corazon, del Dios pobre, humillado y abatido, que hace vuestras delicias y forma toda vuestra dicha. Así lo publica el estado religioso que habeis abrazado: él no es otra cosa que un propósito firme, perpetuo é irrevocable de imitar al recien nacido de Belen, en su pobreza, en sus mortificaciones, en los desvíos y desprecios con que condenó las máximas del mundo, y en todas las demás virtudes capaces de hacer santa y perfecta á una religiosa. Escelentes disposiciones. De ellas me aprovecharé para deciros, que el mundo no conoció á Jesucristo en su nacimiento, porque Jesus no fue mundano, sino enemigo del mundo y de sus máximas, como para vuestra santificacion os lo voy á demostrar del modo que se acostumbra entre los que aman la verdad, y solo buscan la honra y gloria de Dios y el bien de las almas.

El soberbio capricho de un hombre poderoso obligó á María Santísima, cuando se aproximaba su glorioso parto, á viajar por el largo, áspero y montuoso camino que hay

que atravesar desde Nazaret á Belen, ocasionando con esto no pequeña incomodidad al hijo que abrigaba en su seno. Llegan despues de sufrir mil trabajos, María y José á la ciudad de David en donde no faltaban palacios, casas ni posadas: hicieron diligencias para alojarse decentemente; pero se presentaron con la librea de la pobreza y de la humildad, y no hallaron ni aun una pequeña choza en que albergarse; el mundo no quiso conocer en la virtud á su Redentor. *Et mundus eum non cognovit.* Fueron recogidos y bien hospedados forasteros soberbios: hubo posada para deshonestos, para avaros, para pecadores, y para la gente que no hace bien á nadie; y sí á todos el mal que puede: pero para el Hijo de Dios de la real prosapia de David no se encontró ni aun una mala posada en su mismo pueblo, en su ciudad, en su patria y en su parentela: *In propia venit, et sui eum non receperunt.* Y ¿por qué? Porque el Dueño y Señor del universo no hizo su entrada en el mundo como mundano, sino como enemigo de sus pompas y vanidades. Si se hubiera presentado lleno de tesoros de oro y plata, acompañado de príncipes, rodeado de esplendor y magnificencia, con un gran tren de vistosos carruages y numerosa multitud de criados, obligando á los ángeles á que con sus músicas y cánticos celestiales acudiesen á solemnizar su entrada en el mundo, el mundo en este caso le hubiera cedido el mejor palacio; hubiera dispuesto el mas magnífico hospedage; todos le hubieran servido con solícito obsequio. No hubiera tenido necesidad el Hijo de la Vírgen de nacer en un establo, ni de tener por cuna un pesebre, porque con solo aparecer con aire y con tono mundano, el mundo le hubiera llenado de hono-

res, de dones y obsequios. Pero nada de esto quiso el Dios de los humildes: quiso mas bien nacer pobre, pobrísimo, y sujetarse á los desprecios, al abandono, á los desaires y malos tratamientos de los que en su insania tienen el bien por mal, la luz por las tinieblas, y las tinieblas por la luz, como lo dice Isaías. No es pues estraño, que en semejante trastorno de ideas, producido por la malicia de los mundanos, no conociese el mundo al que venia á redimirlo, y á enseñarle los caminos de la virtud y de la santidad. Lo deshechó, lo arrojó de sí, no quiso conocerlo pobre, humillado y abatido: *et mundus eum non cognovit.* Al frente de estos desacatos, el Niño santo por esencia tendido en el pesebre, está mostrando cuán contrarias son sus ideas á las del mundo, y nos enseña á despreciarlas, á aborrecerlas, á huir de ellas, como vosotras lo habeis hecho guiadas por su espíritu. El mundo ama los placeres, ama las riquezas, ama los honores y no piensa mas que en el dinero y en subir á grandes puestos y dignidades en que poder lucir y brillar. Pero el divino Jesus desde el punto en que nace empieza á establecer con sus ejemplos máximas opuestas. Elige la pobreza, fuente de trabajos é incomodidades. Nace, porque quiere, en la rígida estacion del invierno: no encuentra lumbre para calentar los pañales en que ha de ser envuelto: está espuesto á los rigores de un aire friísimo: yacen sus miembros delicados sobre la paja acomodada en un duro pesebre: un establo desmantelado es el palacio en que mora el que ha fabricado los cielos y la tierra vistiéndolos con tanta hermosura. ¡Qué diferencias! ¡Qué conducta la que tiene el mundo con Jesucristo cuando vino á salvarlo y redimirlo, y qué ejemplos los del Niño Dios cuan-

do en su pesebre se puso á dar lecciones de virtud al mismo mundo que lo habia desechado!

¿Por cuál de esos dos señores os declarais, señoras respetables? Por el mundo, que desde el trono de sus vicios ha hecho alianza con las pasiones para llenar la tierra de pecados, de desolacion y de abominaciones... ó por el Niño que nacido en un lugar asqueroso predica amor á la pobreza, á los trabajos, á las ignominias, humillaciones y desprecios, porque en ellos germina la virtud, crece el mérito, se forma la santidad, y se hacen ángeles los que creen y esperan con confianza? No quiero oir vuestra respuesta, porque ofenderia vuestra piedad, si no la supusiera favorable á la religion que os tiene en esos claustros. Solo os encargo que tengais presente como nuestro Salvador comenzó la obra grande de nuestra redencion, y noteis, que con su nacimiento y la vida que tuvo hasta que la sacrificó por nosotros en un árbol ignominioso no hizo mas que enseñarnos, que el deseo desordenado de los placeres, de las riquezas, de las honras, grandezas y brillanteces del mundo son enteramente contrarias á nuestra salvacion, porque ellas conducen indefectiblemente á la muerte eterna. Haced que nazca en vuestros corazones el divino Niño del pesebre, huyendo de las máximas del mundo, y siguiendo los ejemplos de vuestro divino Esposo, y con él estarán en vuestras almas el Padre y el Espíritu Santo, como lo dice San Juan. Imitad á la beata Margarita de Castelló de quien dice el venerable Fray Luis de Granada: que abierto su cadáver despues de muerta, se encontró en su corazon una hermosísima perla, y en ella esculpido de bajo relieve un pesebre del Niño Jesus, y junto al Niño á su

Santísima Madre en el acto de adorarlo. Con esto quiso Dios manifestar que habiéndose conformado su sierva con las ideas de la humildad, de la mortificacion, de la pobreza y del desprecio del mundo, habia como renacido el Niño y fijado su morada en su corazon. Si pudiera ahora verse el vuestro ¿encontraríamos en él á Jesus? Si está ocupado de las falsas ideas del mundo, no puede hallarse en él el Niño sabio y omnipotente que vino á destruirlas y aniquilarlas, como contrarias á la santidad en que solo puede morar. Jesus se retira y aparta de los corazones que dan entrada á las perniciosas ideas del mundo: no puede hallarse en donde ellas esten. Para que mejor lo comprendais, y volvais á entrar en los caminos de vuestro divino Esposo, si teneis la desgracia de no estar en ellos; os voy á referir lo que aconteció á un sacerdote en el dia del nacimiento del Hijo de Dios.

«Celebró la primera misa; pero en cuanto acabó de consagrar las especies sacramentales, vió venir una paloma que bebió el *Sanguis* del cáliz, y se llevó en el pico la hostia consagrada. Grande fue la turbacion del infeliz: sin embargo celebró la segunda misa y despues la tercera, y en todas hizo la paloma lo que en la primera. El pobre habia cometido un pecado mortal antes de celebrar, y llevado del respeto humano no se determinó á purificar su alma con la confesion: pudo en él mas lo que se llama *vergüenza* y *el qué dirán* que la doctrina y juicio de Dios, y por esto el Dios humanado y nacido en la cueva de Belen no quiso entrar en él. Dichoso sin embargo: porque atemorizado y arrepentido se fue á los pies de un confesor, se acusó de su delito, lo detestó con firme propósito de no

volver á pecar, fue absuelto, desalojó de su corazon todo afecto mundano, y tuvo la dicha de que en la primera misa que celebró le trajese la paloma las tres hostias consagradas que se habia llevado, dejándolas sobre los corporales, y dejase tambien en el cáliz el *Sanguis* que se habia bebido. ¡Qué alegría la del penitente sacerdote al ver que Jesucristo reconciliado se dignaba volver á él! Superó á la confusion que con lo antes acontecido habia esperimentado: y para que jamás se apartase de él el Dios de su alma, desechó de sí todas las ideas del mundo; abandonó los bienes del siglo; se dedicó por tres años á servir humildemente á los enfermos de un hospital, y entró por último en la órden sagrada de mi padre san Bernardo en donde vivió y murió santamente.» ¿Qué os parece? ¿No veis en estos asombrosos milagros del poder divino la aversion que el Niño Jesus tiene á las máximas del mundo, y el amor y caridad con que mora y descansa en los corazones que abrazan sus doctrinas y ejemplos? Pues no desprecieis estos avisos: tenedlos presentes para avivar vuestra fe, fortalecer vuestra esperanza, y encender vuestra caridad, y una vez que tanto os gusta esta materia escuchadme un poco mas.

Os he hablado de abatimientos, de desprecios, de humillaciones, de penalidades, de pobreza y de miserias, presentándoos al Niño Dios en su nacimiento, pobre, paciente y despreciado: pero ¿cómo dejar de deciros tambien, que al lado de tantas angustias, penas y aflicciones, ha puesto Dios los tesoros de sus riquezas, y los bienes incomprensibles que nos trae del cielo el tierno infante cuyo nacimiento solemnizamos con tanto gozo y alegría de

nuestras almas? En Jesus está nuestra vida, nuestro presente y nuestro porvenir: es nuestro ejemplo y modelo: como fue tratado deben ser tratados los suyos: en conformarnos con su imágen consiste la santidad, segun el apóstol. Y bien: porque Jesucristo despreció los honores, las riquezas, placeres y grandezas de los mundanos: ¿no encontró infinitas mas honras, grandezas, riquezas y placeres en su eterno Padre? Los que lo buscan en el pesebre, lo aman y lo sirven ¿podrán dejar de participar de sus glorias, de sus honras y grandezas? Esto sería mentir el Espíritu Santo, y ser falible el Dios que no puede engañarse ni engañarnos. No: Jesucristo nos enseña á padecer y sufrir; pero llama bienaventurados á los pobres, y ofrece consuelos á los que lloran: dice que es suave su yugo, y ligera su carga: al frente de sus trabajos, oprobios, afrentas, dolores y tormentos, nos presenta sus victorias, sus triunfos, sus glorias, su poderío, su grandeza, su virtud y su magnificencia para demostrarnos que nadie se humilla sin que sea ensalzado; que nadie sufre y padece sin ser consolado; que si en el pesebre se ve revolcado en las heces de sus lágrimas, los ángeles se presentan en los aires cantando sus alabanzas, anunciándolo á los pastores como al Salvador del pueblo, y haciéndolos ir á adorar al Niño que hallaron en la cuna del pesebre con su Madre. Jesus llora, sufre y padece en Belen; pero una estrella se aparece á los sabios y reyes del Oriente y los dirige á adorar su tierna infancia. El Niño santo envuelto en pañales, es el desprecio del mundo, la vileza y la abyeccion de los poderosos de la tierra: pero aterra al infierno, se turba Jerusalen al escuchar que ha nacido, y llena de espanto á

llerodes. *Aun no habla*, dice san Agustin, *y todo el mundo se conmueve: aun no dice quién es, y todas las criaturas publican que es su Criador.* ¿No es esto estar colmado de honores nuestro Jesus divino, en el tiempo mismo de sus trabajos, desprecios y humillaciones? *Aun lo llevaba su Madre en los brazos, y ya era reconocido por el Señor del universo*, dice un santo padre. ¿Ves todo esto, religiosa que me escuchas? Pues no lo dudes, lo mismo en su debida proporcion hará contigo el Dios que acaba de nacer pobre y despreciado, si desechas, como él te enseña, las máximas y las ideas del mundo, y sigues las que se publican en el pesebre para hacer de la tierra un nuevo cielo. Podrás sufrir y padecer; pero en la paciencia poseerás tu alma y nadie será capaz de quitarte el gozo que se encuentra en la virtud. Los mundanos podrán despreciarte, tenerte por ilusa y fanática, y decir que eres víctima de un capricho; ó de un engaño: pero Jesus mora en tu alma, los ángeles andan á tu lado, Dios te consuela, y los trabajos son para tí delicias; las tribulaciones dulzuras; las cruces recreos; las penitencias regalos: y la vida monástica modelada por la del Niño del pesebre, la puerta por donde has de entrar en el paraiso celestial, á ser eternamente feliz con el divino Esposo que debe ser toda tu gloria. Verdad es que el mundo no te aplaude ni ensalza; pero tambien es cierto que en esto consisten tu ventura, tu dicha y tu felicidad. Si por no conformarte con el siglo has despreciado sus máximas y doctrinas, y te has retirado á la soledad y silencio del claustro para estudiar y practicar en él lo que la sabiduría eterna te enseña desde el pesebre, tuyos son los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; porque Jesus

será la norma de tus acciones, de tus pensamientos y de tus afectos, y el Espíritu Santo tomará posesion de tu alma para hacerla pura, santa é inmaculada como debe ser la de la que Jesucristo escogió para su Esposa. Si te acercas al Niño santo que acaba de nacer y te aficionas á él, no sabrás dejarlo; siempre querrás tenerle contigo; será tu alma, tu corazon, tu vida y tu gloria; y tu felicidad será superior á la que esperimentaron Pedro, Juan y Santiago cuando vieron glorioso á su divino Maestro en el Tabor. Bebed pues de las aguas saludables que salen de las fuentes del Salvador, religiosas santas: bebed y saciaos las que teneis sed de gracia y de amor divino, no ya en la cisterna de David, sino en el pesebre de Belen en donde se halla el Dios que da la vida al mundo, y á quien todos los pueblos de la tierra adoran, le dan gracias, lo bendicen, lo reverencian y reconocen por su Salvador. Mirad con los ojos de la fe al Niño que acaba de nacer en la penuria y entended, que no os crió y redimió para que viviéseis siempre entre el barro y el lodo; para estar perpetuamente unidas á un cuerpo humilde, caduco y perecedero; ni para andar sobre las espinas ofuscadas con los ruidos, afanes y cuidados de la vida mortal; sino que ha bajado de los cielos á la tierra para iluminaros y deciros que allá arriba ha dejado y os aguardan palacios de astros, de inteligencias, de luces incomprensibles y de inefables hermosuras. Llora, sufre y padece nuestro amable Redentor tendido en el pesebre; pero llorando, padeciendo y sufriendo nos dice, que coronas eternas se fabrican en el cielo para los que lo imitan; que cetros de oro se preparan para poner en las manos de los que se unen con él en el

establo de Belen; que se disponen palmas de triunfo y de victoria para los que despreciando las máximas é ideas del mundo, lo reconocen, veneran, bendicen, alaban y glorifican adorándolo en los trabajos, desprecios, abatimientos y humillaciones con que se presentó en el mundo para salvarlo, hacerlo virtuoso, y llevarnos á todos á los eternos palacios de la gloria que os deseo con felices pascuas. Amen.

A. M.

PLATICA XV.

PARA EL DIA DE LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR EN QUE VARIAS COMUNIDADES RELIGIOSAS ACOSTUMBRAN HACER EL OFRECIMIENTO DE SUS OBRAS POR TODO EL AÑO, Y RENOVAR SUS VOTOS MONÁSTICOS.

El Niño santo en su circuncision nos enseña á ejercitarnos en todas las virtudes, y el dulcísimo nombre de JESUS *que en ella se le dió, debe alentarnos y consolarnos en todos los trabajos de esta vida.*

Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen.
Dios lo exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre.
FILIP., C. 2, V. 9.

Muy regocijadas, alegres, satisfechas y contentas estais en estos dias, hijas de la gracia: un placer celestial y divino parece que recrea y satisface vuestras almas: esta santa comunidad parece un cielo y las que la formais ángeles en carne humana. ¡Qué perspectiva esta tan agradable para los que tienen fe y reconocen en el Niño santo

del pesebre la causa de los dones y gracias que os adornan, alegran y vivifican! Todas las bellezas de nuestra santa y adorable religion dejan verse y admirarse entre vosotras en este dia de celestiales enseñanzas, y de grandes consuelos para vosotras. Ocho dias hace que nació el hijo del Altísimo en un establo, por haberlo desconocido y rechazado el mundo, y no obstante su abyeccion, sus trabajos y humillaciones, vosotras habeis visto en él todas las señales de un Dios Salvador, y lo habeis adorado en espíritu y en verdad. Hoy veis mucho mas: hoy se os manda considerar al tierno infante ejercitándose en todas las virtudes, y especialmente en la obediencia, en la humildad y en la caridad. *En la obediencia*, cumpliendo con una ley que no le obligaba; pero que por ser penosa, afrentosa y de dolor abrazó para enseñarnos con su ejemplo á tener la obediencia dura, penosa y contraria á la carne, á nuestro propio gusto, y á nuestra propia estimacion, porque es la mas meritoria y acepta á los ojos del Señor, y porque en ella y no en la que desean y buscan nuestros sentidos se halla la verdadera virtud, como lo dice mi padre san Bernardo. *En la humildad*, no reparando en ser tenido por pecador, como los otros hombres concebidos y nacidos en pecado. Imposible, repugnante é implicatoria le era la menor culpa, y sin embargo fue tanta su humildad, que por aficionarnos á ella quiso ser circuncidado, y señalado con la marca infame é ignominiosa de hombre pecador. ¿Qué haceis, Dios mio? esclama asombrado el santo abad de Claraval. ¿No reparais en que vuestro mismo Padre podrá desconoceros viéndoos con esa señal tan impropia de vuestra santidad? ¿Qué tiene que ver el pecado con la misma ino-

cencia, y con la virtud esencial? Pero ya veo, que vuestra grande humildad une y estrecha, en vuestra circuncision dolorosísima é infamante tan distantes estremos; que la humildad lo hace todo; que arrastra tras sí el cielo, que santifica la tierra, y es capaz de cerrar el infierno, de divinizar á los hombres, y de abrirles las puertas de vuestro reino llenándolos antes de gracia y de virtudes. Vos, Señor, habeis querido aparecer pecador, sin serlo; pero los hombres quieren ser pecadores, y hacen cuanto pueden por parecer santos y virtuosos, aunque no lo sean.» ¡Qué pensamientos tan distintos, opuestos y contrarios! El mundo se declara por las apariencias, y se contenta con las sombras: Jesucristo sigue tras las realidades, nos las propone, nos las enseña, nos las facilita, y á ellas estan anejos bienes de valor inmenso, delicias verdaderas, gracias y dones apreciables, la amistad de Dios y su gloria. No imiteis pues á los hombres del siglo en sus errores. Imitad al Niño precioso de Belen en su humildad, y tratad de agradarlo y darle gusto. Tambien el humilde Hijo de la vírgen purísima ejercitó en su circuncision dolorosa la virtud de la *caridad*: pues que en ella solo le afligia el que fuese tan poca la sangre que derramaba por los pecadores. Toda la hubiera derramado entonces si hubiera sido conveniente. Cuantas heridas, dolores, tormentos, injurias, oprobios, desacatos, denuestos y blasfemias recibió en su santísima pasion las hubiera sufrido con gusto si se las dieran á medida del amor que ardia en su corazon; pero era muy necesaria su preciosa vida, y su mismo amor y caridad se interesaban en conservarla para nuestro provecho y utilidad. Tuvo por poco el haber nacido pobre, humillado y

abatido, despreciado y desechado del mundo, hecho el rigor de las desdichas y reducido á tomar prestado de las bestias un asqueroso pesebre; nació con sed de derramar su sangre por nosotros, y este es el dia en que se le cumplieron sus deseos. Hoy es circuncidado con el pedernal que disponia la ley: hoy derrama sangre y lágrimas á torrentes; hoy dice á su eterno Padre: Todo, Señor: todo por los pecadores. ¡Qué caridad tan ardiente y fervorosa! Correspondámosle; y si hay quien no tenga ánimo para ofrecer al Niño santo sangre ni lágrimas, páguele su amor con otro amor, haga con espíritu de religion lo que en este dia se os aconseja.

¿No es verdad, que se acostumbra hoy entre vosotras dirigir á Dios todas las obras, palabras y pensamientos del año que hoy principia, y renovar vuestros votos monásticos? Así lo hicieron las que os han precedido, y asi os disponeis á hacerlo. Es decir, que quereis ratificaros en vuestros propósitos de seguir é imitar al Dios de los trabajos y de la penuria: que deseais manifestar que sois de las almas que reconocieron en las humillaciones del nacido en un establo, al Salvador del mundo y Redentor de todas las naciones: que esperais la gloria de la ignominia, la exaltacion de la humildad, y los bienes de la pobreza, como deja verse en vuestro celestial Esposo, de quien dice el apóstol, que por haber obedecido humillándose y amando hasta derramar su sangre por nosotros, Dios lo exaltó, y le dio en este dia un nombre sobre todo nombre: *Propter quod Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen quod est super omne nomen.* Felices y mil veces dichosas las que entregadas en los brazos de la caridad habeis comprendido que todo el

misterio de la circuncision del Niño Dios se endereza muy especialmente á las que profesan la vida religiosa y monástica como vosotras, porque este es el camino que os lleva á la gloria eterna. A verlo vamos para vuestra santificacion si como acostumbrais prestais atencion á mis palabras.

Dicen los santos Padres que Jesus se circuncidó dejándose herir cruelmente, para cerrar nuestras heridas y enseñarnos á circuncidarnos de la manera que lo espresa el apóstol, esto es, contentándonos con tener la comida y el vestido, teniendo por superfluo y escusadó todo lo demás que fomenta la vanidad del mundo; cortando y apartando de nosotros las honras, las riquezas, los deleites, regalos y comodidades de la carne, que es cabalmente lo que debe hacer toda persona religiosa consagrada á Dios por medio de los votos monásticos. Amad pues la penitencia, los trabajos, la mortificacion y las observancias religiosas segun el temor de la regla y leyes monásticas que habeis profesado, y estad seguras de que junto á vuestras virtudes estan los premios. No quiero ocuparme en instruiros acerca del modo con que debeis dirigir en este dia vuestras obras de todo el año, obligándoos á repetir esta operacion todos los dias, y aun todas las horas andando siempre en la presencia de Dios, como personas de oracion, porque sé que estais prácticas en esto, y que teneis libros y directores piadosos que os dirigen perfectamente en estas materias. Por la misma razon no me detengo en deciros cómo habeis de renovar vuestra profesion religiosa. Todo esto se os ha enseñado, y lo sabeis hacer muy bien. Hacedlo pues segun se acostumbra en esta santa comunidad, y no dudeis de que este es el mejor modo de imitar á vuestro Jesus divino en

su circuncision. Sed obedientes, humildes, caritativas, mortificadas, sufridas y virtuosas, y vereis como el Eterno Padre os honra, eleva, engrandece y ensalza como á su Santísimo Hijo á quien dió en premio de sus abatimientos, trabajos y humillaciones un nombre glorioso y admirable, celestial y divino, y tan poderoso, que en oyéndole se arrodillan y se postran las criaturas todas del cielo, de la tierra y del infierno, como lo dice san Pablo. Nombre que no se le dió cuando gimió y lloró afligido de la pobreza y del rigor del frio, sino que hasta que se vió correr su sangre no se lo concedió el Eterno Padre; enseñándonos con esto, á no pensar jamás en premios sin méritos, en grandezas sin abatimientos, en elevaciones sin las sumisiones de la humildad. Sobre este santísimo nombre quiero yo fundar el edificio espiritual de vuestras almas, asegurar vuestra peregrinacion en esta vida, inundaros de consuelo y de alegría, y hacer que el año que hoy principiamos sea para vosotras abundantísimo en virtudes, en méritos, en gracia y en gloria. En primer lugar, si el dulcísimo nombre de Jesus costó tanto á nuestro Redentor, ¿en cuánto deberá estimarse? Si se le dió por precio equivalente á su sangre derramada ¿qué valor no será el suyo? Solo Dios puede saberlo y decirlo; Jesucristo es el que sabe estimar su nombre dignamente, y revelóroslo. Estimadlo vosotras todo cuanto podais: dadle cuanta honra y veneracion se merece, y haced por él todo cuanto podais saber y alcanzar. No aparteis vuestra memoria del amantísimo Jesus, ni aun por un instante. No acerteis á hacer cosa alguna sin que el nombre de Jesus os vaya guiando. Sea él vuestra luz, vuestro manjar y vuestra medicina, como

lo quiere mi P. San Bernardo. Sin esta luz no acerteis á moveros ni á dar un paso: sin este manjar nada os sea gustoso: sin esta medicina la misma vida y la salud os sean penosas; pues que en solo Jesus se hallan todos los bienes, y sin él todo es horror, todo confusion y todo infierno. Que lo digan los enemigos de este santísimo nombre: pero mejor es que callen, y mucho mas conveniente para nuestra salud el oir á los santos Padres para que formando con su auxilio ideas justas de la grandeza del admirable nombre de Jesus, y del consuelo y bienes que en él tenemos los fieles podamos caminar á su lado victoriosos y triunfantes de los enemigos de nuestras almas, enriquecidos con los dones y gracias del cielo, animados con las dulzuras de la virtud y esperanzados en los bienes eternos que ofrece la bondad divina á los que lo veneran, adoran, bendicen y glorifican. Yo os lo ofrezco como una prenda segura de las felicidades que os anuncia y desea mi alma para el año en que entramos en este dia. Sea Jesus en él nuestra guia, nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida, y segura es nuestra felicidad.

Pondrásle por nombre Jesus, dice el sagrado testo, *porque él salvará de los pecados á su pueblo.* Jesus denota y significa *Salvador de los pecados*, y como esto no puede competir á una pura criatura limitada en su virtud, claro es que al pronunciar tan dulcísimo nombre espresamos la persona del Verbo eterno en que subsisten las dos naturalezas divina y humana, sin confusion de sustancias, como nos lo enseña la fe. Así es que el nombre de Jesus impuesto al divino Niño en su circuncision nos da á entender, que aquel pequeño infante sufre, se humilla, padece y se cir-

cuncida como hombre, pero que como hombre Dios nos ha venido á salvar. No es pues estraño que al pronunciarse nombre tan excelso, doblen la rodilla todas las criaturas. Al pronunciar el santísimo nombre de Jesus, oyen los ángeles el nombre de su Señor y lo adoran: al oirlo los hombres oyen el nombre del que los ha salvado de los pecados y de la muerte eterna, y lo adoran por lo que merece su Magestad, y por los que de ellos exige la gratitud. Al oir el admirable nombre de Jesus los demonios, oyen el nombre de su triunfador, y por necesidad, á la fuerza humillan su soberbia para adorarlo del modo que se lo permite su estado de eterna condenacion: *Ut in nomine Jesu, omne genu flectatur*, dice el apóstol. Ni fue vano y ocioso el nombre de *Salvador de pecados* que se puso á nuestro amable Niño, porque siempre se ocupó en *salvar*. Desde el primer instante de su nacimiento comenzó á obrar nuestra salud con sus lágrimas, y al octavo dia de nacido dió principio á nuestra redencion derramando su preciosísima sangre y sufriendo un cruelísimo tormento. Léase todo el Evangelio: recórrase toda la vida de nuestro Jesus divino, y siempre lo encontraremos salvando, nunca arruinando, destruyendo ó condenando. Lo hallaremos ardiendo de celo, y santamente indignado: pero jamás veremos que hace mal alguno, aunque como justísimo Juez pudo hacerlo. Preséntase postrada y humillada á sus pies una escandalosa pecadora; pero en vez de reprenderla, elogia su solicitud y la consuela asegurándola que estan perdonados sus pecados. Se le lleva una adúltera para que la condene; pero no la condena: Le dice: *marcha en paz y no quieras volver á pecar*. Es desechado de los samaritanos contra

el derecho de gentes, y quieren los apóstoles abrasar su ciudad con fuego del cielo; pero Jesus se lo estorba. Si quiere dar un ejemplo de terror á los hipócritas que muestran un bello esterior, pero que no llevan el fruto de la verdadera virtud, maldice á una higuera rica de hojas y pobre de fruta; pero no maldice, ni hace que se seque hombre alguno por pecador, malo y perverso que él sea. El mismo declara, que no ha venido al mundo á perder á ninguno, sino á salvar lo que estaba perdido. *No viene*, dice, *el hijo del hombre á perder, sino á salvar lo que habia perecido: yo vine al mundo para que tenga vida, y la tenga mas abundantemente.* Pero era muy poco para el que nació para salvarnos, el no hacer mal á nadie, por enormes que fuesen las injurias que toda clase de personas le hizo sufrir, quiso además colmar de gracias, de favores y beneficios á todos. Como la salud de los cuerpos podia servir para la de las almas, no se le presentó enfermo alguno que no quedase prontamente sano. El daba vista á los ciegos, habla á los mudos, oidos á los sordos, y pasos desembarazados á los cojos y tullidos. Su misma sombra tenia virtud para curarlo todo. Además de todo esto: ¿qué fatigas no sufrió? ¿Qué persecuciones no toleró? ¿Y á qué pasion tan atroz y tormentosa no se sujetó por la salud de nuestras almas? Habiendo bajado del cielo *por nosotros*, nacido en un establo *por nosotros*, y dejádose circuncidar *por nosotros*, se dejó tambien insultar, azotar, coronar de espinas, cargar con el leño ignominioso, clavar en una cruz, y morir en ella como un infame. ¿Es esto hacer poco por nosotros? Pues todo lo confesamos y decimos cuando pronunciamos el dulcísimo nombre de Jesus, que nos ha sal-

vado de los pecados y nos ha abierto las puertas del cielo. Pero si todas estas cosas hizo, sufrió y padeció nuestro Redentor amable por salvar á los hombres, tambien tiene la gloria de verse cercado y obsequiado de innumerables salvados por él en el cielo. Arrebatado san Juan en espíritu hasta la corte celestial vió en ella una multitud innumerable de santos que adoraban á Jesus. «Despues, *dice*: ví una »grande multitud, que nadie es capaz de numerar, de to»das gentes, tribus, pueblos y lenguas estar delante del »trono, y á la vista del Cordero, cubiertos de estolas »blancas, y con palmas en las manos.» Y es de notar, segun un piadoso escritor, que cuando esto escribió el santo evangelista en su Apocalipsis no hablaba mas que de los que entonces habian entrado en el cielo. ¿Qué diria si hubiera visto tantos mártires, confesores y vírgenes como se han agregado posteriormente á aquellas celestes gerarquías, conquistados y salvados por Jesus? Todos lo adoran, todos le dan gracias, todos lo bendicen y todos lo reconocen por su Salvador. Si miramos á la tierra no hay en ella un solo hombre que no haya sido redimido y salvado por Jesus: á todos ha abierto el camino de la salud, á todos ha dado la ayuda necesaria para conseguirla. Habiendo dado Dios al Niño santo del pesebre el dulce nombre de Jesus, debia tambien concederle toda la gloria y poder de que es capaz un hombre Dios bajado del cielo para salvar á los hombres de los pecados, y exaltarlo sobre todo lo criado, como lo exaltó segun san Pablo.

¿Y quién puede dudar que el admirable nombre de Jesus dado á nuestro Redentor en su circuncision es del mayor consuelo para los que lo reconocen, confiesan y ado-

ran con espíritu religioso como vosotras? «En él se alegrará nuestro corazon, y en su nombre santo esperaremos» decia el real Profeta. Del Santísimo, admirable y poderoso nombre de Jesus podemos valernos contra los demonios enemigos de nuestras almas. La historia eclesiástica está llena de ejemplares en que valiéndose bien de tan saludable nombre han atemorizado, y hecho huir á los espíritus infernales. Ellos no pueden estar al lado del terrible y santo nombre de Jesus: dejan á los fieles que lo invocan llevándolo en el corazon: no se atreven con los que ponen en él toda su confianza. Ponedla vosotras en vuestro Jesus divino haciéndolo dueño de vuestras almas con la caridad y demás virtudes de vuestro estado, y no dudeis que con el poder del nombre que es sobre todo nombre, hareis que se retiren llenos de confusion los enemigos cuando vengan á asaltaros con sus tentaciones. Tambien podemos valernos del dulcísimo nombre de Jesus para María Santísima, para con los ángeles y los santos que reinan con Cristo en el cielo: porque aunque sea muy poco lo que tengan que agradecernos, sin embargo, si los invocamos poniendo delante el nombre de Jesus, es imposible que, por respeto á tan santo nombre, dejen de interceder por nosotros y declararse nuestros protectores. ¿Cómo los méritos de nuestro Señor Jesucristo no habrian de mover á su Santísima Madre, á los ángeles y á los santos, que por él tienen tanta gloria en el reino de los cielos? Esto, ni aun imaginarlo puede una alma fiel. Ni tampoco hay que dudar de que si nos valemos del nombre de Jesus para con el Eterno Padre seremos mejor y mas prontamente atendidos. Con la eficacia de tan saludable nombre concluye la Iglesia santa to-

das sus súplicas diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Cristum.* Valdrá asimismo el adorable nombre de Jesus para con el Espíritu Santo á fin de que descienda sobre nosotros, nos bendiga y santifique. Por atencion á Jesus bajó el divino espíritu sobre los apóstoles que nada hacian sino en el nombre de su Salvador y Maestro. Así que, el dulcísimo nombre de Jesus dado en este dia á nuestro Redentor en premio de su sangre derramada por nosotros, debe llenar de confianza nuestras almas, y nuestros corazones de gozo. Fijad en él vuestros corazones, proponéoslo por guia de todas vuestras obras, palabras y pensamientos, sea Jesus el presidente de todos vuestros deseos, y no se muevan vuestro entendimiento y vuestra voluntad sin su bendicion, para que siendo enteramente suyas, tengais la dicha de llevar su imágen en vuestros cuerpos y en vuestras almas, y decir en alta voz á la vista y presencia de los cielos, de la tierra, y del infierno :— *Somos de Jesus.*

En este sentido; bien penetradas de las virtudes que se os enseñan en la circuncision del Niño-Dios; llenas de amor y respeto hácia vuestro amable Redentor por haberse dignado derramar su sangre por nuestra salud; plenamente convencidas de que en seguir á vuestro divino Esposo en su obediencia, en su humildad, en su caridad, en sus mortificaciones y sufrimientos consiste la perfeccion cristiana á que aspirais; y confiadas en que con el dulcísimo nombre de Jesus os debeis prometer y esperar ser santas en esta vida, y felices en la eterna, os encargo, que hagais el ofrecimiento de vuestras obras, palabras y pensamientos, de vuestras almas, de vuestros corazones, de vuestra vida y de cuanto sois y podeis ser, de manera que todo cuanto

hay y puede haber en vosotras sea de Dios, por Dios y en Dios para que seais dignas esposas de Jesus. Renovad tambien los votos de vuestra profesion abandonando y despreciando todo lo que ama, aprecia y estima el mundo; poniendo vuestra misma voluntad en manos de los superiores, vicegerentes de Dios en la tierra, con firme propósito de circuncidar y quitar de raiz el amor propio de vuestras almas, y procurando ser tan limpias, puras y castas como deben serlo las que se han obligado á imitar á Jesucristo en todo lo posible. Haced en fin con espíritu religioso todo lo que se os prescribe, manda ó aconseja en este primer dia del año: sembrad en espíritu, y en espíritu cogereis; entregad á vuestro Jesus divino vuestros cuerpos, vuestras almas, vuestras potencias y sentidos para que en nada se aparten del camino recto que conduce á la vida eterna, y vuestro aprovechamiento será sensible, vuestra virtud manifiesta, vuestra perfeccion adelantada y vuestra santidad esclarecida. Que sea Jesus vuestra luz, vuestro manjar, y vuestra medicina como os lo dejo dicho con mi P. san Bernardo, y confiad en su bondad infinita. Que sea siempre Jesus con nosotros, y para que así sea reunamos en lo posible los afectos de nuestra devocion y digámosle con amor y caridad fervorosa:

Jesus adorado de cuanto existe en los cielos y en la tierra, y temido en el infierno: verdad es que os hemos ofendido; pero nos pesa de todo corazon. Tratadnos, no como merecemos, sino conforme á vuestro piadoso nombre. Sois nuestro Salvador, y aunque hemos cometido delitos por los cuales justísimamente pudiérais condenarnos: vos no abandonais jamás el título por el cual podeis salvarnos pia-

dosamente. Si hemos perdido vuestra gracia, vos no habeis perdido vuestra misericordia. Vos, Salvador benignísimo, escitais en nuestras almas los sentimientos de compuncion con que detestamos nuestros pecados, la esperanza que concebimos de que quereis salvarnos, y el amor con que queremos y deseamos amaros ahora y en los siglos de los siglos imitándoos en vuestra circuncision en que habiéndoseos dado el dulcísimo nombre de Jesus fuísteis honrado y exaltado, y nosotros todos consolados, atendidos, provistos de gracias, y asegurados de que, obrando y caminando con vos en esta vida, seremos recibidos por vuestros ángeles en los tabernáculos de la gloria que os deseo con felices entradas de año nuevo. Amen.

A. M.

PIATICA XVI.

SOBRE EL AMOR DIVINO.

En el amor divino se comprenden todas las virtudes monásticas y él solo purifica la vida y nos hace felices temporal y eternamente.

In amore ejus delectare Jugiter.
En su amor busca siempre tu placer.
PROVERB. C. V, v. 19.

Voy á hablaros de una influencia celestial, que *sola* puede purificar nuestra vida, y eternizar nuestras almas: del AMOR DIVINO que no procede puramente de nuestras propias fuerzas, sino que *es un don de Dios* segun la decision de un concilio (1) que dice: que *Dios mismo es quien inspira el amor con que quiere ser amado, y el que nos amó hasta en la desgracia para traernos á la gracia*; de lo que

(1) Concil. Arausic.

se infiere, que el divino amor no es otra cosa que una dulce, suave y deliciosa inspiracion del cielo infundida en el alma, mediante la cual amamos á Dios sobre todas las cosas, y todas las cosas por Dios. La razon que he tenido para tratar en este dia de esta materia consiste, en que en ella se comprende lo pasado, lo presente y lo futuro; toda la vida monástica; todo lo que en ella habeis sido, sois y podeis ser; lo temporal y lo eterno, lo carnal y terreno purificado y en perfecta union con lo celestial y divino, y todo lo que es Dios beatificando á los que lo aman. Yo sé que hablándoos como corresponde del amor divino nada mas necesitais. Lo vais á ver, si Dios me ayuda con su gracia y se digna iluminar vuestras almas para que elevándoos sobre la carnalidad en que estais aprisionadas, solo veais como el apóstol, las del cielo, y podais comprender la felicidad del que ama á Dios con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos, segun lo manda la ley. Yo imagino que en las hijas del claustro se ve viva, real y verdadera la historia del amor divino, y que vosotras mejor que otras muchas criaturas dedicadas al servicio de Dios percibís como entra en los corazones y se apodera de ellos. Os lo voy á indicar para que recordeis lo pasado, reflexioneis sobre lo presente y atendais á lo futuro.

La gracia es la que produce el amor precioso que quiere eternizar nuestro ser con la union del Dios que le concede en su bondad y misericordia: ella es la que primeramente ocasiona en el alma un hastío saludable á las cosas del mundo; la que pone en el corazon un estímulo generoso que nos despierta é inflama en ardientes deseos del sumo

bien inclinándonos hácia el centro de donde procede y á donde camina, que es el mismo Dios, segun san Agustin. Despues se dilata y abre al Espíritu Santo todas la puertas para que uniéndose y familiarizándose con su esposa conciba y se forme Jesucristo en el alma que ama, como lo dice y esplica san Pablo: *Donec Christus formetur in nobis*: Entonces viene á nacer el amor divino; aquel divino amor que engendra en el corazon humano un gozo tan grande como el que hubo en la casa de Abrahan cuando en ella nació el prometido Isac: este gozo es una risa celestial, un júbilo estraordinario, un ensanche de todas las facultades y operaciones del entendimiento y de la voluntad, un rio caudaloso que arrebata en su corriente todo cuanto se opone á la perfeccion evangélica, dejando el alma libre para caminar desembarazada hácia su destino eterno. Apenas nace el divino amor en los corazones de los hijos de Dios, empieza como pequeño monarca á mandar y á ejercer su imperio sentándose en el santuario del alma justa, como en su propio trono. Las potencias todas le rinden homenage; las pasiones le sirven, las virtudes lo aplauden y confiesan que toda su hermosura les viene de él, y que en en él pueden conservarse. Los que llegan una vez á estar instruidos en esta caridad, abundan en toda especie de riquezas y estan al pie de la cumbre de la perfeccion evangélica en que se posee toda la plenitud de espíritu segun lo dice san Pablo á los colosenses. El amor divino viene á ser en este caso un árbol en que estan ingertos todos los que producen las virtudes cristianas, y en que se ve toda la hermosura y perfeccion de la ley de gracia. Las virtudes monásticas de que se os tiene hablado, son para vos-

otras lo que los remos á un pequeño barco, lo que la comida al caminante, lo que la luz á los ojos, y lo que las armas al soldado que pelea en las batallas del Señor: pero la caridad del amor divino en su grado perfecto es la *sola* en que se halla el descanso de los fatigados, la patria de los peregrinos, la luz de los ciegos, y la corona de los victoriosos: la fe nos muestra á lo lejos el puerto á donde debemos caminar, la esperanza nos mantiene firmes en los propósitos de caminar hácia la patria en que pueden satisfacerse nuestras ansias y deseos, y las demás virtudes nos ayudan y defienden en el peligroso tránsito de nuestra peregrinacion: pero en la gloria en que la caridad y el amor divino estan en toda su perfeccion, no hay necesidad de creer ni de esperar; allí no tienen lugar la mortificacion, la penitencia ni los ejercicios monásticos, porque ya pasaron habiendo producido sus frutos: se acabó el invierno de los trabajos y penalidades de esta vida: queda solo el amor divino, que es el que nos une eternamente con Dios y nos hace felices, segun la doctrina de la Madre y maestra de la verdad, la Iglesia santa.

Siendo esto así, como lo es, puede asegurarse que las virtudes monásticas obran de un modo, y el amor divino, de otro mas elevado y perfecto. La templanza pelea contra la concupiscencia, la prudencia contra los errores, la fortaleza contra las adversidades, la pobreza contra el deseo de las riquezas, pompas y vanidades del mundo, la obediencia contra el amor propio, y la castidad contra los estímulos de la carne: pero en el perfecto amor de Dios hay una perfecta castidad sin la menor mancha de impureza que no necesita de las armas de la templanza; una ciencia perfecta

que no espera socorro de la prudencia por estar agena de errores; una bienaventuranza *incoada* en que no habiendo quien la moleste y aflija no atiende á la fortaleza para vencer las adversidades; en una palabra, la caridad de que os voy hablando es un amor templado sin carnal deleite, un amor prudente sin errores, un amor fuerte sin impaciencia, un amor mortificado sin padecimientos, un amor que encierra lo mas perfecto de la pobreza, de la obediencia, de la castidad y de todas las demás virtudes, pudiéndose asegurar, que en él solo se halla Dios con toda la santa y adorable religion que nos trajo del cielo para hacernos ángeles en la tierra. ¿No debereis afanaros por adquirirlo y hacer que posea vuestras almas? Ya os he indicado cómo entra en el corazon humano: vosotras acaso habeis esperimentado todo lo que dejo dicho: sois sin duda prácticas en esta materia, la única necesaria é interesante en las personas del claustro, y quién sabe! Vosotras, por fortuna pudiérais dar lecciones de amor divino, con mas acierto que los que os instruimos: pero Dios no os ha dado autoridad para enseñar sino con el ejemplo. Su divina Magestad ha escogido para ministros de su divina palabra á los sacerdotes: se os manda que los escucheis y os dirijais por lo que os digan inspirados por su espíritu, y que alabeis y ensalceis y glorifiqueis su Providencia admirable y milagrosa, segun os lo debe dictar el amor divino. Yo confieso ingenua y francamente mi insuficiencia, mi impericia, y mi incompatibilidad privada y personal para tratar del amor que hace serafines de los hijos de Dios: pero si Dios quiere valerse de mí para poneros al corriente de la ciencia salvadora de la caridad ardiente que debe encender é infla-

mar vuestras almas: ¿qué nos resta mas que alabar, adorar y reverenciar sus juicios? ¿Será conveniente el que os diga, que todo cuanto os digo es tomado de los oráculos sagrados y de los santos padres que hablaron y escribieron del divino amor? Pues tenedlo así entendido, y estad en que cuanto hoy sale de mis labios salió antes de los que puso Dios en su Iglesia para dirigirla y gobernarla. No sirva mi indignidad de impedimento al aprovechamiento y perfeccion de vuestras almas.

Os he dicho que el amor divino es el amor de todas las virtudes porque sube como en un carro de gloria en donde se hace ver con mas preciosas y magníficas calidades. Es *piadoso* porque ocupa todos sus pensamientos en Dios: es *magnánimo*, porque se inclina siempre á empresas y acciones grandes: Es *justo* porque reparte con igualdad los premios á los méritos. Es *prudente* teniendo los ojos abiertos para su gobierno: es *ingenioso* en hallar infinidad de invenciones y artificios para conseguir lo santo, bueno y perfecto que desea é intenta. Es en fin violento sin aspereza; activo sin precipitacion, cuerdo sin tibieza; bueno sin demasiada blandura, y pacífico sin ociosidad. Son innumerables las perfecciones del amor divino: sin embargo, los contemplativos dicen, que todas ellas dejan verse y conocerse en tres cualidades que jamás tiene ocultas: en ser *agradable*, *bienhechor* y *sufrido*.

Agradable: porque todo es ardores, deseos, ternuras, afectos, alegrías, éxtasis y gustos de su bien amado. Este es el estado en que nos presenta Orígenes á la insigne Magdalena, cuando dice que á fuerza de amar, estaba ya muerta á todas las cosas del mundo. Tenia tan ocupado el pensa-

miento en Jesus, que estaba como insensible; tenia ojos y no veia; oidos, y no oia; sentidos, y no sentia; no estaba en donde estaba; porque estaba en donde estaba su divino Maestro, aun sin saber en dónde estaba. No sabia mas que amar, habíase olvidado enteramente del arte de temer, de esperar, de alegrarse y de entristecerse: todo se le iba en querer al que amaba sabre todas las cosas; hasta los ángeles que para consolarla bajaban del cielo la servian de molestia y no podia sufrirlos. Jesus era su luz, su alma, su corazon, su vida y su todo: sin Jesus todo le era desabrido y molesto; él habia de ser su guia en todas las cosas, y sin él ni aun respirar queria. ¡Qué amor este tan divino y agradable! Procuradlo, almas justas; y si lo habeis merecido, gozaos en él y sed serafines en la tierra.

Bienhechor: por serlo el amor divino se nos presenta en el cántico el celestial Esposo con las manos de oro y perfeccionadas á torno para manifestar que nada tiene de tosco ni de áspero que pueda embarazar sus dones, gracias y liberalidades, además que estan llenas de piedras preciosas que representan los beneficios, que son en el sagrado testo los jacintos y diamantes, que siembra con la misma largueza que la arena de los rios. Estas mismas manos vienen á ser vasos de oro que contienen en sí el mar, porque el amor es un océano de bienes, riquezas y liberalidades que nunca se agota. Amar, y hacer bien todo es uno, aun en el idioma del mundo, pero en el de la religion tiene toda la verdad y exactitud.

Sufrido: lo es con tanta gracia el amor, que puede decirse que su yugo tiene alas y no gravámen. *Pennas habet, non pondus.* Tiene á veces el corazon rodeado de espinas

y asegura que para él son rosas. Nada en un mar de acíbar, y dice que está en su agua de olor; se halla cubierto de llagas, y da á entender que estas son sus perlas y sus rubíes; está cargado de enfermedades, y son sus delicias; de calumnias, y son sus bendiciones; de muertes y son sus vidas. Del ser *Agradable*, *bienhechor* y *sufrido* el amor, se derivan los efectos mas considerables que puede haber en la vida contemplativa, como el amar á Dios sobre todas las cosas, y despreciarlas todas por Dios: tener por una desdicha el estar un solo instante apartado del amado de su alma: hacer y padecer todo cuanto se pueda por no apartarse de él: hermosear y adornar al alma con todas las virtudes por agradarle: desear que todos en el mundo publiquen su santo nombre y lo reconozcan, alaben y reverencien; tolerar con suavidad y paciencia todas las amarguras que se padecieren en su servicio: ajustarse á sus movimientos é inspiraciones y recibir con buen semblante la tristeza y la alegría: morir con el deseo de verlo y comtemplarlo cara á cara, y finalmente servirlo y reverenciarlo sin fastidio, por sí mismo, y sin pensar en el premio como san Francisco de Sales que decia: «*Señor; aunque no hubiera gloria, yo te amara.*» ¿ Y no notais, que en todas estas cosas se halla viva, latente y palpitante la vida monástica que habeis profesado, y os ha de santificar? ¿ No comprendís que en el amor divino se encuentran las perfecciones de todas las virtudes, y que á él se ordenan y dirigen vuestros votos, vuestras leyes, vuestros usos, prácticas y costumbres, con todo lo bueno que podais obrar con la divina gracia? Pues á él, almas piadosas: á él, y nada mas necesitais. Con él todo lo poseeis, pues que él es el mismo Dios comunicado de un mo-

do inefable en las almas que lo aman. ¡O, si yo pudiera contribuir á que el amor divino se sentara en vuestro corazon como en su trono! En este caso tendria la incomparable dicha de poder deciros: «Ya, señoras, habeis llegado al monte santo de la perfeccion evangélica: adorad en él al Cordero inmaculado; tened vuestras delicias con el celestial Esposo: gozaos en vuestra pureza, y asociaos á los ángeles para amar, bendecir y glorificar al Dios que habeis siempre adorado.» Para que así sea dejadme decir un poco mas.

Ya os he indicado que el amor divino es una ciencia inspirada en la que la infusion del Espíritu Santo es mas elocuente que todas las lenguas, y mas sábia que todas las plumas. Ahora os digo, que si quereis adelantar en este amor, como es debido y justo, debeis pedirlo á Dios por medio de una oracion continua, incesante y sin intermision, como os lo manda el apóstol, cuidando de apartar de vuestro corazon los estorbos que pudieran enbarazarlo. Ni os contenteis con solo quitar el vicio, porque es preciso avanzar á ahogar la memoria de las cosas del mundo que pudieran causar algun desórden: es necesario que aparteis de vuestra imaginacion en cuanto os fuere posible, los pensamientos que como fantasmas vuelan al lado del corazon. Buscad la quietud; huid de los negocios temporales, en cuanto lo permita la razon ilustrada con las luces de la fe; acostumbraos á hacerlo todo con espíritu de dulzura y de caridad; fijad siempre vuestra mente en Dios, y obligad á vuestra alma, á vuestras potencias y sentidos á servirlo y agradarlo, y contad con que en esto consiste el arte de lograr el divino amor que Dios derrama sobre las almas

que comprometidas á servirlo en las prácticas religiosas del claustro han llegado de virtud en virtud hasta la perfeccion en que familiarizadas con el Esposo celestial, no piensan mas que en deleitarse con sus castos abrazos y en vivir con su espíritu. Nada de amor profano; nada de amor propio; nada de amor del mundo, porque estos amores son el verdugo de la vida, el abismo de la razon, el infierno de las almas, el anatema y condenacion de los hijos de la carne. Pero como no hay estímulo mas poderoso que el del ejemplo, y se os ha enseñado desde vuestra infancia que Jesucristo es el ejemplar y modelo de las virtudes que deben adornar vuestras almas, no es cosa de que concluya esta plática sin lo mas esencial de ella que es el deciros, que Jesus es el ejemplar mas perfecto de las castas amistades: que amaba á su eterno Padre y le pagaba el tributo de amor con tanta perfeccion como la que se concibe en un Dios hombre amante de la divinidad. Jesus fue el que pasó con eminencia sin igual los grados del amor divino para enseñarnos á conseguirlo y poseerlo. Entró primeramente en la soledad de amor que hizo de su corazon, en donde no habia mas que Dios. De la soledad pasaba al silencio, á quien llama un contemplativo *silencio beatífico*, á quien san Juan pone en el cielo. En él descansaba el alma santísima de Jesus tratando con su padre en sus divinas oraciones, que á veces continuaba noches enteras, velando y llorando por nosotros, y quedándose como en un horno de amor. A este silencio llama el cántico *lecho de Salomon*, rodeado de sesenta soldados, ó de una gran milicia de ángeles, segun los sagrados espositores. Del silencio pasaba á la suspension de que habla Job, *elegit suspen-*

diun anima mea, en donde se veia su espíritu totalmente desarraigado de la tierra. De la suspension pasaba á la insaciabilidad que consiste en beber de las fuentes que corren del paraiso de Dios, y mitigar la sed, pero sin apagarla enteramente: le sucedia lo que á los bienaventurados de quienes dice san Pedro Damiano: «*que estan siempre llenos, y siempre vacíos; deseando y apeteciendo lo mismo que poseen con infalible seguridad.*» De la insaciabilidad pasaba á la infatigabilidad con que se consumia en los gloriosos trabajos de la redencion del mundo, midiendo y corriendo la tierra como el sol el cielo, sembrando por todas partes virtudes y beneficios, sin coger mas que ingratitudes. De aquí llegó á aquella inseparabilidad que le ató, por el amor á su Padre, no solo al suplicio de la cruz, sino á tantas afrentas y miserias como padeció por nosotros. Finalmente entró en aquella admirable transanimacion en que se unia tan poderosamente con Dios que reteniendo las propiedades de las dos naturalezas divina y humana, hacia un compuesto admirable de corazon, de amor, de afectos y de conformidad: por cuya razon dijo Orígenes: *Esta alma semejante al hierro que está ardiendo en fuego, estaba siempre en el Verbo, siempre en la sabiduriá, siempre en Dios, sacando de las llamas que la encendian una constancia inmutable para unirse con Dios.* Si os parece que es muy realzado este amor para vosotras, miradle mas templado en los santos y santas que sujetos á nuestras mismas miserias, pruebas y tentaciones, amaron y fueron en alas del amor divino á unirse con el Dios que llegó á ser su alma, su corazon y su vida, como es de verse no solo en María Santísima, madre del Amor hermoso, sino tambien en la

Magdalena, en san Pablo, san Agustin y vuestros santos patriarcas, á los que si los imitais y seguis, sereis sus semejantes en el amor divino que los hizo tan amados de Dios, tan santos y perfectos como los venera la Iglesia.

Nada mas. Sea el amor divino la suma, el compendio y el conjunto de todas las virtudes monásticas en su mayor perfeccion, y Dios os colme de gracia, de bendiciones celestiales, de su santo espíritu, y de aquel fuego divino que enciende el amor de Dios en las almas justas para justificarlas y hacerlas felices temporal y eternamente, en este valle de lágrimas y en la triunfante Jerusalen de la gloria que os deseo. Amen.

A. M.

FIN DEL TOMO II.

INDICE.

PAG.

Plática I. De la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.
Con las virtudes de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad somos consolados en nuestras tribulaciones, y todo se puede, todo se hace fácil, agradable y gustoso, todo se concilia y esplica admirablemente. 7

II. Sobre la pobreza.
La pobreza monástica hace bienaventurados á los que la abrazan, y los llena de bienes espirituales. 17

III. Sobre la obediencia monástica.
Con ella se libra la religiosa de sí misma, se hace toda de Jesus, y camina con toda seguridad hácia la gloria eterna. 28

IV. Sobre la castidad monástica.
Es la virtud que mas nos acerca á Dios, y se conserva con los ejercicios monásticos pensando siempre en las cosas del Señor para ser santos en el cuerpo y en el alma. 41

V. Sobre la mortificacion y penitencia.
Es tan necesaria la virtud de la mortificacion para la perfecta observancia de los votos monásticos,

que sin ella es dificultosísimo, y aun imposible el guardarlos. 54

VI. Sobre la humildad.

La humildad es la raiz, el principio y el asiento de todas las virtudes. 66

VII. Sobre el desapropio que suelen hacer todos los años las religiosas de varias órdenes monásticas.

Siendo absoluto, pleno y perfecto el desapropio nos libra del pecado y nos asegura la gloria. . . 77

VIII. Sobre la union, y caridad fraterna.

Con la union y caridad fraterna son los monasterios de monjas un paraiso, y sus moradores unos ángeles. 88

IX. Sobre que el yugo del Señor es suave y ligera su carga.

La observancia exacta de las leyes manásticas lleva á las religiosas entre dulzuras celestiales á la gloria eterna. 98

X. Sobre la tibieza en el servicio de Dios.

El estado de tibieza en la vida manástica es el mas espuesto y peligroso que puede imaginarse. . . 110

XI. Sobre las escelencias y grandeza de la oracion.

Con la oracion puede unirse el alma á Dios en términos, que no solo haga siempre la voluntad divina, sino que no pueda dejar de hacerla. . . . 120

XII. Sobre lo que debe hacerse antes de la oracion, en la oracion, y despues de la oracion.

Para que con la oracion pueda unirse el alma con Dios, es necesario hacerla segun el espíritu de la Iglesia, y las enseñanzas de los santos Padres. . 131

XIII. Sabre los beneficios divinos, y la observancia de la regla y leyes monásticas.

Los beneficios divinos deben obligar á las religiosas á guardar los mandamientos de Dios, y á observar la regla, las ceremonias y leyes de su órden. 151

XIV. Para la mañana en que en la calenda se anuncia el nacimiento del Hijo de Dios.

Sobre que el mundo no conoció á Jesucristo en su nacimiento, porque Jesucristo no fue mundano, sino enemigo de las máximas é ideas mundanas. 164

XV. Para el dia de la circuncision del Señor en que varias comunidades religiosas acostumbran hacer el ofrecimiento de sus obras por todo el año, y renovar sus votos monásticos.

El Niño santo en su circuncision nos enseña á ejercitarnos en todas las virtudes, y el dulcísimo nombre de Jesus que en ella se le dió, debe alentarnos y consolarnos en todos los trabajos de esta vida. 177

XVI. Sobre el amor divino.

En el amor divino se comprenden todas las virtudes monásticas y él solo purifica la vida y nos hace felices temporal y eternamente. 191

FIN DEL INDICE DEL TOMO II.

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
8	26	decirse en	decirse que estais en
29	10	devorado por la ira	devorado por la envidia
90	9	puesto	puerto
100	16	ver ó	ver á
126	15	Criador, de un	Criador, hijas de un
155	24	adornado	ordenado